

CAPITULO XIV

Inventario de los pueblos a la mitad del siglo XVIII

—Las poblaciones en la Nicaragua española de hace dos siglos. Su estado, características y sobrevivencia. —Visita pastoral de Morel de Santa Cruz. —La conquista de los indios Guatusos.

La segunda mitad del siglo XVIII se caracterizó por una gradual transformación de las estructuras coloniales hacia una mejor administración de los asentamientos españoles en América. La población a su vez se estratificó en una clasificación de aceptada jerarquización y subordinación social, en la medida que se reponía del bajón demográfico que el elemento nativo experimentó durante los dos primeros siglos de colonización. Las rebeliones intestinas que pudieran surgir eran pronto aplacadas y las diferencias se limitaban a posturas localistas acerca de quiénes o cuál poblado debería ejercer el poder. El verdadero enemigo en Nicaragua eran las hordas de Zambos, Misquitos e Ingleses que con frecuencia invadían las poblaciones del interior sembrando inquietud y zozobra.

A excepción de las dos ciudades hegemónicas de León y Granada, pocos fueron los centros urbanos poblados por los españoles y sus descendientes criollos acaparadores del poder civil, militar y eclesiástico con influencias, propiedades y riquezas. La situación del pueblo de Nueva Segovia fue más bien inestable por los repetidos asaltos que sufriera de parte del enemigo. El puerto de El Realejo languidecía, su comercio con las otras provincias era muy limitado y la reconstrucción de poco interés después del asalto que sufriera a manos de los piratas. Como excepción, un poblado en el valle de Nicaragua —recién nombrado Rivas— gozaba de

envidiable auge por sus numerosas plantaciones de cacao y la ganadería en la vecina Nicoya, ambas actividades con buena demanda en el mercado de la región.

Los demás pueblos estaban conformados por los Ladinos, un grupo nuevo de mestizos de sangre indígena en variable proporción, pero totalmente aculturados bajo la influencia española. No obstante, constituían una población creciente, poseedora de pequeñas habilidades y oficios con incipiente gremial.

Mulatos (llamados entonces Pardos) y Negros servían en los regimientos de ciertas poblaciones con el objeto de repeler las eventuales invasiones de los enemigos, fresco todavía el recuerdo de los piratas y conscientes de la vulnerabilidad de León y aún más de Granada y sus alrededores ante posibles invasiones zambo-misquitas por la vía del río San Juan y del lago de Nicaragua.

En cuanto a los indígenas propiamente dichos su población había mermado tan baja como 25,000 habitantes a finales del siglo XVII. Su recuperación post-conquista fue lenta y se vio frenada con frecuencia por pestes y hambrunas. La gran mayoría de ellos vivían en pueblos y no en el campo, o bien se congregaba en algunos “barrios” o “parcialidades”, junto a las poblaciones hegemónicas, estando todos sometidos a servidumbre o a tributo. Las agrupaciones indígenas poseían tierras comunales alrededor de sus respectivos pueblos, las cuales cultivaban para su subsistencia y para pagar los tributos exigidos. Aunque las Encomiendas habían sido abolidas en 1731, las sustituyó el Repartimiento, mediante el cual el indígena pagaba a la corona española cierto tributo de lo cosechado, fabricado o extraído del ambiente natural. Su labor no adquirió carácter libre sino lentamente, hasta después de la Independencia.¹

Poca y dispersa es la información recogida acerca del quehacer de los pueblos de Nicaragua en el siglo XVIII, fuera de los sobresaltos y desgracias ligados con las invasiones procedentes de la Mosquitia. La mayor parte de la información sigue archivada, en espera de ser desempolvada e interpretada. Monótona, pobre e ignorada parece haber sido la vida de los pobladores coloniales, sin muchos incentivos, sentido de empresa o creatividad. La visita pastoral que el obispo Pedro Agustín Morel de Santa Cruz emprendiera por los pueblos de Nicaragua y Costa Rica en 1752 revela la pobreza material de los habitantes, reflejada en el descuido y desvinciamiento de las iglesias, cuyo ornato el prelado califica a menudo de “indecente”. Los templos en aquel tiempo, como en la actualidad, representaban la expresión arquitectónica más destacada de la que cada pueblo podía ufanarse. A diferencia de la bonanza que el país había

¹ Un estudio completo sobre la tenencia de la tierra y la situación de los indígenas en el siglo XVIII es presentado por Germán Romero Vargas en su interesante libro. (Ver Bibliografía).

experimentado antes de la intervención de los piratas, la situación se deterioró durante el siglo XVIII. La descripción del puerto de El Realejo dada por el obispo Morel bien podría aplicarse a todo el país: “Parece en fin, que la población en lo antiguo tuvo algún lustre y caudales: hoy en día es un compendio de miserias y respiradero de pobreza”.²

Economía colonial en el siglo XVIII

Además de las aflicciones que sobre Nicaragua recayeron a consecuencia de las invasiones enemigas, la economía colonial padeció en todo momento de serias limitaciones, tanto por la escasa mano de obra como por la falta de capital. Supervivencia más que sentido de empresa parece haber sido la nota conforme del siglo.

La actividad agrícola era responsabilidad de los indígenas, cautiva y obediente a los intereses familiares de los grupos influyentes, para quienes la única inversión era la que la naturaleza ofrecía a través del juego de sus elementos. Las mujeres indígenas, por su parte, eran hilanderas y tejedoras del algodón, molenderas de maíz, “chichiguas” o nodrizas.

Los principales cultivos estaban orientados para asegurar la subsistencia básica del día, sin atención a la variedad o abundancia. El comercio con otras provincias se realizaba según las circunstancias y consistía sencillamente en la venta de ganado, cueros, mantas, cacao y añil. El intercambio con España se realizaba a través de Cartagena o La Habana, siendo esporádico y limitado, con mucho riesgo, lo cual incentivaba al contrabando; apenas permitía el pago de los escasos bienes o comodidades que de la Madre Patria se podían esperar.

León era la sede del gobierno de la provincia; contaba además con fértiles tierras cultivadas de granos básicos, añil, caña de azúcar, árboles frutales, etc. La producción agrícola vino a compensar la baja económica que sufría la ciudad a causa de la decadencia del puerto de El Realejo, cuya población española original se había trasladado a El Viejo, dejando el astillero en manos de carpinteros y herreros de color. Por su parte Granada, no obstante los asaltos y reveses sufridos y la insegura salida comercial por el río San Juan, gozaba del beneficio de los cacaotales de Rivas y su influencia se aprovechaba de la ganadería de Chontales y de Nicoya. El descubrimiento de vetas de plata en la jurisdicción de Nueva Segovia en 1735 no contuvo la desbandada de la población (Ciudad Antigua), realizada a lo largo del siglo, provocada por las invasiones de

² Ver la *Relación* del Obispo Morel de Santa Cruz en la Bibliografía del Capítulo.

Zambos y Misquitos. Gran parte de la gente se movió a Estelí y el resto fue a poblar El Ocotal alrededor de 1789, a instancias del obispo Juan Félix de Villegas, para contrarrestar la decadencia de aquella población.

La producción doméstica se centraba en torno a los cultivos de primera necesidad: maíz, frijoles, arroz, plátanos, caña de azúcar y frutales. La actividad a manos de los indígenas era supervisada por los mestizos que actuaban como capataces en el área rural, o se desempeñaban como artesanos o buhoneros en los pueblos. Los obrajes de añil funcionaban en las planicies de León y Chinandega, aunque el producto no era tan competitivo como el índigo salvadoreño. A los indios les estaba vedado beneficiarse del cultivo y su labor proscrita en el proceso de extracción del tinte.³

Algunos indígenas tenían a cargo cierta actividad artesanal, como la fabricación de mecates de cabuya, la tintura de los paños de algodón, trabajos de alfarería, cestería y curtiembre. Eran además acarreadores de agua, zacate, leña, fardos de tabaco, brea. También se les utilizaba como carreteros, muleros, tayacanes, canteros, etc. Al respecto de los múltiples servicios que proveían los indígenas, el historiador nicaragüense Germán Romero escribe lo siguiente: “Paradójicamente, a pesar de su aportación al sostén de la economía de la provincia en que vivía, el indio, en tanto que individuo, no tenía prácticamente nada”.⁴

El cacao de Rivas gozaba de excelente reputación y demanda; su calidad lo hacía competir con el de Soconusco y Matina. El pueblo del Valle de Nicaragua fue elevado a categoría de villa en la primera mitad del siglo debido a la prosperidad del cultivo. Hacia el año de 1778 la tercera parte de la población española urbana del país se había mudado a la floreciente villa, entonces rodeada por más de trescientas plantaciones de cacao.

El cultivo de los frutales y huertos se benefició con la introducción de ciertos árboles como el de tamarindo, la fruta de pan y el mango, además de algunas especies como la canela y pimienta negra. La caña de azúcar también tenía su importancia: algunos regadíos y trapiches existían en las vecindades de León, pero el procesamiento estaba orientado principalmente a la obtención de aguardiente. El tabaco en el norte del país sufrió de serias limitaciones, llegando hasta prohibirse el cultivo en Segovia para reducir el contrabando con las posesiones inglesas del río Tinco y Cabo Gracias a Dios.⁵

³ Lejos de ser una provisión discriminatoria, la medida evitaba que los indios machacaran con sus pies las hojas del jiquelite y padecieran de una enfermedad de la piel que se adquiría por el continuo contacto con la tintura.

⁴ Ver libro de Germán Romero Vargas. p. 85.

⁵ Una interesante relación sobre la producción colonial del país la ofrece Linda Newson en su libro: *Indian Survival in Colonial Nicaragua*. Capítulo 13.

La ganadería, por otra parte, se mantuvo en franca expansión y fue un gran factor de colonización hacia la región central del país, donde los pastos permanecían verdes por mayor tiempo. El área de potreros se incrementó hacia el borde de la selva, a despecho de las frecuentes invasiones enemigas a los pueblos de Matagalpa y Chontales. Esta última región se abrió como más propicia para la crianza del astado. A mitad del siglo contaba con cien mil cabezas de ganado. Una de sus haciendas—La Jaén—entre los ríos Oyate y Tepeneguasapa poseía un tercio de esa población vacuna, distribuida en mil caballerías de tierra, (unas 41,000 hectáreas). De Chontales salían los hatos a las ferias de Chalchuapa y Jalpatagua, en El Salvador y Guatemala, no obstante las distancias y riesgos que imponía la jornada. Problemas como el destace local, la morriña y el abigeato siempre pusieron limitaciones al desenvolvimiento pleno de esta noble actividad.

Las industrias de Nicaragua en el siglo XVIII consistían principalmente en la elaboración o extracción de cueros, sebos, mecates, hilados, lonas, resinas, tinte de caracol, etc., realizadas por los indígenas en pago de tributos. La industria de la ropa de algodón, sin embargo, decreció a mediados del siglo cuando se suspendió la obligación de las mujeres indígenas de pagar con hilados el tributo.

La visita pastoral de Morel de Santa Cruz

Una interesante y valiosa relación sobre la situación de los pueblos de Nicaragua a mitad del siglo fue escrita por el obispo Pedro Agustín Morel de Santa Cruz, quien asumió la sede episcopal de Nicaragua y Costa Rica entre 1751 y 1753. No obstante su corta permanencia en el país, (pues fue nombrado obispo de Cuba poco después), ocupó buena parte de su tiempo en visitas a los pueblos de la diócesis en ambas gobernaciones.

Diligente fue el obispo en evaluar el estado de las iglesias, atención religiosa y devoción de la feligresía. Realizó en efecto un minucioso examen del estado de los templos, altares y ornamentos. Evaluó la situación de las doctrinas en cada lugar visitado. Promovió procesiones de penitencia donde los fieles se mortificaban cargando cruces o dándose con un flagelo. Confirmó y sermonó a multitud de fieles, la mayoría de los cuales no había visto nunca a un dignatario eclesiástico de tal categoría.

En cada población visitada el obispo determinó el número de casas de teja y de paja, las familias que las habitaban y las personas “de confesión y comunión”. El prelado fue posiblemente uno de los primeros en levantar estadísticas sobre la población de Nicaragua, adelantándose

con sus cifras al censo ordenado por el gobierno español para todo el Reino de Guatemala veintiséis años después, el cual arrojó unas 107,000 personas en la parte de Nicaragua sometida a la jurisdicción española.

La *Relación* de Morel de Santa Cruz ofrece además interesantes descripciones sobre la geografía física, el clima, el suelo, la producción en cada uno de los sitios visitados. En algunos de los párrafos muestra el obispo su rigor de estadístico, tal cuando hace el inventario de las haciendas y plantaciones de Rivas, con sus cinco trapiches, 21 hatos, 310 haciendas de cacao, 677,730 “casas de cacao nuevas y fructíferas que a razón de dos árboles cada una componen un millón trescientos cincuenta y cinco mil cuatrocientos cincuenta árboles de cacao”.⁶

Las descripciones no carecen de cierto elegancia literaria. El obispo, por ejemplo, al elogiar la bondad y vigor del clima de León a pesar de la calidez estival del lugar, anota lo siguiente: “Las aguas son también delgadas y provechosas: el cielo despejado y alegre, y por último el temple en medio de suspensiones es tan saludable, que se halla autorizado de muchas canas y edades muy avanzadas”.

Después de ocho meses de misionar por la diócesis, Morel de Santa Cruz envió al rey de España, Fernando VI, una completa relación de su visita apostólica, a la cual también describe como “Topográfica, Histórica y Estadística de todos los Pueblos de Nicaragua y Costa Rica”.⁷

Según se deduce del itinerario escrito en la relación, el prelado ingresó a Nicaragua en enero de 1751 después de haber visitado Costa Rica, cruzado por una montaña de ocho leguas “muy áspera y enfadosa” y vadeado repetidamente un río, (obviamente las faldas del volcán Orosí y el río Sapoá), donde daba comienzo entonces la provincia. Luego de recorrer los pueblos del fértil valle de Rivas, quedarse en Granada por dos meses, entretenerse en los pueblos indígenas de Masaya, del actual Carazo y de Managua, arribó a León en septiembre del mismo año donde fue recibido con muchas demostraciones y regocijo de los feligreses.

Cuatro meses después, el obispo viajero volvió sobre sus pasos hasta Granada, donde manifestó su deseo de navegar por el lago de Nicaragua, “[...] una laguna que merece ser colocada en el catálogo de las más célebres del universo”, pasar al río San Juan y visitar la fortaleza de El Castillo. De regreso desembarcó en las islas de Nancital y se dirigió a

⁶ La tradición del cultivo del cacao en la región de Rivas se remonta al tiempo cuando los Nicaraos arribaron al lugar en el siglo XII D.C.

⁷ Las citas a continuación son tomadas de la *Relación* de Morel de Santa Cruz, reproducida en la *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*. No. 82. Julio, 1967.

Acoyapa y otros pueblos de Chontales que habían sufrido recientes ataques de las hordas zambo-misquitas. Luego se encaminó hacia el norte por los pueblos de Matagalpa y Segovia hasta los confines de Jalapa, también amenazada por los Jicaques de la montaña. De vuelta a León pasó por varias poblaciones, entre ellas Somoto, El Sauce, Chinandega y El Realejo, arribando a la sede episcopal en agosto de 1752 después de siete meses de ausencia.

Las visitas pastorales del obispo Morel de Santa Cruz resultaron en una inolvidable experiencia, en especial para aquellos pueblos nunca antes recorridos por un dignatario eclesiástico. En su itinerario por llanos y montes, subiendo cuevas y vadeando ríos, venían los fieles a recibirle en procesión, con cruz y estandarte, arcos y flores, tambores y chirimitas, al ruido de los vítores y explosión de “boladores”. Asombraba al prelado aquel gentío que salía por los caminos al “tope” de su obispo, sentado en su silla, cargada en andas sobre los hombros de devotos penitentes, en medio de feligreses que se disputaban el honor de alcanzar la mano del prelado para besarla, o de la gente que salía de sus chozas a regar flores o permanecer de rodillas en espera de una bendición al paso del cortejo episcopal.

Escribe el obispo:

“En suma no se si darían pueblos más dulces y reverentes hacia su Prelado: varias veces he firmado y ahora lo repito, que los más civilizados y sometidos, se contentarían con igualarlos... Parecíame en cada pueblo, que en otro ninguno se me tributarían iguales honores, ni expresiones más particulares de afecto”.

No es posible aquí reproducir toda la riqueza informativa que el obispo Morel de Santa Cruz anotó durante sus dos visitas pastorales. Por primera vez se encuentra en la crónica una descripción sistemática de los principales pueblos de Nicaragua. Sus observaciones valen como pioneras para esas poblaciones casi borradas de la historia colonial del país, no obstante haber transcurrido casi dos siglos y medio entre la conquista y la visita pastoral.

Se incluye, a continuación, una breve descripción que sobre cada pueblo dejara el obispo encuestador y periodista, destacando los comentarios relativos a las más interesantes y curiosas observaciones durante su visita.

Rivas, Ometepe y Granada a mediados del siglo XVIII

Siguiendo el orden cronológico del itinerario pastoral, Morel de Santa Cruz describe las poblaciones siguientes:

La Villa de la Purísima Concepción de Rivas, en el antiguo Valle de Nicaragua, fue elevada a esa categoría el 27 de julio de 1717 por el Presidente de Guatemala, el Maestro de Campo Don Francisco Rodríguez de Rivas, cuyo segundo apellido la pujante población adoptó. No obstante, tuvo su embrión unos cien años antes cuando ciertos granadinos se trasladaron al Valle para mejor atender sus haciendas de ganado y plantaciones de cacao. Los vecinos visitaron al Capitán General en Guatemala al tiempo que habían levantado la primera iglesia en el Valle, que luego fue erigida en parroquia con su cura. Rodríguez de Rivas les autorizó además a formar cabildo y nombró alcaldes y otras autoridades.

Cuando el obispo Morel la visitó, treinta y cinco años después, la población estaba floreciendo: tenían templo de tres naves, plaza, casas de ayuntamiento con portales, cuatro calles en cuadro y cien casas de tejas. La rodeaban doce villorrios, conocidos con título de barrios: Aposonga, San Esteban, Popoyuapa, Potosí, Apompuá, Obraje, Buena Vista, San Antonio, Nagualapa, Chiata, Los Cerros y San Juan de Tola. Formaban en conjunto “[...] una hermosa y continuada población de caseríos y haciendas de cacao”, que se extendían por cuatro leguas y que según el obispo contaban con 4,534 personas “de confesión y comunión”.

La vida económica de la región dependía principalmente del cacao, la ganadería, algunos trapiches, salinas y caleras.

El Pueblo de Nicaragua, (hoy San Jorge), era la antigua residencia del cacique Nicaragua. Consistía en una población de indios, ladinos y algunos españoles: 1,561 habitantes en total, dedicados al cultivo del cacao, a labrar madera de finísimos cedros y teñir con múrice las fibras de algodón. El pueblo parecía no beneficiarse de su posición a orillas del lago de Nicaragua, pues según el obispo “[...] su situación podría ser las más divertida, porque el terreno es llano y a tres cuadras termina en la laguna; pero el monte le priva de la hermosa vista de ella y hace melancólico el lugar”.

La Isla de Ometepe, de nueve leguas de largo y cuatro de ancho, tenía dos poblaciones: Moyogalpa, “a tiro de fusil” del lago, era un caserío de ladinos con no más de sesenta personas; Astagalpa, (nombre convertido luego en Altagracia), y la vecina parcialidad de Cosonigalpa (Cosolingalpa) estaban separadas por una calle. No obstante la vecindad entre ambas, la primera era cálida y la otra templada, al extremo de criarse en ésta árboles de paste. La población sumaba unas 85 personas entre indios y ladinos, los cuales hablaban la lengua náhuatl, como sus antecesores del tiempo de la conquista.



Figura 43.- Iglesia de La Merced, herencia de la arquitectura colonial en Granada. (Squier).

La población de la entera isla era mayor que la sumada de sus dos pueblos, pues el obispo logró confirmar a 586; posiblemente incluía a todos los moradores que tenían la edad y aprovecharon la visita del prelado para recibir el sacramento. Los isleños eran hombres robustos y más capaces en la navegación que los de tierra firme. En el otro extremo de la isla existía una reducción (San Francisco de La Madera) formada por 39 Caribes Solentinames, establecida pocos años antes de la visita de Morel. Un documento fechado veinte años después cita a estos indios quienes, para no pagar tributo, escaparon de la isla y fueron a establecerse a la hacienda La Jaén, en la costa de Chontales, junto a la desembocadura del Tepenaguasapa.⁸

La riqueza de Ometepe consistía en ganado, cacao, maíz, verduras, árboles frutales y una especie de junco con que los indios elaboraban cier-

⁸ Documento A.I. 12.1 (5) 1772 MS 642-78. Archivo General de Centroamérica, Guatemala.

tos artículos que llevaban a vender a Granada. Menciona Morel de Santa Cruz que la isla no poseía sabandijas ni animales ponzoñosos.⁹

La visita del obispo a Ometepe debió haber constituido un hecho sin precedentes en la historia de la isla, a juzgar por las manifestaciones de pesar que los feligreses le expresaron a la hora de la partida: “Me despedí de ellos y les dí mi bendición: acompañaronme hasta la playa tan llorosos y penetrados del dolor de mi ausencia, que no contentos con besarme la mano en tierra se arrojaron a la laguna a lograr segunda vez el gusto que manifestaban con semejante función”.

Con viento flojo en la mañana y tempestad por la tarde, desembarcó el obispo en Granada después de once horas de navegación.

Granada estaba en medio de un llano arenoso y seco; su clima cálido era mitigado por la brisa lacustre. Tenía ocho calles —siendo la principal la de Jalteva, de ocho cuadras— con cuatrocientas casas de teja y doscientas de paja. La población urbana y los alrededores sumaban 5,058 habitantes de confesión y comunión. La ciudad estaba dotada de siete iglesias; la más elegante era la parroquia, de cal, piedra y ladrillo, frente a la plaza. Poseía una torre con cuatro campanas y un reloj “de horas y medias” que se escuchaban por toda la ciudad.

Morel de Santa Cruz describe con mucho detalle iglesias y conventos, altares, ornamentos, así como otras instalaciones para el servicio de los desamparados. También se refiere a los edificios públicos, entre ellos el ayuntamiento con sus portales frente a la plaza mayor, el cual llenaba las funciones conjuntas de cabildo, cárcel y carnicería, sin contar con el mercado de verduleras y otros expendios instalados bajo los portales.

Morel de Santa Cruz opinaba: “Esta ciudad sería sin duda la más opulenta del Obispado a no haberle acaecido la desgracia de ser saqueada tres veces, las dos por el mencionado río de San Juan, la tercera fue por Escalante”.¹⁰

Comenta también el obispo que debido a la presencia de Zambos y Misquitos cerca de la desembocadura del San Juan, el comercio de Granada había decaído en los veinte años anteriores a su visita. La solución

⁹ La ausencia de animales carnívoros en la isla volcánica de Ometepe se debe obviamente a su origen geológico reciente, posterior a la formación del gran lago. Algunos mamíferos, como venados, monos y armadillo, fueron llevados seguramente a la isla por los primeros pobladores. Otra fauna terrestre de menor estampa —incluyendo una especie de coral— debió arribar en balsas de vegetación flotante, descargadas por los ríos de Chontales durante las inundaciones y empujadas por los vientos alisios en dirección a la isla.

¹⁰ Ver Capítulo XII de esta misma obra.

de proveer escolta militar a los barcos comerciantes, o más bien a las “chatas” que navegaban por el río, era costosa en relación al lucro que el negocio producía. Dos galeras que se habían construido para tal efecto yacían ociosas, salvo por el viaje que cada dos meses realizaban al río cuando llevaban provisiones a la guarnición acantonada en la fortaleza.

A consecuencia de haberse cerrado para el tráfico la ruta del Caribe, los mercaderes granadinos se suplían de Guatemala, de donde les venían artículos de vanidad: “Tienen sus casas adornadas de pinturas primorosas con marcos dorados y las demás alhajas correspondientes; ruedan calesas, se ven pelucas, brocados, tiznes, franjas y un tren muy aparentado. No sé, en fin, si las apariencias se conforman con las realidades”.

En la jurisdicción de Granada existían 11 trapiches para moler la caña de azúcar, 52 fincas de ganado, 20 plantaciones de cacao y 18 chacras, labores de maíz y otras sementeras.

Los pueblos Dirianes

El obispo pasó a visitar las poblaciones vecinas de Granada, entre ellas los pueblos gemelos de Diriá y Diriomo, una colección de chozas pa-



Figura 44.- La iglesia de Subtiava, uno de los templos más antiguos del país, considerada como la “Dama del Obispado” por Morel de Santa Cruz. (Squier).



Figura 45.- El obispo Morel impulsó la construcción de la gran catedral de León, iniciada por su predecesor en 1747, pero se requirieron 70 años para concluirla. (Menocal-Comisión Canalera).

jizas entonces separadas por cinco cuadras. Estaban situados en un llano montuoso, donde cultivaban sus sementeras los indios —posibles descendientes de los antiguos chorotegas— siendo la población de 238 y 713 habitantes respectivamente. Durante la revista pastoral el prelado advirtió el deterioro de ambas iglesias, maltratadas por un terremoto acaecido en 1739 que las dejó en un estado “que respira indecencia y pobreza”.

Nandaimé era un pueblo de indios y ladinos, con algunos mulatos que servían en el regimiento, completando una población de 604 en total. El ambiente de los alrededores era montuoso, cálido y húmedo. Un ojo de agua perenne abastecía a los moradores y la actividad agropecuaria era una extensión de lo que producía Granada.

Jinotepe y *Diriamba*, entonces modestos villorrios, tenían unos 300 moradores cada uno, distribuidos en unas cincuenta casas pajizas por cada lugar. Las iglesias, bajo los titulares de Santiago y San Sebastián respectivamente, estaban a medio levantar, pero ofrecían al menos sacristía de tejas. El clima en ambos lugares era frío y húmedo; en el verano se secaban los ojos de agua, teniendo los moradores que abastecerse de un río situado a dos leguas y media. Los diriambinos beneficiaban el hilo de algodón, tiñéndolo con el tinte de un caracol de las costas del Pacífico.

Los tres siguientes pueblos visitados, *Masatepe*, *Jalata* y *Nandasmo*, tenían una población de 700, 70 y 135 personas respectivamente. El obispo se dedicó a constatar el estado de sus iglesias, por lo general pobres y escasas de ornamento. El clima de entonces era frío y húmedo, pero saludable por los vientos que despejaban el cielo. Sufrían los moradores la molestia de bajar por los barrancos para tomar agua de la laguna de Masaya, esfuerzo únicamente compensado por la buena pesca que levantaban de sus aguas.

Niquinohomo y los dos *Namotiva* (*Catarina* y *San Juan de Oriente*), eran pueblos de indios de 1,093, 900 y 229 habitantes cada uno. Contrariamente al estado maltrecho de los otros templos visitados, la iglesia de Niquinohomo era “en el ornato y decencia la primera del obispado”, de tres naves, con retablos dorados, ornamentos de oro, sagrario y baldquín de plata muy pulidos y costosos.¹¹

Junto a estos pueblos, donde existían algunos trapiches y sementeras, se encontraba la laguna de Apoyo: “[...] su agua es salada como la del mar —indica el obispo— con quien se comunica por algún conducto subterráneo, respecto de haberse encontrado en ella cables y otros despojos de embarcaciones, siendo así que ni aún canoas la trafican”.

El pueblo de *Masaya* era muy populoso, con 6,024 habitantes, la gran mayoría indígenas, organizados en cuatro barrios o parcialidades: Diriega, Monimbó, San Sebastián y Guillén. Tenía 31 casas de tejas y 1,235 ranchos pajizos esparcidos entre árboles y platanares. El gobernador (o más bien Corregidor) residía en la ciudad, asistido por un alcalde de ladinos y cuatro de indios.

La laguna del mismo nombre se abría a las orillas, con dos leguas de extensión y una de anchura; de sus aguas se suplían los habitantes con mucho trabajo. En la jurisdicción existían catorce haciendas de ganado, diez estancias de chagüite, maíz, algodón y cinco trapiches.

Unas seis mil personas “de todos colores” vivían en el siguiente pueblo: *Nindirí*, que constaba con 250 ranchos pajizos metidos entre árboles y platanares. Los moradores también extraían el agua de la laguna vecina, bajando por los farallones que la circundan. Los alrededores estaban sembrados de pequeñas huertas escasamente cultivadas con maíz, verduras y frutales; no existía más hacienda de ganado que la de Cofradías.

¹¹ La iglesia de Niquinohomo fue construida en 1689 y es una de las más grandes y mejor conservadas, (si no la más antigua todavía en pie), de la época colonial.

La jurisdicción de *Nindirt* abarcaba desde el cerro Coyotepe hasta el Malpais (hoy Piedra Quemada), y desde el trapiche de El Zapotal hasta el cerro del Potrero: “éste es un volcán que en el siglo pasado reventó y arrojó gran cantidad de fuego; al presente se descubren sus ruinas y a la falda se coge azufre en abundancia”.¹²

Un pueblo de pescadores llamado Managua

“Su situación es lo más alegre y deleitable que puede contemplarse —describe el obispo Morel a su llegada a la siguiente población— tiénenla a las orillas de una laguna que a la primera vista parece el mar... Los naturales de Managua defienden como regalía propia el ejercicio de la pezca en las riberas de su pueblo”.

La jurisdicción de *Managua* corría a lo largo de la costa sur del lago, desde el volcán Momotombo hasta Tipitapa, por donde las aguas salían rumbo al lago de Nicaragua. Según el obispo éstas no estaban sujetas a crecientes ni menguantes, pero en tiempo de tormenta las olas se agitaban como las del mar. Para evitar las zozobras que con frecuencia sufrían los barcos de vela y remo en el lago grande, los “callucos” en el de Managua no se aventuraban muy adentro, pescando sin apartarse de la ribera.

La población se iniciaba junto a la misma playa. La iglesia parroquial distaba una cuadra de la ribera; consistía de tres naves sobre horcones, con paredes de adobe y techo de tejas, siendo el apóstol Santiago el santo “patrono” del pueblo. Carecía el templo de torres, como sucedía en casi todas las iglesias de los pueblos pobres, de modo que las campanas colgaban de una solera en un cobertizo lateral. Otras iglesias eran las de Veracruz, San Miguel, San Mateo y San Sebastián, que servían a los barrios de Telpaneca, Cuastepe y Masagalpa, cada uno con su propio alcalde. Las casas de tejas eran nueve, incluyendo la que servía de cabildo; el resto, unas 450, chozas de paja dispersas. La población la formaba una mezcla de ladinos e indios, sumando en total 4,410 habitantes.

Estaba el pueblo situado en un llano plano, cálido y seco. La temperatura era templada por la brisa lacustre que corría después de mediodía, pero al caer la noche el calor apretaba con los “vapores de fuego” que

¹² Se refiere a la erupción del volcán Masaya en 1670, cuando una corriente de lava rebasó el cráter occidental, (hoy llamado Nindirt), bajando unos tres kilómetros sobre la ladera norte del cono. Sus restos pueden observarse a la derecha de la cuesta que actualmente asciende hasta el borde del moderno cráter Santiago. Esta colada de lava no debe confundirse con el más extenso derrame de Piedra Quemada que tuvo lugar en 1772.

el obispo creía tenían su origen en el volcán Momotombo. El prelado también menciona las seis lagunas en las cercanías de la población, sin dar sus nombres. Dos eran de agua salobre (Apoyequé y Nejapa) y cuatro dulces (Tiscapa, Asososca, Acahualinca y Jiloá).

En el camino hacia León el obispo visitó tres poblados. El primero, *Mateare*, a seis leguas de Managua, situado también junto al lago; lo habitaban unos 90 indígenas. Presentaba la costa tan cubierta por el monte que el obispo ordenó despejarla para que la brisa refrescara el lugar. Cinco leguas más allá estaba *Nagarote* y un poco más adelante *Pueblo Nuevo*, (San Nicolás, hoy La Paz Centro, fundada en 1651), con 311 y 214 habitantes respectivamente entre indios y ladinos. Las iglesias eran de tejas y de tres naves, pobremente arregladas. En los alrededores existían 62 haciendas de ganado y un trapiche.

En la vieja Subtiava y en la nueva León

Vecina a la ciudad de León estaba *Subtiava*, antigua población de indios Maribios, junto a la cual se fundó la nueva ciudad después que un terremoto destruyera en 1609 el primer asentamiento fundado por los españoles.



Figura 46.- La iglesia parroquial de la Asunción de Diriéga, en Masaya, presenta una torre desproporcionada, según opinaba el obispo Morel de Santa Cruz, con un cimborrio de bóveda. (Menocal-Comisión Canalera).

Al tiempo del arribo del obispo Morel de Santa Cruz la ciudad se había extendido hacia el oeste e incorporado a Subtiava como un barrio, con sólo una calle interpuesta (llamada La Ronda), “que las divide en lo espiritual y temporal”, según observaba el obispo. No obstante, Subtiava era entonces cabecera de Corregimiento, con 874 casas pajizas dispersas, 6 iglesias y 4,120 personas de confesión y comunión. Su templo parroquial, (terminado en 1710), era el más grande y capaz de todo el obispado, en esa época cuando la construcción de la gran catedral de León estaba en sus arranques. Con la acostumbrada minuciosidad con que describía las iglesias que visitaba, Morel menciona la de Subtiava de la siguiente manera:

“La parroquial tiene por titular a San Juan, y es la más capaz y primera del obispado. La capilla mayor, laterales y bautisterio son de bóvedas con bastante elevación y amplitud: el cuerpo consta de tres naves: la principal, situada sobre horcones de cedro y las dos en paredes de adobes; el techo es de madera y tejas. Ocho altares, cuatro capillas y su sacristía con mucho aseo: retablos, frontales dorados, ornamentos, torre, portada muy lucida y su cementerio con gradas y enladrillado. Dos torreoncitos a modo de garita situados en la frente que mira a la plaza, la agracian mucho: con efecto, toda ella es tan primorosa que podría servir de catedral”.

Los diezmos de los píos habitantes de Subtiava por misas y otros servicios religiosos eran tan abundantes “que este curato por ser el más pingüe, es considerado por la Dama del Obispado”, señala Morel. No obstante ser la parroquia más sobresaliente de la Diócesis, el obispo se quejaba de la poca instrucción religiosa de los subtiaveños y del atropello que hacían del idioma español.

Frente a la iglesia se encontraba la plaza mayor, rodeada en los otros tres lados por las casas del cabildo, del cura y del corregidor. Estaban construidas de adobes y teja, con corredores a la plaza, “[...] cuya vista es alegre y el único desahogo que tiene la ciudad para su diversión”.

La ciudad de León había sido fundada junto a un árbol de guásimo en enero de 1609 por los moradores que desampararon el primer establecimiento. Se encontraba en un llano seco y tan cálido en el verano “[...] que desde el mediodía hasta las doce de la noche, corre un ambiente que huele a fuego”, al cual contribuían tres volcanes vecinos, Momotombo, Telica y Viejo, según la creencia del obispo; “el resto de las demás horas da sus treguas para respirar”. A esta incomodidad se agregaban “los truenos y rayos que en el invierno eran tan continuos y terribles que no había valor para resistirlos” y los terremotos que obligaban a los habitantes a dejar sus casas y refugiarse en cobertizos improvisados.

La catedral que conoció y describió Morel había sido levantada después del ataque de los piratas en 1685. Su arquitecto fue un prisionero

capturado por los leoneses durante aquel evento. Por ser poco espaciosa y oscura, el obispo anterior habían iniciado en 1747 los trabajos para erigir un templo más digno, demoliendo progresivamente la vieja estructura para dar paso a la nueva catedral.

Entre los otros edificios que adornaban la ciudad figuraban los templos de San Francisco, La Merced, San Juan de Dios, San Juan, San Nicolás, El Calvario, San Sebastián y San Felipe, además del Palacio Episcopal, el Colegio Seminario y las casas del Ayuntamiento, la Contaduría y Sala de Armas. Algunas de las iglesias y edificios son descritos por Morrel de Santa Cruz con cierto detalle. El seminario o Colegio de San Ramón, erigido por el obispo Navas y Quevedo en 1680 estaba integrado por un rector sin pago, un maestro de gramática, un catedrático de moral y ocho estudiantes pensionados. La cátedra de filosofía fue establecida y pagada por el obispo, quien agrega: “El Colegio solamente lo ha sido en el nombre y por este motivo ha rendido poca utilidad a la Catedral, a la República y a la Juventud”. Aquellos que realmente querían aprovecharse de estudios formales tenían que trasladarse a Guatemala a un costo excesivo.

El cuadro urbano de la ciudad lo formaban nueve calles y once avenidas, siendo la principal la que corría de El Calvario a Subtiava, “en que

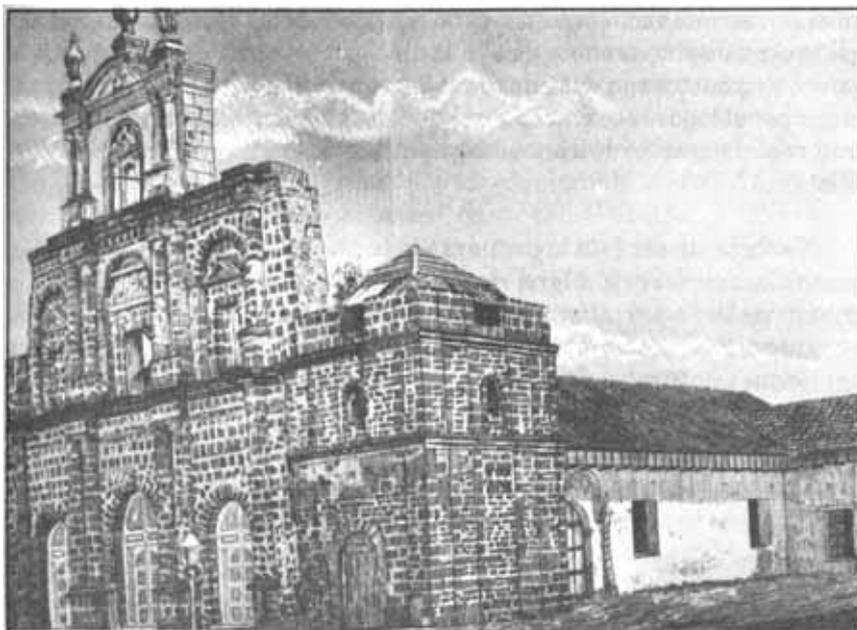


Figura 47.- El templo parroquial de Santiago de Managua se alzaba donde hoy están las ruinas de la Catedral Metropolitana. (Menocal-Comisión Canalera).

asiste el bullicio de las gentes y vendedores”, por donde rodaban los coches de los más pudientes. La población de confesión y comunión sumaba 5,438 habitantes. Los vecinos, de carácter ahorrativo, vestían con moderación y mantenían descuidado el ornato de sus casas. La tacañería de algunos es denunciada por el obispo en la siguiente confesión: “Ultimamente, para ser confirmados, se debía traer una vela con su cinta y un real: ni real, ni cinta, ni vela, ni cosa alguna he recibido; y como no les cuesta, ninguno se ha quedado sin este sacramento”.

Por otra parte, lo colectado en las visitas pastorales apenas bastaba para pagar a los que cargaban en andas al prelado. Como buen estadístico y administrador Morel llevaba una detallada contabilidad de la curia, del pago de los clérigos, el gravamen de las misas y los diezmos de los fieles de todas las parroquias de la diócesis, según deja traslucir su puntillosa *Relación*.

En la jurisdicción de León existían 23 trapiches, 142 hatos de ganado, gran número de sementeras y labores de maíz, frijoles y arroz.

Viaje al río San Juan y a Chontales

Después de permanecer cuatro meses en la sede de León, poniendo en orden asuntos concernientes a la buena marcha de la curia, el infatigable obispo salió en enero de 1752 rumbo a Granada, donde zarpó en la galera de abastos con destino al río San Juan. Tres días después de navegar por el lago ancló en el puerto de Los Sábalos, aguas abajo de la entrada del río; trasbordó a una piragua que lo llevó a la fortaleza de El Castillo.

No obstante ser ésta la primera visita que un obispo realizaba al río, poca información dejó Morel de Santa Cruz sobre el lugar, dedicando gran parte de la narrativa a los problemas de llevar la ayuda espiritual a la guarnición en tan remoto sitio. El obispo se refiere brevemente a las condiciones naturales del río en la parte que navegó:

“[...] ésta no tiene más diversión que la pezca por ser abundante el pez; en lo demás es melancólica a causa de que los montes son espesos y elevados: las lluvias continuas y los calores enfadosos: últimamente, el río cuyas aguas son gruesas pero sanas, carece de riveras y si por necesidad se toma la tierra es con el sobresalto de ser insultados de alguna víbora”.

De regreso al puerto de Los Sábalos el obispo abordó la galera y una vez alcanzado el lago de Nicaragua navegó a vela desplegada a lo largo de la costa de Chontales. En cierto lugar la embarcación fondeó y se atas-

cópor la impericia del timonel, costando no poco esfuerzo y tiempo sacarla del escollo. Aprovechando la brisa matutina desembarcaron sin más novedad en el puerto de Nancital.

Transportado en andas por las llanerías secas de Chontales, después de recorrer siete leguas, el obispo arribó a San Sebastián de *Acoyapa*, villa de españoles y ladinos, con cuatro casas de teja y 79 de paja. La iglesia era de adobes, de tres naves sobre horcones, con poco ornato. Dos compañías de 138 soldados defendían el poblado de posibles amenazas de los enemigos “caribes”, que salían de la montaña distante unas pocas leguas. En la villa y haciendas vecinas vivían unas 1,200 personas que concurren a la procesión de penitencia con que sellaba sus visitas el prelado.

Pasó luego el obispo a visitar los caseríos indígenas de *Lóvago* y *Lovigüisca*, que sumaban 198 y 258 habitantes respectivamente. Estos lugares habían sido asaltados por los Zambos y Misquitos en varias ocasiones, a tal extremo que los pobladores dejaron sus antiguos asentamientos para establecerse en las inmediaciones de *Acoyapa*, sobre un llano abierto para poder detectar a tiempo las incursiones del enemigo. Por esa razón les servía de iglesia un rancho de paja sin sacristía, con un solo altar.¹³

Juigalpa de la Asunción era un pueblo de indios y ladinos con 34 ranchos y 224 personas de confesión y comunión, una tercio de las cuales formaba una compañía de montados, fusileros y lanceros para la defensa del lugar. En la jurisdicción habitaban unas mil personas al cuidado de 83 haciendas de ganado, tres trapiches y gran número de labranzas. El pueblo tenía una iglesia sin torre, de tres naves y sacristía sobre horcones, con paredes de adobe. Su estado era tan deplorable que “[...] cuanto en ella se toca es indecencia y pobreza”, afirmaba el obispo.

San Bartolomé de *Comalapa* era otro pueblo de indios, con 16 ranchos, localizado sobre un terreno pedregoso y montuoso, rodeado de cerros. Al tiempo de la visita pastoral de Morel de Santa Cruz la población sumaba 484 personas, incluyendo a los vecinos de San Francisco de *Camooapa* que habían sufrido una invasión reciente de los Zambo-Misquitos y Caribes y buscado refugio en el pueblo. La zozobra en el lugar era tal que el cura se retiraba todas las noches con las sagradas formas a una hacienda vecina. No mejor suerte le cupo al pueblo de Santiago de *Boaco* que fue sorprendido por el enemigo en aquella ocasión, obligando a la

¹³Estos pueblos fueron invadidos por los Zambos, Misquitos y Caribes en 1747. Morel de Santa Cruz menciona que los asaltantes se llevaron prisioneros a varios indios de ambos sexos. Posteriormente volvieron a ser invadidos en 1756, 1762 y 1782, lo que determinó la extinción de Lovigüisca.

población, unos 700, a dejar el lugar y buscar refugio cerca del pueblo de *Teustepe*.¹⁴

San Pedro de *Teustepe* estaba poblado por unos 500 españoles y ladinos; tenía una cierta relevancia en aquel siglo. Su iglesia era mediana, de tres naves, de adobe y teja. La rodeaban unas 40 casas pajizas en medio de un terreno pedregoso, quebrado y lleno de monte. El clima del pueblo, como el de los atrás descritos, era cálido y húmedo pero saludable. La ganadería y diversidad de sementeras constituían la actividad económica más común en todas esas jurisdicciones.

Por las tierras de Matagalpa y Segovia

Subiendo y bajando cuestras por quince leguas entre mesetas pedregosas arribó Morel de Santa Cruz y su comitiva al pueblo de San Pedro de *Metapa*, habitado por españoles, ladinos e indios. Las casas, casi todas de paja, eran unas 120 y los moradores de confesión y comunión 349, más otro tantos formando el regimiento. A la procesión de penitencia asistieron, sin embargo, más de 2,600 personas. La iglesia de tres naves, de adobes y teja necesitaba de más cuidado. Las chozas estaban desparrramadas en un llano cubierto de hierbas y monte, de modo que el obispo trazó un plano urbano para que los vecinos formasen una plaza y cuatro calles, que fueron bautizadas como San Pedro, San Pablo, San Andrés y Santiago. En los alrededores existían 59 haciendas de ganado, 66 trapiches y gran número de labranzas.

El siguiente pueblo visitado fue *Sébaco*, que en tiempos anteriores llegó a tener hasta 13 barrios y era cabecera de corregimiento. La población había venido a menos porque estaba plagada de brujos que hicieron del envenenamiento el arte de la venganza. Apenas quedaban 36 ranchos de indios y dos de ladinos y 250 personas de confesión y comunión. No es raro que más de 900 de los moradores de la jurisdicción buscaran ser confirmados por el obispo. La iglesia, consagrada a la Purísima Concepción, era de tres naves con sacristía de adobe y tejas, altares de alguna decencia.

Matagalpa se encontraba situada a media legua de la montaña, en terreno desigual y montuoso, gozando de un clima fresco. Además de la parcialidad homónima la formaban los barrios de Solingalpa y Molagüina. Entre sus haberes estaban una iglesia de tres naves, dos ermitas, 294 casas pajizas y 1,903 personas de confesión y comunión. Como vecina a

¹⁴ Sobre el asalto al pueblo de Boaco ver el Capítulo anterior.

la montaña la defendía un regimiento armado con dos cañones, 87 fusiles, 43 mosquetes, 12 sables, 48 bayonetas y 107 lanzas, según inventario del meticoloso obispo. Unas dos mil personas concurren a la procesión de penitencia, lo que indica una población relativamente densa en su jurisdicción en aquella época.

Saliendo de Matagalpa, el obispo visitó de paso el pueblo de *San Ramón*, sin más notoriedad que una iglesia de paja y cien indios. Tras siete leguas de trabajoso camino, atravesando lomas y pedregales arribó a *Muymuy*, situado sobre una sabana llana, fresca y alegre, con una iglesia muy pobre, cuarenta ranchos dispersos y unos 800 indígenas en los alrededores. Estos eran —dicho sea de paso— los descendientes de aquellas tribus selváticas que en el siglo anterior habían salido de la montaña para someterse voluntariamente a los españoles.

Cuenta el prelado que el pueblo se encontraba anteriormente situado a cinco leguas en dirección a la montaña, pero tuvo que mudarse a un nuevo lugar después de sufrir tres invasiones enemigas. Los moradores vivían en continua zozobra, con centinelas de avanzada para no ser sorprendidos por los Zambos y Misquitos. El obispo adelanta el siguiente comentario al respecto: “causa compasión contemplar estos miserables arrojados de sus casas y posesiones, con sus parientes prisioneros sin esperanza de verlos y con el justo temor de ser invadidos y experimentar la misma fatalidad”.¹⁵

De regreso a Matagalpa, Morel de Santa Cruz se encaminó a San Juan de *Jinotega* por un camino fragoso de cuevas y piedras. El pueblo estaba en el rincón de un valle, azotado por el viento frío que bajaba de la montaña inmediata. El asalto perpetrado por el enemigo diez años antes de la visita episcopal, (aunque Morel habla de cuatro invasiones en los 40 años anteriores), mantenía a la población en angustias, la iglesia en mal estado, sin Sacramento; el cura receloso de caer en manos de los bárbaros. Los habitantes, unos 650, eran indios y ladinos, parte de una población de 1,300 almas dispersas en las fincas y labranzas de la jurisdicción, donde se criaba ganado y cultivaba la caña de azúcar y el trigo.

La villa de San Antonio de *Estelí* tenía “[...] un clima cálido y húmedo: las aguas nocivas y el temperamento mal sano”. Se encontraba en medio de un llano pantanoso y triste según la descripción del obispo. La formaban cincuenta ranchos pajizos habitados por familias ladinas originarias de Segovia. En su jurisdicción vivían unas 2,400 personas y existían

¹⁵ Muymuy (Viejo) fue invadido en 1701. En 1731 pidieron a la Audiencia moverse del sitio por malsano y peligroso; se trasladaron a Muymuy actual donde fueron nuevamente asaltados en 1747 y 1749 por las hordas de Zambo-Misquitos.

53 haciendas de ganado, 20 trapiches y varias labranzas. Tres compañías de caballería compuestas por 350 lanceros la defendían.¹⁶

El pueblo de la Concepción de *Condega* estaba inicialmente habitado por indígenas que después se extinguieron. Fueron reemplazados por la población de mulatos que el obispo visitó. Se encontraba sobre un terreno pedregoso, lleno de monte, circundado por cerros. Poseía unas 50 chozas de paja, clima templado y saludable. La población de la jurisdicción sumaba unos seiscientos.

El pueblo indígena de *Palacagüina* de la *Asunción*, con unos 300 habitantes, estaba ubicado en un llano extenso, montuoso; el aire fresco, cielo hermoso y aguas salobres.

Siete leguas más adelante e inmediatas a la montaña se encontraban las poblaciones de San Juan de *Sitelpaneca* (Telpaneca) y *Comalteca*, separados apenas por la corriente del río Coco. En la primera se levantaba una iglesia de cal, ladrillo y teja, donde se veneraba la Santa Cabeza del Redentor “[...] que es tenida por muy milagrosa—escribe el obispo—atribúyese a su protección el que este pueblo se haya preservado en todo tiempo de los insultos de los caribes, quienes se hallan a tres leguas de distancia de él y por el río pueden tomarlo sin ser sentidos”. La población sumaba unas 600 personas. El pueblo de Comalteca no pasaba de 10 bohíos y 42 personas; desapareció poco después de la visita del obispo.¹⁷

El trayecto al pueblo de *Segovia* (hoy Ciudad Antigua) resultó para el obispo como el más azaroso de su extensa visita pastoral. La Ciudad Vieja fundada por los conquistadores españoles alrededor de 1540 tuvo que ser evacuada 70 años después debido a los asaltos de los Caribes de la montaña y a lo dañino del clima, “[...] que hacía mal lograr a las criaturas recién nacidas”. Se fundó la nueva ciudad en un pequeño valle bordeado de colinas y surcado por un río; pero su suerte no mejoró, pues sufrió dos incursiones zambos—misquitas en su nuevo asiento, anteriores a la visita del obispo. Los sobrevivientes entraron luego en disputa, viéndose obligados algunos moradores a dejar el pueblo.

La parroquia era de tres naves con paredes de cal, ladrillo y tejas. En ella se veneraba una imagen de la *Asunción*, cuyas manos estaban man-

¹⁶ El pueblo tuvo su origen —según parece— en el éxodo de los habitantes de la Nueva Segovia, asaltada a principios del siglo XVIII por los Zambo-Misquitos que subieron por el río Coco. Los vecinos corrieron a refugiarse al valle de Ahuehuespala, nombre antiguo del río Estelí. En cierta ocasión, (posterior a la visita de Morel), las aguas invadieron el nuevo poblado, obligando a la gente a buscar un lugar un poco más alto y seco, donde hoy se levanta la presente ciudad.

¹⁷ Comalteca o Comaltega había sido destruida por un incendio en 1621. Sus habitantes se trasladaron a las orillas de Telpaneca, donde posiblemente sus descendientes quedaron absorbidos por esta población.

chadas después de haber curado a un leproso según decía la tradición. El pueblo contaba además con el convento de la Merced, que era una pequeña iglesia levantada sobre una colina, y el hospicio franciscano que desde tiempos del fraile Lagares, su fundador, había sido la base para la reducción de los Caribes.

Contaba la nueva Segovia con casa de ayuntamiento, que servía de cabildo, cárcel y guarnición; once casas de tejas y veinte de paja. La población sumaba 375, “de todos los colores”; estaba defendida por tres compañías de 200 hombres en total, que según la cuenta del obispo disponían de “[...] ciento setenta y tres fusiles, cincuenta cañones organizados de mosquetes y arcabuces, cien garnieles y cartucheras, cincuenta portafusiles, cincuenta bayonetas, doscientas lanzas y lunetas, quinientas libras de pólvora y dos mil balas, tambores y otros pertrechos”.

La población no tenía carnicería ni mercado; cada quien se abastecía del alimento que podía obtener en las haciendas vecinas, donde los vecinos preferían vivir no obstante la persuasión del obispo y la propuesta de las autoridades para atraerlos a la ciudad.

A distancia de catorce leguas “[...] muy agrias y trabajosas” en dirección a la montaña se encontraban los pueblos de El Jicaró y Jalapa, nunca antes visitadas por un obispo debido a lo extraviado de su ubicación. El Jicaró se reducía a 25 ranchos entre el monte y 72 dispersos en los alrededores, con un población aproximada de 600 habitantes. La componían principalmente negros y mulatos, formando en su mayoría una guarnición para mantener alejados a los Caribes de la frontera. “El clima es templado, el cielo alegre, las aguas buenas y con algún oro que se coge en sus arenas”, escribe Morel.

Siete leguas adelante de *El Jicaró* estaba *Jalapa*, pueblo que en sus orígenes fue de indios, los que se extinguieron y fueron reemplazados por ladinos. La población tenía al tiempo de la visita pastoral 247 personas de confesión y comunión entre indios y ladinos, con sólo cincuenta soldados y seis fusiles para guardar la frontera. Consistía de 20 ranchos ubicados en un lugar de monte y pantano, no obstante que el valle donde se encontraba era de unos campos amenísimos según refiere el obispo. “La Asunción es la titular —comenta Morel— pero sin iglesia, la que hay ni aun sirve para cocina y talvez se ha dedicado para el baile profano de la Sarabanda”, refiriéndose a una agitada y picaresca danza de aquel tiempo.

“*Jalapa* es la última calamidad que pueda contemplarse”, escribía Morel de Santa Cruz al observar el abandono de su iglesia en construc-

ción y los ranchos sembrados en el monte. La autoridad civil brillaba por su ausencia: en ocho años no había puesto los pies en el pueblo, al extremo que algunos reputaban el lugar como asilo de los forajidos.

El poblado, como el anterior, carecía de cura y los habitantes vivían temerosos de los asaltos de los indios de la montaña, cuya reducción era contraproducente según parecer del obispo, “porque los caribes se inquietan con ella. Sorprenden después a las poblaciones más inmediatas de los indios cristianos, las saquean y se los llevan a padecer una dura esclavitud”. Sugería como más útil atender las necesidades espirituales de los pobladores de aquel paraje, en lugar de intentar infructuosas entradas a la montaña con el pretexto de convertir a los indios indómitos.

Regresando sobre sus pasos el obispo Morel de Santa Cruz pasó por San Pedro de *Mozonte*, en un llano alegre y cercado por montes. Sus habitantes eran unos 400. Estaban empeñados en construir una iglesia de cal y piedra para reemplazar la casa de paja que funcionaba como tal; se dedicaban a labranzas, con algunos trapiches y haciendas de ganado.

En el mismo afán por tener un templo decente se encontraba la población indígena de *Totogalpa*, pueblo de casi 600 habitantes localizado entre cerros. Los feligreses estaban erigiendo una iglesia de tres naves, esfuerzo que llevaba 26 años al tiempo de la visita pastoral.¹⁸

El pueblo de Santiago de *Tepesomoto*, a continuación, se encontraba en un pequeño llano dominado por altos cerros, de aire fresco, cielo alegre y aguas saludables. Tenía una iglesia de tres naves, sobre pilastras de madera, con paredes de adobe y techo de tejas. Unos cien ranchos constituían el pueblo, cercados por árboles y hierbas. Los moradores eran unos 500 entre indios y ladinos.

Santa Ana de *Yalagüina* era cálida, húmeda y malsana porque las serranías vecinas impedían la libre circulación de los vientos. La iglesia se encontraba en estado ruinoso. Los habitantes indígenas eran un centenar y los ranchos 34 perdidos entre el monte.

El *Pueblo Nuevo* de la Santísima Trinidad, “[...] uno de los más calamitosos que he visto, con unos cerros elevados que lo rodean y causan tristeza”, según comenta el obispo, estaba situado sobre un terreno montañoso, cálido y húmedo. Los habitantes eran ladinos, unos doscientos. La iglesia tenía tres naves sobre horcones, con paredes de adobe y techo de

¹⁸ De lo afirmado por el obispo se deduce que la hermosa iglesia de Totogalpa requirió más de siglo y medio para construirse, pues cuando el viajero inglés Thomas Belt pasó por ahí en 1871 los indígenas estaban empeñados en terminar la torre que hoy ostenta.

tejas, pero en muy mal estado, con pocos altares y los adornos indecentes.

Vuelta a León y fin de la visita pastoral

Bajando de la meseta segoviana, después de dos días de dificultoso camino, el obispo y su comitiva arribaron a Santa María de Villa Nueva, situada en un llano cenagoso, de clima muy cálido y húmedo. La iglesia era de adobe y tejas con tres naves sobre horcones. La población la formaban cuarenta chozas dispersas entre el monte, con unas 600 personas “[...] de todos colores, a la reserva de indios porque no los hay”.

A pocas leguas estaba San Pedro de *Somotillo*. Inicialmente se encontraba localizada en la confluencia de los ríos Negro y Dulce Nombre, (hoy Guasaule), pero una inundación arrasó con la mitad de las casas obligando a los moradores a trasladarse un poco aguas arriba. La población original indígena que la componía se había extinguido, siendo reemplazada por mulatos. El lugar era cenagoso y cálido; la iglesia destaralada, con un nuevo templo en construcción al tiempo de la visita pastoral; las chozas llegaban a 50 y los habitantes a algo más de 200. La actividad económica se basaba en cierta ganadería y varias sementeras.

El pueblo de *El Sauce* se levantaba en un valle de monte bajo, alegre, fresco y saludable. Los habitantes eran indios y ladinos, unos 400 en total. La población la formaban 33 ranchos y una iglesia grande con sacristía, donde se veneraba como titular al Señor de Esquipulas. La ganadería y varios tipos de labranzas eran las actividades principales de los habitantes.

Otro pueblo donde la población indígena original había desaparecido era *Telica*, atribuyéndose la extinción al sabor azufrado de las aguas. Unos trescientos ladinos vivían en 66 chozas, esparcidas en forma desordenada entre árboles frutales. El vecino pueblo de *Quezalaguaque* presentaba una buena iglesia de tres naves, aunque maltratada a causa de un temblor. En su haber figuraban 26 casas, 37 familias y 165 personas entre ladinas e indias.

Posoltega y *Posolteguilla*, separadas por medio cuarto de legua, fueron también sacudidas por el terremoto del 7 de mayo de 1752, que había desplomado el arco toral del templo de la primera población visitada. La iglesia era de buen artesonado, con coro y retablos. Ambos poblados indígenas tenían 651 y 426 habitantes respectivamente.

Chichigalpa era un pueblo de cuarenta casas y unas 300 personas entre indios y ladinos. La iglesia era de paja, provisional mientras se construía otra de paredes y tejas. Estaba situado en un llano alegre, montuoso, con buena agua y clima templado, según la descripción del obispo.

Santa Ana de *Chinandega*, población grande con 241 casas y mil cien personas de confesión y comunión, presentaba una iglesia de tres naves sobre pilares, con sacristía y coro alto, paredes de cal y canto, techo de tabla y paja. Los altares lucían retablos dorados. En su jurisdicción existían nueve haciendas de ganado y numerosas sementeras.

En el vecino pueblo de *El Viejo* —también visitado por el obispo— vivían españoles, ladinos e indios en 356 chozas y cinco casas de tejas rodeadas de árboles frutales. La iglesia de tres naves, de cal y piedra, era el templo más suntuoso de toda la Diócesis, debido a que en él se veneraba la imagen de la Virgen de la Concepción, llevada al lugar —según certifica el obispo— por un hermano de Santa Teresa de Jesús.

La devoción profesada a la imagen, tenida por muy milagrosa por gran número de fieles y romeros, se reflejaba en la rica ornamentación de la misma y de su altar, de los cuales Morel de Santa Cruz ofrece profusa descripción:

“[...] el vestido es de tela muy rica, sembrado todo de presías de oro, perlas y diferentes piedras preciosas; gran número de éstas sirven de realce a la corona, que es de oro delicadamente trabajada: hállase en fin de pies a cabeza tan llena de alhajas y primores, que puede competir con cualquiera de las más adornadas del orbe”.

En los alrededores de *El Viejo* existían 28 haciendas de ganado mayor, dos trapiches, cinco obrajes de añil y doce chacras.

El puerto de *El Realejo* estaba a orillas de un llano montuoso con clima cálido y húmedo. Poseía una iglesia y dos conventos. El templo era de tres naves con paredes de cal y canto y techo de tejas. Lucía una torre-campanario con su cimborrio, aunque lo demás de la construcción estaba bastante dañado por el terremoto antes mencionado. El resto de la población consistía en cien casas, la gran mayoría de paja; los habitantes se contaban en un poco más de trescientos. Desde la invasión de los corsarios, 67 años antes de la visita del obispo, el puerto había venido a menos y todo respiraba ruina, sin corregidor ni autoridades españolas, las que se habían retirado a vivir a *El Viejo*.

El puerto propiamente dicho se encontraba a legua y media, en una bahía separada del mar por un islote (*El Cardón*), con una entrada de

ocho brazas de profundidad. La falta de viento y el peligro de encallar entre los peñascos de la isla significaban un verdadero obstáculo para la navegación. Los barcos de cierto calado no podían pasar más adentro de la bahía. Solamente pequeñas canoas lograban penetrar por los ramales del estero hasta la propia plaza del pueblo que estaba defendida por una guarnición de doscientos soldados, una estacada de palos con algunos pocos cañones y pedreros de bronce, alertada por cuatro vigías encaramados en un cerrito no muy distante.

Una importante instalación portuaria era el astillero, venido a menos como todo el pueblo. Quejábese el obispo de la poca pericia de los armadores, la falta de prácticos experimentados, la poca agilidad en el trato de las mercancías y otras cosas parecidas:

"A esto también coadyuva la inopia total que se padece de marineros: ocupan estas plazas los que jamás han navegado, ni saben acomodar justamente la carga, ni maniobrar en las embarcaciones con destreza: sucede pues que casi todas las que salen de él se pierden ignominiosamente, unas van a chocar con los bajos por no conocerlos, y otras zozobran porque la carga se disloca, y las hace ir a la banda: en efecto ha llegado el caso, de que en un puerto tan bello y espacioso como el del Realejo, no se ve una embarcación del más mínimo porte".

Después de siete meses de misionar por varios pueblos de Nicaragua regresó Morel de Santa Cruz a la sede del obispado. A excepción del seminario maltratado por el temblor de mayo, el obispo pudo constatar el progreso de algunas obras que había dejado encomendadas, como la escuela, la construcción de la nueva catedral y la casa cural. La *Relación* concluye con el comentario siguiente:

"No hay memoria que Prelado alguno de esta iglesia haya concluido enteramente la visita de su Diócesis, ni pasado a consolar a los moradores del Castillo de San Juan, tan acreedores de la mayor compasión por el destierro y miseria que padecen. Yo, en el término de diecisiete meses, sin experimentar el menor quebranto de salud, he pisado y reconocido el más escondido rincón de tan áspero y basto país y en todos los lugares he esparcido la semilla de la divina palabra".

Exceptuando el trayecto por el lago y el río San Juan, el obispo había recorrido, cargado en andas, más de 250 leguas en su visita pastoral por los pueblos de Nicaragua.

El obispo Tristán y los indios Guatusos

El cuarto sucesor de Morel de Santa Cruz en la silla episcopal de Nicaragua fue el obispo Esteban Lorenzo de Tristán, que ejerció su prelatura en Nicaragua entre 1777 y 1783. Al igual que aquel ilustre predecesor, Tristán también viajó por los curatos de la diócesis, aunque no de-

jó relato de sus visitas por los pueblos de Nicaragua. La más conocida de sus empresas fue la que intentó para convertir a los indios Guatusos del río Frío.

Estos indios vivían en la cuenca sur del lago de Nicaragua y tenían sus asentamientos principales aguas arriba del río Frío, hoy en territorio costarricense. El río —llamado por los indígenas *Ukurikok*— es una importante corriente que desemboca en el lago de Nicaragua muy cerca de donde éste desagua en el río San Juan. Tiene sus cabeceras no lejos, en las templadas alturas del volcán Tenorio, de modo que la baja temperatura de su corriente se conserva hasta llegar a mezclarse con las cálidas aguas del lago.¹⁹

La región inmediata a la costa lacustre donde desemboca el río Frío es pantanosa. Tierra adentro se abre una amplia llanura, antiguamente cubierta por selvas inexploradas, que llega hasta el pie de la sierra volcánica de Guanacaste, límite entre las provincias de Costa Rica y Nicaragua en el siglo XVIII.

Es probable que estos indígenas habitaran originalmente las islas del lago de Nicaragua, especialmente Ometepe y el archipiélago de Solentiname, donde todavía perduran algunas localidades con nombres guatusos como Sarren, Balgue, Guyú, Gualca, Polca, Catuliquia y Mancarrón. El cronista Cibdad Real, a finales del siglo XVI, menciona que en Ometepe se hablaba una lengua que no era el mangué ni el náhuatl. El alcalde de León (Viejo) Juan Vázquez de Coronado se había distinguido, poco antes de la conquista de Costa Rica, por haber sometido a los Guatusos de las islas Solentiname, que se mantenían en rebelión desde el tiempo cuando visitó el río San Juan el gobernador Rodrigo de Contreras. El obispo Morel de Santa Cruz menciona a los “caribes de Solentiname” que habían sido reasentados al pie del volcán Maderas. Otro obispo, el historiador del antiguo Reino de Guatemala, García Peláez, refiere que los indígenas de Solentiname todavía hablaban el guatuso en el siglo XVIII. Walter Lehmann encontró algunos de estos nombres entre las plantas del archipiélago, a principios del presente siglo.

El dialecto de los Guatusos, de acuerdo a modernas averiguaciones, está relacionado con el Corobicí, una de las lenguas habladas en Nicaragua antes de la conquista, que según el cronista Gómara era muy loada. Estaba emparentado con el lenguaje de los Botos y de los actuales Ra-

¹⁹La diferencia de temperaturas entre ambas aguas produce una clara corriente de fondo que el río Frío logra introducir directamente en el San Juan, el cual arranca a pocos centenares de metros de la desembocadura de aquél.

mas, y ha sido clasificado como perteneciente al gran grupo lingüístico chibcha.²⁰

Los Corobicíes —según Doris Stone— vivieron en el suroeste de Nicaragua, (posiblemente entre Granada y Rivas), antes que las tribus de procedencia mexicana los expulsaran de las costas del gran lago. Se vieron obligados a buscar refugio en los bosques al pie de la sierra volcánica de Guanacaste, donde el conquistador Gil González encontró algunos asentamientos en 1522. Las “entradas” posteriores de los españoles obligaron a los indígenas a traspasar la cordillera y adentrarse en la espesa selva tropical que entonces existía entre la sierra y el lago de Nicaragua, donde se juntaron con los Botos, dando origen a los actuales Guatusos, según Stone.

Durante los primeros contactos entre los colonos de Costa Rica y los Botos, alrededor de 1664, se mencionan unos indios “Camaes”, que vivían en el presente lado nicaragüense del río San Juan, en las tierras de La Jaén, nombre con que se conocía el territorio próximo a la salida del gran lago, aunque queda la duda de si tales eran más bien Ramas que Guatusos. Sin embargo, una cédula de la reina de España, suscrita en 1671, recomienda la reducción de unos indios, antiguos pobladores de la isla de Jaén. Se trataba de unas 50 familias que “[...] vinieron muchas leguas de distancia hacia la provincia de Costa Rica” a poblar la isla, donde se levantó una iglesia y fueron instruidos en la doctrina cristiana. No obstante el éxito de la reducción, los salvajes se rebelaron, mataron al alcalde y al doctrinero, robaron los ornamentos sagrados y se dieron a la fuga.²¹

Todo parece indicar que aquellos indios rebeldes eran Guatusos y que la isla Jaén era una de las mayores de Solentiname, donde se podía alojar una población de 50 familias. Los esfuerzos de reconquistar a los fugitivos no tuvieron efecto pues coincidieron con la infortunada presencia de los bucaneros que invadieron el río y el lago para asaltar Granada en 1665 y 1670. Temeroso el gobernador de Costa Rica de que los indios Botos que vivían en las márgenes del río San Carlos se unieran a los piratas, los obligó a desalojar el río, pero los indios escaparon y fueron a juntarse con los Guatusos.

²⁰ Los pocos sobrevivientes de los Guatusos, que viven actualmente al norte de Costa Rica, se nombran a sí mismos Malecos. El origen del vocablo Guatusos, con que se les ha llamado, ha sido objeto de varias especulaciones. Algunos historiadores y viajeros aducen la razón de presentar estos indios el pelo rojizo, como el pequeño roedor llamado guatusa (*Dasyprocta punctata*), lo cual no parece confirmar la realidad. Otros afirman, por haber parecido algunos de estos indios en la loma Guatusa cerca de Esparza, sembrando el temor entre sus pobladores en el siglo XVIII.

²¹ Boletín del Archivo General de Guatemala. Tomo V. p. 18.

Los intentos para cristianizar a los Guatusos tuvieron que esperar otros cien años, cuando el obispo Tristán se interesó en su conversión. Para entonces se sabía que en 1750 el cura Pedro Zepeda se había internado en el territorio de los indómitos indios por el lado de Tilarán, y reportado la existencia de más de quinientas chozas indígenas. Otro sacerdote, Clemente Adán, salió de Tenorio con el propósito de predicar en aquellos selváticos territorios, afirmándose que vivió y murió entre los Guatusos que nunca le permitieron regresar. Ahí ejerció cierta labor de cristianización, según se deduce del testimonio que en 1761 fue recogido de unos Guatusos, cogidos y llevados al pueblo de Esparza, quienes demostraron tener cierto conocimiento de la fe. El cura del pueblo decidió regresar con ellos pero los indios, una vez en la selva, lo desertaron y dejaron abandonado.²²

En 1778 otro misionero, fray Tomás López, cura de Ometepe, penetró en un bote por el río Frío hasta llegar a las plantaciones de los indios, pero los remeros huyeron a la vista de una balsa con guerreros guatusos. Cuatro años más tarde el mismo fraile, a instancia del obispo Tristán, volvió a intentar la entrada, esta vez por el lado de Tenorio hasta las cabeceras del río Frío. Después de 75 días de penosos trabajos entre selvas y ríos caudalosos regresó el fraile sin haber logrado establecer contacto con los indios.

Intrigado el obispo Tristán ante la resistencia de los Guatusos para abrazar el cristianismo, se dirigió a Ometepe y Solentiname donde alistó dos embarcaciones y fue personalmente a explorar el río a principios de 1783. Era costumbre entre los indios quemar las chozas y arrasar con las plantaciones a la vista de los invasores, internándose por la selva cada vez que éstos intentaban visitarlos.

A las dos semanas de explorar el río las embarcaciones localizaron una choza con tres pescadores, descritos como blancos y de buena estatura, que a la vista de los intrusos se dieron a la fuga. El fraile López los llamaba “[...] en el idioma de Solentiname” para que regresaran, pero sus voces no fueron atendidas por los fugitivos. Decidió luego el prelado enviar una de las canoas con cuatro frailes río arriba, en son de paz. En una vuelta de la corriente sorprendieron un indio que acarreaba plátanos y los asaba al fuego en una balsa. A la vista de los cristianos el indio saltó a tierra y se escabulló entre unas plantaciones de cacao. El fraile López lo siguió en el bote por la ribera del río, acompañado por tres intérpretes de Solentiname. Al verse alcanzado, el fugitivo dio grandes voces y al momento apareció una banda de Guatusos que con sus flechas ata-

²² Ver la Historia de Bancroft, el Volumen II. p. 613–617, que trata de la América Central.

có la embarcación. El fraile se acostó en la canoa mientras sus asistentes heridos se echaron al agua y escaparon al nado. Los indios se acercaron al bote y el fraile se irguió con crucifijo en mano. Esa fue la última vez que lo vieron los intérpretes, antes de llevar la noticia a Tristán que el sacerdote había perecido en manos de los salvajes. El obispo abatido renunció a la empresa y regresó a Granada. Poco después partió para México para hacerse cargo de la diócesis de Durango.²³

Desde entonces circularon rumores sobre la bravura de los Guatusos, contándose mil historias al respecto. No obstante, el destino de los indios estaba sellado: en el siglo siguiente los colectores de hule se internaron por el río Frío con armas de fuego, robando y asaltando los palenques de los indígenas, matando a su cacique y capturando niños para venderlos como trofeos en el puerto de San Carlos, según lo constató el naturalista Thomas Belt cuando pasó por el río San Juan ochenta años después de la expedición de Tristán.²⁴

Correspondió a otro obispo, Bernardo Thiel de Costa Rica, hacer el primer contacto amistoso con los Guatusos. En la expedición que el prelado organizó en 1882 envió regalos y ofreció seguridades a los indios temerosos del vandalismo de los caucheros. Le sirvió de intérprete un indio que en la niñez había sido capturado por los huleros y llevado al puerto de San Carlos, donde luego de aprender castellano escapó para volver a reunirse con los suyos. Llegó el obispo a uno de los palenques y convenció a los indios para que entrasen en contacto con la civilización.

Los salvajes hicieron alianza con el prelado; obsequiaron a la comitiva guacales de chicha de plátano. La fruta constituía uno de sus principales cultivos, al igual que yuca, maíz, cacao, tabaco, caña de azúcar y chile. Elaboraban hamacas y redes de cabuya. Los primeros Guatusos contactados fueron descritos como robustos, ágiles y bien formados.²⁵

En el presente siglo la progresiva colonización costarricense en la cuenca sur del lago de Nicaragua, con la consiguiente destrucción irracional de la selva húmeda, despojó a los indígenas del entorno que aseguraba su subsistencia como tribu. En la región de Upala (nombre guatuso que significa "palenque"), sobreviven hoy algunas pocas familias descendientes de aquella antigua raza de bravos, en pacífica coexistencia con los colonos del norte de Costa Rica.

²³ Ver la obra de Francisco de Paula García Peláez: *Memorias para la Historia del Antiguo Reino de Guatemala*. Tomo III. p. 114-115.

²⁴ Ver la traducción del libro de Thomas Belt: *El Naturalista en Nicaragua*. p. 28-29. Biblioteca del Banco Central de Nicaragua, Managua, 1976.

²⁵ Ver Bernardo Thiel en Bibliografía del Capítulo.

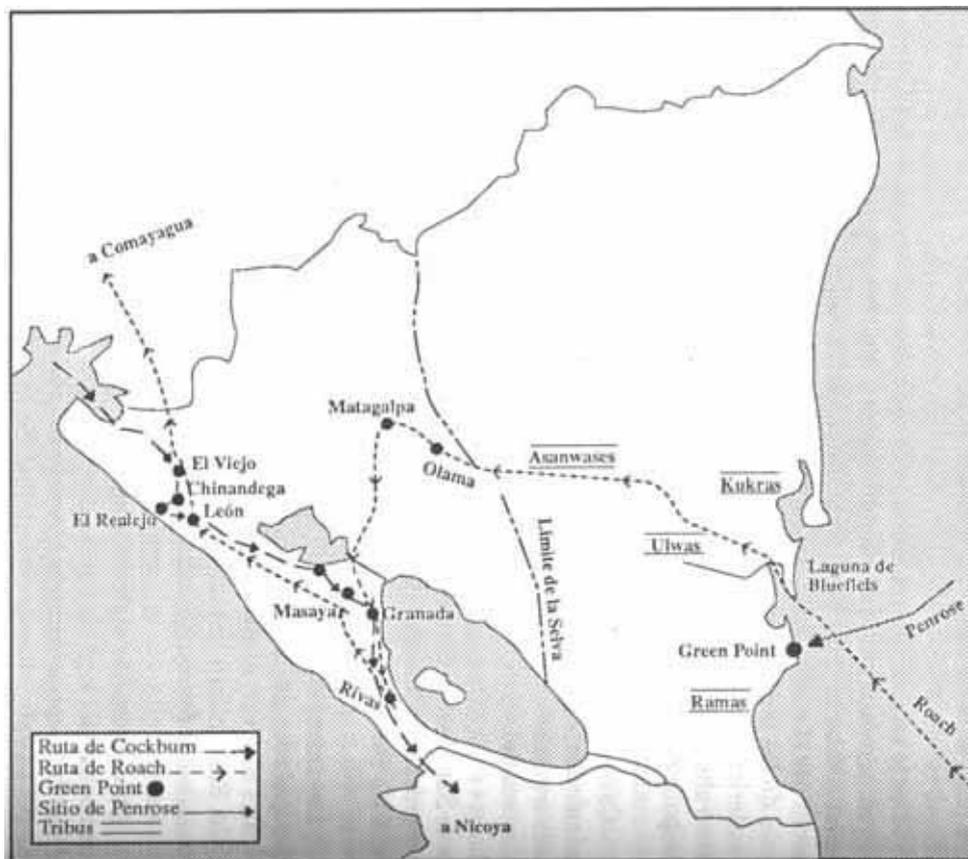


Figura 48.- Ruta de los marineros ingleses extraviados en Nicaragua en el siglo XVIII.

CAPITULO XV

Las historias de tres tristes trotamundos

—Las diferentes aventuras de Cockburn, Roach y Penrose, traficantes ingleses que pasaron por el país, con curiosas observaciones sobre los pueblos de la región del Pacífico y de las tribus en las remotas selvas y costas del Caribe.

Existen unas curiosas historias sobre tres aventureros ingleses, marineros traficantes por la costa caribe de Centroamérica, que por circunstancias ajenas a su voluntad transitaron por Nicaragua o arribaron a sus costas en el siglo XVIII, bajo situaciones insólitas, padeciendo todo tipo de dificultades e infortunios. Se trata en realidad de la narración de tres experiencias distintas, separadas por un lapso de 40 años, donde los protagonistas describen sus respectivas y extravagantes aventuras.

La primera es la de *John Cockburn*. Tuvo lugar en 1731 cuando el barco donde servía como marinero fue asaltado y la tripulación abandonada en la costa caribe de América Central. Con algunos compañeros se vio obligado a mendigar su camino desde Honduras hasta Panamá, pasando por varias poblaciones de españoles, antes de encontrar un barco que lo regresara a Inglaterra.

La segunda relación se refiere a otro marinero: *William Williams*, alias *Llewellin Penrose*, olvidado frente a las costas de Monkey Point, donde vivió una vida a la manera de Robinson Crusoe y un romance con una india rama alrededor de 1745.

El tercer relato trata sobre el largo e infortunado cautiverio de otro marino, *John Roach*, quien en 1770 cayó prisionero de los indios Ulwas

y Kukras del oriente de Nicaragua, teniendo que aceptar por dos años la vida nómada, de caza y pesca, que practicaban sus captores. Logró escapar de la selva solamente para caer en manos de las autoridades españolas, quienes incrédulas ante su extraña historia lo tomaron como espía y encerraron en varios calabozos, gastando diez años más de su vida entre Nicaragua y Guatemala. Esta dramática aventura, digno argumento para un filme, da a conocer por primera vez las costumbres de las tribus selváticas que vivían tierra adentro de la Costa Mosquitia en el siglo XVIII. La obra de Roach es poco conocida por los etnógrafos interesados en las culturas selváticas de los indígenas de la América Central, así como entre los lectores de habla hispana.

Las situaciones de Cockburn y Roach en especial se vieron agravadas por la continua rivalidad entre España e Inglaterra, al tiempo que las autoridades españolas en América Central se mostraban alarmadas por las incursiones vandálicas del enemigo y de los Zambos–Misquitos en contra de los pueblos fronterizos. No obstante las tensiones de la época, los desafortunados ingleses no dejaron de encontrar una mano compasiva que, aunque impotentes para resolver sus infortunios, al menos mitigaron con algún gesto humanitario las penurias de su tránsito por las tierras del istmo.

Las tres narrativas fueron escritas por protagonistas totalmente extraños al modo de vivir y de actuar de los colonos españoles en América Central y de los salvajes habitantes de la selva caribe de la región. Añaden nuevas visiones de una época marcada por la rutina, cuando la narración histórica sólo cobraba emoción durante los súbitos episodios de asalto del enemigo. Los advenedizos marineros, carentes de gran ilustración pero poseedores de una notable curiosidad, escribieron las memorias de sus tristes aventuras sin más propósito que el de resarcirse con las respectivas publicaciones de las pérdidas que sufrieron cuando anduvieron traficando por esas latitudes.

Estas aventuras constituyen la mejor narrativa en su género dejada por los tres viajeros ingleses que pasaron por Nicaragua, o vivieron en el ambiente selvático y costero del Caribe, en las postrimerías de la colonia.

El desafortunado inglés

En 1735 se publicó en Londres el curioso relato de Cockburn bajo el título *“A Journey over Land from the Gulf of Honduras to the Great South–Sea”*, (*“Viaje por tierra desde el Golfo de Honduras hasta el gran Mar del Sur”*), que en ediciones posteriores fue cambiado a *“The Unfor-*

tunate Englishmen”, (“*Los Ingleses Desafortunados*”). El subtítulo explica que se trata de “[...] una narración fiel de los sufrimientos y aventuras de John Cockburn y otros cinco marineros ingleses”, ofreciendo a los lectores el relato “[...] de importantes descubrimientos realizados en partes casi desconocidas de América, incluyendo los modos y costumbres de los varios indios que habitaban en el trayecto de 2,400 millas; en particular sobre su conducta hacia los Españoles e Ingleses”. Se trataba, en efecto, del primer libro en cien años —después de la obra de Thomas Gage— dedicado a describir un viaje a través de la colonia española de América Central, efectuado por un observador de la nación inglesa.¹

La narración, escrita en aceptable estilo y con bastante imparcialidad, se refiere a las vicisitudes a lo largo de una ruta que en realidad no medía más de 1,700 kilómetros, es decir la mitad de la distancia supuesta por Cockburn. No obstante ser un observador de paso, el autor presenta algunos aspectos de los pueblos y gentes con los que topó en la travesía, si bien no es copioso en la descripción del paisaje. Con frecuencia menciona localidades difíciles de ubicar y nombradas en un español tan pobre que delata su escasa habilidad para chapurrear el idioma.

A diferencia de otros viajeros ingleses —hispanófobos— Cockburn no aprovechó su narración para recalcar el atraso de los pueblos visitados. De aquella gente sencilla más bien recibió, con sus cinco compañeros de viaje, socorro y alimento, cuando acicateados por el hambre recorrieron en andrajos los caminos del istmo.

La aventura —o mejor, la desventura— tuvo su inicio cuando Cockburn se embarcó en Jamaica como tripulante, sin identificar su misión o destino. Es de sospechar que abordó uno de esos barcos que se dedicaban al contrabando en la costa de Honduras, en aquel entonces un floreciente negocio para los colonos ingleses radicados en la Costa Mosquitia.

A la altura de la isla del Cisne el barco fue sorprendido por un guardacosta español, comandado por un irlandés al servicio de España. Este perdonó la vida a Cockburn y a trece compañeros, que en cambio fueron abandonados frente a la costa de Honduras, casi desnudos, sin armas ni comida. Al no encontrar barco que los regresara a Jamaica decidieron algunos de los asaltados atravesar el istmo en busca de un puerto en la Mar del Sur, donde confiaban tomar una embarcación que los transportase a Panamá. Allí funcionaba un puesto comercial inglés autorizado por España, antes que este país rompiera con Inglaterra en 1739.

¹El libro de Cockburn tuvo buen éxito en Inglaterra a juzgar por las siete ediciones que aparecieron entre 1735 y 1817. Del resto de su vida nada se supo y su identidad, a juicio de uno de sus críticos, sigue siendo la de “un oscuro marinero”.

En abril de 1731 salieron los ingleses de Puerto Caballos, (hoy Puerto Cortés), con rumbo al sur. Caminaron por las montañas de Honduras sin que fueran hostigados por las autoridades españolas, salvo el alcalde de San Pedro de Sula que los retuvo presos. Algunos de los prisioneros, entre ellos Cockburn, lograron escapar. Los fugitivos anduvieron perdidos por serranías y valles durante varios días, pero no les fue difícil encontrar refugio y alimento entre los ranchos indígenas. También fueron socorridos en San Miguel (El Salvador), donde las autoridades les brindaron apoyo y extendieron permiso para embarcarse en el golfo de Fonseca con destino a Nicaragua.

Recorrido por el Camino Real

La travesía del golfo se realizó en dos canoas remadas por indígenas. Una vez desembarcados en los manglares del Estero Real, los viajeros se dirigieron a un pueblo cercano, (posiblemente Tonalá), donde fallaron en el intento de encontrar víveres. Prosiguieron a Pueblo Vaco (El Viejo), calmando el hambre con zapotes verdes y un guacal de chocolate que les ofreció una mulata compasiva. En ese tiempo la región estaba padeciendo de hambruna debido a una peste que había assolado los pueblos y llevado a la tumba a la mayor parte de la fuerza laboral indígena.²

Los ingleses se dirigieron a continuación a El Realejo con la esperanza de encontrar un barco que los llevase a Panamá. La mala suerte de los viajeros quedó confirmada cuando no hallaron embarcación disponible. En el astillero descubrieron dos naves de cedro en proceso de construcción, cada una de 300 toneladas de capacidad, que serían vendidas en Acapulco y Perú.

Pasaron una noche por Chinandega, “[...] una villa india completamente despoblada de criatura alguna”, debido a la peste imperante. Allí obtuvieron algunas tortillas y plátanos que les hicieron recobrar fuerzas para reanudar el camino. Era su esperanza alcanzar la costa de Nicoya donde, según fueron informados, arribaban barcos de Panamá para cargar sebo y cecina con cierta frecuencia.

En el camino hacia León dejaron dos pueblos que Cockburn no identifica con sus nombres (posiblemente Chichigalpa y Posoltega), en uno de

² Entre 1725 y 1728 una epidemia de *matlazauatl*, (sarampión o tabardillo), hizo estragos en Centroamérica: un tercio de los indios tributarios de Boaco y dos tercios de los de Teustepe fallecieron. Es probable que la misma epidemia se repitiera poco después, ya que documentos de la época hacen mención de la imposibilidad de los indígenas de cumplir con sus tributos debido a las pestes. Otra epidemia, de varicela en 1733, impidió que los indígenas de Sébaco, Matagalpa y Jinotega levantaran la cosecha de maíz en ese año. (Ver Newson: p. 327 y Romero: p. 60, citados en la Bibliografía del Capítulo anterior).

los cuales fueron socorridos por un fraile con limosna más que con alimento. León era entonces “[...] una ciudad grande y poblada, con una gran iglesia y un hermoso convento lleno de devotos”. Los frailes se negaron a recibir a los viajeros porque eran protestantes. Un caballero de ascendencia irlandesa, sin embargo, les dio alojamiento por tres días y consiguió con el alcalde pasaportes para todos, puesto que sin tales documentos no les sería permitido viajar por el país.

De poco sirvieron otras recomendaciones del alcalde de León, porque en uno de los lugares (Nagarote?) no había comida que ofrecerles; difícilmente se conseguía alimento para el sustento de la gente del pueblo. Los ingleses tuvieron que conformarse con coyoles secos, apagando la sed en unas sucias charcas que encontraron en el camino. A pesar del hambre y la fatiga que los acompañaba, Cockburn mantuvo un ojo abierto frente al paisaje de la región, a la cual describe con aliento:

*“Pasamos por varias villas que se levantan muy apretujadas sobre una bella y nivelada planicie, fácil de caminar y deliciosa a la vista, presentando aquí y allá rodales de bosques y huertos entre terrenos ondulados de interesantes perspectivas”.*³

Desde un colina contempló el inglés el lago de Managua, que equivocadamente supuso ser el de Nicaragua, tal era su desconocimiento y extrañeza de la tierra que recorría junto con sus harapientos compañeros. Más adelante llegaron a una villa indígena, (posiblemente Managua), donde fueron conducidos ante unos frailes. Luego de ser sometidos a un interrogatorio político y religioso, al enterarse de sus desventuras, los religiosos les brindaron hospedaje, monedas y —según confiesa el autor— la mejor comida que disfrutaron desde que iniciaron la marcha.

En la siguiente mañana dejaron a un lado el lago y pasaron por ciertas villas (Nindirí y Masaya) antes de arribar a Granada.

Los ingleses se presentaron ante el alcalde en demanda de socorro. Este los acomodó en la prisión, pues no tenía mejor hospedaje que ofrecer, otorgándoles además dos reales por cabeza para el sustento. Uno de los viajeros consiguió ganar otro tanto trabajando en el astillero del puerto. Compró un vestido por un valor cuatro veces mayor que si lo hubiese adquirido en Londres, según anota Cockburn con asombro. El tesoro de la ciudad les ofreció trabajo en un barco de su propiedad que comerciaba en la Mar del Sur; les brindó además su casa, donde al menos pudieron reposar sin tener que dormir en el duro suelo de la cárcel.

Cockburn describe Granada como una población grande, con tres iglesias y varios conventos. El cacao circulaba por moneda al cambio de

³Esta cita y las siguientes son traducidas directamente del libro de Cockburn.

setenta semillas por un real de plata. Lanchas planas hacían cabotaje entre la ciudad y Portobelo, pero los cansados viajeros no lograron obtener el permiso de las autoridades locales para navegar por la ruta del lago. Una prohibición real procuraba evitar que los extranjeros conocieran el estado de las defensas en el río San Juan y la navegación que los españoles realizaban por sus aguas.⁴

El conocimiento que logró el marinero inglés sobre la ruta del lago de Nicaragua fue imperfecto. Afirmaba que la fortaleza (de El Castillo) estaba en una isla en el otro extremo del lago, donde según sus estimaciones la anchura de éste se reducía apenas a una milla. No obstante las precauciones de las autoridades, fue testigo del arribo de varias canoas que venían de las costas de Chontales para vender productos en Granada:

“Mientras estábamos aquí arribaron canoas con frecuencia, con indios que vivían al otro lado del lago trayendo consigo *guanias*, unas criaturas como lagartijas grandes, del tamaño de mastines. Se venden en Granada a gran precio, haciendo las delicias de los que pueden comprarlas. Las he probado a pesar de su aspecto repulsivo. Estos indios son diferentes en rasgos y piel de los otros que ví; llevaban el cabello largo, siendo llamados pedulos por lo general”.

Esta fue la única referencia etnográfica que dejara Cockburn de paso por Nicaragua, refiriéndose posiblemente a los llamados entonces “Caribes mansos”, pues en la región del Pacífico por donde transitara los “indios” eran por lo general mestizos o estaban ladinizados.

La travesía de Granada a Panamá

La estación lluviosa se inició cuando los ingleses salieron de Granada. Vadearon las ciénagas que encontraron en el camino, probablemente los llanos inundados al sur del río Ochomogo. Continuaron por las férciles tierras de Rivas cultivadas con cacaotales, platanares y árboles frutales.⁵ El cacao crecía “[...] en grandes cápsulas parecidas a melones”, algunas de las cuales contenían de 70 a 80 semillas. La calidad de la siembra se podía comprobar poniendo ésta en el agua; se seleccionaban únicamente aquellas semillas que se hundían; luego se secaban al sol. En el camino llamaron la atención de Cockburn unos pajaritos tan pequeños como saltamontes que volaban de un árbol a otro. Fue su primera impresión de los colibrís.

⁴ En tiempos de Cockburn existían doce sitios de defensa a lo largo del río San Juan: San Carlos, Boca de Sábalo, Pocosol, El Castillo, Bartola, El Diamante, Machuca, Boca de San Carlos, San Francisco, Sarapiquí, Delta y San Juan del Norte. (Bancroft II. p. 608). El ingeniero Dtez Navarro recomendó pocos años después reforzar la fortaleza de El Castillo como la única defensa de valor estratégico.

⁵ El mango tan abundante en los huertos rivenses fue una fruta introducida en Centroamérica poco antes de la independencia.

En uno de los pueblos los viajeros fueron obsequiados con tan succulento almuerzo que pronto quedaron sedados bajo sus efectos. Uno de los ingleses soñolientos creyó percibir a un viejo, cuya cara le pareció conocida. Al despertar, en efecto, le fue presentado un anciano de pocas palabras que en verdad resultó ser un conocido piloto inglés que se había extraviado hacía mucho tiempo y daba por desaparecido en Inglaterra.

Un poco más adelante alcanzaron el pueblo de Nicaragua, (pocos años antes rebautizado como Rivas), donde el alcalde los recibió y provisionó para el viaje hasta Nicoya. Allí fueron obsequiados con “puros”, descritos como “hojas de tabaco enrolladas en tal forma que sirven como pipas y tabaco”, de uso común en el país tanto de parte de los caballeros como de las damas. Dejaron el pueblo atrás sin mayor incidente que el haber sido atacados por un furioso carnero cuando reposaban en hamacas en una casa rivense. Cockburn resultó con una costilla quebrada a consecuencia de la embestida del malicioso cornudo.

Entre Rivas y Nicoya corría un territorio deshabitado, montañoso y peligroso por la abundancia de fieras. Unos frailes montados en mulas lo habían atravesado y trataron de disuadir a los ingleses indefensos de no hacer el intento, a pie y sin armas, por el peligro de los tigres que devoraron a uno de los perros que acompañaban a los religiosos.

Atravesaron los caminantes unos campos placenteros cubiertos de bosques, donde abundaban las frutas. El camino que siguieron apenas puede conjeturarse pues no bordearon la costa del lago de Nicaragua, del cual no hay mención en ese trecho. Cockburn se refiere a un gran río que vadearon, que no puede ser otro que el Sapoá. Por la noche los viajeros encendieron una hoguera, pero no pudieron reponer la fatiga porque de inmediato se desató un aguacero con viento y tormenta. La caída de los rayos, el desplome de los árboles y el aullar de las fieras eran para espantar al más valiente.

Por varios días caminaron entre bosques y sabanas, sin guía ni brújula. aparentemente subieron por las laderas del volcán Orosí, donde el suelo estaba cubierto de pómez e impregnado de azufre. Desde la altura divisaron a lo lejos “la montaña ardiente del Bombacho”, una posible confusión con el volcán Concepción de la isla de Ometepe, coronado con su eterno turbante de nubes.

La caminata fue lenta y trabajosa, perdidos entre el bosque. Consumían su ración de chocolate, como bebida y lastre, para conservar las energías necesarias y soportar la fatiga del camino. Alcanzaron el río Tempisque en tal facha como para inspirar la compasión de unos indígenas que los socorrieron.

Al final arribaron a Nicoya. Allí permanecieron por varias semanas reponiéndose de la extenuante marcha. Cockburn y compañía fueron atendidos por el alcalde. Ningún barco había arribado al golfo en las últimas semanas, salvo una canoa y una piragua, en las que los viajeros tomaron pasaje y enfilaron vela hacia la costa de Chiriquí. El viaje por agua fue peligroso al punto de arriesgar seriamente la vida de los tripulantes, tanto que éstos se sintieron en un momento dado como “[...] los hombres más desgraciados del mundo”. Si lograron sobrevivir fue gracias a la asistencia de los indios Buricas que habitaban por aquella tormentosa costa.⁶

Una vez en Chiriquí, Cockburn fue testigo de un asalto que hicieron al pueblo ciertos indios salvajes. Saquearon casas, escalaron y quemaron vivo a un fraile en medio de danzas y borracheras. La turba compuesta por unos 200 indios llegó hasta la casa donde yacía enfermo el viajero, pero sabiendo que era inglés le respetaron la vida y hasta le invitaron a irse con ellos; el enfermo declinó la oferta invocando su dolencia. Sobre los invasores dejó la siguiente reseña:

“Los españoles los llaman Sancudos o Mosquitos debido a su pequeño tamaño, pues en realidad son la gente más menuda que haya visto, no pasando de cuatro pies y algunas pulgadas de estatura, pero aunque bajitos son bien proporcionados. Hombres y mujeres andan desnudos de la cabeza a los pies. La piel es café oscura, pintada con bandas azules de los hombros al talón. El pelo negro y lacio les llega casi al suelo. Cada hombre lleva perforada la nariz y barbilla, atravesando la primera con un diente de fiera insertado. Las mujeres tenían agujereadas las mejillas, en las que ensartaban plumas de varios colores y complementaban su adorno con un arete con colmillos de tigre que pendían de sus orejas”.

La descripción física y adornos que Cockburn adjudica a los invasores no parece corresponder a los rasgos fisonómicos ni a la ornamentación corporal que usaban los Misquitos en el siglo XVIII. Probablemente se trataba de indios Terebé que vivían cerca de Bocas del Toro, los que siguiendo el ejemplo de los Misquitos ofrecieron resistencia a la penetración de los españoles en su territorio. Por otra parte, las relaciones con estos últimos indígenas en aquellos años eran de no agresión, pues los Misquitos estaban en disposición de entenderse con el gobernador de Costa Rica, ofreciéndole carey a cambio de ron y cacao.⁷

⁶ Una separata del libro, con introducción y notas de Franz Termer: *“Los Viajes de Cockburn por Costa Rica”*, fue publicada por la Editorial Costa Rica en 1976. También incluye el mapa de la ruta de Cockburn por Centroamérica.

⁷ Sobre los indios Terebé decía Orlando Roberts, un comerciante inglés que los visitó a principios del siglo siguiente: *“El odio que todos esos Indios sienten por los Españoles ha sido un obstáculo para que los misioneros Católicos penetren en esa región”*. La única ilustración que contiene el libro de Cockburn (edición de 1817) muestra en efecto a un grupo de indios danzando alrededor de una pira donde quemaban a un fraile.

De Chiriquí continuaron los ingleses a pie rumbo a Panamá. Pasaron a Portobelo donde tomaron un velero que los condujo a Jamaica a principios de 1732, poniendo fin a su larga travesía y calvario.

La narración de John Cockburn, en resumidas cuentas, conserva el valor de ser una de las pocas y más interesantes impresiones sobre la vida colonial en América Central, gracias a la curiosidad de un viajero extraño de aquellas tierras, no obstante la cuota de sufrimientos que tuvo que padecer a lo largo de su desventurado trayecto.

El pintor náufrago y escritor

Un lugar de la Costa Atlántica de Nicaragua fue el escenario de la primera novela escrita en los Estados Unidos por un pintor inglés de la época colonial llamado William Williams. Autor de *retratos y paisajes*, Williams nació y murió en Inglaterra (1727–1791). Después de una aventura marinera en el Caribe se radicó en Philadelphia y New York durante 30 años, tiempo que dedicó no sólo al arte sino también a escribir el libro que tituló *"The Journal of Llewelin Penrose, a Seaman"*.

Todo parece indicar que Llewelin Penrose es el seudónimo que usó Williams para relatar la gran aventura de su juventud, cuando olvidado por su barco arrió en un bote a la Costa Caribe de Nicaragua. Náufrago siendo muy joven, escribe que vivió con los indios Ramas por 27 años, (aunque posiblemente fueron unos 27 meses en la realidad), entre los cuales supuestamente murió —según la novela— no sin antes encomendar su diario a uno de los hijos, (nacido de Luta, una indígena), con la orden de entregar el manuscrito al primer capitán inglés que pasase por la costa, para que lo llevase a Inglaterra donde debería ser publicado.

Resulta obvio que la trama de libro es novelesca, pero el escenario es real y representa una experiencia vivida por alguien en el territorio de los indios Ramas, posiblemente el mismo Williams en su adolescencia. El área descrita en la obra corresponde sin lugar a dudas a la playa llamada actualmente Green Point, situada entre la laguna Bluefields y Monkey Point. Ofrece referencias y detalles sobre manglares, lagunas costeras y cuevas que son perfectamente identificables como existentes en el lugar, testimonios que apoyan el carácter auténtico del escenario y no el producto intencional de una imaginación por cierto brillante.

La observación cuidadosa y detallada que presenta de ciertas especies de la fauna y flora del lugar, de su comportamiento y características

—como por ejemplo el parasitismo agobiante del chilamate, el florecimiento único de una liliácea parecida al aloe, el canto agorero del gran pocoyo, la anidación de las tortugas marinas, la migración de las langostas mar adentro y otros ejemplos parecidos— agregan también veracidad al escenario tropical descrito en el libro.

Aunque Williams ubica el inicio de la aventura de su héroe Penrose en 1747, ese año el autor cumplía 20 años de edad, había regresado del Caribe y se encontraba en Philadelphia, donde vivió hasta 1760 dedicado a su profesión de pintor, maestro de arte y flautista. Uno de sus discípulos refiere que Williams “[...] hablaba la lengua de los Negros y Caribes, y me parece que ha vivido entre ellos por algunos años”.

En Philadelphia Williams tuvo a su cargo la realización de ciertas pinturas y ornamentos para los navíos de un famoso constructor de barcos elegantes de la ciudad, llamado casualmente Mr. Penrose. Posteriormente pasó a vivir a New York, siempre en su profesión de pintor, donde concluyó el manuscrito del libro en mayo de 1783. De acuerdo con esa fecha, fue su obra literaria la primera novela escrita en los Estados Unidos como país independiente. Luego el autor partió a Inglaterra donde murió ocho años después.

El libro no fue publicado en Londres sino hasta 1815, en forma póstuma y anónima, con un estilo reformado y en cuatro volúmenes. Tuvo una segunda edición en 1825, también publicada en Inglaterra, y una versión en alemán. La obra fue aceptada con tal avidez que el mismo Lord Byron confesaba que la había leído “de una sola sentada”. Es definitivamente superior a Defoe con su *Robinson Crusoe* en las descripciones naturalistas; se anticipa en algunas escenas culminantes a *Moby Dick*, y en ideas antiesclavistas a *La Cabaña del Tío Tom*, como bien lo señala David H. Dickason, descubridor del manuscrito original, quien además hace la siguiente crítica de la obra:

“Mr. Penrose, la saga de un naufrago en el Caribe en la tradición de *Robinson Crusoe*, (aunque difiere ampliamente de ese prototipo), es un cuento absorbente de crisis y aventura en un ambiente exótico, y del esfuerzo de un hombre para formular una filosofía personal válida, un *modus vivendi*, bajo circunstancias adversas. Una narración lacónica escrita en primera persona, que emplea un modo realístico en el reportaje meticuloso de escena y evento, pero envueltos en un espíritu de elevado romanticismo”.⁴

El *Robinson Crusoe* de las playas nicaragüenses

En 1746, decidido a buscar fortuna y nuevos horizontes, el joven Llewellyn Penrose se enroló como marino en la flota de Jamaica, con tan ma-

⁴ Ver William Williams en la Bibliografía. p. 13. Las citas a continuación fueron traducidas de su libro.

la suerte que una tormenta lanzó el barco contra las costas de Cuba, donde la tripulación fue capturada y hecha prisionera por las autoridades españolas. Salió libre con motivo de las festividades que conmemoraban la ascensión de Fernando VI al trono español. Al año siguiente Penrose se alistó en un barco pirata con el objeto de atacar a los navíos españoles que circulaban por los cayos de la Florida. Luego los aventureros se dirigieron al sur, escaparon de encallar en Quitasueño y se aprovisionaron en la isla Providencia. Continuaron el rumbo con proa hacia la costa caribe de Nicaragua en persecución de otro velero español que al final se les escurrió.

Estando surtos frente a la costa nicaragüense, Penrose y dos compañeros bajaron un bote en un anochecer, con la intención de arponear en las aguas al lado del barco. Bajo los efectos del ron el marino se quedó dormido en la canoa y cuando despertó comprobó con asombro que el barco había partido, dejándolo olvidado y a la deriva en aguas desconocidas.

Remando hasta la costa más cercana, escoltado por tiburones de 14 pies de largo, arrió el inglés a una playa solitaria, donde crecían algunos arbustos y palmas, en lo que parecía una bahía con una punta pedregosa al final. Estando ahí divisó a un salvaje, desnudo, con una especie de remo en la mano. Fue a su encuentro. El indígena le alargó la mano preguntando en español al naufrago si era cristiano; luego lo condujo hacia una canoa angosta y larga donde esperaban su mujer y un niño, igualmente desnudos y muy asustados. El indio ofreció carne de tortuga que el inglés devoró con el mayor de los apetitos. Ante los temores de la mujer frente al recién llegado, el indio, no obstante su disposición amigable, optó por escapar, yéndose con su familia en el bote y dejando a Penrose nuevamente abandonado en aquel desconocido paraje.

Por los siguientes días el inglés solitario se las arregló para sobrevivir, excavando por agua entre la playa arenosa y comiendo conchas crudas, pues no contaba con medios para hacer fuego: “[...] hubiera dado mi sombrero lleno de dólares por un tizón en llamas”.

Al explorar el lugar se percató que estaba en una isla, no mayor de media milla y con pocas posibilidades de encontrar alimento. Desde la parte más elevada del lugar observó que la verdadera costa estaba apenas a unas cinco millas de distancia. Tomó nuevamente su bote y se dirigió hacia ella, no sin antes detenerse en un islote intermedio que era sitio de anidación de pelícanos, donde encontró huevos de aves y hermosos ejemplares de la concha rey. Una vez arriado a tierra firme, desembarcó en una playa arenosa, flanqueada por lagunetas y manglares, no lejos de los cuales descubrió una cueva que sería su refugio por los pró-

ximos meses, donde se hizo una cama utilizando la fronda de los palmitos.

A juzgar por la descripción de los sitios visitados, parece que Penrose arribó primeramente a la isla *Pigeon Cay* y que el islote de los pelícanos y huevos era *Soup Cay*. La playa con manglares, palmitos, lagunetas y cueva correspondía a *Green Point*, lugares situados a unos 25 kilómetros al norte de *Monkey Point*.

Una vez en tierra firme el marino localizó un torrente de refrescantes aguas, (posiblemente *Black Water Creek*), “[...] que para mí valió más que el Banco de Inglaterra”. Su dieta consistía ahora de pescado crudo, en especial “roncadores”, y huevos de tortuga, hasta que descubrió un árbol incendiado por un rayo, fuente de fuego que logró mantener por las semanas subsiguientes, alimentándolo con ramas secas del árbol *poppanack* que ardía bien y mantenía la llama. Para no perder el cómputo del tiempo llevaba la cuenta de los días acumulando diariamente pequeñas conchas.

Después de siete semanas de explorar en su bote las playas vecinas, encontró entre la arena un cofre español que contenía además de alguna ropa ciertos cordeles, anzuelos, carrucha, ovillo, hilo, aguja de coser y un catalejo. Las exploraciones costa arriba lo llevaron a una isla poblada de saínos, venados y garzas, y donde también descubrió algunos pequeños saurios como lagartijas, camaleones e iguanas. Logró capturar un gavilán pescador, que atacado por cangrejos estaba mal herido; fue rescatado y curado por el inglés, llevado a la cueva donde lo domesticó como mascota, al igual que hizo con una lora hablantina y un cervato, amantado por una venada silvestre. Pasaron a formar parte de su zoológico particular y por algún tiempo constituyeron su inseparable compañía.

En una de las excursiones a lo largo de la costa descubrió Penrose una isla (*Deer Cay*), a la entrada de espaciosa bahía (*Bluefields*), donde estaba una piedra con letras y fechas inscritas, que dejaron los piratas que visitaron el lugar en varias ocasiones entre 1589 y 1673. Llamaron también su atención unas grandes calaveras que pensó eran las víctimas de los caníbales, pero luego comprobó se trataba de la cabezotas de la tortuga *loggerhead* (*caguama*).

Según la narración de Williams, el naufrago vivió solitario por tres años, durante los cuales se alimentó con productos del mar y de la selva, incluyendo algunas frutas como sapotes, nísperos, guayabas, mameyes y cocos. Aprendió a fabricar cordeles de cabuya, redes y canastos. Solía

pescar tortugas mar adentro, evadiendo los tiburones que merodeaban por el bote. Con el tiempo llegó a familiarizarse con la naturaleza de aquella apartada región reconociendo su fenología en el transcurso de los años. Ciertamente lo observado y descrito por Williams bien corresponde a la naturaleza tal como se manifiesta en aquella costa de Nicaragua.

La relación con los humanos resulta enigmática y parece más bien acomodada por la fantasía del escritor. Resulta inexplicable, por ejemplo, que durante los tres primeros años de vida solitaria Penrose no haya hecho contacto con los indios Ramas que vivían un poco más al sur sobre la costa y en el interior de la selva que se extendía a sus espaldas. Tampoco lo hizo con algunos colonos ingleses que estaban instalados cerca de la desembocadura del río Punta Gorda, 45 kilómetros más al sur, según se infiere de otras narraciones de viajeros contemporáneos. Ambas incógnitas introducen cierta duda sobre el lapso verdadero de tiempo que pasó Williams en su aislamiento, no obstante la idoneidad de los ambientes geográficos y el realismo de las observaciones naturalistas que describe en su libro.

La utópica colonia del marino emprendedor

Refiere Penrose que al cabo de cuatro años arrimó un bote a la playa para enterrar al abuelo de una pareja de hermanos indígenas. El viejo se enfermó cuando pescaban juntos en el mar; el viento los llevó mar adentro y anduvieron a la deriva por nueve días. Ella era Yalutta (“arboleda verde”); tenía 17 años, de piel cobriza, luciendo un collar de dientes de tigre y venía escasamente cubierta con un taparrabo de algodón. El se llamaba Ayasharre, (“corredor veloz”), de fuerte complexión a pesar de sus 16 años, sus modales reservados. Ambos hermanos fueron acogidos por Penrose quien los llamó Luta y Harry respectivamente. En su canoa cargaban implementos nativos de pesca y caza, (además de un hacha fabricada en Cádiz), que aunque primitivos resultaron de gran utilidad para los tres naufragos. El marino y los recién llegados se juntaron desde entonces para formar una pequeña colonia de sobrevivientes en aquel idílico paraíso terrenal situado a la orilla del mar y al borde de la selva. Como era de esperar en tales circunstancias, Luta se convirtió en la compañera del hasta entonces célibe inglés y se comprometió “[...] a atizarle el fuego todos los días”.

Ambos hermanos ayudaron a Penrose a establecer la primera plantación de yuca en un parche quemado de la selva, arponear tortugas marinas y hacer un “corral” en medio de las aguas costeras para mantenerlas vivas.



Figura 49.- El náufrago Penrose descubre a una pareja de indios Ramas. (Ilustración de la segunda edición inglesa de Williams).

Con el tiempo Luta y Harry aprendieron a chapurrear el idioma inglés, como para referirle a Penrose algunos aspectos del lugar donde procedían y las costumbres de su tribu. Ambos eran originarios de un lugar situado a la distancia de “tres dormidas y tres caminadas” (posiblemente cerca de las bocas de los ríos Maíz e Indio localizadas a unos 65 kilómetros al sur contados sobre la costa, entonces habitada por indios Ramas). Le dijeron que su gente vivía temerosa de la presencia de unos hombres blancos que en cierta ocasión llegaron con “palos torcidos” (sables) con los que dieron muerte a sus antepasados, alusión que podía re-

ferirse a los piratas, o a los primeros españoles que recorrieron esa parte de la costa, “[...] cuando los árboles viejos eran pequeños”. Los indígenas negaron que su tribu practicara el canibalismo, pero oyeron decir a su abuelo que en un tiempo los antepasados lo hicieron, “[...] cuando la luna era entonces una pequeña estrella”.

Al quinto año de residir en aquel lugar Penrose descubrió un lugar paradisíaco junto a una cascada. Cercana se abría una enorme cueva, que parece haber sido el sitio de escondite de los piratas Fletcher y Needham en 1670, según una inscripción que el marino inglés encontró en su interior. El sitio alrededor parecía muy promisorio, con abundancia de pescados y aves acuáticas, por lo cual el trío decidió trasladar su residencia al nuevo lugar.

La historia de Penrose se extiende a lo largo de toda una vida, tornándose más novelesca. Incluye el nacimiento de un hijo y la muerte de Luta al nacer el segundo retoño. También refiere la expansión de la incipiente colonia con el arribo de ciertos indios amigables procedentes del norte que se integraron a la comunidad fundada por Penrose. Otros personajes que también se incorporaron al establecimiento, según refiere Williams en su novela, fueron un esclavo negro fugitivo, un marino escocés, un capitán holandés, un caballero español y otros aventureros que pasaron o se establecieron por aquella colonia costera, de la cual la historia no hace la menor mención.

No obstante la dosis de fantasía introducida por el autor en su narración, su mérito como escritor de aventuras en la segunda mitad del siglo XVIII no ha quedado disminuido. A este respecto Dickason escribe:

“Williams fue su propio protagonista; un personaje autodidacta, autosuficiente, con talento para las artes como para las letras. Como pintor produjo más de doscientos óleos, pero Mr. Penrose es su novela, basada únicamente en su propia experiencia real o imaginada”.

Las aventuras caribeñas de John Roach

En 1784 apareció en Whitehaven, (un pequeño puerto inglés junto al canal de Irlanda, no lejos de la frontera de Escocia), una insólita publicación escrita por un antiguo marinero que había andado rodando fortuna por el Caribe.

El libro, de pocas páginas, se titula *The Surprising Adventures of John Roach*, (“*Las Sorprendentes Aventuras de John Roach*”). La publicación fue motivada, según parece, por la necesidad que tuvo el autor de

ganar el sustento, después de haber vivido una penosa aventura a la intemperie en las selvas de la Costa Atlántica de Nicaragua y sufrido encierro en húmedas y oscuras mazmorras españolas, que lo dejaron tullido e incapacitado para ejercer de nuevo su antiguo oficio de marinero.

Aparentemente la publicación tuvo cierto éxito, pues Roach preparó de inmediato una segunda edición “aumentada y corregida” y advirtió a otros impresores que se abstuvieran de cualquier plagio de la obra por que serían demandados por “piratería” literaria.

El marinero abre la historia recordando su iniciación en la vida del mar como aprendiz de los barcos que hacían el tráfico de carbón entre Inglaterra e Irlanda. En más de una ocasión quedó expuesto a la zozobra sobre las tormentosas aguas del Mar del Norte, sobreviviendo —según afirma— gracias a la intercesión de la Divina Providencia, a la cual ferrosamente invoca a lo largo de la narración como la protectora que lo sacó avante de todos los peligros que tuvo que arrostrar en su aventurada vida.

Poco después cruzó el Atlántico en un barco que comerciaba entre Londres y Jamaica, incluyendo también un viaje a Guinea donde fueron capturados quinientos negros que llevaron a vender como esclavos a la isla caribeña. En su condición de marinero realizó otros viajes a la costa de Honduras para extraer maderas de tinte y caoba y pescar tortugas alrededor de la isla Roatán.

En marzo de 1770, cuando Roach tenía 22 años, fue contratado por un capitán que condujo el barco a Nombre de Dios con la aparente intención de intercambiar con los pobladores del lugar cierta ropa y utensilios por ganado; pero una vez que las bestias estuvieron a bordo el inescrupuloso capitán, en lugar de cumplir con su parte, arrestó aquellos con quien trató y los puso en tierra, escapando con el botín ante los atónitos ojos de los engañados.

Después de dejar Nombre de Dios navegaron unas cincuenta leguas hacia el oeste, pero como tenían necesidad de leña anclaron en una gran bahía cerca de la boca de un río. Aunque Roach no identifica el nombre del lugar, la distancia y ambientación geográfica que menciona corresponden a las de la bahía de Bluefield, donde desemboca el río Escondido.

Capturado por los salvajes Ulwas

El marino y cinco negros con machetes arrimaron un bote a tierra firme para cortar leña. Al poco rato de haber desembarcado los esclavos co-

rrieron en desbandada en busca del navío. Roach se sorprendió al ver una horda de indios salvajes que lo rodearon y apuntaban con flechas. Capturado por la banda fue desnudado y su ropa descartada:

"Tan pronto como quedé desvestido, formaron un círculo poniéndome en medio para examinar mi piel uno tras otro y parecían muy sorprendidos de su color. Después compararon las diversas partes de mi cuerpo con las suyas, hasta que su curiosidad quedó completamente satisfecha".⁹

Los captores formaban parte de un grupo familiar de indios *Ulwas* o *Woolwas*, (escrito como *Woollaways* por Roach). Estaba integrado por unos cincuenta hombres y doble número de mujeres y niños. No tenían lugar fijo de asentamiento; vagaban diariamente por la extensa selva, ejercitando la cacería para su sustento.¹⁰

Estos indígenas no se atrevían a construir habitaciones permanentes o asentarse en un determinado lugar para no llamar la atención de sus enemigos ni dar oportunidad que los invadieran. Consideraban como tales a los españoles del interior del país, pero temían más a los Misquitos del litoral que a menudo hacían incursiones por el interior de la selva, remontando los ríos en largas canoas, para capturarlos con armas de fuego y venderlos como esclavos a los comerciantes de Jamaica:

"En estas aventuras los invasores se presentan bien armados y en número tan grande que los indios arqueros no se atreven a enfrentarlos. Durante mi cautiverio nunca observé en realidad a los terribles invasores, pero los pobres salvajes viven en tal suspense que si el viento o cualquier bestia vagabunda produce durante la noche el más leve ruido entre los árboles del bosque, la tribu entera se levantará al instante y probablemente caminará por toda la noche para evitar el encuentro con el supuesto enemigo, salvo que tenga la suerte de descubrir la verdadera causa del disturbio".

Como prisionero de los *Ulwas*, el marinero inglés fue obligado a cargar las piezas de los diversos animales que la tribu había cazado, actividad que los indios ejercían sin descanso hasta el anochecer. Entonces acampaban debajo de un gran árbol, encendían una fogata y asaban la carne en barbacoa, la única comida del día, o mejor dicho hartazgo, que devoraban con salvaje apetito.

Después del festín procedían con diversiones absurdas y ridículas, que consistían en la ejecución de gestos grotescos, miradas torvas, "[...] con tales ceños en formas y expresiones que las muecas les daban una ho-

⁹Esta cita como las que siguen son tomadas del libro de Roach, traducido al español por el autor.

¹⁰Los *Ulwas* habitaban al occidente de la laguna de Bluefields, a lo largo del río Escondido y afluentes, hasta sus cabeceras en Chontales.

rrible apariencia, para concluir su ridícula velada con gritos y alaridos en una manera verdaderamente espantable”. Una vez terminada la diversión, la entera tribu se echaba en el suelo para dormir alrededor de la hoguera.

Pronto la tarea forzada impuesta al prisionero por los indios, el cambio de dieta y la continua exposición al clima cálido y lluvioso de la selva, lo redujeron “[...] a la consistencia de un esqueleto que parecía ir en camino hacia la eterna morada”. El jefe de la tribu, en verdad un sukia o curandero, le aplicó unos polvos de plátano que resultaron muy curativos. Lo hizo, según Roach, más por interés de conservarle la vida para futuros servicios que como gesto humanitario. No obstante el cuidado prodigado, Roach tuvo que soportar aquellas caminatas que realizó descalzo, semidesnudo, siempre a la zaga de los cazadores indios, entre un espeso bosque donde con frecuencia se rasgaba la piel y laceraba la planta de los pies: “La piel de los indios era mucho más fuerte que la mía y no tan fácil de penetrar —comenta el cautivo— en realidad si alguno recibía heridas un día, al siguiente ya estaban completamente cerradas”.

Observaciones sobre las costumbres de los Ulwas

La tribu debía el nombre a la forma de sus cabezas, cuya parte superior, por artificio, se encuentra aplastada. Los indios consideraban esta deformación como algo bello y se esmeraban en provocarla entre los infantes. Para lograrlo, una vez que el niño nacía, utilizaban un par de tablitas que aplicaban contra el cráneo del recién nacido, atadas fuertemente con cuerdas de henequén, acercándolas en la medida que la frente se aplastaba. La deformación quedaba completa para la época en que el niño solía caminar.¹¹

Los miembros de la tribu son descritos por Roach como de regular estatura, bien proporcionada, robusta y fuerte. El pelo lacio, largo y negro, les cae sobre los hombros; el cutis de color cobrizo aunque lo pintaban cada mañana con hollín y achiote, los hombres en negro y rojo y las mujeres sólo en rojo: “una vez que se acicalaban venían a pintarme de tal modo que mi color natural quedara enmascarado; con el pelo negro, en todo tiempo largo, casi no me diferenciaba de los nativos, salvo por la forma de la cabeza”. Con el tinte tatuaron una marca indeleble en el brazo del prisionero como signo de posesión.

¹¹ Los colonos españoles en Nicaragua llamaban a estos indios “Caribes”; también apodados “Chatos” por tener la cabeza plana. Por la misma razón los Misquitos los llamaron *Laltantas*. Actualmente se considera a los Ulwas como uno de los principales grupos de la gran tribu de los Sumus.

Cubrían el pudor con una pequeña pieza hecha de la corteza que llaman *polpro*. Una vez que la separan del árbol la secan y aporrean hasta darle la consistencia de tela; luego la enrollan en torno a la cintura, dejando caer los extremos hacia delante y atrás para cubrir las partes pudendas. No se abrigan por la noche con más protección que en el día, salvo en la estación lluviosa cuando se sentaban sobre las pantorrillas para dormir, colocando sobre la cabeza una larga hoja como paraguas llamada *trooly*.¹²

La vasija de los indios consistía en calabazas y *cujarees*. Las primeras crecen espontáneamente en el bosque, los segundos son fabricados por las mujeres con arcilla puesta al fuego. Los cuchillos eran de madera dura, pulida con pedernal; se empleaban para desmembrar los animales que cazaban. Por cuchara usan el hueso de las manos. El alimento de la tarde, enteramente carne de monte, era por lo general el único plato del día; cada quien comía lo suficiente para soportar el ayuno hasta el siguiente día. Carecían de sal y el agua era la principal bebida. Algunas veces las mujeres envuelven plátanos en hojas de *trooly* hasta que se tornan rancios; luego los majan y mezclan con agua, fabricando una bebida de naturaleza intoxicante.

Los modales de los indios eran graves y solemnes, sin asomo de júbilo y tan parcos en la conversación que con frecuencia viajan juntos por varias horas sin cruzarse palabra. Después de todo, el éxito para localizar la caza exigía silencio y atención.

Según Roach los indígenas no practicaban ritos matrimoniales, pero el muchacho de mayor edad toma a la muchacha también mayor, uniones que se establecen entre los doce y los catorce años. Las mujeres no sufren durante el parto, el cual se efectúa sin dolor ni peligro. Cuando la mujer advierte que va dar a luz, avisa a sus compañeras y se sienta en el suelo. La entera tribu, hombres y mujeres, se echa alrededor hasta que el niño nace. Luego todos se levantan y marchan a la ribera del río más cercano. La recién parida salta al agua y nada por largo tiempo, mientras otras de la fraternidad lavan al bebé. Cuando la madre termina con su ablución se une al resto de la compañía como si nada hubiese sucedido; lleva al niño amarrado a la cadera, modo como cargan siempre a los niños hasta que puedan caminar por sí solos.

Roach observó que los Ulwas no tenían método para computar el tiempo, salvo por cortos períodos referidos a las fases de la luna. No pu-

¹² Corresponde al quequisque o malanga de monte, una arácea del género *Philodendron*. El *polpro*, *purproy*, *palpura*, (escrito así por diferentes autores), era un taparrabos fabricado de la corteza del tuno, *Poulsenia armata*, árbol de la misma familia del caucho y del nispero. La fibra *Silk Grass*, mencionada adelante, era extraída de una bromelia del género *Achmaea*.

do conocer la edad de los indios, aunque sospechaba que vivían muchos años por lo general. Distinguía a los viejos por sus arrugas y canas; admiraba su fortaleza cuando desempeñaban su parte en la cacería diaria, soportando toda clase de trabajos y durezas con la misma resistencia de los jóvenes.

Los indígenas padecían de pocas enfermedades a las que solían curar eficazmente con las hierbas del bosque. A la muerte de un miembro el resto de la tribu excavaba un hoyo, donde depositaba el cadáver sin exhibir ninguna ceremonia fúnebre o expresar el menor signo de duelo. Tampoco realizaban ceremonias religiosas, salvo cierto rito chamánico que el sukia ejecutaba todas las mañanas con unas varas plantadas en el suelo para determinar el rumbo a seguir en la búsqueda de las presas del día.

La cacería y sus artes entre los Ulwas

La vida nómada de los indígenas parecía regulada por la circunstancia siempre cambiante de la caza. Se desplazaban diariamente de un lugar a otro sin otro pensamiento que el de obtener la comida del día, cazando y pescando en el ambiente selvático que los rodeaba. Como grupo familiar habían definido un área que explotaban en forma rotativa, evitando incursionar en los territorios ocupados por otros grupos. Confinaban sus andanzas dentro de un espacio de cinco o seis días de viaje, regresando con frecuencia a ciertos sitios que les eran familiares, ya sea por suplirles con buena agua, convenientes dormitorios, excelente caza, o algo así.

Las armas de cacería consistían en arcos y flechas, en cuyo manejo los indígenas mostraban tal experiencia que rara vez erraban el blanco. Los arcos medían unos cinco pies de largo, fabricados de una madera dura y elástica, raspada y pulida con un pedernal. Las cuerdas eran elaboradas de una especie de cabuya que crecía en el bosque; tenían flechas de varios tamaños, las más largas de unos cinco pies. Cada indio cargaba normalmente unas cuarenta en una aljaba de cuero de venado. Fabricaban las saetas de una caña recta en cuya punta engastaban una pieza de madera dura, escindida para insertar en ella una hoja de pedernal afilada, amarrada al fuste de la flecha con *silk grass*.

Desde niños los miembros varones de la tribu practicaban al arco, de modo que con el tiempo llegaban a ser expertos flecheros. A Roach le fueron ofrecidas estas armas, pero su impericia fue tal que los indígenas se

vieron obligados a quitárselas, no sin antes golpearlo en castigo por haber desperdiciado tantas flechas.

La cacería era una actividad diurna incesante. Admiraba al prisionero inglés la energía extraordinaria que los indios manifestaban en ella, pues no paraban sino hasta impedirla la noche. Roach menciona al respecto:

"El jefe toma siempre la delantera durante las excursiones diarias, seguido por un tren de arqueros, con las mujeres y niños en la retaguardia. Marcha un poco adelante de sus compañeros, husmeando el aire alrededor, y les señala en la dirección donde los animales se encuentran; también busca los rastros que son las mejores pistas para perseguirlos. Cuando los indios dan con la huella de cualquier bestia no hay forma de hacerlos regresar, no importando las espinas y otros obstáculos que encuentran en el rumbo. En ese caso el jefe se va de cabeza contra el matorral en forma tenaz, abriéndose paso a como dé lugar para que lo sigan los arqueros. La brecha se amplía cuando toca el turno a las mujeres, que cargan niños, animales muertos o los utensilios de la tribu".

Los indígenas empleaban el arco para flechar peces en los ríos, manejándolo con igual certeza que en el aire. Todos los miembros de la tribu exhibían gran habilidad en el medio acuático a consecuencia de haberla practicado desde temprana edad.

Al final de la jornada diaria los indígenas paraban para hacer fuego frotando un palito contra una tabla, en cuyo centro había un agujero para encender la yesca. Armaban luego la barbacoa para asar los animales cazados durante la jornada. La hoguera continuaba ardiendo por el resto de la noche para alejar a las fieras del sitio donde el grupo pernoctaba.¹³

En manos de los indios Kukras

Después de un tiempo como prisionero de los Ulwas, fraguó Roach el plan para escapar de sus dominios, cansado de servirles como esclavo y de los castigos que le propinaban cuando les fallaba en su entereza física. La ocasión se presentó al décimo mes de cautiverio. Los indios decidieron celebrar un gran banquete para aprovechar la abundante cacería que habían logrado un cierto día. La cena fue opípara, acompañada con copiosa libación de chicha de plátano. Toda la tribu, hombres y mujeres, quedaron fuertemente intoxicados y profundamente dormidos:

¹³ "Así que, tan pronto juzgué que la ebria tropa estaba muy entregada a las tranquilas manos de Morfeo, me levanté suavemente, caminé con cuidado entre ellos y siendo fa-

¹⁴ Sobre los animales cazados por los Ulwas y sus hábitos, tal como los anotara Roach, léase el Capítulo de la Zoología Fantástica.

vorecido por los luminosos rayos de la luna llena pronto me encontré a considerable distancia de mis captores. Sobreviví con toda fruta que encontré en los bosques y viajé tanto como pude en la dirección que confiaba me conduciría a la costa del mar, el cual a mi juicio estaría no muy distante”.

Después de pocos días de incesante viaje por la selva, sin más perturbación que el haber sido perseguido por una rabiosa danta que lo obligó a buscar protección en un árbol, el marinero realizó un feliz descubrimiento: un caballo atado a un árbol. Lo montó a toda prisa, pero el brioso corcel corrió en dirección a un espacioso claro, rodeado por una fila circular de árboles altos. Allí, en torno de una hoguera estaban otros indios asando animales cazados. El equino perdido pertenecía al jefe de la tribu, que pareció contento con el caballo pero no con el jinete.¹⁴

De inmediato ordenó el cabecilla de aquel grupo de salvajes atar al intruso a una estaca, para ser traspasado por las flechas de sus cofrades:

“Cuando la bárbara horda se colocaba en posición, alistándose para disfrutar del espectáculo exterminador, escribe Roach, un viejo venerable que era médico-brujo se levantó y la harengó por largo rato. La exhortación resultó como celestial para mí, pues no había concluido cuando la ferocidad de todas las expresiones que me rodeaban se desvaneció totalmente, cambiando a una compostura más placentera hasta que fui felizmente dejado en libertad”.

Por unos días Roach gozó de la hospitalidad de esta nueva tribu, que lo consideraron como miembro descarriado de otro grupo, pero cuando el sudor comenzó a lavar la pintura de la piel del inglés, ésta quedó descubierta en su color natural. Pronto toda la tribu se sublevó al comprobar la metamorfosis; en consecuencia el marinero fue relegado a la condición de esclavo y, como en la vez anterior, obligado a cargar las piezas de la cacería.

Esta segunda tribu, según Roach, eran los llamados *Buckeraws*, (*Kuckeras* o *Kukras*, otro grupo de la stirpe Sumu), de buenas proporciones, excelsivamente livianos y activos a pesar de ser robustos. Sumaban un poco más de quinientas personas, doscientas de las cuales eran varones.¹⁵

Las prácticas diarias de estos indígenas parecían muy similares a las de los Ulwas, de los que se diferenciaban únicamente por la forma de decorar el cuerpo. Tenían la nariz plana por la costumbre de comprimirla con las palmas de la mano durante la infancia. Los varones llevaban el

¹⁴ Los Sumus acostumbraban robar ganado en las vecinas haciendas de Chontales.

¹⁵ Los Kukras vivían en el territorio selvático situado al occidente de la laguna de Perlas, a lo largo del río Kurinwás y sus afluentes.

tabique nasal perforado por un palito en cuyos extremos venían amarradas unas plumas de lora, o de algún otro pájaro bello, que se proyectaban frente a la cara. También horadaban el labio inferior para colgar de él un pequeño pendiente de madera en forma de pez. Las mujeres lucían un arete de madera suspendido por una fibra del tabique nasal. Tales ornamentos —dicho sea de paso— habían sido observados un siglo antes por el pirata Dampier, entre los indios salvajes que vivían junto a la laguna de Bluefields.

Asang-Lauwana: la sobrevivencia de los más fuertes

Una de las costumbres más interesantes observada por Roach entre los indios salvajes de la Costa Atlántica de Nicaragua era una especie de competencia practicada por los varios grupos. Se realizaba según parece con el fin de determinar la capacidad de los varones para resistir y soportar cierto tipo de castigo bárbaro que ponía a prueba su fortaleza. Aparentemente se trataba de un ejercicio ocasional que depuraba a los débiles y cobardes, asegurando así la sobrevivencia de la tribu como grupo fuerte.

Siglo y medio después de Roach, el etnógrafo Eduard Conzemius encontró que esta tradición —llamada por los Sumus *Asang Lauwana*, “el canto de la montaña”— era practicada por los mismos indígenas, aunque de manera un poco más humanizada. Tenía más bien sentido de ejercicio iniciático entre los jóvenes aspirantes a adultos, que de sobrevivencia selectiva de los más fuertes. En estos “juegos olímpicos”, realizados en un lugar secreto en medio de la selva, los jóvenes soportaban estoicamente los golpes que le propinaban otros competidores. Aquellos que pasaban el “examen”, según Conzemius, adquirían derecho al estado marital, que los incorporaba de lleno a la tribu como miembros hábiles y útiles.¹⁶

También informa el mismo autor que los hombres que tomaban parte en el *Asang Lauwana* se pintaban todo el cuerpo de negro y no se cubrían más que con taparrabos. Tenían que estar ceremonialmente “puros”, observando abstinencia sexual, descartando la sal, el chile rojo y las bebidas intoxicantes de la dieta, limitación esta última que Roach descarta en su versión.

En efecto, el inglés cautivo asistió a una de estas competencias acompañando a sus nuevos amos, los Kukras. Refiere que antes de concurrir

¹⁶ Ver la obra de Conzemius. p. 178–180.

a la cita, los indígenas se pintaron y lucieron sus mejores galas. Cada quien fabricó una trompeta y se proveyó de largos varejones: “Estas varas miden por lo general unas cuatro pulgadas de grosor, pero son tan elásticas que más parecen cuerdas que bordones”. También ahumaron



Figura 50.- Indios Sumus con vivienda temporal junto al río Piakos Maya, afluente del Prinzipolka. Ilustración de Charles N. Bell, autor de “Tangweera”, quien los visitó a mediados del siglo pasado.



Figura 51.- Cobertizo comunal en Akawasmaya (río Kukulaya), ilustrado por Bell, refugio temporal tal como el que albergó a las tribus sumus durante el Asang Lauwana descrito por Roach en 1770.

abundante carne de monte que cargaron al lugar del torneo. Este era un cuadrángulo en medio de la selva, nivelado y limpio de malezas, circundado por altos árboles y acordonado por arbustos tan apretujados que nadie podía ingresar a él salvo por una angosta entrada.

El día anterior convenido para el certamen arribaron al lugar las otras tribus, cada una con sus mujeres e hijos. Se alojaron en una larga enramada comunal; los miembros de un grupo discretamente separados de los otros. Se hicieron preparativos para un festín que duraría varios días, cocinando cada tribu su propio alimento.

En la siguiente mañana la entera congregación marchó en procesión formal hasta el cobertizo, sonando las trompetas. Las mujeres juntaron manos, cantaron y danzaron en torno de un poste levantado junto a la enramada. Cuando todas las tribus estuvieron presentes se inició el festín, devorando los asistentes las piezas traídas y compartiendo calabazas llenas de licor de maíz y de plátano.

Según Conzemius el *Asang Lauwana* era una especie de entrenamiento militar que los Sumus habían adoptado para prepararse ante la eventualidad de ser invadidos por los Misquitos o por los españoles. Concurrían al lugar del torneo todos los hombres por cuestión de honor. La presencia de las mujeres en el sitio de las competencias estaba estrictamente prohibida; sin embargo, éstas asistían a los varones preparándoles comida en un lugar aparte, sin acceso ni vista al “ring”.

Según el testimonio presencial de Roach, los varones que asistieron al evento representaban a ocho tribus. Se dividieron en grupos, uno en cada esquina y el resto a los lados del cuadro. A continuación, escribe el mismo autor:

“[...] un hombre de uno de los grupos avanzó hacia el centro del lugar; dió un silbido que fue respondido por otro de diferente tribu, que vino corriendo hacia el primero. Uno de ellos se agachó apoyando las manos sobre las rodillas, exponiendo la espalda desnuda, mientras el otro la golpeaba con sus nudillos con toda la fuerza que disponía. Luego cambiaron papeles el golpeador y el golpeado, soportando aquél los golpes de éste; después de lo cual se incorporaron a sus respectivas tribus. Entonces llegó el turno para una segunda pareja y así sucesivamente continuó la diversión singular sin ninguna interrupción hasta la caída de la tarde, salvo cuando algunos iban al cobertizo a disfrutar del amado contenido de las calabazas”.

La versión que supo Conzemius habla también de espaldas expuestas a la lluvia de codazos del contrincante, que el castigado tenía que aguantar sin proferir lamento: “De vez en cuando el sometido dice: *yañ alyañ*, “yo soy hombre”, mientras su adversario replica *añ bik al yañ*, “yo también”. Cuando este último se cansa de propinar codazos los dos hom-

bres intercambian lugares; toca el turno al golpeador, que tiene que soportar el mismo tratamiento sobre su espalda como el que aplicó a su rival”.

Cualquiera que renuncie a la competencia, antes que su oponente se canse de golpearlo, era tenido por cobarde. Algunas veces la muerte sobrevinía como resultado de los terribles golpes.

Al anoecer —continúa la versión de Roach— los hombres se dirigieron de nuevo en procesión con sus trompetas hasta el cobertizo, donde comieron con apetito; regresaron al sitio de las competencias no para descansar sino para continuar con saltos, gritos, risas y correr como si estuviesen locos.

En el segundo día desayunaron como antes, para repetir la diversión del día anterior, golpeándose los varones con los nudillos mutuamente y en forma inmisericorde. Al caer la tarde cenaron de nuevo, ejecutaron la misma ceremonia y pasaron la noche dando gritos y alaridos con tan grande algarabía que “[...] parecía que todas las bestias del bosque estaban trabadas en una batalla campal”.

Continuaron con su entretenimiento en el tercer día, “[...] en la forma más bárbara que yo haya visto u oído decir”, declara Roach. La entera compañía formó dos divisiones; una de las cuales, provista con grandes manojos de zacate, hizo una fila en el centro del lugar, cada hombre portando un varejón en la mano. Luego, el que estaba adelante se acostó sobre la pila de zacate, ofreciendo su espalda a los golpes que los demás le propinaron cuando pasaron junto a él en sucesión. Una vez que toda la compañía hubo desfilado, el castigado se levantó y volteó su cuerpo para recibir una nueva tunda de los mismos apaleadores. De esta doble manera cada participante en la competencia tuvo que soportar similar tormento cuando le llegó el turno que le correspondía.

El segundo grupo, también con su manajo de zacate, pasó por la misma disciplina. Al concluir esta diversión verdaderamente salvaje, el terreno alrededor quedó cubierto de la sangre que corrió por la espalda lacerada de los competidores. Nueve participantes, entre los que se contaban dos de los *Kukras*, murieron a consecuencia de los golpes despiadados que recibieron y muchos otros apenas podían sostenerse en pie.

Informa Roach:

“Si hubieran desfilado en un solo grupo, en lugar de dos estoy seguro que muy pocos habrían sobrevivido la paliza que recibieron. Aún así, entre más bárbaro era el tratamiento más júbilo les producía. Habían trabajado con tesón para realizar el evento y su gozo

fue tanto durante el mismo que su risa casi los parte en dos. Tan pronto como la fiesta terminó, enterraron a los muertos cerca del lugar de las competencias con el mayor gozo y éxtasis, tocando sus trompetas de cera, saltando y danzando sobre las tumbas”.

El torneo sangriento dejó de practicarse alrededor de 1870, según da a entender Conzemius.

Tercer cautiverio entre los Asanwas

Después de diez meses de cautiverio entre los Kukras, no obstante haberse mostrado éstos más benévolos que los Ulwas, Roach logró escapar de la selva montando una noche en el mismo caballito que lo había llevado al territorio de los nuevos amos. Aquella fuga la sintió el marino como si hubiese recorrido “cien leguas”, al cabo de las cuales desmontó para descansar a la sombra de un árbol.

Cuando despertó encontró que el caballo se había desatado y desparecido. El fugitivo vagó solitario en la selva por cinco días, sobreviviendo con frutas silvestres. Su mala suerte quedó confirmada por tercera vez al caer en manos de otra de las tribus selváticas, los *Assenwasses*, (Asanwás).¹⁷

La gente de esta tribu realizaba considerable comercio con los españoles, ya que sus territorios eran vecinos, e intercambiaban valiosas pieles de animales por sal, cuchillos, cierta clase de pequeñas dagas y otros artículos. Parecían ser de hábitos más sedentarios que los Ulwas y Kukras, teniendo por habitación enramadas cubiertas con hojas de árboles, donde pasaban la noche. Cultivaban hermosas milpas y molían masa de maíz en metates, tostando tortillas en comales; pero el principal alimento seguía siendo el que obtenían a través de la caza, al igual que los otros grupos de la selva.

Refiere Roach que los miembros de esta nueva tribu no llevaban marcas en el cuerpo, ni se pintaban como los otros; tampoco parecían tener religión; su comportamiento era un poco más civilizado y humano: “Tengo la sospecha que sus vidas no duran mucho; los jóvenes no tienen cuerpo robusto ni el espíritu de coraje que se observa en las otras tribus; los viejos arrugados no actúan con el mismo vigor que observé tan notoriamente entre los grupos más salvajes”.

Pasaron seis meses de tolerable cautiverio entre los Asanwás antes que Roach pudiera intentar un nuevo escape, alentado esta vez por la es-

¹⁷ Posiblemente un grupo de la subtribu de los Yalasán que vivían al oriente del Murra, principal tributario del río Grande de Matagalpa por la margen derecha.

peranza de alcanzar los dominios de los cristianos españoles. Así que al amparo de una noche oscura realizó su tercera fuga.

Durante tres días caminó el fugitivo por la selva, comiendo frutas silvestres, hasta que una tarde el sombrío bosque desapareció para dar paso a una amplia sabana donde pastaba multitud de ganado. Al rato de caminar por un sendero divisó una casa—hacienda hacia la cual enderezó los lastimados pies poseído de gran excitación.

La hacienda estaba situada junto al río Ouza (Olama) y su dueño era un indio Ulwa, de cabeza chata, que hablaba inglés; estaba vestido a la usanza española y tenía una historia tan interesante como la de aquel huésped semidesnudo y hambriento que vino a tocar su puerta en busca de asilo.

El guardián de la frontera

El indio que brindó auxilio al pobre marinero inglés resultó ser un amigo de los españoles. Estos le dieron hacienda y ganado junto al río Olama a cambio de servir como guardián de la frontera con la montaña, por donde hacían incursiones con frecuencia los grupos zambo—misquitos para hostigar los pueblos del corregimiento de Sébaco y Chontales.

El anfitrión había nacido entre los Ulwas —según refirió su historia a Roach— y cuando tenía unos 18 años fue capturado junto con otros de la tribu por una partida de Misquitos. Lo vendieron a un traficante inglés que vivía en la Costa, bajo cuyo servicio estuvo por varios años, en empleos de tierra y mar. Varias veces visitó Jamaica en la goleta de su amo y aprendió a hablar el idioma inglés de una manera aceptable.

En cierta ocasión, después de doce años de servidumbre, estando de pesca en el mar con algunos Misquitos, un fuerte viento llevó la canoa mar adentro. Después de algunos días de navegar a la deriva fueron lanzados hacia el sur y llegaron a la boca de un río donde buscaron agua y comida. Pronto reconoció el indio Ulwa el lugar como cercano al territorio donde su tribu solía vagar. Ansioso por volver con su gente se internó en la selva hasta encontrar a sus antiguos paisanos. Pero después de haber pasado varios años en contacto con la “civilización”, no pudo reconciliarse con la vida de la tribu; tampoco deseaba volver a la servidumbre de su amo anterior, así que buscó asilo entre los españoles.

En un principio éstos lo capturaron y encarcelaron en el pueblo de Matagalpa; luego lo remitieron a Guatemala para que lo juzgara el Ca-

pitán General de la provincia. Felizmente éste creyó en su historia, asombrado que el indio hubiese desertado su salvaje escondite por una vida más civilizada. El Capitán lo tomó a su servicio, habiendo ganado el indio su confianza, y le confió el cargo de guardián de la frontera de Olama.

Roach relata:

"En efecto, sucedía que un gran número de asaltantes subían y bajaban por el río provocando gran daño entre los que vivían cerca de la corriente. El Presidente por lo tanto ofreció proveerle (al indio) de una casa cómoda y de extensas tierras con la condición que viviera cerca del río, teniendo a su disposición tantos esclavos como los que necesitase con el objeto de cultivar las tierras y prevenir que cualquier persona subiera o bajara por el río sin el debido permiso".¹⁸

Luego de intercambiar historias, el indio hospedó a Roach en su casa y le obsequió una vestimenta completa. Le dijo que había tenido gran suerte por haber escapado de los indios de la selva, quienes solían matar a los intrusos. Así había sucedido poco tiempo antes con unos ingleses que tuvieron la desgracia de caer en manos de los salvajes; éstos los desnudaron y mutilaron en forma bárbara. El único que se salvó fue un joven blanco del cual abusaron y esclavizaron, pero al final logró escapar y arribar a la casa del indio anfitrión, quien lo despachó a Matagalpa.

Después de tres días de permanecer en la hacienda, sugirió el indio a Roach que también se presentase voluntariamente ante las autoridades españolas de Matagalpa; le facilitó un caballo y tres esclavos que lo encaminaron hasta un pueblo cercano, obviamente Muymuy.

De las brasas a las llamas

Roach cabalgó por todo el día hasta las proximidades del pueblo de Matagalpa. Al caer la tarde desmontó y se tendió a descansar junto al camino. Pronto fue detectado por un indio borracho quien, no obstante su estado de ebriedad, mostró gran alarma cuando el viajero balbuceó que era un inglés. Corrió el indio al pueblo para dar la noticia de su descubrimiento. Al poco rato cayeron sobre el dormido fugitivo unos cincuenta españoles montados y bien armados que lo llevaron preso a Matagalpa.

¹⁸ El indígena era probablemente el nombrado Capitán Yarrince, comisionado por el Capitán General para guardar la frontera y atraer a los Caribes Mansos. Pocos años después de la visita de Roach fue acusado de traición y remitido a un calabozo de Guatemala donde murió. En 1778, estando en Boaco el obispo Juan Félix Villegas, los familiares de Yarrince reclamaron 300 cabezas de ganado que habían sido confiscadas a su deudo en los llanos de Olama.

Para entonces el pueblo estaba en pie de guerra, sonando campanas y tronando cañones. La corazonada que tenía el marino de ser recibido con compasión por los civilizados españoles se esfumó de repente. Al contrario, fue lanzado en una prisión con las manos encadenadas y los pies sujetos a una pesada carlanca. Se pensó desde luego que Roach era un espía de avanzada, que una tropa de invasores ingleses había salido de la montaña y venía en demanda de la población.¹⁹

La prisión de Roach en Matagalpa fue el preludio de una larga romería por varias cárceles de Nicaragua y de América Central, donde anduvo “de la Ceca a la Meca” a causa de los gobernadores locales quienes no creyeron la historia del marinero por insólita, juzgándolo siempre como espía. Un año guardó prisión en Matagalpa. Luego fue remitido a Masaya, donde estuvo a buen resguardo por seis meses. Más adelante conoció la cárcel de Nicaragua (Rivas) por otros tantos meses, para continuar su prisión en Granada por un año adicional y en León donde pasó otros doce meses:

“Allí fui confinado a un cuarto privado de la prisión y cargado con pesadas cadenas, pero mi salud era después de todo excelente; la dieta tan buena como mi corazón pudiera desear, pues la mayoría de las personas gentiles del pueblo contribuyeron al sustento haciendo llegar diariamente la vianda de sus propias mesas, una gran cantidad de excelente provisión, de modo que contribuí con la pequeña asignación que me enviaban los frailes a aumentar la escasa ración de mis compañeros de prisión”.

Su caso y persona fueron luego transferidos a Comayagua, hacia donde viajó escoltado, cargando charniegos que casi contribuyen a su ahogamiento cuando vadeaban a caballo el río Choluteca. Un magistrado español en ese pueblo se conmovió ante la triste historia del prisionero. Trató de hacer la estadía del inglés lo menos fastidiosa posible, brindándole casa, comida y vestimenta, pero como no tenía facultad para autorizar su libertad tuvo que verlo partir, siempre escoltado por los soldados, con destino a Guatemala.

Esta ciudad había sufrido un terremoto —en julio de 1773— que obligó el traslado de la población al valle de La Ermita, (donde se fundó la actual ciudad de Guatemala). No ofrecía mejor cárcel que un sótano subterráneo, oscuro y malsano, donde el inglés tuvo que pasarlas muy mal, en compañía de los criminales más connotados de la Capitanía General. No obstante recibió el alivio de una dama caritativa de ascendencia inglesa, que proporcionó candelas para alumbrar su lúgubre encierro y le envió diariamente provisiones de boca. Las gestiones de la dama, sin em-

¹⁹ Fueron numerosos los asaltos que los ingleses, apoyados por los Zambos y Misquitos, realizaron contra los pueblos de Matagalpa y Chontales a mediados del siglo XVIII. Véase en el Capítulo anterior la *Relación* del obispo Morel de Santa Cruz sobre el inventario militar del pueblo de Matagalpa, veinte años antes del suceso descrito por Roach.

bargo, no fueron suficientes para ablandar el corazón del tozudo Capitán General. Incrédulo ante la historia que le refirió Roach, al igual que sus subalternos en Nicaragua, lo mantuvo en prisión en espera del fallo de las Cortes de España, a donde remitió el caso.

Después de tres años adicionales en el calabozo de Guatemala llegó la sentencia condenatoria de España, que consistía en prisión perpetua para el detenido y su traslado a las cárceles de la península.

Se ordenó luego que el prisionero fuese llevado a Omoa para ser embarcado en el primer navío que saliese a España. En una prisión en las cercanías del puerto fue retenido por un año más en espera del barco. El único consuelo que tuvo fue la oportunidad de observar un poco de luz solar que se filtraba a través de los pesados barrotes de la celda en que se encontraba. Cuando al fin se le trasladó al famoso fuerte de San Fernando de Omoa fue para comprobar que la flota había partido y que el viaje a España tendría que esperar una nueva ocasión:

"Mientras permanecí en el Fuerte fuimos sacudidos varias veces por tremendos terremotos. Uno de ellos tan severo que, a pesar del sorprendente peso de la instalación, estremeció sus bases y los estupendos muros se rajaron de arriba a abajo. En realidad esta circunstancia no me infundió temor, como lo hubiera hecho pocos años antes, porque los terremotos eran tan frecuentes en la mayoría de los lugares donde estuve, que ya me había acostumbrado a ellos".

Pasaron 18 meses adicionales antes que el prisionero fuera remitido a España en un barco cargado con plata, índigo y otros artículos procedentes de la Capitanía General. Acomodado en un bote para dormir al aire libre, el marino se expuso durante varias noches al "sereno", de modo que cuando el barco hizo su primera escala en La Habana estaba el pobre prisionero afónico y tan tullido que fue necesario internarlo en un hospicio.

Una vez recuperada el habla, aunque no totalmente la salud, el condenado a prisión perpetua comprobó que el barco que lo conducía a España había partido hacia largo rato a su destino. Su suerte mejoró —por fin— al entrar al servicio del Gobernador de la isla y ganar su confianza. En una ocasión éste le pidió actuar como intérprete de ciertos prisioneros de guerra ingleses. Después de diez años de hospedaje forzado en las cárceles españolas, Roach habían aprendido el lenguaje de sus captores. En aquellos días en Cuba, por un acuerdo firmado entre España e Inglaterra, quinientos súbditos ingleses que habían caído en manos de los españoles iban a ser indultados y enviados a Jamaica. Al respecto Roach escribe lo siguiente:

“El gobernador me encomendó pasar la lista de los prisioneros hasta completar con el número. Entonces renové mi petición ante él, intercediendo humildemente por mi causa y que permitiera irme con ellos. Me respondió que yo era más libre que cualquiera de los prisioneros y que debería saber cómo usar mejor de mi libertad. Esta contestación alentadora la interpreté como una aprobación a la petición y por lo tanto me apuré a subir al transbordador. En tres días estábamos en Jamaica”.

Misero y físicamente incapacitado para volver a su oficio de marinero, Roach fue socorrido por algunos amigos que financiaron su pasaje a Inglaterra y a su pueblo natal, al cual arribó después de trece años de ausencia y de sufrimientos.

Roach concluye con su narración:

“No regresé en realidad con aquel cuerpo ágil con el cual partí pero no dejé de admirar la bondad de la divina providencia en esta circunstancia, que parecía haber calculado sabiamente el medio para que escapara de mis inexorables enemigos y regresara vivo a la playa natal”.

Después de la publicación de su interesante aventura, no se supo más de la vida de Roach en Inglaterra. También se ignora si los descendientes actuales de sus antiguos captos continúan cazando y pescando entre los ríos Sikia y Kurinwás, acogidos a las umbrosas selvas de Wapí y Wawashán, si es que todavía quedan los bosques, si es que aún sobreviven los indios.

CAPITULO XVI

Exploraciones científicas, botánicas y volcánicas

—*Las Reales Expediciones de Sessé-Mociño y de Alejandro Malaspina en Nicaragua, con datos sobre la flora, fauna y los volcanes en la época pre-humboldtiana.*

En la última parte del siglo XVIII España entró en la corriente de interés científico predominante en la Europa de aquellas décadas, la que se conoció como *The Age of Enlightenment*, La Edad de las Luces. Varias mentes educadas de diversos países europeos emprendieron la tarea de escudriñar la naturaleza en todas sus manifestaciones concretas, especialmente en los campos de la geología y de la historia natural. Se organizaron expediciones a diferentes partes del planeta con el objeto de reconocer y levantar mapas adecuados de las costas marinas. Al lado de los cartógrafos navegaron los estudiosos de la naturaleza. América, un continente todavía desconocido en todo su contorno, y en gran parte de su interior, proporcionó un interesante campo a las investigaciones geográficas y a los coleccionistas.

La inquietud hispánica por las ciencias naturales nunca había pasado más allá de la simple curiosidad. Con el advenimiento de Carlos III se reconoció la importancia de efectuar expediciones y realizar descubrimientos en las colonias españolas, en vista de las iniciativas que en tal sentido emprendían las otras naciones europeas en diversas partes del mundo.



Figura 52.- "Mujeres de Realejo", ilustradas en 1791 por uno de los dibujantes de la expedición de Alejandro Malaspina. (Museo de América. Colección Bauzá).

Influyeron en el ánimo del soberano varias expediciones científicas al respecto, como los viajes del capitán James Cook alrededor del mundo, quien realizó interesantes observaciones sobre la naturaleza y los habitantes de las islas del Pacífico recién descubiertas; las expediciones naturalistas de los franceses Bougainville y La Perouse; el sistema ideado por el sueco Carl Linneus para clasificar las plantas y animales que llegaban a su gabinete procedentes de las más distantes partes del mundo; la fundación del Museo Real de París por el naturalista francés, conde de Buffon; las observaciones telescópicas del astrónomo Herschel, descubridor del sexto planeta y de la configuración estelar de la Vía Láctea y otros tantos estudios científicos.

Estas iniciativas llevaron la ciencia del mundo a los laboratorios y gabinetes europeos con el fin de descubrir sus secretos a través de ojos acuciosos y lentes ustorias. Contribuyeron además a sacudir a España de la inercia científica en la que se encontraba sumida desde la época del califato de Córdoba y la obligaron a reparar en la experiencia pionera que en 1735 realizaron los naturalistas Jorge Juan y Antonio de Ulloa, quie-

nes acompañaron a la expedición científica francesa a Suramérica para la medición del arco meridiano sobre el ecuador.

Se abre una era de exploraciones y descubrimientos

Alrededor de 1722, dos siglos después que Gonzalo Fernández de Oviedo observara por primera vez la fascinante naturaleza en la América Central —específicamente en los territorios del Darién, Nicoya y Nicaragua— el fraile dominico, Francisco Ximénez escribía la primera *Historia Natural del Reyno de Guatemala*. En ella trata de variados temas como los volcanes y sus erupciones, los diferentes árboles y frutos del Reino, los animales y los minerales, con algunos pocos ejemplos referidos a Nicaragua. Sin embargo, la contribución más importante de Ximénez fue el descubrimiento y la traducción del *Popol Vuh*, la celebrada saga de los pueblos Maya-Quichés y el estudio de las más importantes lenguas de las tribus indígenas de Guatemala.¹

Carlos III mostró especial interés por la realización de observaciones metódicas de la naturaleza en las vastas posesiones de ultramar. El soberano pensaba no sólo en el beneficio del conocimiento científico, sino también en descubrir productos naturales que pudieran favorecer el comercio, la medicina y la industria españolas, además de enriquecer con especies exóticas el Museo de Historia Natural de Madrid y el Jardín Botánico de la Corte.

Uno de los primeros esfuerzos en ese sentido fue el viaje que emprendieran los botánicos Hipólito Ruiz y José Antonio Pavón al Virreinato de Perú y Chile, que resultó en una extensa colección de especímenes montados y plantas para ser sembradas en el Jardín Botánico Real. Otras iniciativas para describir o estudiar la exótica naturaleza de América fueron llevadas a cabo por ciertas mentes inquietas que residían en las mismas colonias españolas. Entre los coleccionistas más destacados de finales del siglo XVIII figura José Celestino Mutis con la formación de un herbario, ilustrado con muchas especies del actual territorio colombiano. Sus observaciones fueron después elogiadas por el gran científico Alexander Humboldt.²

El sentido utilitario por el estudio de la naturaleza en sus colonias movió a la corona a organizar una expedición científica a la Nueva Espa-

¹ Francisco Ximénez: *Historia Natural del Reino de Guatemala*. Los párrafos referentes a Nicaragua fueron reproducidos en la obra *Nicaragua en los Cronistas de Indias*. Serie 2. p. 231-239, publicada por el FPCBA, Managua, 1975.

² Ver la obra de Engstrand en la Bibliografía.

ña. El interés del monarca por la flora medicinal de México puso al médico aragonés Martín de Sessé a cargo de la expedición, acompañado por otros botánicos y expertos dibujantes. Una partida de esta expedición bajó a la América Central para hacer el primer reconocimiento de su flora. La muerte de Carlos III en 1788 no retardó la expedición, pues su sucesor Carlos IV no sólo amplió el término de la misma, sino también apoyó una expedición naval a cargo de Alejandro Malaspina con el objeto de reconocer la costa de Suramérica y subir por el litoral del Pacífico. Durante la expedición se levantó el mapa de la costa occidental de Norteamérica, recorriéndola hasta alcanzar la actual isla de Vancouver, cuya raza nativa fue estudiada, así como la flora, la fauna y los recursos minerales que se encontraron a lo largo del trayecto.

La expedición naval de Alejandro Malaspina pasó por Nicaragua y ancló en el puerto de El Realejo donde levantó la cartografía de la costa. La circunstancia fue aprovechada por los botánicos para escalar y reconocer los volcanes cercanos.

Ambas expediciones representaron el intento más temprano realizado por los españoles para el estudio de las características geográficas y naturales de América Central. El esfuerzo quedó suspendido durante los turbulentos años que sacudieron a la península debido a la intervención napoleónica y después a las colonias españolas que clamaban por su independencia. Una vez lograda la emancipación de las provincias que formaban la Capitanía General de Guatemala, en 1821, las investigaciones fueron discontinuadas, no obstante que el país tuvo mentes inquietas por la ciencia, como la del prócer Miguel Larreynaga, quien adelantó una interesante teoría sobre las erupciones volcánicas como causadas por el derretimiento del suelo suboceánico.³

El interés por las ciencias naturales en Nicaragua no revivió sino décadas después, gracias a las observaciones casuales de algunos viajeros, geólogos y naturalistas no españoles que visitaron el país en la segunda mitad del siglo XIX. Obviamente la América española contribuyó con su exuberante trópico a mejorar el conocimiento sobre el mundo. Sin su atracción, ni Humboldt primero, ni Darwin después, hubiesen llegado a ser tan famosos.

La expedición botánica de Sessé y Mociño

Como parte de la Real Expedición Científica a la Nueva España, que se inició en 1787 bajo el mando de Martín de Sessé, que con tanta dedi-

³Miguel Larreynaga: *Memoria sobre el Fuego de los Volcanes*. Comisión del Sesquicentenario de la Independencia de Centroamérica. Ministerio de Educación. Managua, 1971.

cación y éxito se había empeñado en el reconocimiento de la flora mexicana, algunas incursiones subsidiarias se desprendieron rumbo a California y a las provincias de América Central.

Los expedicionarios se distribuyeron el trabajo para recorrer los diferentes biotopos de esas partes del continente. Figuraban entre ellos varios asistentes, coleccionistas y dibujantes. Descubrieron entre otras cosas ciertas plantas de uso medicinal, entre ellas la Lobelia, el Crotón y el Copal; describieron algunos de los árboles tropicales como el pochote, mangle, guapinol, sangredrigo, guanacaste, además de múltiples yerbas utilizadas por los indígenas por sus propiedades farmacológicas. También fueron colectadas, descritas y dibujadas algunas especies de la zoología tropical: mariposas, aves, peces y mamíferos.

José Mariano Mociño, médico oriundo de Oaxaca, fue destacado por Sessé a las provincias de la Capitanía General de Guatemala. Mociño era descendiente de españoles, “[...] de aquellos viejos cristianos; sin mezcla en la sangre ni infamia en el linaje”. Tuvo una educación bastante competente y, según se practicaba en aquellos tiempos, era graduado en medicina, anatomía y botánica, además de teología, latín, literatura y filosofía. Por sus esenciales conocimientos y habilidades fue incorporado al grupo de Sessé en 1790.

Después de coleccionar especímenes extensamente en Querétaro, Michoacán y Guadalajara, Mociño dio a conocer los primeros resultados de la Real Expedición en una obra escrita en latín sobre las “*Plantas de la Nueva España*”, usando en su clasificación el sistema de Linneo. Continuó con Sessé hacia el norte de México y luego participó en una expedición a Nootka (hoy isla de Vancouver), bajo el capitán Bodega y Quadra, organizada para resolver conflictos territoriales entre España e Inglaterra relativos a la posesión de la costa del Pacífico de Norteamérica. Mociño aprovechó el viaje para coleccionar la flora y la fauna del lugar y realizar interesantes observaciones sobre los nativos de la isla, cuya lengua aprendió. A su regreso se detuvo en California y una vez de vuelta en México preparó otro libro: *Noticias de Nutka*.

En 1793 hizo súbita erupción el volcán de Tuxtla. Mociño fue destacado a estudiar la erupción y luego a levantar la flora de Veracruz. Interesado por la botánica de las zonas tropicales del sur de México fue enviado por Sessé a Guatemala, deteniéndose en Oaxaca y Tehuantepec, donde sus servicios como médico fueron requeridos ante la propagación de una epidemia de varicela en la región.

La primera colección naturalista en Nicaragua

En setiembre de 1796 arribó Mociño a la ciudad de Guatemala para una estadía de dos años en las provincias de la América Central. En esta incursión al sur lo acompañaron Vicente de la Cerda, estudiante y dibujante, y Julián Villar y Pardo, escribano de la expedición de Malaspina que se había quedado en México. Después de algún tiempo de coleccionar en Guatemala, Mociño y su equipo se movieron a El Salvador, pero un terremoto los obligó a salir con destino a Nicaragua. El 31 de mayo de 1797 llegaron a León, ciudad que escogieron como base de exploraciones por los siguientes siete meses.

Entre los lugares nicaragüenses registrados como sitios de colección botánica estaban El Realejo, donde descubrieron cinco nuevas especies, y los alrededores de Chinandega y del volcán de El Viejo (San Cristóbal), descrito como "*montibus versus Realexiportum*", ("un monte que se destaca frente al puerto de El Realejo"). Allí coleccionaron 10 especies nuevas, más 35 en las vecindades de León, entre ellas dos ejemplares que bautizaron como *Scutellaria nicaraguensis* y *Hedysarum biarticulatum*.

Continuaron los expedicionarios recogiendo muestras a lo largo del camino entre Nagarote y Mateare. En Managua descubrieron el copalchí, al que bautizaron como *Croton niveus*. Parece también que anduvieron coleccionando por las lomas de Apoyo a juzgar por la cita de una localidad: "*Montibus Masayam a Granata separantibus*".

En Granada escalaron el volcán Mombacho, (*Granatae montibus*), donde descubrieron la planta *Lecythis ollaria*, la misma que tres siglos antes elogiara el cronista Fernández de Oviedo por sus propiedades carminativas, además de 20 especies nuevas. También coleccionaron por las lomas de Brito: "*Nicaraguae montibus versus Portum de Brito vulgo adpelatur*", y entre los jiquelites y famosos cacaotales de Rivas: "*Nicaragua vico vulgo dicto El Obraje inter Theobromae*". El reconocimiento terminó en Nicoya, la región más sureña alcanzada por la Real Expedición Botánica de los españoles.⁴

A principios de 1798 los tres expedicionarios volvieron a El Salvador y poco después estaban en Guatemala, donde Mociño se entretuvo estudiando el cultivo y beneficio del añil. Sus servicios médicos lo retuvieron por un tiempo adicional en Chiapas, hasta que finalmente regresó a México a inicios de 1799.

⁴ Ver McVaugh en Bibliografía. p. 97-195.

La Real Expedición continuó después con Sessé en Cuba. Los fondos de la misma se habían agotado y los participantes fueron ordenados regresar a España en 1803. Sessé invitó a Mociño a la península para completar la monumental obra que por tantos años habían emprendido juntos, pero los problemas políticos de España impidieron que tal recapitulación se llevara a cabo. A la muerte de su protector, Mociño encontró algún apoyo en José Bonaparte para la publicación de la Flora de México y fue nombrado director del Museo Real de Historia Natural en Madrid. Sin embargo, al caer la monarquía francesa, fue capturado y encadenado, habiendo logrado escapar a Francia, donde vivió el resto de sus días. Cuando se le otorgó el permiso para regresar a España, en 1820, fue sólo para llegar a morir a Barcelona. Esa es la historia desconocida del ignorado botánico quien por primera vez estudió la flora de Nicaragua, 110 años antes que el profesor Miguel Ángel Ramírez Goyena continuara su obra.

Un siglo de violencias plutónicas

La delgada corteza del planeta debajo del istmo de América Central se vio sacudida por violentas conmociones durante el siglo XVIII. Varios volcanes en diferentes puntos de la Capitanía General de Guatemala se alternaron para arrojar lavas y cenizas, infundiendo gran temor en la población. Entre ellos figuraron Atitlán, Fuego, Pacaya, Izalco, San Miguel, Telica, Momotombo, Masaya, Rincón de la Vieja e Irazú. Los terremotos estuvieron en boga en esa centuria, habiendo sufrido destrucción un par de veces las ciudades de Antigua Guatemala y San Salvador.⁵

En Guatemala el volcán de Fuego continuaba con sus repetidas erupciones, manifestadas con tanta frecuencia desde tiempos de la conquista que bien podía considerarse como el foco ígneo de mayor actividad en el istmo. En 1705 lanzó una erupción de cenizas tan violenta que sumió a la antigua ciudad de Guatemala en agobiante oscuridad, llegando la nube de piroclastos a más de 30 leguas de distancia. El volcán estaba de nuevo en erupción al ocurrir el terremoto del 29 de setiembre de 1717, que dejó por primera vez en ruinas a Guatemala. La ciudad volvió a sufrir un sismo devastador en julio de 1773 y quedó tan destruida que fue necesario abandonarla y trasladarla al nuevo asiento donde actualmente florece.

⁵Aunque Montessus de Ballore señala sólo doce eventos entre erupciones y sismos como ocurridos en el istmo durante el siglo XVIII, muchos de ellos —especialmente los últimos— acontecieron sin ser anotados. Posiblemente su frecuencia se ha mantenido la misma a lo largo del último milenio, destacándose únicamente la magnitud y singularidad de algunos de ellos.

No se habían repuesto los moradores de la conmoción del terremoto cuando a los dos años desató su furia el vecino volcán Pacaya. El resplandor nocturno que despedía el cráter encendido era suficiente para leer una carta a la distancia de la nueva ciudad. Correntadas de lava bajaron por sus laderas; una de ellas destruyó la población de Tres Ríos. La copiosa lluvia de arena eclipsó al sol por varios días, especialmente en los pueblos situados al oeste del volcán.

El Salvador no estuvo exento de violencias plutónicas. La primera erupción históricamente registrada del volcán Chaparrastique (San Miguel), se había producido en 1699, con desplome de ladera, que dejó una gran trinchera abierta en el cono. Las erupciones se repitieron en 1762, 1769 y culminaron en 1787 cuando salieron del cráter extensas corrientes de lava que amenazaron con incendiar las poblaciones de Quelapa y Moncagua situadas al pie.

El fenómeno geológico más espectacular acontecido en tierras cuzcatlecas fue, sin embargo, la aparición de un nuevo volcán al pie del antiguo e imponente cono llamado Ilaamatepeque (Santa Ana). En efecto, desde 1722 comenzaron a brotar del suelo lava y cenizas que destruyeron plantaciones de cacao en las vecindades de Sonsonate. Un cono se levantó paulatinamente tras las erupciones ocurridas en 1730, 1745 y 1762. Durante la violenta actividad de 1770 se reconoció la existencia del nuevo volcán llamado Izalco, que vertía considerables cantidades de lava y cenizas entre ruidos subterráneos, retumbos y continuos temblores. En el resto del siglo, y en especial durante el siguiente, Izalco presentó tan frecuentes erupciones que disputó el cetro al viejo Volcán de Fuego como el vórtice más activo de América Central.

En la remota provincia de Costa Rica, de donde pocas noticias procedían, el gobernador Diego de La Haya reportó la gran erupción que el volcán Irázú escenificó en febrero de 1723. Una nube oscura se levantó de la cumbre en medio de horrorosos retumbos. Por la noche el cráter descargaba pirotecnias y despedía “chispas” incandescentes que rodaban por las laderas del volcán, apagándose en el trayecto. Poco faltó para que la población de Cartago pereciera sofocada después de recibir una lluvia incesante de cálidas cenizas, hasta que se calmó el volcán dos meses después.

La erupción lávica del volcán Masaya

Un suceso notable relacionado con los volcanes nicaragüenses tuvo lugar el 16 de marzo de 1772: el gran flujo de lavas que emitió el volcán Masaya, después de un siglo de aparente tranquilidad.

Como preámbulo de la magna erupción, acompañada de temblores y retumbos, se formó una fisura sobre la falda norte del volcán, que a manera de herida abierta dejó escapar una candente colada de lava, las más grande evacuación ígnea en la América Central desde la época de la conquista.

Históricamente hablando, el antiguo cráter del Masaya presentó repetidas emisiones de lava en su interior desde 1524, (año en que el volcán fue descubierto por la expedición del conquistador Hernández de Córdoba), hasta 1670 cuando quedó colmado de lava, al extremo de derramar su contenido ígneo por la ladera noroeste. Luego se mantuvo en reposo por un siglo, hasta 1772, reanudando la actividad con muchos temblores, retumbos y emisión de ríos de lava.

Todo comenzó en la mañana del 16 de marzo del mencionado año con un fuerte temblor que sacudió la región. La ladera norte del volcán se había tornado tan caliente que el ganado que pastaba en ella desertó el terreno. Se abrió en dicho lugar una grieta que dio paso a un extenso vómito de lava. Este se extendió como río de fuego hasta alcanzar la laguna de Masaya por un lado; por el otro atravesó el camino real y continuó avanzando por los siguientes días en dirección al lago de Managua, deteniéndose en el sitio llamado El Portillo, a pocos kilómetros de la costa.

La erupción duró nueve días y alarmó a las poblaciones vecinas de Nindirí y Masaya. La gente huyó despavorida hacia Granada desde el primer momento y con tanta prisa que el gobernador de esa ciudad mandó a cerrar las puertas de las casas que quedaron vacías por la estampida de los habitantes “[...] y hallaron que las comidas que estaban preparadas por ser días de ayuno, como que era martes de panes, se encontraron intactas porque no quedaron animales que las comieran”, señala un informe, dando a entender la urgencia con que los aterrados nindireños y masayas abandonaron sus respectivas poblaciones.

No obstante la alarma, algunos devotos se quedaron en los pueblos y sacaron en procesión penitencial ciertas imágenes que llevaron al borde de la laguna vecina al volcán, confiados en la milagrosa intercesión de los santos. Un informe de esos días señala lo siguiente:

“El Volcán Masaya reventó el año 1772 (martes 16 de marzo) a las 9 de la mañana, oyéndose un retumbo que asustó a toda la población. Como a las 10 hubo un temblor y a las 11 de ese mismo día reventó, viéndose salir llamas de fuego que se dirigían para esta población. El Diácono Don Pedro Castrillo entró en la Parroquia, acompañado de muchachos, tomó del sepulcro a la Imagen de la Asunción y se dirigió al bajadero de San Juan rezando las letanías de la Virgen; llegó a la orilla del agua, hirviendo el fuego sobre ésta como si fuera manteca, formando borbotones. Cuando presentó la Imagen un viento recio desvió la corriente de fuego para el lado Norte, y él se fue por la orilla hasta llegar al

bajadero de San Jerónimo, y volviendo a soplar el viento, el fuego se fue como para Nindirí, en cuyo lugar tenían al Señor de los Milagros en la orilla de la playa y vieron retroceder el fuego por donde hizo la erupción”.⁶

La gente devota de ambos pueblos insiste en el milagro, que desvió parte del río de fuego rumbo a la laguna de Masaya, cuyas aguas estuvieron calientes e impotables por varios días, mientras la otra corriente —no obstante su gran longitud— dejó a un lado el pueblo de Nindirí. Desde entonces sendas procesiones religiosas conmemoran todos los años el aniversario de aquel inusitado acontecimiento.

El recaudador de tributos de León, que marchó a Nindirí en esos días, reporta que fueron cuatro los “ríos de fuego” que se desprendieron del volcán:

“A las 4 de la tarde reventó el Volcán en sus grandes Ríos de fuego y varios arroyos. El primero corrió a la Laguna de Masaya, cesó un cuarto de legua de ella y caldeo tanto el agua que murieron cuantos Lagartos o Cocodrilos había en ella. El segundo atravesó el Camino Real a distancia de una legua de Nindirí y corrió el espacio de 7 a 8 dejando una lava consolidada de dos cuadras de ancho y 6 yardas de alto más o menos, según los vaqueros que hallaba en la tierra que llenar. El tercero, a la Sierra de Managua y el cuarto a la costa del Sur, desde estos últimos no hubo nada en particular”.⁷

El mismo testigo menciona que los temblores fueron tan fuertes en los primeros días de la erupción que no se podía dormir tranquilo; que continuaron sacudiendo la región por tres semanas. También señala que doscientos hombres trabajaron en la reapertura del camino real, el cual “[...] no pudo estar a tiempo hasta junio, porque el mineral echaba fuego”.

En la actualidad es posible observar el agreste campo negro de lava petrificada —*Piedra Quemada* como la llaman localmente— que sale de un costado del cerro y se extiende hacia el norte, hasta el borde de la gran caldera que circunscribe al gran complejo volcánico. De ahí en adelante la corriente se bifurca: un ramal se proyecta en dirección al Bajadero de Nindirí y penetra en la laguna; el otro se prolonga por unos diez kilómetros, como río congelado de rocas esponjosas, hasta las vecindades de Sabana Grande. La vegetación raquílica que medra sobre esos campos rocosos no ha logrado enmascarar la textura áspera del campo de lava, no obstante los dos siglos transcurridos desde la erupción.

⁶ Jerónimo Pérez: *Obras Históricas Completas*. Colección Cultural del Banco de América, 1975. p. 829-830.

⁷ En el manuscrito del Archivo del Museo Naval, (ver Bibliografía), que se refiere al Volcán Telica, a parece esta noticia adicional sobre la erupción del Masaya.

La expedición de Alejandro Malaspina

Cuando el grupo de naturalistas de Martín Sessé realizaba las colecciones botánicas en México, una expedición científica naval partía de Cádiz, a mediados de 1789, al mando del capitán Alejandro Malaspina, un brillante militar que había servido en Gibraltar, India y Filipinas y circunvalado el globo dos años antes.

El objeto de esta expedición era igualar los esfuerzos de Francia e Inglaterra en el reconocimiento científico de otras partes del mundo. España, entonces dueña de buena parte del globo, no podía quedarse atrás. Era necesario levantar cartas hidrográficas de las costas más remotas del continente americano, coleccionar y estudiar la flora y la fauna en los lugares a visitar y, en el aspecto político, observar el desenvolvimiento de las colonias españolas en América, anotando su comercio, industrias, recursos naturales y el estado de las defensas.

La Corte aprobó el plan de Malaspina y mandó a construir dos corbetas de unos 120 pies de largo y 360 toneladas de capacidad, especialmente equipadas para llevar a cabo las investigaciones. Una de ellas, bautizada con el sobrenombre de *Descubierta* estaba bajo el mando directo de Malaspina; la otra, *Atrevida*, bajo el capitán José Bustamante y Guerra, quien también se había distinguido en la carrera militar. Formaban parte de la expedición como cuerpo científico: Antonio Pineda, oriundo de Guatemala, que había realizado su entrenamiento militar en España, distinguiéndose además por su afición a las ciencias naturales y por sus trabajos en el Real Museo de Historia Natural de Madrid; Luis Néé, francés, naturalizado español, con varios años de experiencia en el Jardín Botánico Real y el joven científico austriaco Tadeo Haenke, que se incorporó a la expedición cuando ésta pasó por Chile.

Las corbetas de Malaspina se dirigieron a las provincias del Río de La Plata y levantaron la cartografía de las islas Malvinas, de las costas de Patagonia y del sur de Chile. Luego continuaron rumbo a Perú y Ecuador. En este último país los científicos escalaron los volcanes Chimborazo y Tunguragua, coleccionando varias especies de plantas y animales. Sin embargo, algunos de los especímenes preparados fueron pasto de los insectos en el húmedo y cálido ambiente de Panamá.

A principios de 1791 la corbeta de Malaspina ancló en la bahía de El Realejo (hoy de Corinto), mientras la otra embarcación, al mando de Bustamante, continuaba hacia Acapulco. En tanto que *Descubierta* se reparaba en el astillero del puerto, Pineda y Haenke decidieron bajar a tie-



Figura 53.- "Baile de Realejo". Expedición de Malaspina. (Museo de América. Colección Bauzá)



Figura 54.- "India de León". Expedición de Malaspina. (Museo de América. Colección Bauzá)



Figura 55.- "Indias tejiendo y moliendo". Expedición de Malaspina. (Museo de América. Colección Bauzá).

rra y explorar los alrededores, colectando y observando en las vecindades de Chinandega.

En esa ocasión, los productos principales del país fueron reportados por Pineda, contándose entre ellos varias maderas, muchas plantas medicinales, gomas y resinas como las del cedro, sangredrigo, bálsamo y liquidámbar. Su extracción —según el naturalista— sería buen negocio y revitalizaría el comercio del puerto, que en ese entonces seguía en estado de decadencia. El mismo observador describe una planta del género *Sida*, la llamada “escobilla”, que se daba en abundancia en la región, de la cual se fabricaban ciertas lonas cuya calidad juzgaba podía mejorarse. Los bálsamos y tintes de Nicaragua tendrían, según su opinión, muy buen mercado en Europa.⁸

Quizás la más importante excursión realizada por la gente de Malaspina en territorio nicaragüense fue la ascensión del volcán de El Viejo, que los habitantes de las bajuras consideraban extinto porque desde la base no podían observar la actividad fumarólica que tenía lugar en la cumbre. Pineda y Haenke subieron hasta el propio cráter donde descubrieron ricos yacimientos de azufre cristalizado, de mucho mejor calidad que el importado en el país. Otro de los oficiales, Cayetano Valdés, escaló el volcán vecino de Telica, donde también colectó interesantes muestras. Los manuscritos de ambas incursiones —comentados más adelante— se conservan en el Museo Naval de Madrid.

Antes de abandonar El Realejo los visitantes dibujaron la bahía con los volcanes Chonco, San Cristóbal y Chichigalpa al fondo, la plaza del puerto donde se almacenaban las tucas y tablonas de las que se servía el astillero, la iglesia y su única torre abovedada. Ilustraron también a los pobladores en su atuendo nativo, a un par de danzantes y a unas indígenas moliendo maíz e hilando mantas.⁹

Pineda desembarcó en Acapulco para realizar observaciones en la región central de México durante varios meses, mientras las dos corbetas hacían un reconocimiento de costa hasta la remota Alaska. Posteriormente, las naves cruzaron el Pacífico rumbo a las Filipinas, donde aquel naturalista falleció del corazón luego de una extenuante jira. El resto de la tripulación continuó hacia Nueva Zelanda y Tonga, regresando a Lima, donde los botánicos se quedaron explorando Suramérica mientras Malaspina dio la vuelta por el cabo de Hornos rumbo a España.¹⁰

⁸El afamado Bálsamo del Perú era extraído en Nicaragua y embarcado en El Realejo rumbo a El Callao.

⁹Se conocen sólo ocho ilustraciones realizadas en Nicaragua por las plumillas de José Cardero, Felipe Bauza, Juan Ravenet y del mismo Antonio Pineda. Ver Sotos Serrano en Bibliografía.

¹⁰Ver Novo y Colson en Bibliografía.

Lejos de recibir honores por los logros alcanzados durante la expedición, el capitán cayó en desgracia ante los ojos del primer ministro Manuel Godoy, favorito de la reina. Las críticas de Malaspina sobre el manejo de las colonias fueron invocadas por Godoy como caso de traición. Fue arrestado y confinado por diez años en un castillo de La Coruña; luego deportado, para regresar a España años más tarde sólo para morir.

Así quedó frustrada también una de las empresas científicas más importantes que España realizara en las postrimerías del siglo XVIII, cuando se perdieron gran parte de las colecciones y anotaciones que con tanta paciencia y minuciosidad se había reunido. El infortunado desenlace de la expedición de Malaspina hizo retardar en casi un siglo la publicación de una pequeña parte de los resultados del viaje. Mientras en España las ciencias yacían de nuevo en el cofre del olvido, dos grandes naturalistas no españoles Alexander Humboldt y Charles Darwin recorrían triunfantes, con 30 años de diferencia, las rutas de América, divulgando sus maravillas.

Excursión al Volcán del Viejo

El volcán del Viejo —actualmente llamado San Cristóbal— es el más alto entre los conos del país. Eleva la cúspide a 1750 metros sobre el nivel del mar, descansando la base sobre la propia planicie de Chinandega. La enhiesta cumbre semitruncada se muestra siempre oculta por los humos que se desprenden del cráter terminal.

La primera ascensión al volcán, de la que se tiene noticia, fue realizada por el naturalista Antonio Pineda, miembro de la expedición de Malaspina. La narración sobre el ascenso tiene sabor de curiosidad, mostrando el versátil interés de su autor a través de una pluma que sin dejar de ser científica es animadamente descriptiva:

“El Volcán del Viejo es una pirámide truncada muy grandiosa, su Base se extiende por las llanuras hasta una legua de *Chinandega*, comprendiendo en ellas a *Chichigalpa*. Por este parte vuelve a elevarse su falda, y forma un nuevo Volcán (Casita), con muchas quebradas, cuya altura será como la mitad del Viejo. A la parte opuesta hay otras colinas, cuyas faldas están llenas de arboledas. El cuerpo del monte se cubre de pajonales, y todo él está sembrado de basaltos esponjosos alterados por el fuego y otras especies de lavas con muchas celdillas como los mocos de herrero, que aquí llaman *Malpais* por el mal piso que forman. A la izquierda del Volcán se eleva otro gran collado (Chonco), cubierto igualmente de arboleda, y entre ella abunda una grama conocida en el país bajo el nombre de *Zacate*, que toma color rojizo cuando está seca, y es la cobertura ordinaria de las casas”.¹¹

¹¹ El texto sobre la “Excursión del Volcán del Viejo” ha sido reproducido en el Boletín de Bibliografía y Documentación de la Biblioteca del Banco Central de Nicaragua. El manuscrito original se encuentra en el Archivo Histórico de Madrid, Sección del Virreinato de México.

Llamó la atención del escalador la presencia en la ladera noreste de unos farallones de lava rojiza y de cierta piedra con la textura del granito, que también encontró en el Chimborazo, la cual posiblemente era una toba brechosa.

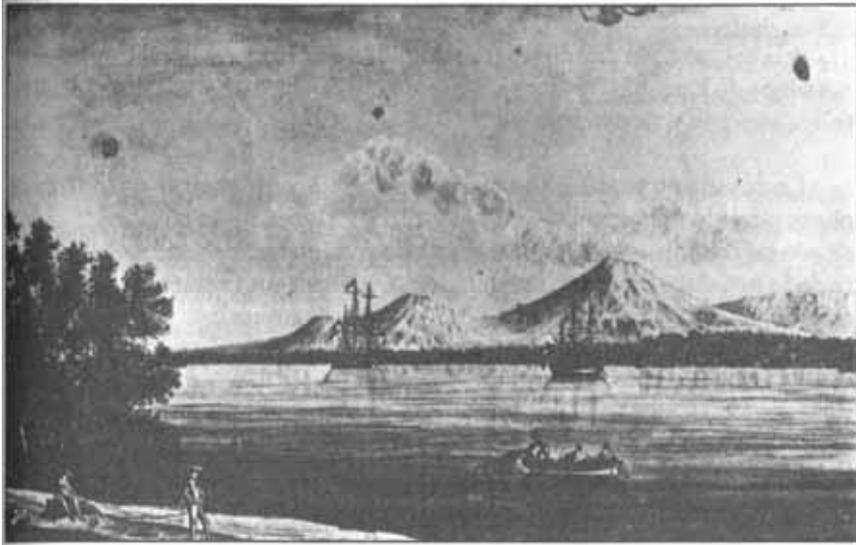


Figura 56.- "Fondeadero de Realejo y Volcán del Viejo". Expedición de Malaspina. (Museo de América. Colección Bauzá).

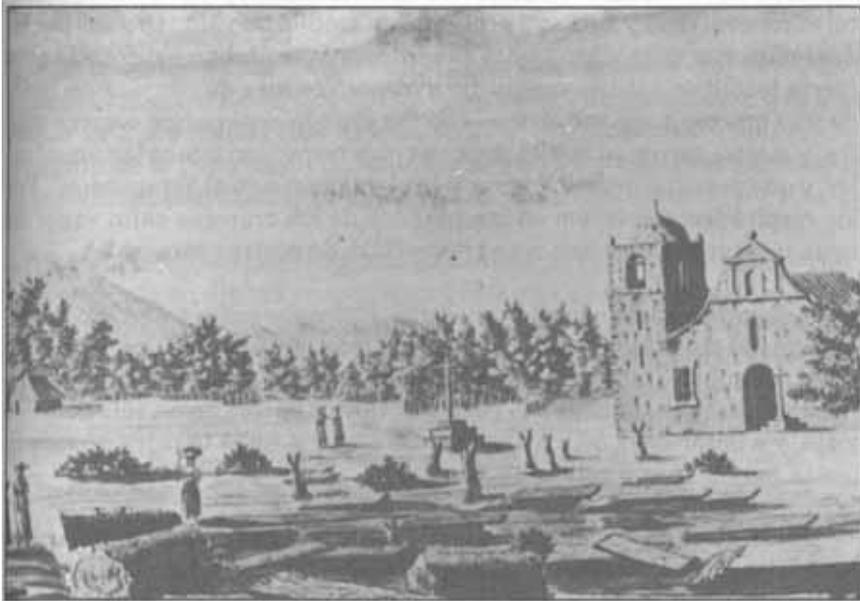


Figura 57.- "Iglesia y Plaza de Realejo". Expedición de Malaspina. (Museo de América. Colección Bauzá).

En ciertos lugares la lava fluyó formando calzadas, cuyo balastro estaba socavado en varias secciones por la erosión. En unas partes quedaban ocultas bajo altos pajonales y zacates; en otras proyectaban basaltos negros “[...] llenos de pequeñas células por donde los fundió el fuego, y sin alteración por donde no los tocó”, encerrando cristales de azufre.

A la mitad de la pendiente crecían los que el naturalista identifica como pinos de Europa, (realmente la especie *Pinus oocarpa*), junto con laureles, espinos y *tecomazuchis*.¹²

La subida se presentaba tan ardua que era imposible encontrar un parche donde apoyar el pie con seguridad. Cerca de la cumbre “[...] sólo se ven tierras muertas derramadas que rodean la caldera”, señal evidente de la actividad fumarólica del cráter, o de alguna recién pasada erupción de cenizas proyectada por la abertura terminal.

La culminación de la subida, después de seis horas de fatigoso ascenso por aquella empinada ladera —entre cuyas rocas agitaba su chischil la serpiente cascabel que se mimetizaba con los pajonales— quedó altamente compensada ante la vista impresionante de aquel boquerón en forma de embudo y por el espléndido paisaje que se dominaba desde lo alto.

Medía el cráter entre 800 y 1 000 varas de diámetro con dos intracráteres concéntricos y un hoyo profundo en medio. Se veían grietas por todos lados, que exhalaban vahos calientes y depositaban azufre. Un pino crecía insólitamente en medio del averno. “Yo hice que bajara un Indio de tres que me acompañaban —escribe Pineda— para que cogiera azufre, y me aseguró a su vuelta, que sus pies no podían aguantar aquel calor, y que percibía un hervidero como el que se oía en el Tunguragu”. Por los respiraderos abiertos en las paredes de los cráteres salía vapor de agua y las rocas parecían estar revestidas de costras minerales.

Luego de recoger algunas muestras, Pineda se enfrascó en la contemplación del paisaje, (pues el volcán es el más elevado de la región; el cono se columbra desde mar adentro), dando pie al siguiente comentario: “El espíritu se ensanchaba al registrar tantos países de un solo golpe de vista, y a pesar de la fatiga que exige el llegar a estos parajes, se recompensa muy bien con estas satisfacciones”.

En efecto, encaramado en aquella atalaya, el naturalista contempló hacia el sureste las vastas “llanadas” de León, en aquel tiempo cubiertas

¹² El *tecomajoche* o *tecomazuchi* (así escrito en el manuscrito original), es el árbol hoy llamado poroporo, *Cochlospermum vitifolia*.

de árboles con algunos manchones desnudos o cultivados que se extendían hasta la costa del mar. Al este se continuaba la cadena de volcanes, que desde arriba y a distancia parecían “montecillos y colinas”, levantados en medio de otras llanuras que llegaban hasta el “golfo de León” (lago de Managua) y la laguna de Nicaragua. Hacia el norte, más allá de las arboledas y pajonales que revisten el pie del volcán, amarillaban las pampas, entre las que serpenteaba el río de Cabiza, (hoy Estero Real), mientras al oeste las tierras llanas y los montes volcánicos llegaban hasta el golfo de la Conchagua (Fonseca).

El regreso fue emprendido a las tres de la tarde; la noche cayó cuando apenas habían bajado una cuarta parte de la ladera, donde los esperaban los caballos que a trompicones hicieron el resto del camino hasta Chinandega. Pineda se daba por feliz con las muestras minerales que colectó en el cráter. Igual satisfacción tuvo su compañero Haenke, quien recogió su cuota con las plantas que crecían en las alturas del monte.

La cumbre del volcán no volvió a ser visitada sino hasta medio siglo después, cuando el capitán inglés Edward Belcher realizó el ascenso para averiguar desde tan ventajosa posición si existía alguna comunicación fluvial entre el lago de Managua y el Golfo de Fonseca.

Exploración del Volcán Telica

“La Descripción del Volcán de Telica, situado a 160 al N.E de la Aguja de la Ciudad de León, Capital de la Provincia de Nicaragua, a la distancia de 3 a 4 leguas”, fue escrita en 1791 por Cayetano Valdés, otro miembro de la tripulación de Malaspina y asistente de Pineda, cuando la expedición científica arribó a las costas de Nicaragua.

Por información que recogiera en León supo Valdés que el volcán había verificado su última erupción en 1765, año en que lanzó gran cantidad de arena y ceniza que sepultó los campos hasta el pueblo de El Viejo, situado 12 leguas al oeste del volcán. Durante quince días se experimentaron temblores y escucharon retumbos, manifestaciones que sembraron el desasosiego entre los pueblos vecinos. Supo también Valdés que la erupción aconteció al mismo tiempo que la del Rincón de la Vieja, circunstancia que hizo creer a los estudiosos visitantes que los volcanes “se corresponden entre sí”, a través de algún tipo de comunicación subterránea.

La subida al Telica tuvo lugar en una mañana fría, 24 de enero de 1791. Después de vadear algunos ríos de agua caliente en las vecindades

del pueblo de Telica, los expedicionarios cabalgaron en medio del bosque hasta cierta altura de la falda del volcán, donde la pendiente inclinada y resbaladiza los obligó a continuar la ascensión a pie. A medida que escalaban, el terreno se mostraba sembrado de lavas y los árboles desaparecían dejando espacio a los zacatales.¹³

Al cabo de un tiempo algunos de los acompañantes comenzaron a dar muestras de cansancio: "A poco más de un tercio de la subida el teniente de Telica, que le llevaba la política y no la curiosidad, desistió de la empresa y se sentó. A poca distancia el peón que nos acompañaba a quien yo le había hecho llevar unas alforjas para meter las cosas que recogiese, empezó a atrasarse considerablemente".

Los expedicionarios tardaron dos horas y media en alcanzar la cumbre donde sintieron un fuerte olor a azufre; el suelo estaba cuarteado con numerosas grietas por donde salían gases; despedía tanto calor que mortificaba la planta del pie. En la cumbre se sorprendieron de ver el esqueleto de un buey totalmente revestido de azufre.

Desde aquella cima contemplaron el panorama espectacular que se extendía a lo largo de la sierra volcánica hasta el lago de Managua por un lado y la costa del Pacífico por el otro. En medio se interponía una fértil campiña, con algunos pueblos engastados entre la verdura de la misma. La descripción de la cumbre fue la siguiente:

Inmediatamente a pique de la Corona por la parte del Este estaba el cráter o boca del Volcán, el cual es de una magnitud enorme y su diámetro será de 1000 varas; su figura perfectamente la de dos grandes calderas, una dentro de otra, colocadas con inclinación N-NE.

Un borde separaba ambos cráteres concéntricos, donde se podía andar sin dificultad siempre que se evitasen los humos, cuya respiración era capaz de desvanecer a quien los exhalara. El fondo del cráter interior estaba atorado por numerosas piedras derrumbadas, entre las que salía el humo. Los montones y las paredes se presentaban revestidos del más amarillo azufre, obviamente el sublimado cristalizado de los gases emitidos a través de las grietas de los cráteres.¹⁴

Valdés observó el efecto del viento sobre los humos. En días ventosos los gases se disipan en la atmósfera tan rápidamente que, vista des-

¹³ En la excursión tomaron parte además de Valdés y un asistente de la tripulación, el teniente de Telica y dos "vaqueanos" del lugar.

¹⁴ Actualmente la configuración es distinta. Existe un antiguo cráter oculto con ceniza en la parte más próxima a la cúspide del volcán, que a su vez se encuentra partido hacia el oriente por una segunda y más profunda boca. Esta se ha ido ensanchando y profundizando debido a recientes erupciones.

de León, la cumbre pareciera no estar fumando. La falta de viento, por el contrario, los arremolinaba en torno al volcán y tornaba desaconsejable la ascensión en tales circunstancias.

Después de lanzar piedras al interior, para comprobar la profundidad y el eco que resonaba en el cráter, Valdés tomó algunas muestras minerales que llevó a bordo para ser identificadas por Pineda. Los naturalistas dedujeron que se trataba de puzolana y pórfido de espató, análisis tan incorrecto como la creencia de Valdés que la lava sólida del volcán había sido remojada por una capa de betún.

Antes de iniciar el regreso los exploradores observaron dos aves de rapiña que volaban cerca del cráter y cogían con su pico cierta clase de escarabajos. Aunque Valdés no pudo determinar la especie, dedujo que se trataban de una especie de halcón pequeño.¹⁵

Una vez llegado al pie del volcán, mientras trataba de cazar una pava, el explorador español se topó con una de las fuentes termales del río Telica. No obstante la temperatura, algunos pescaditos nadaban en medio de ellas. Un espécimen fue colectado, metido en una botella de agua y llevado a bordo para su estudio.¹⁶

Finaliza el manuscrito citando otros volcanes activos de Nicaragua, entre ellos el Nindirí (Masaya) que emitió las corrientes de lava en 1772 y el entonces inconquistado Momotombo, que desde la erupción de 1736 “se mantiene echando fuego”.¹⁷

Sospechaban los expedicionarios que las erupciones se fraguaban en el fondo de los cráteres, los cuales se ocluían a menudo con arenas y cenizas que obstaculizaban la libre salida de los gases. Con el tiempo la presión sobre el fuego se incrementaba en el fondo, hacía volar el tapón y desataba el fenómeno. Concluye Valdés señalando que existían otros volcanes en actividad: “A caso en todo el Reyno de Guatemala no se estará en paraje que no se aviste alguno; de modo que se debería considerar esta parte del mundo el país donde los Señores Naturalistas debían de hacer sus Estudios Volcánicos”.

¹⁵ Ciertos coleópteros arrastrados por el viento encuentran un favorable habitat junto al calor húmedo que emana de los cráteres y entre los lodos volcánicos. El gavilancito que los cazaba era posiblemente el *Falco sparverius*.

¹⁶ Probablemente se trate de la pespeca *Poecilia sphenops*, que soporta temperaturas arriba de los 40° centígrados.

¹⁷ Edwin Rockstroh, director del Observatorio Meteorológico de Guatemala en el año 1883, cita una erupción del Momotombo como verificada en 1764, pero sin dar la fuente ni más detalles.

Humboldt y los volcanes de Nicaragua

En la Edad de Las Luces existía una controversia sobre el origen de las rocas volcánicas. Los llamados *neptunistas* se apoyaban en la teoría de Abraham G. Werner, mineralogista alemán, quien sostenía que las rocas ígneas tales como el granito y el basalto se formaban por precipitación química en el fondo del mar. La otra tendencia, la de los *plutonistas*, seguía al escocés James Hutton, quien en 1788 publicó su *Teoría de la Tierra*, donde sostenía que las referidas rocas eran productos solidificados del material derretido procedente del interior de la Tierra. Esta última versión constituye en verdad el fundamento que explica el origen de las rocas volcánicas y fue apoyada después por Alexander Humboldt y Leopoldo von Buch, viajeros investigadores, quienes descartaron en forma definitiva el papel de las aguas marinas en la producción de las erupciones.

En un reporte escrito por Humboldt en 1825, el geógrafo y naturalista hizo una descripción somera de los volcanes de Centro y Suramérica. Esta referencia ha servido para propalar la falsa creencia que el célebre sabio visitó la América Central durante sus viajes por el continente. Humboldt siempre lamentó no haber podido desembarcar en las costa del istmo, cuando en febrero de 1803 realizó la travesía entre los puertos de El Callao y Acapulco.¹⁸

Durante ese trayecto el famoso viajero columbró la hilera de volcanes que como centinelas se yerguen, un cono tras otro, desde Guanacaste hasta la frontera de Guatemala con México, siendo todos visibles —salvo el bajo Masaya— cuando se navega no lejos de la costa centroamericana. Posiblemente vio encendido al “faro de América Central”, el Izalco y su espectacular pirotecnia, que desde el año anterior estaba en continua erupción.

Humboldt manifestaba en aquel entonces cierta incertidumbre sobre los nombres de los volcanes nicaragüenses. Los conocimientos que tenía al respecto los había deducido de los escritos del padre Domingo Juarros, historiador de Guatemala que nunca estuvo en Nicaragua, y de un mapa impreciso que le enviara Antonio de la Cerda, cuando éste fue alcalde de Granada. En su narración Humboldt parece confundir el nombre de algunos volcanes y los sitúa con error. Menciona, por ejemplo, que el Volcán Masaya quedaba entre las ciudades de Granada y León, cerca del pequeño lago de Masaya, “[...] al oeste del río Tipitapa” y que el “[...]

¹⁸ El barco en que viajaba Humboldt casi zozobró al pasar frente a la bahía de Salinas, debido a la fuerte marejada producida por los vientos Papagayos.

Volcán de León”, según posición a 20° al sur de la ciudad de León, era “[...] a todas luces el famoso Volcán de Masaya”. El volcán citado por Humboldt como Sapaloca es obviamente Zapatera, porque lo ubica en medio del lago de Nicaragua, “[...] frente a frente del Mombacho”. De este último dice sobriamente que tiene la forma de panal y de Momotombo que es alto.

Humboldt rememora las aventuras de los españoles en busca de oro derretido en las entrañas del volcán Masaya, acción que atribuye al fraile Blas de Iñeña, obviamente repitiendo un pasaje del cronista López de Gómara. Apoyándose en la cartografía de la región habla además de los volcanes de Felicia (Telica), El Viejo, Giletepe (Cosigüina) y Guanacau-re.¹⁹

“El volcán de Felicia está activo como los de Mombacho y Momotombo; el año pasado, algunas personas que visitaron el pueblo de Rialejo, vieron también que el volcán del Viejo echaba grandes bocanadas de humo. En los mapas españoles también se llama al Volcán de Giletepe, Volcán de Cosigüina, en honor a la cercana Punta de Cosigüina, como correctamente supone el señor von Buch”.²⁰

En postrera edición de su monumental obra “*Cosmos*”, aparecida después que Ephraim G. Squier visitara Nicaragua en 1850, el sabio alemán rectificó los nombres y posiciones de los volcanes nicaragüenses, una vez que leyó en el ocaso de su vida las experiencias del explorador norteamericano por las regiones volcánicas del país.

Un año después de la visita de Squier, un discípulo de Humboldt —el profesor Julius Fröebel— arribó a Nicaragua para reconocer los volcanes, habiendo escalado el Telica dentro de cuyo cráter escapó de perecer. Sin embargo, cuando Fröebel publicó las observaciones sobre los volcanes nicaragüenses, nueve años después de haber explorado el país, su célebre tutor ya había muerto.

¹⁹ Este último volcán es realmente apócrifo y su mención persistió hasta muy avanzado el siglo XIX, tal como lo ubica el mapa de Pablo Levy, publicado en 1873, como si estuviese situado junto al golfo de Fonseca, un poco al sur del pueblo de Choluteca.

²⁰ Alejandro von Humboldt: “*Sobre la situación actual de la República de Centroamérica*”. Anuario de Estudios Centroamericanos. No. 1. Universidad de Costa Rica, San José, 1974.

CAPITULO XVII

Reconocimiento oficial de la Costa de los Mosquitos

—Exploraciones españolas por el litoral del Caribe. —Fallidos intentos para incorporar un territorio hostil. —La costa y sus islas disputadas. —Primeras propuestas sobre el canal.

Fuera de algunos intentos aislados motivados por circunstancias accidentales, la costa Mosquitia de Honduras y Nicaragua fue territorio vedado para los españoles antes que Inglaterra firmara con España la Convención de 1786 mediante la cual aquella nación se comprometió a desocupar las posesiones que retenía en dicha costa.

El primer reconocimiento oficial español del litoral caribe nicaragüense fue realizado en 1790. Se trataba entonces de encontrar el lugar apropiado para fundar una colonia permanente, de atraer a los Zambó-Misquitos para que aceptasen la soberanía española y de cortar todo nexo que éstos mantuvieran con los contrabandistas ingleses de Jamaica. Sin embargo, España no estaba preparada para asumir el control de una remota costa cuyo ambiente era inhóspito y la población nativa retrechera y hostil; tampoco los indígenas se mostraban anuentes para renunciar a sus antiguas alianzas con los ingleses.

Por esa misma época comenzó a tomar fuerza la idea de abrir un canal interoceánico a través de Nicaragua, utilizando el río San Juan, el gran lago y el istmo de Rivas como posible trayectoria de la empresa, proyecto que quedó trunco a raíz de la invasión napoleónica a España y luego a consecuencia de la independencia de las colonias americanas.

Misión espía a la costa de los Mosquitos

Uno de los primeros capitanes españoles que se aventuraron a reconocer anticipadamente las posesiones inglesas en la Costa de los Mosquitos, ofreciendo importantes noticias sobre las características del litoral, fue Juan Antonio Gastelú, quien en 1776, con un par de balandras, izando bandera holandesa, realizó una exploración de espionaje desde el río Tinto hasta Portobelo.¹

Partiendo de Cartagena el capitán Gastelú emprendió el reconocimiento del litoral de Honduras, Nicaragua y Costa Rica con el objeto de

¹ "Carta No. 118 del virrey de Santa Fé D. Manuel Antonio Florez, acompañado del Diario formado por D. Juan Antonio Gastelú de su exploración de las costas desde el Darién hasta Honduras". Ver DHN. p 194-205.



Figura 58.- Cortes de madera en la Costa Atlántica, práctica iniciada por los ingleses desde el siglo XVII, usando mano de obra negra. (Bedford Pim).

informar al Virrey de Nueva Granada sobre la situación y potencial de la Costa de los Mosquitos.

Luego de espiar los establecimientos ingleses junto al río Tinto continuó por la costa de Honduras, recorriendo unas cincuenta leguas hacia el este, hasta llegar al cabo Gracias a Dios donde existía un buen fondeadero. La población en ese sector del litoral estaba compuesta de Zambos, Misquitos y de ciertos negros esclavos dedicados a cortar caoba. Algunos colonos ingleses mantenían activo comercio de intercambio con Jamaica.

Al sur del cabo el capitán espía descubrió la laguna de *Warner* (Wani o Bismuna), rodeada de pinos de buena calidad para la fabricación de mástiles. Más allá estaba la población de Sandy Bay, cerca de la cual residía el rey mosco, muy obsequiado por los colonos interesados en asegurar su fidelidad a la corona inglesa. Junto al pueblo existían dos lagunitas comunicadas entre sí, traficadas por las piraguas de los Misquitos.

En el río *Wawa*, que venía a continuación, había un molino y aserradero para cortar los troncos traídos de aguas arriba por la corriente. Los ingleses también efectuaban cortes de madera en las desembocaduras de los ríos *Tungla* y *Walpasixa*, que formaban los dos ramales principales del delta del *Prinzapolka*. *Gastelú* observó que los indios *Tunglas* no tenían chozas y se retiraban por la noche a sus canoas.²

En la desembocadura del *Río Grande* (de *Matagalpa*) se fabricaban embarcaciones y realizaban cortes de madera, empresa a cargo de los ingleses que usaban la mano de obra de esclavos negros. En los ríos cercanos a la laguna de *Perlas* también se cortaba madera. En uno de los “cayos” vecinos el capitán *Gastelú* ordenó abrir pozos, donde recogió agua un tanto salobre que sirvió para llenar las pipas de las dos balandras en cantidad suficiente hasta llegar a *Portobelo*.

A lo largo de la costa se cogía el carey por orden de un inglés influyente que residía en las *Islas de los Mangles* (*Corn Islands*); trabajaban para él varios esclavos indios capturados durante las incursiones que el colono promovía en contra de los pueblos españoles del interior del país. En la isla mayor *Gastelú* descubrió tres casas habitadas; sus dueños mantenían hatos de ganado y plantaciones de maíz, plátanos, coco, yuca y ñame, productos que eran vendidos a los barcos ingleses que arrimaban a las islas.

² Los *Tunglas* eran una mezcla de indios *Sumus* de la subtribu de los *Prinzus* con los *Misquitos*.

El capitán español puso proa hacia la bahía de *Bluefields*. En esa época no existía ninguna población en sus orillas salvo por dos ingleses y algunos negros que aserraban madera y cultivaban plátanos. Advierte Gastelú que “[...] desde el río Tinto hasta esta Costa de Bluefields no se descubren Montes ni Serranías, pues toda la tierra es rasa y poblada de Manglares la mayor parte de la Costa”.

Unas 30 millas adelante llegó al río Punta Gorda. En la desembocadura vivían algunos mestizos que tenían trato con los ingleses y gran número de indios—obviamente Ramas— que los aprovisionaban, recibiendo a cambio armas y municiones.

La desembocadura del río *San Juan* se encontraba a unas 36 millas más al sur. La corriente salía por tres bocas y la bahía inmediata parecía tener buen fondeadero para un futuro puerto; no obstante, el lugar estaba bajo el control de ciertos Misquitos que lo patrullaban en sus piraguas.

La misión de espionaje concluyó con el reconocimiento de las costas de *Tortuguero* y *Matina*, visitadas en cierta época por los Misquitos en busca de carey. En las bocas del Matina algunos españoles de Nicaragua, que bajaban por el río San Juan y el afluente Sarapiquí, realizaban contrabando con los ingleses y holandeses, proveyéndoles entre otras cosas de mulas, cacao y carne salada, a la vista y paciencia de la guarnición destacada en ese lugar.

“La navegación en la Costa de los Mosquitos —concluye el informe del capitán Gastelú al Virrey de Santa Fe de Bogotá— es impracticable en la estación de los Nortes, y expuesta en la de los vendabales por causa de que las calmas aconchan sobre los vajos, y no poderse ver estos con la obscuridad que causan”.

La posterior injerencia del virreinato de Nueva Granada sobre las costas que estaban bajo la jurisdicción de la Capitanía General de Guatemala, (con el pretexto de controlar desde Cartagena las embarcaciones ilícitas, control que bien podía ejercerse desde los puertos de Omoa y Trujillo en la bahía de Honduras), llevó a sus autoridades militares a ejercer un rol decisivo en el futuro de las islas de San Andrés y Providencia. Cuando en 1789 llegó la orden para que una colonia remanente de ingleses evacuaran las islas, en virtud de la Convención entre España e Inglaterra, la misión fue encomendada al mismo capitán Gastelú, quien llevó como intérprete al irlandés españolizado Tomás O’Neill, teniente del regimiento de Cartagena y más tarde gobernador de las islas.

Los colonos ingleses de San Andrés no querían abandonar el lugar, juraron obediencia a la corona española; prometieron convertirse al catolicismo y renunciar al comercio clandestino con Jamaica. Madrid aceptó la propuesta y puso la isla bajo el control del gobernador de Cartagena. Sin embargo, por razones administrativas, la isla fue asignada a la Capitanía General de Guatemala, bajo la cual permaneció entre 1792 y 1803. El nombramiento de O’Neill como gobernador de San Andrés en 1795 influyó posteriormente para volver a segregarla en favor de Cartagena como se verá más adelante.³

En busca del lugar para una colonia española

El desalojo de 537 ingleses con sus 1,677 esclavos de la costa caribe de América Central dejó a sus antiguos aliados los Zambo–Misquitos en manos de sus enemigos españoles. No obstante las acciones de posesión militar ejercidas por éstos, cuyo mayor esfuerzo resultó en la erección de un efímero fuerte en el Cabo Gracias a Dios en 1787, los planes de colonización no dieron mayores resultados. Los Misquitos siempre resistieron la intromisión española, instigados por algunos colonos ingleses que desobedeciendo la Convención de 1786 se habían quedado a vivir entre los nativos, provocándolos para que desconocieran la soberanía recién adquirida de España sobre la Costa.

En junio de 1788 el gobernador de Tuapi, Colville Breton, enamorado de su ex–prisionera la española María Manuela Rodríguez, había accedido a bautizarse, (aceptando el nombre de Carlos Antonio de Castilla), en una ceremonia pomposa que se realizó en Cartagena ante la presencia del Virrey de Nueva Granada y del mismo rey mosco, Jorge. Al año siguiente viajó a León para casarse en la catedral con María Manuela, matrimonio que se esperaba ayudaría a establecer mejores nexos entre los españoles y los misquitos.

En 1790 la Mosquitia fue visitada por el ingeniero Antonio Porta Costas, a fin de determinar un sitio de colonización española con mejor posibilidad de éxito que el intentado en Cabo Gracias a Dios. La descripción y observaciones sobre el viaje a lo largo del litoral fueron presentados por Porta en el documento que tituló “*Relación del Reconocimiento Geométrico y Político de la Costa de Mosquitos*”, escrito en el puerto de Trujillo, Honduras, al concluir su misión.⁴

³Ver James J. Parsons. p. 15–16.

⁴El documento fue publicado en las *Relaciones Históricas y Geográficas de América Central*, editadas por Manuel Serrano y Sanz. Ha sido también reproducido en *Nicaragua en los Cronistas de Las Indias*. Serie No.2., p. 277–300 del Fondo de Promoción Cultural del Banco de América (FPCBA).

La exploración de Porta Costas se inició en el poblado misquito de *El Cabo*. El asentamiento, que parece haber existido desde principios del siglo XVII, se encontraba entonces en un banco arenoso, a un pie y medio sobre el nivel del mar, en uno de los brazos (hoy canal Román) del delta del río Wanki, llamado Segovia por los españoles, el actual río Coco. La playa arenosa se extendía en arco encerrando una bahía (Dakban). Aunque ofrecía buen resguardo de los vientos, las condiciones de anclaje eran cada vez más difíciles pues la ensenada estaba sedimentándose por el aluvión acarreado por el río. También la agobiaba el avance de los manglares, así como las ramas y troncos sueltos que como balsas flotantes obstaculizaban el libre atraque de las embarcaciones frente al poblado.

Los alrededores de El Cabo yacían sobre un suelo anegadizo no consolidado, formado principalmente por un manto de vegetación descompuesta de pocas pulgadas de grosor, “[...] por cuya razón no se encuentra en todo este distrito una quarta de tierra de pan llevar”, comentaba Porta. Los Misquitos tenían que navegar por tres o cuatro días río arriba en busca de riberas más elevadas para poder cultivar. Aunque abundaba el mangle blanco (*Laguncularia racemosa*), algo del rojo (*Rhizophora mangle*) y mucha “manaca”, (posiblemente el Palo de Sal, *Avicennia nitida*), estas maderas no eran apropiadas para construcciones. Los nativos se conformaban con erigir endebles chozas, plantando árboles frutales alrededor para protegerlas de los fuertes vientos.⁵

El ingeniero español menciona la existencia de abundante forraje en las sabanas de tierra adentro, pero la población vacuna no pasaba de diez y de cincuenta la caballar, expuestas a ser comidas por los súbditos del rey Jorge en tiempos de hambruna.

No obstante las inconveniencias del lugar para la fundación de una colonia española, Porta Costas reconoció la posición estratégica de El Cabo con una ensenada propia para dar refugio a las embarcaciones; estaba además situado a la entrada de un río que bajaba del interior del país, donde abundaban excelentes maderas con posibilidades comerciales.

En enero salió de El Cabo el enviado español, viajando en una piragua del gobernador Carlos Antonio de Castilla que lo condujo hasta la desembocadura del Río Grande (de Matagalpa). Para ganarse la confianza de los indios cargó la canoa con muchos regalos, imitando a los ingleses. El viaje costado rumbo al sur fue muy peligroso debido a los fuertes nortes que prevalecían en la época junto al litoral.

⁵ En varias ocasiones posteriores Cabo Gracias a Dios fue barrido por los huracanes, la última vez en 1971.



Figura 59.- Jefe misquito de Quamwaila, dibujado por Charles N. Bell a mediados del siglo XIX.

Semblanzas del rey Jorge y del gobernador Breton

Siete leguas más al sur estaba la población de Sandivel o Sandibay, (hoy Nina Yari). Quedaba a la orilla de una laguna que desaguaba en el mar a través de un barra tan incómoda que las canoas se embancaban fácilmente durante la bajamar. Al igual que en la región adyacente el terreno era pantanoso, de modo que los habitantes se veían obligados a sembrar a cierta distancia en tierra adentro. Cuando las inundaciones lo impedían recurrían a las tradicionales actividades de caza, pesca y recolección de frutos silvestres junto a los ríos y playas, “[...] a cuya miseria es consiguiente que estos bárbaros jamás tienen domicilio fixo”, escribía Porta.

Sandibay era la residencia temporal del rey mosco Jorge. Este pasaba el resto del año en un lugar junto al río Wanki. Su soberanía era reconocida por todos los Zambos y Misquitos, la cual ejercía con bastante

absolutismo. Porta Costas ofrece la siguiente semblanza del “monarca”:

“El carácter de este personaje es un hombre amulado, de un aspecto igualmente agradable que formidable; naturalmente grave, de tal manera que con sólo su presencia infunde respeto en sus súbditos, que le tratan con quanta sumisión cabe en su barbarie, sin atreverse a estar tocados, ni sentados delante de él, cuyo trato sostenido dura mientras no ay brindis, que llegando éste ya son todos iguales, y representa él tanto como uno de tantos. Goza sobre todos sus dependientes y partidarios de una autoridad y jurisdicción enteramente despótica, ni hay más ley que su gusto, ni a su gusto oposición”.

Comentaba Porta que el despotismo del rey lo hacía sentirse dueño absoluto de los bienes de sus súbditos, a los que también podía despojar a su antojo de mujeres e hijas, manteniendo en su casa a once concubinas, en el tiempo cuando lo visitó. También señalaba que bajo el sistema de gobierno en boga entre Zambos y Misquitos se hacían y deshacían Almirantes, Generales y Coroneles, algunos de los cuales pagaban con sus vidas cualquier asomo de rebeldía contra la potestad del rey. Este comunicaba sus órdenes a los subalternos entregándoles un bastón, ante cuya vista los súbditos no tenían más opciones que obedecerlas ciegamente.

De Sandibay pasó Porta Costas a *Tupapi* (Tuapí, cerca del actual Puerto Cabezas), situado entre el mar y una amplia sabana zacatosa sembrada de pinos, donde pastaban una vaca, cuatro caballos y dos burros propiedad del gobernador De Castilla. Por lo demás la tierra rojiza, salpicada de grava, era estéril para la agricultura, la cual tenía que ser plantada en las vegas del río *Vava* (Wawa) o en unas colinas situadas a varios días de camino hacia el interior. Por esas razones se padecía de hambre en aquel lugar.

El gobernador fue descrito por Porta de la siguiente manera:

“[...] este es un hombre en cuyo semblante se ven perfectamente deliniadas la hipocrecia, el dolo, la infidencia é ingratitud que son sus vicios dominantes. Con ningún agasajo está satisfecho, porque por mucho que se le haga, aun mas piensa que merece... Es inconsecuente en sus tratos, de tal manera que yerra el concepto quien espera que cumplirá mañana lo que oy ha prometido”.

De su conversión al cristianismo, (motivada más que todo por la pasión que sentía por la que pretendía para esposa), daba pocas muestras, “[...] pues no lo parece sino es en tener una sola muger y una cruz en su casa, y en resar la doctrina quando su muger quiere enseñársela”, comenta Porta. Por otra parte, el gobernador no era muy querido por sus subalternos, incluyendo sus propios hermanos que favorecían al sobrino, el “almirante” Alparis, su más notorio enemigo. Porta trató inútilmen-

te de reconciliar a los dos rivales. Alparis había manifestado su deseo de ir a León para que lo bautizase el obispo Villegas y recibir honores de las autoridades españolas, lo que aparentemente ocasionaba la envidia del gobernador de Tuapí, quien mantenía encendido los celos.

Con el nombre de *Caleta Barrancas* menciona Porta una localidad situada a tres leguas de Tuapí, que no puede ser otra cosa que los acantilados de Bragman Bluff, sobre los que hoy se levanta Puerto Cabezas. En un par de casuchas vivía un inglés renegado; no obstante haber sido expulsado a raíz de la Convención de 1786 había vuelto a instalarse en el lugar. Lo acompañaban su mujer, suegra, hijos y algunos esclavos e indios, dedicándose a la pesca de las tortugas marinas, que vendía en Bluefields transportándolas en unos pipantes. Debido a sus intrigas contra los españoles, Porta recomendaba que “conbendría expulsarlo segunda vez”.

Catorce leguas más adelante, en la barra de *Valpasisa* (Walpasiksa, una de las bocas del río Prinzapolka), vivía otro inglés advenedizo, carpintero de ribera, que por su “[...] bella índole y porque es útil a los yndios, no parece combeniente volverle á expulsar”, recomienda Porta.

La barra del Río Grande y la laguna de Perlas

Después de doce leguas adicionales y a cincuenta de El Cabo se llega a la barra del Gualatara (Walpatara), donde desemboca el río Grande. Un poco más adentro estaba Arenas Blancas, (actualmente Karawala); contaba con 26 casas en medio de una sabana de elevados pinos, lugar donde residía el almirante Alparis. Porta comenta:

“Este Almirante me recibió con mas de veinte yndios sobre las armas porque hubo dos ó tres de ellos que haviendome visto tomar el río, le informaron que venia un oficial del rey de España con el designio de llevarle preso ó muerto; sin embargo de esta demostración entré á su sala, en donde le hallé decentemente vestido, con vn sombrero de plumas, botas y espada, ostentando su bastón. Vi un personage de agradable, aunque grave presensia, que en el modo de proponer sus razones manifestaba una índole sencilla y un ánimo despejado. Atendió mis satisfacciones, que admitidas hizo inmediatamente castigar con cincuenta palos á cada uno de los chismosos”.

Al igual que en los otros asentamientos de la Costa, el terreno no parecía apto para la agricultura ya que los habitantes tenían sus plantíos sobre las riberas del río, a seis u ocho leguas aguas arriba. Aunque abundaban los pastos, no existía ganado que lo consumiera. Una frecuente comunicación se mantenía con los pobladores de Bluefields a través de pipantes y dorises.⁶

⁶ Los *doris*, o *dorises* como los pluraliza Porta, son las canoas con vela y quilla que usan los Misquitos para pescar en aguas abiertas.

Una vez ganada la amistad del Almirante, Porta se embarcó en una de las canoas que le facilitó éste para continuar el viaje costa abajo. Después de navegar ocho leguas llegó a la entrada de la Laguna de Perlas cuya barra interpuesta sólo permitía el acceso a pequeñas balandras. La laguna medía unas 12 leguas de longitud y presentaba varios estrechos, ensenadas y recodos. Los terrenos en las orillas eran bajos, arenosos o anegadizos, pero existían en los alrededores buenos parches para sustentar cierta actividad agrícola. La ociosidad de los Misquitos, contentos de obtener provisiones con el menor esfuerzo, parecía justificar su desidia por la tierra. Comentaba el ingeniero español, que en una de las islas del interior de la laguna (posiblemente Cayo del Puerco) abundaban tanto los saínos que la caza de un solo día bastaba para suplir carne para una semana.

Los pobladores de la laguna también disponían de más ganado vacuno y caballar que todo el poseído por el resto de sus congéneres costa arriba. Dicho sea de paso, que en el territorio de los Misquitos no se apreciaba la ventaja de criar ganado; además de no existir buenos pastos para sustentarlo, la carne de monte era variada y abundante en los alrededores; los indígenas no necesitaban bestias de carga en aquellos lugares de pantanos y lagunas costeras pues se transportaban por agua las más de las veces.⁷

En torno a la laguna existían algunos asentamientos donde vivían algunos familiares de Alparis y del rey Jorge, investidos con títulos militares altisonantes, así como también cuatro ingleses, una mestiza y dos esclavos.

La plantación de Robert Hodgson

La *Laguna de Bluefields* está situada a 12 leguas de la entrada de la laguna de Perlas y a setenta de Cabo Gracias a Dios y mide unas tres leguas de largo por otras tantas de ancho. Se comunicaba con el mar por medio de dos entradas, siendo la principal de bastante fondo que permitía el acceso de embarcaciones de 200 toneladas; su interior ofrecía amplio espacio para albergar a muchos barcos. Entre los islotes se cogían caracoles, conchas y otros mariscos de buena calidad y fácil extracción.

En la laguna desaguaba el río Escondido por medio de cuatro bocas. Los indios *Oluas* (*Ulwas* o *Woolwas*) poblaban las orillas; solían remon-

⁷ La renuencia de los Misquitos por la crianza de ganado vacuno es confirmada por el etnógrafo Eduard Conzemius quien los visitó a principios del presente siglo; los indígenas le confesaron que no tomaban leche de vaca "[...] para no robársela a los terneros".



Figura 60.- Una escena selvática en la Costa Atlántica, presentada por Charles N. Bell en su libro *"Tangweera: Life and Adventures among Gentle Savages"*.

tar la corriente y superar los raudales con pipantes, (siguiendo los afluentes Sikia o Mico), hasta sus cabeceras en las montañas de Chontales. El viaje aguas arriba exigía mucho esfuerzo, pero quedaba más que recompensado pues los indios encontraban en las riberas abundante caza, platanares, caoba y otras maderas preciosas que las hacían bajar ya transformadas en piraguas y pipantes para trocarlas en Bluefields.

Los alrededores del asentamiento encantaron a Porta Costas, impresionado por los frondosos bosques llenos de maderas, palmas y bejucos de buena calidad para levantar habitaciones. La tierra era excelente para construir tejas y ladrillos, "[...] y últimamente, hay poca plaga y las aguas, aires y temperie son igualmente saludables que agradables".

Más que una población, Bluefields era la plantación del coronel Robert Hodgson, quien había sido superintendente inglés en la Costa. El sitio consistía en una casa pajiza rodeada de ranchos donde vivían doscientos esclavos negros y se acogían unos treinta colonos de varias nacionalidades. La gran mayoría trabajaba para Hodgson en el corte y sierra de las maderas. La producción, incluyendo artículos de carey, resinas y pieles, era destinada a Jamaica, los nuevos estados independientes de Norteamérica, o Bristol, más que al puerto de Cartagena. Así la sorprendió Porta al momento de ser embarcados los productos en una fragata inglesa, supuestamente con destino a Cádiz.

No obstante que Hodgson había sido confirmado por España como gobernador de Bluefields, mantenía comercio y cartas con Inglaterra y seguía comportándose como un colono inglés independiente o mejor—según lo decía el ingeniero español— “como príncipe de este distrito”.

El mal tiempo reinante obligó a Porta a quedarse en Bluefields por dos semanas, antes de regresar a El Cabo. Como el mar seguía agitado optó por hacer la travesía por el río *Aloba* (*Cuckra Hill*), que facilitaba el trayecto entre las lagunas de Bluefields y Perlas, salvo por un trecho seco donde el bote fue arrastrado con penuria sobre balsas de madera y troncos rodantes. En otra parte de la navegación, mar afuera, los fuertes vientos lo obligaron a buscar la costa, donde también se vio forzado a arrastrar el bote sobre el arenal de la playa.

A pesar de las intenciones del enviado español para reconciliar al almirante con el gobernador, de invitar aquél para reunirse con éste y de acompañarlo en su viaje de vuelta, Alparis no cumplió lo prometido debido a las intrigas de Hodgson, quien estaba interesado en sabotear los esfuerzos españoles para juntar a los jefes indígenas.

Tampoco tuvo éxito Porta cuando regresó a Tuapí. El gobernador, convertido a la religión católica y casado con española, no pareció tratar-



Figura 61.- Vivienda en la selva del río Tungla, (Prinzapolka), ilustrada por Charles N. Bell.

lo como cristiano sino como enemigo declarado. Le negó al enviado de la Corte el apoyo que necesitaba, abjurando y declarando “[...] que mejor le estaría dejar el partido de los españoles y procurar estar bien con su gente”.

Su inconformidad con el nuevo orden implantado por España no le sirvió de mucho a Carlos Antonio de Castilla en el intento de recuperar la confianza de los indios: al año siguiente de la visita de Porta caía asesinado por los partidarios de Alparis.

Difícil tarea en una costa indómita

Al concluir con la misión de reconocimiento Porta Costas presentó su informe, en el cual recomendaba a Bluefields como el mejor lugar para fundar una colonia, a fin de hacer sentir la presencia y dominio de España en la Costa de la Mosquitia. El sitio se prestaba admirablemente para levantar una fortificación. La bahía ofrecía un amplio y abrigado puerto. Existían buenas tierras agrícolas en los alrededores y el clima parecía saludable y alentador. Por el río Escondido se podía además entablar comercio con los indios Ulwas; obtener de ellos resinas y pieles de animales silvestres y establecer comunicación con Chontales. En los bosques del interior abundaban maderas preciosas y la tortuga de carey se pescaba fácilmente frente a la costa.

Sin embargo, para lograr todos esos beneficios, era necesario destituir a Hodgson, reemplazarlo por un gobernador español confiable; desalentar el comercio clandestino con Jamaica, escarmentando los buques que con frecuencia atracaban en la bahía y, sobre todo, atraer a los indígenas obsequiándolos a la manera como lo hacían los ingleses y haciendo trueque con ellos.

En realidad, los regalos ofrecidos por las autoridades españolas a los jefes indígenas no solamente habían despertado la codicia sino también la envidia y rivalidad entre ellos; además los jefes no los compartían con sus subalternos. El comandante español de El Cabo, por otra parte, había prohibido el libre comercio entre los nativos, declarándose como el único comprador; se lucraba de su posición estafando hasta al mismo rey mosco.

Porta propuso se fundasen almacenes reales bien surtidos de ropa, zapatos, sombreros, cintas coloreadas, aretes, collares, hachas, machetes, navajas, anzuelos, pipas y tabacos, pólvora, munición y sobre todo del indispensable aguardiente. Sugirió que se permitiera a los indios, y

no sólo a los jefes, escoger los artículos que apetecieran y que aquellos a su debido tiempo saldaran la deuda con especies.⁸

Aconsejaba el enviado español que, siguiendo la política de los ingleses, se tomasen algunos muchachos entre los indígenas principales “como rehenes de paz” y se les mandase a educar a los centros españoles.

Por último, recomendaba reforzar la vigilancia a lo largo de la Costa por medio de dos barcos esquiñados y tripulados y de algunas piraguas bien armadas para patrullar los ríos y lagunas. De esta forma se desalentaría a los barcos intrusos que acostumbraban atracar junto a la costa y se pondría fin a las operaciones clandestinas entre ingleses e indígenas.

La corona española realizó esfuerzos para poblar con sus súbditos la Costa Atlántica de Honduras y Nicaragua, fomentando el arribo de familias de Galicia, Asturias y Canarias. La falta de adaptación de los nuevos colonizadores al lugar, debido a lo enfermizo del clima, a la hostilidad de los indígenas y a la tentación del contrabando con los ingleses hizo fracasar tales intentos. Una carta del subinspector de Guatemala fechada en 1804 describe la situación como sigue:

“El avecindar Colonos voluntarios en la Costa de Mosquitos es impracticable si han de ser hombres que no se tamfieran a ella con ideas de introducir contravandos. Los terrenos que les puedan dar son mortíferos, y en ellos estarán siempre expuestos a ser víctimas de los Salvages. Estos tienen trato continuo con los Ingleses, y lo tendrán los Colonos aunque no quisiesen, o por lo menos serían tranquilos expectadores del de los Indios, pues no podrían oponerse”.⁹

Estimulada por los regalos que les hacían los españoles, la osadía de los Misquitos había alcanzado tales niveles —según el texto de la misma carta— que llegaron ante el comandante de la fortaleza de San Carlos para pedir alhajas, amenazando con acuchillar al destacamento de San Juan del Norte si los españoles no satisfacían sus demandas. También reanudaron los asaltos en Chontales, robando mujeres y ganados, quedando el castigo impune ante su amenaza de asaltar a los colonos españoles establecidos en la Costa si se les perseguía.

⁸ Valga decir que este sistema de ventas al fiado, especie de “comisariato”, donde las deudas se pagaban con productos extraídos de la naturaleza, ha perdurado como “trato comercial” en la Costa Atlántica de Nicaragua, donde la economía siguió basándose en la extracción individual o por grupo de sus abundantes recursos naturales.

⁹ Ver en DHN: Siglo XIX, p. 9–21, la Carta del Subinspector de Guatemala Roque Abarca dirigida al Secretario de Estado y del Departamento Universal de Guerra.

Navegación y defensas en el río San Juan

La misión de reconocimiento del ingeniero Porta Costas no se extendió hasta la desembocadura del río San Juan, no obstante ser ésta la salida más importante de Nicaragua hacia los puertos del Caribe que servían a la provincia como estaciones intermedias para el comercio con España.

Exactamente cuándo fue establecido el puerto de San Juan del Norte es un dato que no se puede precisar. Todo intento de controlar la desembocadura del río San Juan había resultado inútil desde el siglo XVII cuando los piratas ingresaron por el río y asaltaron Granada, o se mantuvieron al acecho junto a la desembocadura dispuestos a capturar cualquier embarcación que saliera con productos del país rumbo a Portobelo, o entrara con mercaderías para abastecerlo. El siglo siguiente no fue más afortunado, porque piraguas armadas con Zambos y Misquitos merodearon con frecuencia las tres bocas del río y dificultaron todo comercio. En dos ocasiones acompañaron a los invasores ingleses aguas arriba, con el propósito de atacar El Castillo y posesionarse de la estratégica fortaleza que guardaba el paso al lago de Nicaragua.

Con el desalojo de los ingleses de la Costa de la Mosquitia la posibilidad de un mejor control de tránsito en la entrada y salida río parecía un hecho realizable. En 1793 la Corona tomó la decisión de mejorar el fuerte de San Carlos, construir un foso y empalizada en torno a la colina donde éste se levantaba y asignar un destacamento de 150 a 200 soldados al cuidado de la fortaleza.

El 26 de febrero de 1796 otra cédula real reconoció a San Juan del Norte, en el otro extremo del río, como un puerto oficial de comercio. Sin embargo, la presencia de una barra arenosa a la entrada de la bahía seguía siendo un poderoso obstáculo para que ingresaran en ella embarcaciones de cierto calado. Por otra parte los Misquitos, no obstante faltos del respaldo inglés, mantenían sus demandas sobre la entrada del río y hacían incursiones intimidantes en reclamo de supuestos derechos. La guarnición del puerto fue siempre escuálida para contenerlos y la colonización española hacia el lugar no se sentía estimulada por la misma situación indefensa en que el puerto se encontraba.

En un informe del año 1800, dirigido desde Granada al Capitán General Josef Domás y Valle, se contesta a un interrogatorio sobre la situación de los Misquitos y sus posibles amenazas de invasión por el río San Juan. En él se sugiere al Capitán mandar a colocar dos baterías en el puerto de San Juan del Norte, apuntando a la bahía; cuatro cañones en

el inicio del delta y otros tantos en la fortaleza de El Castillo. En el caso que todas esas precauciones fallaran, quedaría la fortaleza de San Carlos con sus 200 soldados contingentes.

A todas esas dificultades se agregaba la distancia de 54 leguas que mediaban entre San Juan del Norte y San Carlos, cubierta en 83 horas de navegación por una piragua de cuatro remos. El viaje en sentido contrario, a favor de la corriente, sólo tomaba 32 horas. Con paradas obligatorias para comer y dormir el trayecto por el río se hacía en once días en un sentido y en seis en el otro. Salvo en la época de sequía, el brazo de San Juanillo tenía suficiente agua para facilitar el curso de canoas y cayucos. Entonces se hacía el viaje más rápido entre el puerto y la boca del Sara-piquí; ahorrábanse dos días de viaje y la gran curva que el ramal de San Juan describe en medio del delta.¹⁰

Las islas frente a la costa de los Mosquitos

Alrededor de 1793 el teniente de navío, José del Río, hizo una exploración a las islas situadas frente a la Costa de los Mosquitos: San Andrés y Santa Catalina, en su carácter de visitador, con el objeto de juzgar la posibilidad de trasladar a la Costa algunas familias inglesas que se habían quedado en dichas islas reconociendo la soberanía de España. La idea era desalentar el comercio que aún persistía entre los colonos de las islas y Jamaica, y llevarlos a poblar la tierra firme en el sitio de Bluefields, “[...] por ser el parage de la costa de mejor temperamento fértil, y concurrencia de las naciones Indias, a que se agrega la seguridad de su fondeadero, y la bigilancia de sus expediciones”.¹¹

Según el informe del visitador, San Andrés distaba 40 leguas de la Costa de Los Mosquitos. Se trataba de una isla alargada de un poco más de 7 millas de longitud en el sentido norte-sur, con una anchura que en la parte más amplia era de 2 millas aproximadamente. Salvo por algunas puntas pedregosas, la playa era de arena blanca y menuda. Tenía enfrente un arrecife que la hacía inaccesible por el este. En la parte occidental de la isla había un fondeadero (*Southwest Cove*) y se alzaban unas “montañas”, (más bien algunos acantilados y colinas no mayores de 120 metros), aunque la topografía era mayormente plana. El perfil de la isla visto desde el mar es como el lomo de una ballena. La isla carecía de arroyos o manantiales, los habitantes se veían forzados a tomar el agua

¹⁰ Ver en Serrano y Sanz: “*Varias Noticias del Río de San Juan*”, en obra citada en la Bibliografía.

¹¹ “*Disertación del viaje hecho de Orden del Rey por el teniente de navío de la Real Armada Dn. José del Río a las Islas Sn. Andrés, Sta. Catalina, Providencia y Mangles en la costa de Mosquitos*”. DHN. Siglo XIX. pg. 44–60.

un tanto salobre procedente de ciertas “cazimbas” o pozos, especies de cecinos hundidos entre suelos calizos.

San Andrés estaba bien dotada de árboles frutales y hortalizas, siendo sus pimientos de excelente calidad, que se vendían en el mercado de Cartagena. También ofrecía pequeñas parcelas cultivadas de plátanos, algodón, caña de azúcar, tabaco y añil. Los habitantes criaban algunos animales domésticos pero también se servían de la caza. La fauna de la isla era escasa, algunas especies introducidas como el cerdo se habían vuelto montaraces. Loras, palomas, sanates, sinsontles y otras aves canoras poblaban sus arbustos. Entre las aves marinas se observaban comúnmente las gaviotas, rabijuncos y rabihorcados (*Phaeton* y *Fregata*). felizmente no existían en la isla insectos ni reptiles ponzoñosos.¹²

En las pequeñas ensenadas la pesca era abundante. Se cogían tortugas verdes y de carey dejando las redes en las aguas, de un día al siguiente, aprovechando que los quelonios subían con frecuencia desde sus comederos sumergidos a la superficie del mar para respirar y quedaban enredados entre la malla.

Del Río advierte en su escrito sobre la baja estatura de los árboles de la isla, la cual atribuye al carácter arenoso y pedregoso del lugar, que impedía a las raíces penetrar en el subsuelo para absorber las sustancias nutritivas. Interesante como era la observación, es posible que la influencia de los vientos y huracanes haya jugado algún rol en la fisonomía vegetal de San Andrés, especialmente cuando menciona que un ciclón había traído hacia cuatro años a un gusano que afectaba el desarrollo del algodonero. La presencia de algunas rocas calcinadas las atribuye al posible origen volcánico de la isla.¹³

San Andrés estaba poblada entonces por 373 personas que vivían sin formar pueblo, dedicadas a sus pequeñas parcelas. La labor más frecuente era el cultivo del algodón, cuya semilla limpiaban con una máquina manual de confección tan sencilla que hasta los esclavos la fabricaban. El comercio con Cartagena era esporádico por la falta de flota regular. Las importaciones consistían en mantequilla, ron y vinos principalmente. Los pobladores eran católicos y protestantes y las relaciones se mantenían por amistad, pues no existía magistrado que las regulara.

¹² La fauna de las islas es de origen antillano, pero con algunas especies procedentes de Centroamérica. Entre las 50 especies de aves, unas 15 son endémicas. La paloma de corona blanca y el pijuil de pico liso, propias de esas islas, también fueron identificadas en Corn Island.

¹³ James J. Parsons en su monografía sobre las islas menciona que San Andrés es una gigantesca mesa de coral blanco, formada en la segunda mitad del Mioceno, ceñida por un arco de arena coralífera depositada en época reciente. Contrariamente, el binomio Santa Catalina-Providencia, donde predominan rocas como el basalto, la andesita y la riolita, es una antigua intrusión volcánica al igual que las islas de Corn Islands.

A 18 leguas al norte de San Andrés y a 40 al este de la Costa de los Mosquitos estaban las islas de Providencia y Santa Catalina, siendo esta última un pequeño apéndice de la primera, separada de ella por un angosto estrecho ("*The Bridge*"). Ambas estuvieron comunicadas por un cuello de arena, según parece hasta el siglo XVII cuando los puritanos ingleses abrieron un canal para separarlas como precaución defensiva contra las incursiones españolas.

Providencia es semejante a San Andrés en tamaño, (12 x 3 Kms), pero de forma almendrada. En su centro hay varias lomas que culminan en un cerro (High Peak) de unos 400 metros de altura, del cual partían cuatro arroyos. Santa Catalina en el extremo norte es un islote redondo de un kilómetro de diámetro; presenta un cono rocoso de 150 metros de elevación. Por su fragosidad fue escogida como escondite por el pirata Morgan —según Del Río— defendida por dos cañones, (emplazados en una punta llamada Morgan's Head), que estaban derrocados al tiempo de la visita del teniente español.

En el contorno de Providencia existían algunas ensenadas que podían servir de abrigo a embarcaciones de un calado no mayor de 3 a 4 metros, debido a los arrecifes que las acordonaban.

La isla poseía variados pero pocos árboles, entre ellos ceibas, caobas, cedros, acacias y una especie que producía nueces de las que se alimentaron los primeros colonos antes que sembraran las primeras plantaciones. La fauna no difería de la de San Andrés, pero su riqueza se concentraba en las aguas marinas, pobladas por muchos tipos de peces y tiburones. Abundaba la tortuga de carey, cuya concha se comerciaba en Jamaica. "Hay algunas perlas —comenta Del Río— y la que yo he havido es del tamaño de un garbanzo regular, pero su oriente tira a color de rosa".

Al tiempo de la visita del teniente, la población de la isla era apenas de 32 personas, la mayoría esclavos de un español viudo y rico que cultivaba algodón, patatas y granos. El comercio de permuta se ejercía con Jamaica por no existir mercado más cercano.

Visita a las Islas de los Mangles

Las dos *Islas de los Mangles* (hoy Corn Islands) se encontraban, según Del Río, a 19 leguas (realmente 15) de la Costa de los Mosquitos, estando separadas entre sí por sólo 7 millas. Por su menor tamaño el teniente las ubica "en el rango de los Cayos", si bien la mayor se extendía por algo más de 2 millas (en verdad 5 Kms).

Del Río reconoció que la calidad del suelo en la isla grande, así como las producciones, eran las mismas que encontró en las islas de mar adentro. Existían algunas lomas cubiertas por matorrales y salvo los cocoteros no tenían “árboles capaces de sacar una tabla de 12 pulgadas de ancho”.

Las costas estaban protegidas por arrecifes pero sin buen abrigo de los vientos, salvo quizás en la ensenada que llamaban del Bergantín (*Brig Bay o Playa Coco*). En los acantilados se proyectaban piedras volcánicas, donde el *visitador* creía observar vetas de cobre y hasta quizás de metales preciosos.

La isla no poseía manantiales, pero un agua limpia y de buen gusto se podía extraer de los pozos. La producción en ese entonces era la ganadería y el algodón. Los cerdos cimarrones suplían también de carne la mesa de los isleños, pero eran de difícil caza. El mandamás de la isla era el inglés Guillermo Ottogson quien tenía a su servicio 102 esclavos, 43 dependientes y 30 indígenas.¹⁴

La isla pequeña, (de 3 Kms de largo), estaba deshabitada de hombres y árboles. Salvo los cocoteros que crecían junto a la playa el resto de la vegetación era zacate. Ocasionalmente arribaban a ella tortugeros de Jamaica para pescar entre los arrecifes de los alrededores. La isla, un poco desabrigada, sufría cada tres años por la presencia de langostas, plaga que arrasaba hasta con la hierba.

No obstante la recomendación de José del Río, en el sentido de evacuar las cuatro islas y trasladar a sus industriosos habitantes a Bluefields, la orden no se cumplió. En 1795 fue nombrado gobernador de San Andrés Tomás O' Neille, quedando las islas bajo la jurisdicción de la Capitanía General de Guatemala. El gobernador fue después acusado de favorecer el contrabando y de querer anexar la isla a Cartagena, habiendo conseguido lo último mediante una orden real expedida en 1803. En dicha orden se separaba militarmente de la Capitanía General de Guatemala la isla de San Andrés, el Cabo Gracias a Dios, el puerto de Bluefields y boca del río San Juan, agregándolos al Virreinato de Nueva Granada, bajo las órdenes de O'Neille, con el pretexto de una mejor defensa.

Para complicar las cosas un barco inglés, de los varios que O'Neille permitía comerciar con la isla, se apoderó de San Andrés en marzo de 1806, tomando al gobernador y a su escasa guarnición española como

¹⁴ William Pitt Hodgson, hijo del superintendente Roberto Hodgson se había establecido en Corn Island para cultivar algodón, ganado y negociar el carey. El, su madre y un hermano eran los únicos habitantes blancos de la isla en 1793, asistidos por esclavos negros y algunos indios.

“prisioneros”, dejándolos sospechosamente abandonados en las playas de Cartagena. Esta ocupación no duró mucho pues la Junta de Guerra de Cartagena recuperó la isla e impuso de nuevo a O’Neill como gobernador.

Una segunda orden real expedida en noviembre de 1806 regresó la Costa de los Mosquitos —del cabo Gracias a Dios al sur— a la jurisdicción de Guatemala, pero la situación de las islas de San Andrés y Providencia, controladas por O’Neill hasta 1810, quedó pendiente y sin resolver al tiempo de la independencia de Nueva Granada y de las Provincias Unidas de América Central. Lo que debería haber sido una comisión de vigilancia militar ejercida por la Junta de Guerra de Cartagena sobre la costa caribe centroamericana, que en ningún caso significaba segregación legal de territorios, fue más tarde invocada por Colombia como un derecho para posesionarse de las islas caribeñas frente a Nicaragua.¹⁵

Primeras ideas sobre el canal interoceánico

Para finales del siglo XVIII la posibilidad de abrir una ruta interoceánica que comunicara el mar Caribe con el océano Pacífico a través de Nicaragua era una idea seriamente considerada por la corona española.

Reconocida desde los primeros años de la conquista la ventaja que ofrecía Nicaragua —con un lago interior no lejos del Mar del Sur y con salida al Mar del Norte— la Corona estuvo siempre advertida sobre la posibilidad futura de comunicar ambos mares, “para mayor gloria de España” tal como la hizo ver el cronista López de Gómara en 1551 al emperador Carlos V.

Otro cronista, Antonio de Herrera, a principios del siglo XVII, se refería a la presencia de la Laguna de Nicaragua como una de las mejores rutas existentes para abrir un canal entre el golfo de Urabá y la desembocadura del río San Juan. No obstante los peligrosos “Saltos” que se encontraban en el Desaguadero, Herrera menciona las grandes barcas que subían y bajaban por el río sin mayor tropiezo.¹⁶

Otro cronista del siglo XVII, fray Juan de Torquemada, discutía la idea de comunicar ambos mares utilizando el lago de Nicaragua interpuesto:

¹⁵ Los antecedentes y consecuentes de la historia de las islas están ampliamente descritos por James J. Parsons en su monografía sobre las islas de San Andrés y Providencia.

¹⁶ Antonio de Herrera: *Historia General de los Hechos de los Castellanos*. Década Quarta. Libro Tercero. Capítulo II, reproducido en FPCBA: *Nicaragua en los Cronistas de Indias*. Serie No. 2. p. 59.

“... y así por aquel Desaguadero va a salir a la Mar del Norte; porque la laguna está dos leguas y media del Mar del Sur: por lo cual dijeron algunos, que se podría abrir por tierra, y hacerse estrecho. Un Cosmógrafo, vecino de México, varón de descos, estuvo determinado de ir a medir, y a pesar el altor de la una mar, y de la otra, y estorbáronsele, diciendo: Que tal obra, a sólo el Rey pertenecía, porque sólo él tiene posibilidad”.¹⁷

En aquel tiempo se creía que el nivel del océano Pacífico era significativamente más alto que el del mar Caribe, debido a que el istmo interpuesto entre el océano y el lago era mayormente tierra baja y llana, mientras que el río San Juan bajaba “a saltos” antes de llegar al mar.

Un vecino de Granada, Diego de Mercado, propuso en 1620 la apertura de un canal utilizando el río San Juan y el lago de Nicaragua, el cual a su vez podría abrirse hacia el golfo de Papagayo, (actual bahía de Salinas), utilizando el cauce o barranca del río Hondo.¹⁸

En 1638 el cronista Pedro Mexía de Obando, apoyando la idea de Mercado, se refería extensamente a la ruta interoceánica por Nicaragua. Con mayor precisión parece sugerir que la salida del lago rumbo al Pacífico, distante cuatro leguas del punto de arranque propuesto, debería practicarse por el río Hondo. El trayecto remontaría una loma “de tierra pelada y sin malezas” por donde pasaba el camino de Costa Rica a Nicaragua y que parecía estar sobre la divisoria continental.

Obviamente Mexía de Obando se refería al presente río Sapoá, (que es navegable en canoas hasta el pie de la meseta de La Cruz), y proponía alcanzar el Pacífico por la bahía de Salinas, donde la amplitud de la marea no es tan notable como en las playas abiertas. Sugería que la entrada por la Mar del Sur podría cerrarse “con una cadena atravesada” y ser defendida por dos guarniciones. El volumen de agua que circularía de ese Mar—supuestamente más alto—hacia el otro, sería suficiente para limpiar la resaca en la desembocadura del río San Juan, facilitando así la entrada y salida de barcos de más de 150 toneladas. La ventaja de la ruta por Nicaragua—según el cronista—estaba en el corte a través de la meseta, que no encontraría sitios montuosos ni peñascosos, y que la provincia era muy fértil y poblada por indios fáciles de reducir.

Entre los otros beneficios de la empresa Mexía de Obando menciona los siguientes: los navíos cargados de plata procedentes del Perú podrían anclar frente al puerto de Granada, (entonces un emporio regional mercantil, según observara el fraile apóstata Thomas Gage); el clima de Gra-

¹⁷ Juan de Torquemada: *Veinte y Un Libros Rituales y Monarquía Indiana*. Libro III. Capítulo XXXIX, reproducido en FPCBA: *Nicaragua en los Cronistas de Indias*. Serie No. 2. p. 105.

¹⁸ Esta propuesta que consistía en evacuar las aguas lacustres por el río Sapoá, buscando la bahía de Salinas, fue revivida a mediados del siglo pasado por el naturalista danés Andreas Oersted.

nada era más saludable y menos mortífero que el de Panamá y Portobelo, estando la ciudad mejor proveída que Cartago; los galeones españoles podían cargar la plata en Granada o en el río San Juan, ahorrándose así el flete a lomo de mulas por el istmo de Panamá; mucha gente vendría a establecerse en Granada y Cartago abriendo nuevas labranzas para cacao y trigo; quedarían reducidos y cristianizados un millón de indios idólatras en las regiones salvajes de Nicaragua, Costa Rica y Veragua, donde abundan el oro y la plata; y por último, la Audiencia de Panamá no tendría razón de seguir en aquel territorio, ahorrándose los gastos. “Junto con esto, concluye el argumento del cronista Mexía, una de las maravillas del mundo, cuando no fuera la primera, conseguiría vuestra Real persona la gloria y alabanza de ella y eternizar su Real nombre en todas las naciones”.¹⁹

Una de las incógnitas del proyecto seguía siendo la relación entre los niveles de ambos mares y el correspondiente al lago de Nicaragua. Mercado creía que la superficie del Mar del Sur estaba cinco o seis codos más alto que la del lago, de modo que al zanjar el canal las aguas de aquél pasarían al lago y luego continuarían por el río San Juan rumbo al Mar del Norte.

La idea del canal debió haber parecido imposible después que los terremotos de 1648, 1651 y 1663 resaltaron los raudales del río San Juan, a tal extremo que un barco procedente de La Habana que estaba surto frente a Granada tuvo que ser subastado al no poder efectuar el regreso por el antiguo curso del río. La presencia de los piratas y los asaltos a la ciudad de Granada a continuación, terminaron de apagar los entusiasmos por la ruta, como un proyecto de navegación interoceánica, en los siguientes cien años.

En 1781 el gobierno español destacó al ingeniero Manuel Galisteo para hacer la medición del desnivel entre el Pacífico y el lago de Nicaragua. Galisteo encontró una diferencia de 135 pies (en realidad son 101), entre ambos espejos, estando el lago de Nicaragua obviamente más arriba que el nivel del océano. Como en ese tiempo no se conocía la profundidad del lago, (unos 200 pies en la parte más honda), ni el funcionamiento de las esclusas, el agrimensor español arribó a la conclusión que el corte del istmo era improcedente porque desaguaría sin lugar a dudas el gran lago hacia el Pacífico.²⁰

Para vencer esa dificultad Juan Bautista Muñiz propuso, cinco años después de practicada la medición por Galisteo, abrir un canal con hon-

¹⁹ Pedro Mexía de Obando: *Memorial Práctico de las Indias*. Título XXVIII. Reproducido en *Nicaragua en los Cronistas de Las Indias*. Serie No. 2. p. 205–207. FPCBA. Managua, 1975.

²⁰ Ver la obra de José Dolores Gámez: *Historia de Nicaragua*. p. 275. Managua. 1889.

dura suficiente para contrarrestar la supuesta diferencia de niveles, posibilidad que aun en la época actual se consideraría como una tarea titánica sino como idea descabellada.

No obstante las dificultades, Muñoz reconoció las implicaciones políticas de un proyecto de tal envergadura:

“Si se abriese una canal por donde se comunicasen las aguas saladas de ambos mares, tan capaz i hondable que franquease el paso a buques de mucho porte; en tal caso podría justamente temerse la conjuración de varias potencias Europeas para enseñorearse de él. Podrían concebirse divididas las dos Américas por un estrecho. Mas ni esto deviera retraer de una empresa la mayor del mundo. Debiera si estimularnos fortalecer competentemente entrambas bocas, a mantener las fuerzas de mar i tierra que fueran necesarias para precaver o resistir las invasiones enemigas”.²¹

En 1804 el sabio naturalista Alexander Humboldt, (quien en el año anterior había navegado frente a las costas de Nicaragua), discutía las varias alternativas para abrir un canal entre Tehuantepec y el Atrato. Consideraba que la ruta por Nicaragua era la más factible y practicable entre las otras posibles. Diez años después las cortes españolas votaban a favor del estudio y la construcción del canal por Nicaragua, pero los acontecimientos políticos subsiguientes impidieron la realización del proyecto.

En los años que siguieron a la independencia, el Gobierno Federal mantuvo vivo interés por la cuestión del canal, mientras la idea ganaba aceptación en Estados Unidos y Europa. La misma Inglaterra, interesada en la ruta del istmo, estableció un servicio regular de correos hacia San Juan del Norte en 1833. Una investigación informal conducida por la Royal Navy recomendó ubicar dos vapores, arriba y abajo del raudal de El Castillo, para remolcar lanchones.²²

En 1836 el presidente de la Federación, Francisco Morazán, encomendó al ingeniero inglés John Baily, para que realizara el primer estudio científico sobre la factibilidad del canal. Baily partió de Granada acompañado por el poeta guatemalteco Pepe Batres como delegado de la Federación. Llegados a San Juan del Norte encontraron la población diezmada por la fiebre amarilla. Parte del equipo de medición sucumbió ante la enfermedad, incluyendo al vate, y la medida tuvo que ser suspendida.

²¹ “Carta de Juan Bautista Muñoz sobre la factibilidad de construir un canal interoceánico”. Madrid, 19 de enero de 1787. Manuscrito No. 2247. Papeles Varios, folio 146. Biblioteca de Palacio.

²² Phillipa Caleb: “On the communication between the Atlantic and Pacific Oceans, by way of the Lake of Nicaragua”. The Journal of the Royal Geographical Society of London, II (1833). pg 275-279.

Desgraciadamente la situación política en la América Central se resolvía entre disidencias de todo orden que contribuyeron a desalentar la continuación de la empresa canalera. El proyecto tuvo que sufrir las consecuencias de la frustración producida por los políticos de turno. Nicaragua rompió con el pacto federal en 1838, declarándose estado independiente, sin que por ello cambiara aquel período de inestabilidad social y económica. Así lo percibió el viajero inglés Robert Glasgow Dunlop:

“Nicaragua era anteriormente el más rico Estado en producción, después de San Salvador, pero es ahora el más quebrado y empobrecido de todos, debido a las incesantes revoluciones, que han desmoralizado a la población completamente, y hecho la vida y la prosperidad más insegura que en cualquiera de los otros Estados”.²³

²³ Robert G. Dunlop: *Travels in Central America, being a Journal of Nearly Three Years' Residence in the Country*. London, 1847. p 312.

CAPITULO XVIII

Las aventuras de Orlando Roberts, el inglés independentista

—*El viaje de un traficante por los dominios del rey mosco. —Su captura por los españoles y forzada visita al interior del país. —Observaciones realizadas. —Viaje apócrifo de Strangeways.*

Interesa saber que así como en los dos siglos anteriores a la emancipación de las Provincias Unidas de América Central aparecieron algunas crónicas de viajes debidas a la pluma de aventureros ingleses —por lo general proscritos de los dominios españoles— también otros autores oriundos de Inglaterra siguieron escribiendo sobre la región en la época de la Independencia y aún lo hicieron con mejor ilustración por el resto del siglo XIX. Además de mantener un vivo interés sobre la Costa Mosquitia, donde siempre contaron con nativos aliados, los ingleses continuaron visitando las provincias, estados y después repúblicas centroamericanas por diferentes razones e intereses.

Nicaragua o su Costa Atlántica, por ejemplo, fue lugar de tránsito o residencia de algunos súbditos británicos que se acogieron a la hospitalidad del pueblo o de los gobernantes. Mostraron en sus escritos desde el imparcial dictamen hasta los prejuiciados orgullos de la época victoriana. En el lapso de noventa años algunos autores llegaron al país como comerciantes o simples aventureros; entre éstos figuraron Orlando Roberts (1816), Thomas Strangeways (1822), John Hale (1825), Robert Dunlop (1828), James Wood (1840) y Thomas Young (1840); otros lo hicieron como capitanes e ingenieros, reconocedores de costas y proyectos



Figura 62.- Primer retrato de un Rey Mosco, el joven George August Frederick, quien "reinó" entre 1842 y 1865. Era sobrino del rey homónimo que protegió al traficante Orlando Roberts en 1820. (Charles N. Bell).

canaleros, como Edward Belcher (1838), John Baily (1839), Robert Fitzroy (1840) y Bedford Pim; unos terceros estuvieron en Nicaragua a título de mineros, arqueólogos y naturalistas como George Byam (1849), Charles Bell (1846–1862), Berthold Seemann (1863), Frederick Boyle (1867), Thomas Belt (1868) y por último Mervyn Palmer (1905), citando en fin aquellos que dejaron escritas sus experiencias de viajeros en libros e informes.

El siglo XIX fue la edad de oro de los viajeros por Nicaragua, no solamente en el sentido literal de buscar por su eterno lago, río e istmo un camino seguro hacia las tierras doradas de California, sino también por la atracción que el país despertó en una gama de especuladores de Europa y de los Estados Unidos de América. Estos valoraron la ventaja de utilizar el istmo centroamericano como ruta interoceánica y de fomentar proyectos de colonización en Nicaragua, considerada entonces como “un paraíso virginal”.

Un promotor francés de la época —Pablo Lévy— se solazaba ante la perspectiva que ofrecía Nicaragua de constituirse “[...] inevitablemente en uno de los focos de la civilización moderna, y el emporio del comercio del Universo”. Señalaba a la vez que por su posición geográfica y recursos naturales al país le esperaba un futuro brillante en el concierto de las naciones civilizadas del mundo, sueño que los mismos políticos nicaragüenses en su festinado mal gusto por las revoluciones intestinas contribuyeron a disipar.¹

El traficante inglés Orlando Roberts

Alrededor de 1820 Orlando W. Roberts se encontraba realizando un activo y exitoso comercio a lo largo de la costa caribe del istmo centroamericano. Su experiencia de marino mercante al servicio de Inglaterra lo había llevado al Lejano Oriente, al Pacífico y después a Suramérica. Como experto capitán había tomado parte en algunas acciones navales contra la flota norteamericana, en el tiempo cuando los Estados Unidos peleaba en contra de Inglaterra por su independencia.

A partir de 1786 los ingleses habían convenido con España en desalojar la Costa de la Mosquitia, que era fuente de provisión de materia prima para los colonos de Jamaica. Sin embargo, España, trastornada por los acontecimientos napoleónicos, no había logrado tomar posesión virtual de la referida Costa al iniciarse el siglo XIX. De igual manera, los movimientos de emancipación de las colonias españolas en América estaban dando sus frutos y el control de la Madre Patria sobre las apartadas regiones del Caribe era menos que aparente.

La ocasión se prestaba admirable para los colonos de Jamaica, ansiosos de reanudar las antiguas alianzas y negocios con sus viejos amigos los Zambo-Misquitos. Roberts fue contratado por los traficantes de la isla para realizar viajes comerciales por la costa de América Central, la cual recorrió entre 1818 y 1821.

El libro donde Orlando Roberts describe su aventura: *Narrative of Voyages and Excursions on the East Coast and in the Interior of Central America*, (“*Narración de Viajes y Excursiones por la Costa Oriental e Interior de América Central*”), es el primer documento del siglo XIX escrito por un viajero aventurero sobre Nicaragua. La obra, además de su interesante narrativa, abunda en observaciones sobre los indígenas del litoral del Caribe y constituye por tanto un aporte interesante para el es-

¹ Pablo Lévy: *Notas Geográficas y Económicas sobre la República de Nicaragua*. Cap. II. p. 56. FPCBA, Managua, 1976.

tudio etnológico de las tribus que poblaban entonces la actual Costa Atlántica de Nicaragua.²

Fue también Roberts el primer embajador comercial que enrumbó su barco hacia las costas de Centroamérica en los años de la Independencia de las cinco provincias de la antigua Capitanía General de Guatemala. Solía bajar a tierra en canoas, internándose por lagunas y ríos en busca de sus potenciales abastecedores y compradores, con los cuales traficaba ropa, paños, espejos, machetes, pailas, anzuelos, sal y diversos artículos, a cambio de madera de tinte, cocos, cacao, yuca, vainilla, carey y otros productos naturales.

Recorrido por la Costa de la Vainilla

Después de un tiempo de traficar con los industriosos indios del archipiélago San Blas, en las costas del Darién, viajó Roberts hasta el golfo de Chiriquí y remontó el río Chrico Mola. Ahí vivían los llamados indios Valientes, (un grupo de Guaymies del interior de Chiriquí), que resistieron el pago de tributos exigido por los Misquitos, a quienes expulsaron del territorio.³

El mercader inglés se estableció por un tiempo entre los Valientes, comerciando con ellos y observando sus interesantes costumbres, por cierto no muy diferentes de las del resto de las tribus que vivían hacia el norte sobre el litoral de Costa Rica y Nicaragua.

Luego de abandonar la región de Chiriquí, Roberts se dirigió hacia el norte, siguiendo el litoral de Costa Rica, hasta la playa de Tortugero donde anualmente se congregaban miles de tortugas verdes para desovar. En esa ocasión los indígenas de la costa, incluyendo visitantes Misquitos, hacían sus agostos con la abundante carne, los huevos y en especial la manteca del quelonio.

El puerto de San Juan del Norte ofrecía una bahía abrigada de los vientos, capaz de proteger en ese entonces a unas 12 ó 20 embarcaciones grandes. Era —según comenta Roberts— el lugar más seguro entre Bo-

² La obra de Roberts fue publicada por primera vez en Edimburgh en 1827. Una reproducción facsimilar fue editada por *The University of Florida Press en Gainesville*, en 1965. Orlando Cuadra Downing la tradujo para la primera edición en español, publicada por el Fondo de Promoción Cultural de Banco de América, en Managua, en 1978.

³ Chrico Mola, (nombre misquito corrupto: *Krikam Awala*, "río de las gaviotas"), es el actual río llamado Changuinola. Representaba en ese tiempo el límite de las incursiones sureñas de los Misquitos por la costa caribe en demanda de tributo. Estos nunca pudieron conquistar a los indios Valientes, ni tampoco a los pobladores de las islas de San Blas.

cas del Toro y el cabo Gracias a Dios. Los pescadores indígenas que recorrían esas costas solían parar en el puerto para aprovisionarse con carne de manatí, mamífero que alcanzaba hasta 1,500 libras de peso y era muy común en el delta del río San Juan. A su carne exquisita se atribuía la propiedad de “purificar la sangre”, combatiendo el escorbuto y las pa-peras.⁴

La costa entre San Juan del Norte y Monkey Point se encontraba habitada por indios Ramas, “[...] cuya aldea principal está en el río Rama, conocido también como río Punta Gorda”, menciona Roberts. A cuatro millas de la desembocadura reconoció un islote alto y deshabitado: el actual Booby Cay.⁵

La población Rama en tiempos de la visita del traficante inglés estaba reducida a unos quinientos individuos, todos sujetos al Rey Mosco, al cual pagaban un impuesto anual que consistía en carey, canoas y hamacas. Los indígenas dominaban muy bien el arte de navegar y se atrevían a pescar mar adentro en sus endebles canoas, mostrando más habilidad y arrojo que los mismos Misquitos. Eran tenidos como gente pacífica e inofensiva, con muy poca inclinación a mezclarse con los otros indios.

Este sector de la costa, donde la selva virgen arranca detrás de la playa, resultaba muy productivo para el comercio de Roberts por la abundancia de vainilla de excelente calidad. La planta es una orquídea trepadora de flores blancas con pintas rojas y amarillas. Cuando las flores caen aparecen las vainas, verdes al principio, amarillas y café cuando se secan. El proceso de curación de la vainilla es descrito por el inglés de la siguiente manera:

“Se cortan las vainas cuando aún están amarillas, antes que empiecen a abrirse; se hacen pequeños montones por tres o cuatro días mientras fermentan; a continuación se exponen al sol para que sequen; luego se aplastan con la mano y frotan con el aceite de cualquier palma mientras terminan de secarse; después se hacen pequeños atados, envueltos en hojas de plátano secas. Si las vainas no se cortan a tiempo, trasudan un bálsamo negro fragante que le priva del delicado sabor y aroma que la hace tan apetecida”.⁶

⁴Dicho sea de paso que el manatí fue uno de los animales que más llamó la atención, a lo largo de cuatro siglos, de los varios marinos y aventureros que recorrieron el litoral caribe de Nicaragua y al cual se refirieron numerosas veces.

⁵Anteriormente se conocía como río Rama al Punta Gorda. Pablo Levy en sus “*Notas Geográficas*” lo reconoce como distinto del actual río Rama, afluente del Escondido. El nombre aborigen del Punta Gorda es Yare, tal como lo menciona Alonso Calero en su crónica. Diego de Machuca, llegó hasta sus cabezas en 1539. Booby Cay, la isla del Pájaro Bobo, no figura insólitamente en los mapas topográficos de Nicaragua.

⁶Ver la obra de Roberts, p. 56. La traducción de esta cita y de las siguientes son de Orlando Cuadra Downing.

Los “cayos” situados entre Monkey Point y Bluefields eran frecuentados por indios de todas las partes de la Costa durante la temporada de la pesca de la tortuga Carey.

Pasando por Bluefields y la Laguna de Perlas

Se llegaba a Bluefields por mar, atravesando la laguna costera del mismo nombre, separada del Caribe por la alargada Deer Cay (Isla del Venado). Esta deja dos entradas: al sur Hone Sound, (actualmente Hodgson), con una barra que impide el acceso aun para embarcaciones pequeñas; la del norte es la entrada de El Bluff, con una profundidad de 15 pies, por donde penetran los barcos. En la parte norte de la laguna desagua el río Escondido, que Roberts erróneamente llama Río de Nueva Segovia, aunque en el mapa que acompaña su libro aparece con el verdadero nombre en español y también como río Bluefields. En las riberas vivían grupos de indios *Cookras* y *Woolwas*, (Kukras y Ulwas), descritos por Roberts como pacíficos, en buenas relaciones con los Ramas. De vez en cuando bajaban a Bluefields con provisiones de jabalí, saíno, iguanas y otras carnes silvestres.

Creía el marino inglés que las tierras de los alrededores eran de gran fertilidad, impresionado obviamente por la altura de los árboles que crecían sobre ellas. Los bosques de pino se extendían entonces hasta las vecindades de Bluefields, con una calidad de madera que juzgaba como apropiada para la construcción de mástiles.⁷

Roberts no dejó descripción del asentamiento, limitándose a comentar que su posición era inexpugnable, magnífica para abrir una comunicación con el lago de Nicaragua y de gran porvenir comercial.

En los terrenos arenosos cerca de El Bluff, en medio de algunos pinares, se encontraba la “casa del rey”, una de las tantas chozas que servían para alojar a los visitantes ingleses. Existía una casa u hospedaje real en cada villa a lo largo de la costa, que no se diferenciaba del resto de las viviendas salvo por su tamaño, esmero y solidez. Eran construidas con la cooperación de los habitantes de la comunidad para alojar al rey y su comitiva durante la visita de la corte a la localidad. En otras ocasiones servían como cabildo, donde concurrían los jefes lugareños para acatar las órdenes reales e impartir su cumplimiento.

⁷ En Pinewood Lagoon, veinte kilómetros al norte de Bluefields, se encuentra actualmente el rodal más sureño de la especie *Pinus caribaea*, la avanzada más austral del pino, creciendo al natural, en el continente americano.

Prosiguiendo hacia el norte llegó Roberts a la laguna de Perlas, en la cual no existían las ostras sino unas almejas que quedaban expuestas cuando bajaba la marea. Comenta el viajero que, en su regreso a Londres, informó a una compañía sobre la falacia del nombre de la laguna, justo a tiempo para detener una embarcación que se dirigía a Nicaragua con la ilusa pretensión de dedicarse al negocio del nácar.

Alrededor de la laguna existían algunos asentamientos, o más bien una muestra abigarrada de criollos, mulatos, sambos e indios, incluyendo ciertos jamaiquinos que realizaban un activo comercio de trueque por productos nativos. La comunidad sobrevivía de la prodigalidad de la madre natura, teniendo una selva a la espalda, el mar enfrente y contaba con la habilidad de los indígenas en las artes de caza y pesca.

Roberts describe las características de la laguna y en especial se refiere a la plantación de un francés de apellido Ellis que había sido gobernador de San Andrés antes que la isla fuera cedida a España en virtud del tratado de 1786. Este colono emprendedor tenía cultivos de café, caña de azúcar y algodón; usufructuaba el lucrativo negocio de la destilación del ron, además de poseer otros plantíos de subsistencia y cierta crianza de animales de varios tipos.

Ellis parecía ejercer la función de juez, comisario, consejero, compenedor y cabecilla en una sociedad donde no existían leyes ni controles morales, desde que el superintendente inglés Robert Hodgson había dejado la región en manos de las autoridades españolas, que desde luego nunca aparecieron para ejercer dominio.

Llamaba la atención de Roberts la ausencia de misioneros que atendieran las necesidades religiosas en Bluefields y en los asentamientos junto a la laguna de Perlas. Tocaba a los capitanes de barco ejercer la función de bautizadores: “[...] podría enumerar —dice el autor— más de una docena de hijos reconocidos por sólo dos de esos capitanes, que parecen haber adoptado sin escrúpulos la costumbre india de la poligamia en su acepción más amplia”.⁸

En el tiempo en que Roberts visitó la laguna de Perlas los primitivos habitantes de los alrededores —los Kukras— estaban casi extintos; las últimas familias de esa subtribu había abandonado un asentamiento que tenían en las riberas del río Wawashán.

⁸ Los primeros misioneros que arribaron a la Costa Atlántica, treinta años después de la visita de Roberts, fueron los pastores Moravos de la congregación *Unitas Fratrum*.

Visita a Río Grande y a Prinzapolka

Siguiendo el litoral hacia el norte, Roberts arribó a la desembocadura del Río Grande (de Matagalpa) en busca de canoas que le permitieran agilizar sus exploraciones comerciales por toda aquella costa. No obstante la anchura y caudal, la boca del río se encontraba embarazada por una peligrosa barra: un extenso banco de arena apenas sumergido unos cuatro o cinco pies bajo el nivel del río.

El rey mosco había conferido el pomposo nombre de “gobernador” y “almirante” a dos influyentes indígenas locales, encargados de asegurar la sumisión de la población al mandato del soberano. El “gobernador” vivía en una localidad de veinte chozas, situada como a ocho millas de la desembocadura, (obviamente Karawala), donde daban comienzo ciertas sabanas cubiertas de hierbas ásperas y de pinos.

Roberts comenta:

“Las praderas de pinos de la Costa Mosquita situadas cerca del mar son arenosas y estériles, como consecuencia, los habitantes del litoral se ven obligados a sembrar sus provisiones y plátanos en las riberas de los ríos, bastante lejos de la costa, siendo la yuca la única excepción, pues se da bien en suelo arenoso y por tanto puede sembrarse cerca de las villas junto al mar”.

El “gobernador” Drummer recibió con beneplácito el obsequio de unos cuantos galones de ron que el inglés le dio a cambio de tres canoas y algo de carey. También le cedió por veinte libras a un indio Ulwa siete años, que Roberts necesitaba para utilizarlo como intérprete en las transacciones comerciales con las tribus del interior. Bajo el mandato del rey mosco solía Drummer hacer incursiones a los territorios del interior para sorprender a familias errantes de indios Ulwas, Kukras y Twahkas, a quienes capturaba y vendía como esclavos. En una ocasión interceptó a un criollo español que viajaba en una canoa con su mujer embarazada y dos hijos. El español escapó al nado, quedando el resto de la familia cautivo. El “gobernador” los vendió a Ellis, quien asistió a la mujer durante el parto y la restituyó con sus niños al seno de la familia de donde procedía. “Dichosamente —señala Roberts— la influencia de los jefes Mosquitos está en decadencia y estos ultrajes tienden a desaparecer con el tiempo”.

El “almirante” Dalbis acompañó a Roberts en su viaje al río Prinzapolka, donde fueron recibidos por el “capitán” Tarra. Aunque el río era imponente, la entrada estaba obstaculizada por una barra arenosa. Los Misquitos del lugar, a diferencia de los que vivían en el sitio precedente, habían entrado en contacto pacífico con los indios Ulwas y Tunglas del

interior, obteniendo de ellos canoas, *dories* y pipantes, algunos hasta de treinta pies de largo y seis de ancho, tallados de un solo tronco de cedros o caobas que crecían en las riberas del río.⁹

Los indios Sumus excavaban la canoa por comisión; el interesado les proporcionaba hachas y azuelas y un mecate anudado con la dimensión requerida en la fabricación. También les hacía entrega de un cordón de cabuya, con tantos nudos como días eran requeridos para completar el trabajo, nudos que el tallador iba soltando cada día hasta la fecha convenida para la entrega de la canoa.¹⁰

Una invitación muy especial

Obligado por la competencia de otros traficantes, Roberts decidió continuar hasta Cabo Gracias a Dios para hacer una visita al propio rey mosco y obtener su apoyo. En Prinzapolka se unió a la comitiva del “almirante” Earnee, un negro sin gota de sangre india, descendiente de los Zambos que en el siglo XVII habían naufragado frente a la Costa. Earnee había arribado como “embajador”, después de coleccionar el tributo del rey costa abajo, hasta Bocas del Toro, el cual consistía en concha de cairey principalmente.

Las canoas se echaron al mar, pero como el viento arreciaba parte de la tripulación se vio obligada a desembarcar y continuar el viaje por tierra hasta la laguna de Tongula (Wounta), donde arribaron después las canoas con el resto de los viajeros. Roberts, con algunos de la comitiva, decidió continuar a pie hasta alcanzar el río Wawa, que antes de desembocar en el mar se explaya formando la hermosa laguna del mismo nombre (hoy Karatá). Las vegas aguas arriba estaban pobladas por indios Twahkas. Desde el risco de Bracman, (hoy Puerto Cabezas), el viajero inglés tuvo una visión abierta de la región misquita:

“[...] la cual, hasta donde alcanza la vista, está compuesta de sabanas cubiertas de hierba áspera y de pinos de madera excelente, como son las praderas de la Costa Mosquitia, salvo en los terrenos muy bajos que se inundan en la época de lluvias, cubiertos con una hierba áspera y fétida y de arbustos propios de las regiones pantanosas”.

En estas sabanas abundaba el venado; se le veía rastrear junto a la costa entre la luna menguante y la creciente, según observara Roberts. A la vista del ciervo los indígenas solían despojarse de la ropa, se arras-

⁹ El pipante fabricado para navegar por los ríos es una canoa alargada de casco redondo, mientras el dori tiene quilla y se le puede adaptar una vela para navegar en las lagunas costeras y en mar abierto.

¹⁰ Las cuerdas anudadas para computar el tiempo son llamadas por los Misquitos y Sumus *piu*, un sistema bastante similar a los *quipus* de los Incas.

traban a gatas hasta colocarse a unas cincuenta varas del animal para tenerlo a tiro de fusil. La práctica fue después adoptada por el traficante inglés cada vez que necesitaba carne de venado.

Más adelante arribó la comitiva a la laguna de Para (Páhara) y a la villa de Tuapí residencia del “gobernador”, uno de los tres jefes que mandaban en la región como delegados del rey. El viaje continuó por mar hasta alcanzar Sandy Bay, la villa de indios Misquitos donde el rey residía durante cierta parte del año. El almirante Earnee fue recibido con honores, izándose el pendón inglés.

De un momento a otro se esperaba el arribo del rey; los pobladores estaban dedicados a reunir piñas, plátanos, bananos y yuca para hacer una solemne “bebeata” con motivo de la visita real. Para tales ocasiones los indígenas preparaban una intoxicante bebida con féculas fermentadas, que los Misquitos llamaban *mishlaw*. Su elaboración era tan asquerosa que de no ser por el deseo de “[...] explicar las costumbres de todas estas tribus y demostrar cuán distantes están de ser civilizadas, la omitiría sin dejar mención de ella”, comentaba el inglés. Para prepararla, las indias cocían yuca y la pelaban; una vez enfriada era masticada por un grupo de mujeres, jóvenes y viejas “chintanas”, hasta reducirla a la consistencia de pasta. Luego escupían en una gran canoa la masa ensalivada, junto con maíz cocido, igualmente masticado. Llenaban aquel recipiente con agua, revolviéndola con una pala hasta que en pocas horas la masa se encontraba “[...] en completo y abominable estado de fermentación”. Roberts explica:

“El Almirante me aseguró que la saliva es la causa principal de la fermentación y que si todo hubiera sido machacado y preparado con sólo agua, el licor se habría agriado demasiado antes de la fermentación. Además, la bebida era más apreciada según la edad y estado de salud de los masticadores; opinaba que el licor que íbamos a probar sería tolerable porque en su preparación habían intervenido pocas mujeres de edad avanzada y que pronto estaríamos embriagados”.

La Casa del Rey estaba equipada con bancas, mesas, platos, ollas, vasos, cuchillos, tenedores y otros utensilios propios de las naciones civilizadas, con hamacas para el descanso de los invitados. Los ancianos y hombres principales de Duckwarra (Dákura) y Wano Sound (Bismuna), habían sido convidados a Sandy Bay para recibir al soberano.

Encuentro con un reyzeulo amigo de Baco

Al día siguiente, al ruido de tambores, llegó el rey George August Frederick (George III); arribó en una gran canoa con diez acompañantes,

escortado por otros tantos que le seguían en dos botes. En el desembarcadero estuvieron a recibirlo el “almirante” Earnee y el “general” Blyatt, ambos uniformados con charreteras de oro. “*How are you, King*” y un apretón de manos fue todo el saludo protocolario. Roberts adelantó la siguiente descripción del rey mosco:

“Era un joven como de 24 años, de piel bronceada, cabellos largos y rizados que formaban bucles alrededor de su rostro; sus pies y manos eran pequeños, ojos oscuros y expresivos y dientes muy blancos. Presentaba una figura atractiva y apuesta, y su aspecto denotaba más agilidad que fuerza. En otros aspectos, al irlo conociendo más, me dí cuenta de que era un desenfadado como los venados de las praderas de su tierra”.

A principios del siglo XIX, el padre del rey (George II) murió asesinado por su carácter cruel y vengativo, dejando a sus dos hijos de tierna edad. Un comerciante de la bahía de Honduras se apoderó de ellos y los mandó a Jamaica para que se educasen “a la usanza inglesa”, mientras ejercían la regencia tres jefes principales que se dividieron geográficamente el territorio misquito. Roberts se lamentaba que George Frederick no obtuviera en Jamaica la educación apropiada al cargo que le esperaba, pues “[...] aprendió muy pocas cosas verdaderamente útiles y más bien combinó las malas cualidades de los Europeos y los Criollos con los vicios de los Zambos y el mal carácter de los Indios”.

Una vez completada su “educación”, viajó el futuro soberano a Belice donde fue coronado como “*Rey de la Costa y Nación Misquita*”. Regresó al país, donde se sintió como un extraño impotente. Nunca tomó en serio su papel de monarca, prefiriendo la vida licenciosa y emborracharse a menudo con sus cortesanos.

El reyezuelo no parecía interesarse más que por el ron y las mujeres, por lo cual era descuidado en el manejo del reino, tomando decisiones con extrema ligereza, siendo a menudo embaucado por los comerciantes jamaquinos que lo halagaban con damajuanas de ron. Sus oficiales se quejaban y añoraban los tiempos del superintendente Hodgson, “[...] cuando se podían vestir y vivir al verdadero estilo de un inglés”.

Después de una reunión para tratar “asuntos de estado”, en la que George Frederick no hizo más esfuerzo que el de sancionar ciertas medidas que le presentaron para que fuesen obedecidas por sus súbditos al pie de la letra como “órdenes del propio Rey”, comenzó el festejo. Cada quien, incluyendo el soberano, se entregó a los placeres de Baco hasta más no poder. Durante la celebración el rey invitó a Roberts a danzar con ciertas mujeres al compás del tambor y de una flauta de bambú. Los bailarines ejecutaron una cierta clase de minué, avanzando y retrocediendo entre gestos grotescos. La algarabía fue contagiosa y al poco rato la en-

tera concurrencia se confundía en una sola masa, bailando a campo raso.

La festividad continuó por tres días hasta que se evaporó el último aroma del licor. No obstante que todos los Misquitos quedaron beodos, no se presentó ningún altercado entre los convidados a la real orgía.

Repuesto de los efectos de la fiesta el rey pidió a Roberts formara parte de una embajada para ganar la amistad de un importante misquito de nombre Clementi, cuyo hermano el famoso Bretón, gobernador de Tuapí, había sido asesinado algunos años atrás bajo el pretexto de coquetear con los españoles. Como credencial de las embajadas el rey otorgaba a quienes las confería alguna muestra o sello personal: un bastón, un sable, una condecoración; en fin cualquier distintivo que se supiese procedía de la mano del soberano, pero nunca un documento firmado porque aquel rey bufo no sabía escribir.

Marchó Roberts con una comitiva en busca de Clementi quien, según se infiere de la narración, parece tenía sus dominios entre el río Wawa y las lomas de Maniwatla. Roberts da a entender que a diferencia de los monarcas zambos, este jefe misquito exhibía una digna apariencia y finos modales. Mostraba gran capacidad de mando y ostentaba un rico atavío español, con bastón de empuñadura de oro como los corregidores de las provincias españolas, todo el atuendo heredado de su difunto hermano.

El líder recibió con beneplácito la propuesta de amistad del rey, no sin antes exigir que su orgullo fuera restituido castigando a ciertos miembros de la comitiva por cuya presencia se sentía ofendido. En complacencia, fueron azotados unos cueros de toro, acto por el cual los ofensores se sintieron humillados y Clementi se dio por satisfecho de que se hiciera justicia a su reclamo. Como indio puro resentía, sin embargo, la influencia negra entre los zambos del litoral; de acuerdo con Roberts nunca aprobó la forma displicente con que el joven rey atendía sus obligaciones.

Una vez cumplida la misión de mediador Roberts regresó a Sandy Bay y pasó a El Cabo donde se encontraba el rey. El lugar acabó por decepcionar al inglés, pues salvo la Casa del Rey, donde permaneció como huésped, las demás eran unas pocas y pobres chozas.

La amistad de Roberts con George Frederick resultó muy beneficiosa. Juntos visitaron la costa norte de Honduras, de curiosa geografía, donde el inglés extendió sus contactos para incrementar el tráfico que venía estableciendo por toda la costa caribe de América Central. Segura-

mente el comerciante se aprovechó también de la falta de entereza y la vida disipada de su nuevo amigo el joven monarca.¹¹

Supersticiones observadas entre los Misquitos

En su interesante narración el viajero y comerciante Roberts se refiere a los modos y costumbres de los Misquitos, siguiendo la tradición de escribir sobre dichos temas al igual como lo hicieron anteriormente algunos corsarios y traficantes que visitaron la Costa. “No necesito decir —afirma el inglés— que sólo viviendo con la gente y mezclándose continuamente con ellos, en todas las épocas del año, se les puede conocer a fondo”.

Entre los hechos que más le llamaron la atención estaba la ausencia de prácticas religiosas en la tribu y del concepto de premio o castigo que espera a las personas después de la muerte, tan arraigado aun en las tribus menos civilizadas. Esto no significaba, sin embargo, que desecharan ciertas supersticiones sobre la existencia de los espíritus, a los que atribuían designios malévolos. Muchos Misquitos, incluyendo el propio rey, no se atrevían a salir solos durante la noche por miedo a las apariciones. Entre los seres temidos figuraba *Woolsaw* (Gualasá), un demonio que arruinaba las cosechas, ahuyentaba la pesca y traía desgracias, por lo cual era necesario recurrir al conjuro del *sookiah* (sukia) o brujo de la tribu. Las prácticas del *Obeah*, posiblemente de origen africano, eran brujerías de las que se esperaban resultados curativos para ciertas enfermedades.

El estado de un enfermo prohibía a cualquier persona pasar delante de la casa, supuestamente hechizada, donde estaba postrada la víctima, “[...] para no interceptar el viento y arrebatarle el aliento”. Las expresiones de dolor por la muerte de un pariente eran ritos de exagerado aspaviento y podían prolongarse por varios años. Roberts escribe al respecto:

“Más de una vez, a media noche, me despertaron los lamentos melancólicos de una mujer que lloraba la muerte de un ser querido y en medio de sus reclamos enumeraba las virtudes, verdaderas o imaginarias, del difunto. Al escucharlos, otras mujeres comenzaron a lamentarse; es en vano pensar que pude dormir por el resto de la noche, pues las plañideras continuaron con su lloriqueo hasta el amanecer”.

Las tumbas se excavaban en una parte prominente de la sabana. Sobre ellas se erigía un rancho donde los deudos dejaban varias ollas de ba-

¹¹ No es raro que, al octavo año de su reinado, la vida de George Frederick haya terminado de la misma forma violenta como concluyó la de su padre.

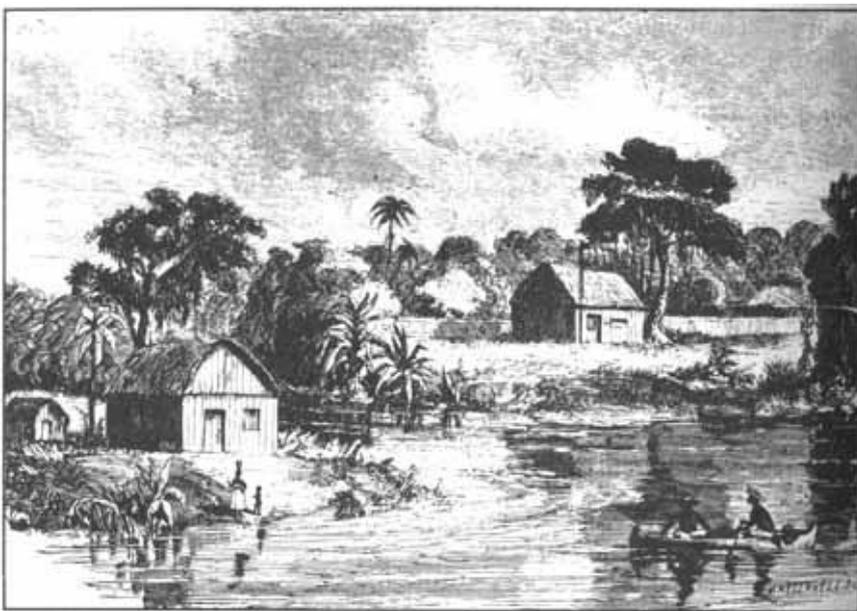


Figura 63.- Establecimiento de traficantes en la Costa Atlántica. (Squier).

ro con agua, frutas y otras provisiones al gusto del difunto, práctica que se consideraba como un deber sagrado por muchos meses y a veces años.¹²

Entre las festividades observadas por los Misquitos estaba la Navidad, de clara influencia inglesa, durante la cual el rey era agasajado con regalos. El monarca correspondía liberalmente con copiosa dispensa de ron entre los invitados y demás súbditos que llegaban a la corte con motivo de la celebración.

Capturado por los españoles

En junio de 1820 regresó Orlando Roberts al puerto de San Juan del Norte. Conducía una pequeña embarcación con productos de comercio, asistido por unos cuantos Misquitos.¹³

Roberts escribe:

“Yo sabía que los españoles aprovechaban cuanta oportunidad se les ofrecía para comprar ciertos productos secos a los indios que hacen el recorrido por la costa, y que los

¹² La costumbre de adornar con comida la tumba de los Misquitos fue descrita originalmente por fray Francisco Vázquez al relatar la muerte de los franciscanos en la Taguzgalpa a principios del siglo XVII.

¹³ En la traducción española de la obra de Roberts, (publicada por el FPCBA), se menciona erróneamente que el viaje de éste al interior de Nicaragua tuvo lugar en 1802. En realidad lo fue en 1820 cuando era gobernador Miguel González Saravia.



Figura 64.- Un bongo navegando en el río San Juan. (Squier).

comandantes de San Juan, El Castillo y San Carlos no solamente se hacen los de la vista gorda en lo que se refiere a estos contrabandos, sino que también compran, pagando el precio en oro o en dólares”.

Su arribo al puerto no pudo haber sido ser menos oportuno, porque al poco rato entró en la bahía un bergantín de guerra izando los colores de Buenos Aires, en una época cuando tomaban fuerza los movimientos separatistas.¹⁴

Pocos años antes de la llegada de Roberts un corsario independentista de Cartagena había enviado tres botes armados por el ramal de Colorado y cogido de sorpresa a la guarnición del puerto por la retaguardia, ataque que obligó a las autoridades españolas a fortificar el sitio con cañones.

Desde luego, las autoridades del puerto asumieron que Roberts era un espía de avanzada. No obstante que el comerciante ofreció sus servicios para reparar los cañones de la pequeña fortaleza y contribuyó a rechazar a la nave intrusa, fue detenido y hecho prisionero como implicado en la acción.

¹⁴ A raíz de la independencia de las Provincias Unidas del Río de La Plata la flota nacionalista de Buenos Aires fue destacada al Caribe para hostigar a los españoles y alejar su atención de aquellas Provincias.

Condenado a muerte, fue llevado frente al pelotón de fusilamiento en el preciso momento que hacía su arribo al puerto el nuevo comandante. La sentencia quedó suspendida y se decidió enviar al prisionero, junto con los indios que lo asistían, al interior del país para que compareciera ante las autoridades superiores que juzgarían sobre su caso.

Los prisioneros fueron embarcados en uno de los tres *bongos*, bajo el mando de un capitán o *patrón*, con órdenes de llevarlos a Granada por la ruta del río y del lago. Los bongos eran unos largos botes excavados de un solo tronco de caoba o cedro, de cuarenta pies de largo, sin quilla, provistos de toldo de cuero, con popa cuadrada. Cada bote podía cargar unas 16 toneladas y era impulsado por diez pares de remos, siendo los remeros indios bravos y robustos. Estos acostumbraban remar todo el día completamente desnudos, recibiendo en forma alternada sobre aquella corteza renegrida que llamaban piel los candentes rayos del sol o las refrescantes ráfagas de la lluvia. Por la noche encendían una hoguera para cocinar y se echaban a dormir en la ribera del río. Al rayar el alba volvían a tomar los remos, no sin antes haber dicho sus plegarias y entonado un canto a la Virgen, lo cual “[...] surtía un efecto impresionante dada la hora en que estábamos y la quietud y soledad del río”, comentaba el prisionero.

Un regular comercio se verificaba por el río con goletas que iban a Portobelo y La Habana, o volvían de esos puertos con destino a Granada. En las riberas abundaban los manatíes que se alimentaban de las hierbas que crecían en las orillas bajas y arenosas. Según la narración, las orillas del río lucían deshabitadas, incluyendo tres chozas cerca de la confluencia del Sarapiquí donde se veían abandonados algunos plantíos de banano, plátano y yuca.

La navegación aguas arriba continuó por los siguientes días sin mucho que describir. La anchura del río disminuía pero la profundidad se incrementaba en la medida que avanzaba el bongo. Por todos lados la selva parecía comprimir el curso de las aguas.

La fortaleza de Nelson y la guarnición de San Carlos

Al octavo día de navegación en contra de la corriente los bongos arribaron a El Castillo. Los remeros necesitaron más de una hora para poder arrastrar los botes descargados arriba de los raudales. Roberts advirtió que las rocas eran obstáculos suficientes para impedir la libre navegación de embarcaciones grandes con destino al lago de Nicaragua.

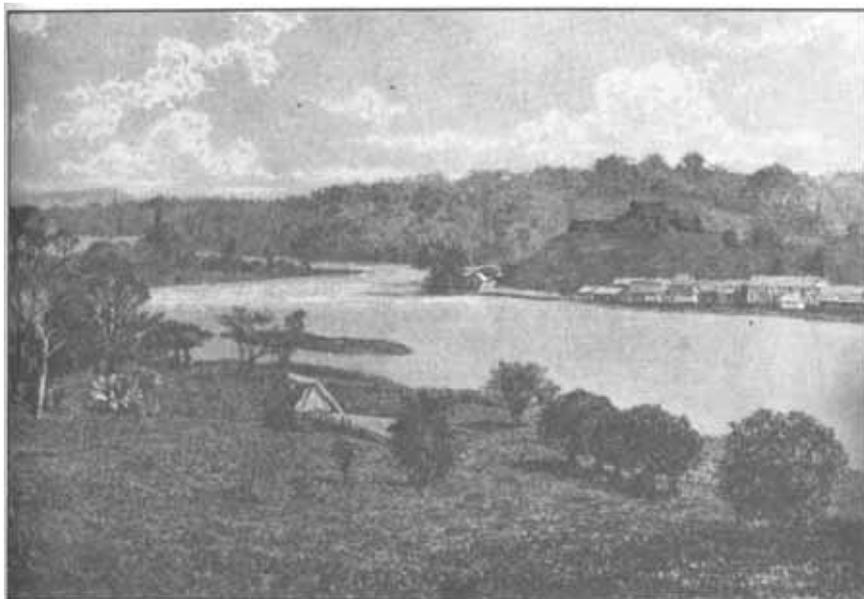


Figura 65.- Recodo del río San Juan junto a El Castillo.
(Menocal-Comisión Canalera).

El castillo “[...] era una vieja construcción con aspecto de fortaleza” donde fue encerrado el prisionero inglés. Supo entonces que era la misma guarnición atacada cuarenta años atrás por el almirante Nelson. No obstante su condición de prisionero, tenía derecho a un paseo escoltado y hasta llegó a recibir invitación para comer en compañía de los oficiales del fuerte. Roberts alentó la posibilidad de ser liberado y recuperar sus bienes confiscados en San Juan del Norte. Aunque las autoridades españolas a cargo del fuerte lo consideraban un “contrabandista”, más les interesaba saber si el prisionero estaba ligado al partido de los *independentistas*, según sospechaban.

Después de tres días en la fortaleza fue ordenado su traslado a la guarnición de San Carlos, la cual controlaba la entrada del lago: el *Gibraltar de Nicaragua* como la bautizó elegantemente Roberts, pero que en realidad era una especie de prisión donde pagaban condenas los desterrados políticos y los bandidos inaguantables de los peores calabozos del país.

En San Carlos acudieron a recibirlo el comandante, un guardia y una muchedumbre de curiosos interesados en conocer “al espía de los Independientes y sus Indios Bravos”. No obstante el encierro en la fortaleza, el gobernador de San Carlos le envió cena de su propia mesa, con una botella de vino y un poco de aguardiente. La esposa de éste, por su parte,

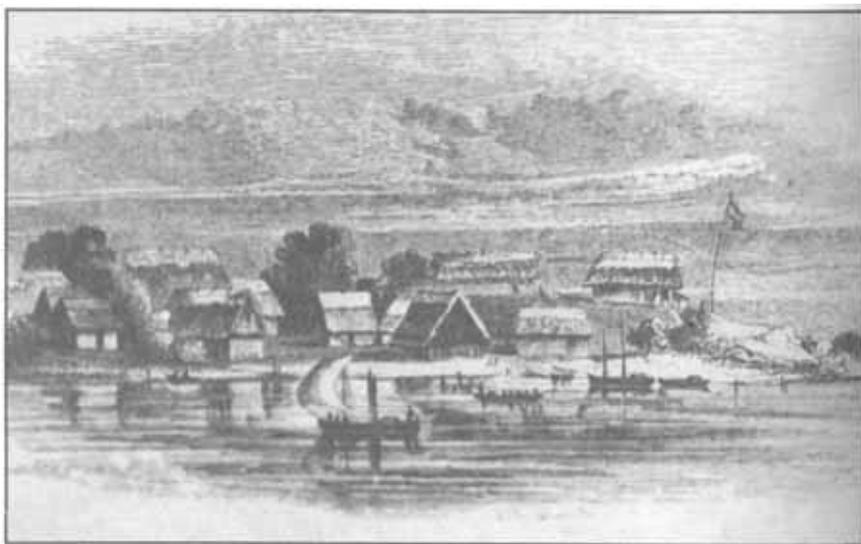


Figura 66.- Puerto lacustre de San Carlos, a mediados del siglo XIX. (Squier).

le hizo llegar una almohada y frazadas. Mientras tanto, el comandante revisaba los papeles del prisionero, entre los que encontró unos folletos religiosos y una biblia, impresos que sospechó ser de naturaleza política, pues no había quien leyera inglés en el poblado.

San Carlos tenía en aquel tiempo unas 150 viviendas de nítido aspecto y techos de palma, siendo de tejas la casa del comandante y la guarnición únicamente. Vecinos y soldados sumaban unas setecientas personas según estimación de Roberts, quien también observó que la posición del lugar era estratégica para la defensa de las poblaciones de “[...] Granada, Trinidad, San Miguel, San Felipe, Masaya, Managua, Mateare, Pueblo Nuevo y la Ciudad de León”. La fortaleza, rodeada de un foso y con puente levadizo, estaba situada en una altura que dominaba el lago y la salida del río, con vista a varias islas que rompían con su belleza el espejo del gran lago.¹⁵

Después de examinar al prisionero, tratando de auscultar sus ideas políticas sin conseguirlo, el gobernador decidió remitirlo a Granada, reteniendo a los indios que lo acompañaban y asegurando buen trato para ellos. La esposa e hija del funcionario alistaron las mejores provisiones para el preso y ofrecieron encomendarlo a la Virgen y a todos los santos del cielo.

¹⁵ La fortaleza de San Carlos fue construida a raíz de la invasión de los ingleses al río San Juan en 1780. En la actualidad sólo quedan de ella algunos muros derruidos y uno que otro oxidado cañón.

Roberts fue embarcado al día siguiente para cruzar el lago rumbo a Granada. El espejo de agua era de una placidez indescriptible —según la narración— si bien a mediodía se rompió bajo furiosa tormenta. El curso que siguieron se puede adivinar por las descripciones que el prisionero ofreció de la travesía. Con toda seguridad arribaron a una isla frente a San Miguelito, en cuyos alrededores pudo contemplar extensas sabanas y colinas donde pastaba multitud de ganados. No pasó inadvertida Ometepe, “[...] una isla de sorprendente belleza que parecía ser de origen volcánico; cubierta de frondosa vegetación con una extensión que puede calcularse en siete u ocho millas”, según estimaba el marino.

En Granada y de paso por Masaya y Managua

Arribaron a la playa de Granada al anochecer del segundo día. No había muelle donde atracar, salvo una pequeña y ruinosa fortaleza junto a la costa. La carga fue llevada en canoas, en mulas y en hombros hasta la tierra seca. El camino que conducía a la ciudad pasaba por un monasterio y dos iglesias. El prisionero fue escoltado hasta el zaguán de la casa del gobernador, en cuyo interior había un rótulo que rezaba: “*Viva Fernando Séptimo, el Libertador Adorable de Europa*”.

El prisionero inglés fue interrogado por el gobernador local, (Crisanto Sacasa), por varios oficiales, sacerdotes y un traductor que más bien interpretó mal la declaración del detenido, acusándolo de ser espía de los *independentistas*. Luego se le condujo a un calabozo cuya incomodidad y calor fueron compensados con buena comida, incluyendo la infaltable botella de vino y un café caliente servido en recipiente de plata, con servilleta blanca, enviada por la madre del gobernador. La prisión era continuamente visitada por una ola de curiosos, ansiosa de conocer al insurgente, al espía, al pirata o al hereje, según las diversas versiones que sobre el prisionero corrían entre la plebe entrometida.

Tras un segundo interrogatorio, donde el obcecado intérprete insistió en acusarlo como espía, el indeciso jefe de Granada resolvió enviarlo a León, donde residía Don Miguel (González) Saravia, Gobernador de Nicaragua, para su ulterior veredicto.

Dicho sea al respecto que en ese tiempo eran claramente manifiestas las intenciones de los criollos a favor de la independencia de las provincias centroamericanas del yugo español. En 1811 se produjo en León la primera rebelión de los separatistas contra la autoridad de los peninsulares, siguiendo el ejemplo del cura Hidalgo en México. La independencia de las cinco provincias de América Central fue proclamada en Guatemala el 15 de setiembre de 1821.

La escolta que condujo a Roberts tierra adentro la componían unos negros originarios de la isla de Santo Domingo; hablaban francés y observaron la mayor cortesía para con el prisionero.¹⁶

Cabalgando por el camino observó el inglés campos bien cultivados con maíz, plátanos y bananos. Al llegar a Masaya se sintió seriamente indispuesto para continuar el camino. El comandante de plaza, padre del gobernador de Granada, ordenó un alto y le envió una buena cena; además le obsequió tres vestidos con la dedicatoria “para el inglés enfermo”.

Al día siguiente la caravana continuó rumbo a Managua, pasando junto a la piedra quemada del volcán Masaya. Roberts desmontó para examinar la naturaleza de aquella extraña superficie.

Una vez en Managua la escolta se dirigió a la casa del alcalde. El zaguán pronto se llenó de curiosos, entre criticones y compasivos, deseosos de echar un vistazo al *Independiente*. Para felicidad del rehén vino al rescate el caritativo padre Policarpo Irigoyen, quien lo llevó a la casa cural, le sirvió excelente almuerzo y hasta brindó una hamaca para que el prisionero hiciese la tradicional siesta.

Prosiguiendo con el viaje los montados dejaron atrás varios campos cultivados de maíz y coco, teniendo a la vista el lago de León (hoy de Managua), con bongos que surcaban entre sus aguas. Roberts añade la siguiente nota curiosa al respecto: “A pocas millas de la costa se presenta un alto cono que es una Isla llamada Momotombo, la cual mis compañeros me aseguraron era un volcán que había hecho erupción, y que ocasionalmente presentaba períodos de actividad”.¹⁷

En relación a la geografía volcánica de Nicaragua, entonces bastante desconocida en Europa, Roberts se refiere a la duda de Humboldt sobre la existencia de una cordillera ininterrumpida a través de Nicaragua, que supuestamente obstaculizaba el tránsito entre el mar Caribe y el Pacífico. El autor inglés aclara al sabio alemán que la cadena volcánica tiene un portillo entre el lago de Nicaragua y el golfo de Papagayo (Bahía de Salinas) y que luego volvía a levantarse hasta las inmediaciones de León.¹⁸

¹⁶ La presencia de “negros realistas franceses” en Nicaragua data de 1792 cuando un cierto número de ellos escaparon de la isla de Santo Domingo y fueron ubicados en Mateare.

¹⁷ El volcán, situado en una península y no en una isla, había hecho erupción el 21 de octubre de 1798, precedida por temblores. Las cenizas cayeron en los alrededores y contaminaron las aguas de los riachuelos, destruyendo el pasto y causando graves daños en los plantíos de maíz y algodón. El fenómeno fue reportado en la Gaceta de Guatemala del 12 de noviembre de 1798.

¹⁸ Sobre las deducciones de Humboldt al respecto, ver Capítulo XVII de esta misma obra.

Arribo a la sede de la gobernación

Pasaron los viajeros por Nagarote y arribaron a Pueblo Nuevo, (La Paz Centro), donde descansaron por la noche atendidos por el alcalde. Los habitantes del lugar eran indios que cultivaban maíz y cacao. A la mañana siguiente continuó la cabalgata rumbo a León, pasando por algunas fincas de ganado donde también se criaban venados, hasta llegar al mediodía a las inmediaciones de la ciudad, sede del gobierno de la provincia. León se localizaba en medio de una llanura, aparentemente perdida entre extensos pajonales donde pastaba buena cantidad de ganado vacuno y caballar. La primera impresión que tuvo Roberts de la metrópolis fue la de una hermosa ciudad dotada de gran catedral y rodeada por bellos jardines.

El Gobernador Saravia, un perfecto caballero que hablaba el inglés, leyó los papeles confiscados al prisionero. Se percató al momento de la injusticia cometida y después de interrogarlo sobre los movimientos de los *independentistas* en la costa del Caribe quedó convencido de la inocencia del detenido, ordenando su libertad de inmediato y hospedándolo en la sala de oficiales del cuartel general.

Durante la corta estadía en la ciudad Roberts no perdió tiempo para hacer amistad con un comerciante alemán muy próspero. En la espaciosa casa de éste encontró almacenada gran cantidad de cacao, índigo, zarzaparrilla, conchas de tortuga y madreperlas traídas de los golfos de Nicoya y Fonseca. Algunos empleados estaban ocupados con una caravana de ochenta mulas cargadas de cacao procedente de Masaya.

León contaba entonces con trescientas casas de adobe encalado y catorce mil habitantes aproximadamente. En tamaño era la segunda ciudad de la Capitanía General de Guatemala. Además de la impresionante catedral tenía ocho iglesias y varios conventos. Sus mercados abundaban con carnes de res y cerdo, aves, pescados y todas las legumbres que crecían en los alrededores. Sobre la vida fácil de los leoneses Roberts ofrece el siguiente resumen:

“Las personas que yo conocí acostumbraban tomar una taza del delicioso chocolate caliente al levantarse, o café fuerte con dos rebanadas de pan. A las ocho desayunan carne de pescado o de ave, torta de huevo, tortilla y pan de excelente calidad. A medio día toman sopa de carne con verdura y luego una taza de café fuerte. Luego del almuerzo viene la Siesta, que consiste en dormir un rato, interrumpiendo toda actividad y quedando todo tranquilo como si fuese medianoche. A eso de las nueve se sirve la cena. Las principales ocupaciones parecen ser comer, fumar y dormir. Las personas más importantes fuman tabaco que es un producto muy estimado en el país”.

Antes de partir, el gobernador entregó a Roberts dos doblones; el comerciante alemán le obsequió también dinero y ropa. Regresó con los mismos soldados que lo habían escoltado hasta León, pero esta vez como hombre libre.

De regreso a la mercante Granada

Al arribar a Granada el traficante inglés tuvo que esperar algunos días más por el próximo bongo con destino al río San Juan. Esta vez pudo comprobar que la población, formada por españoles, criollos, mestizos e indios, era menor que la de León. La ciudad estaba bien construida, con calles empedradas y aceras altas, de casas hermosas y cómodas; las viviendas dotadas con mecedoras que ponían muy en alto el arte de los ebanistas, pero los granadinos gustaban recostarse en hamacas para conversar. Preferían la tortilla nativa al pan que se hacía con harina importada de Guatemala. Roberts dedicó a la torta de maíz un interesante párrafo para ilustrar al lector inglés sobre el método de su elaboración.

El comercio estaba en manos de los españoles, pero los negocios al menudeo eran ejercidos por criollos en los fines de semana y días festivos. Con buen ojo mercantil Roberts señala que la gente de la alta alcurnia no desperdiciaba la oportunidad para inflar la bolsa con la venta de artículos poco elegantes. La esposa de Don Crisanto vendía personalmente el queso, la crema y la leche que le traían de su hacienda. El mismo gobernador negociaba cacao e índigo sin conflicto con los deberes de su alto cargo, además de actuar como Jefe de Aduanas, Hacienda y Recolección de Impuestos. No obstante el mercantilismo granadino, la población era muy devota. Durante la estadía de Roberts se produjo un temblor de tierra. La gente corrió espantada a las iglesias para encender velas y sacar en procesión a cuanto crucifijo, estampa o imagen pudieron echar a mano. Pronto la plaza se vio cundida de penitentes implorando el *Miserere* y otras plegarias.

No habiendo conseguido cupo en el bongo del gobierno, tuvo el inglés que esperar una semana más para tomar pasaje en otro bote que llevaba tabaco, licores y comestibles con destino a San Carlos. La primera noche en el lago la pasó en las Isletas: “[...] bello archipiélago de isletas, rocosas algunas, cubiertas de frondosa vegetación otras, habitadas algunas por indios que cultivaban maíz y frutales y todas rodeadas de profundas y cristalinas aguas”.

Después de seis días de navegación lacustre llegó a San Carlos, donde se reunió con sus indios acompañantes. Las autoridades locales ha-

bían tratado de sobornarlos para que declarasen al inglés como espía del partido independiente de los Patriotas y los habían encerrado en la fortaleza al no conseguir doblegar su fidelidad para con el amo. Pocos días después salieron los liberados de regreso a San Juan del Norte, habiendo recuperado Roberts alguna mercancía, incluyendo ciertos mosquetes que logró vender en el mismo San Carlos a sus anteriores guardianes.

Conclusiones a raíz del viaje

El inesperado incidente y forzado viaje al interior de Nicaragua habían significado tres meses de pérdidas para Roberts. No obstante las inconveniencias, el traficante inglés obtuvo un conocimiento estratégico sobre el estado de la provincia de Nicaragua en la víspera de su independencia de España. La información, cuando se publicó en Londres en 1827, seguramente resultó muy valiosa en los planes de Inglaterra para volver a ocupar la Costa Mosquitia, aprovechando las rebeliones intestinas en las colonias españolas de América. Declaraba el ex-prisionero que la población nativa de Centroamérica, que casi llegaba entonces al millón, podría causar graves perjuicios al gobierno si lograba juntarse bajo un líder, y que los indios eran hostiles para con sus opresores españoles.

En Inglaterra gozó Roberts de una reputación envidiable. Había viajado por las dos Nicaguas: conocido los establecimientos, habitantes y producciones de la vertiente del Caribe y los aspectos correspondientes en el lado del Pacífico. El más valioso conocimiento que adquirió durante su cautiverio fue sin lugar a dudas la navegación en el río San Juan, del lago de Nicaragua, y la posibilidad que ambos ofrecían para una comunicación interoceánica.

Roberts incorporó en su libro el primer mapa detallado de Nicaragua que se conoce. Data de 1825. Muestra solamente la parte sur del país y la norte de la presente Costa Rica, con muchos rasgos dibujados burdamente, como son los lagos de Nicaragua y costas erizadas en ambos mares.

La carta presenta una larga cordillera sin interrupción, nombrada por el marino inglés como "*Barrera entre los Hispanoamericanos y los Indios*", entendiéndose por los primeros los colonos de la parte del Pacífico y los segundos los indígenas de la Costa Atlántica. A lo largo de la costa de Chontales escribió otra anotación igualmente larga: "Sabanas con numerosas Haciendas & Hordas de Ganado". Dibujó lagos salados (posiblemente salinas) sobre la costa del Pacífico. A la ciudad de León la ubi-

có en el extremo de lago de su nombre (hoy lago de Managua), no lejos del volcán de León, obviamente el Momotombo. *Mama Tombo*, en cambio, es el nombre de una isla frente a Mateare. El supuesto volcán de Tosta (distinto al Telica) está marcado en las inmediaciones de León. A lo largo de la costa suroeste del lago de Nicaragua dibuja una cadena de islas: *Las Islitas, Choemilt, Tenamilt, Zapatero, Ometepe, Madera, Sonate y Solentiname*.

El mapa de Roberts presenta numerosos nombres entre cabos y “cajos” sobre el litoral del Caribe, que el marino recorrió en toda su longitud cuando visitó al rey mosco. El río Escondido o Bluefields es trazado largamente hacia el interior del país, ubicando su cabecera no lejos del volcán Telica. La posición de Bluefields simplemente aparece señalada como uno de los dos *English Settlements* (Asentamientos Ingleses), junto a la laguna, pues aún no conformaba una población propiamente dicha. Como un detalle curioso Roberts ubica la localidad de *Tiguzigalpas*, en las cabeceras del río *Ramas* (hoy Punta Gorda), copiándola posiblemente de mapas españoles del siglo XVII que ubicaron burdamente en ese lugar a la legendaria provincia de Taguzgalpa.

Como siempre sucedía, los habitantes de la región bajo el dominio español conocían muy poco la geografía sobre la que vivían, de sus recursos y potenciales. Roberts refuta las cifras exageradas que el historiador guatemalteco Domingo Juarros presentó como dimensiones del lago de Nicaragua. “Mis compañeros —dice el inglés refiriéndose a los que lo escoltaron a través del lago— mencionaron los nombres de varios riachuelos, pero no conocían ningún río que fuera de verdadera importancia y que desembocara en el lago”. Era la esperanza del inglés conocer de alguna corriente de la cuenca lacustre que comunicara con el río Escondido, para asegurar una ruta navegable entre el Caribe y el lago de Nicaragua. Ello facilitaría el intercambio comercial entre los habitantes de Granada y León y los indígenas de la Costa Mosquitia.¹⁹

También Roberts desmintió una supuesta información que circulaba en Inglaterra sobre la profundidad del río San Juan, de la cual se aseguraba podía admitir una embarcación “[...] capaz de desplazar un volumen de veinticinco pies”. En Londres se desconocía la inconveniencia de los varios raudales que como los de El Castillo resultaban muy trabajosos de remontar, aun para los livianos bongos. Se ignoraba también sobre el carácter indolente de los indígenas, indispuestos a empeñar el más

¹⁹ En la década de 1860, con igual propósito, el capitán inglés Bedford Pim presentó al gobierno de Nicaragua un proyecto para comunicar Monkey Point con el puerto lacustre de San Miguelito, ruta que fue también considerada por el presidente José Santos Zelaya para unir ambos puntos por medio del ferrocarril.

mínimo esfuerzo en cualquier tipo de obra, con mayor razón en aquella que se emprendiese para la canalización de la ruta.

La navegación por el lago en cambio no ofrecía problemas, ya que éste poseía la suficiente profundidad para el tránsito de vapores. También no sería gran cosa abrir un canal entre el lago y el golfo de Papagayo, pues el terreno entre ambos no era elevado ni la distancia grande, según estimaba Roberts.

Como beneficio secundario en la realización de la magna obra señalaba Roberts que los empresarios dispondrían de abundante madera extraída de los bosques que rodeaban la ruta. Ponia como ejemplo unas 300 toneladas de palo de Brasil que había visto abandonadas en San Carlos, por no haber encontrado el leñador cómo transportarlas. También supo de fabulosas minas de oro, a uno y otro lado del San Juan, cuya explotación podría contribuir a sufragar los gastos de la canalización del río. El manejo del futuro canal, según otro de sus pareceres, debería ser objeto de la cooperación de varias naciones poderosas, sin que su control recaese en una sola de ellas. Concluye Orlando Roberts:

“Yo concibo humildemente que, para asegurar al mundo todas las ventajas que tendría la comunicación de barcos en gran escala, la faena sólo se puede realizar bajo la sanción de todos los poderes marítimos, y que para evitar las envidias y las interpretaciones, debe ponerse bajo el control de un país inferior cuya independencia esté garantizada por el poderío unido de Europa y América. Sin una protección similar contra los intereses de las naciones, y la errada política que podría ser adoptada por una sola nación que tuviera este canal bajo su control, la navegación estaría sujeta a constantes interrupciones y los grandes beneficios que se deberían derivar de él no serían aprovechados”.

A casi dos siglos del viaje de Roberts, la apertura de un canal interoceánico, la canalización simple del río San Juan, y aun la navegación mercante en el lago de Nicaragua, siguen siendo un sueño en el país que dio las espaldas a su mejor dote geográfica.

El extraño curso de Thomas Strangeways

Thomas Strangeways fue otro de esos comerciantes ingleses que aparentemente anduvo recorriendo la Costa de la Mosquitia y escribió sus impresiones en un libro publicado en Edimburgh en 1822. Vivió por un tiempo entre los indios Payas de Honduras, buscando un lugar adecuado para fundar una colonia. Su amistad con los indígenas debió haber sido muy estrecha, ya que él mismo se consideraba como embajador, y hasta como el “rey” de la tribu. Buena parte de la información sobre la Costa Mosquitia la obtuvo de los capitanes Henderson y Wright y

de los escritos del historiador de las Indias Occidentales Bryam Edwards.²⁰

Es de sospechar que Strangeways no visitó en persona la costa de Nicaragua y que posiblemente el relato que de ella hizo es apócrifo, tomado de varias fuentes, incluyendo cartas marinas. Más que una narración producto de una experiencia vivida, como la de su paisano contemporáneo Orlando Roberts, el escrito de Thomas Strangeways es únicamente descriptivo de las características del litoral. Carece de comentarios sobre sucesos y de observaciones que testifiquen una vivencia, aunque fuera de paso, por el litoral caribe de Nicaragua.

El viaje de Strangeways a la Costa Mosquitia hay que ubicarlo posiblemente unos años antes que el de Roberts. Un huracán debió haber intervenido entre ambas visitas a juzgar por la contrastada descripción del Cabo Gracias a Dios dado por ambos autores: la villa de El Cabo es “[...] uno de los más saludables y bellos sitios en el mundo” —sostiene Strangeways— en tal forma que los europeos radicados en ella alcanzaban una edad avanzada. El comentario contrasta con la opinión que se formó del lugar Roberts quien encontró la villa con pocas y malísimas chozas, “[...] que apenas protegían a sus moradores de las inclemencias del tiempo”. Otorgándole el beneficio de la duda, es posible que El Cabo haya sido el límite de la verdadera exploración de Strangeways.

La bahía del Cabo, según Strangeways, tenía la ventaja de estar resguardada de los vientos por una restinga, como ya lo había hecho notar el ingeniero español Porta Costas a finales del siglo anterior. Era tan espaciosa como para albergar a toda la flota británica. Allí había anclado un barco de 50 cañones y varias fragatas bajo las órdenes del Comodoro Parry en el año de 1782.

El Gran Río del Cabo, es llamado por el marino inglés *Vankes* (Wanks), *Yare* o *Yowra*; también *Golden River* por ciertos gránulos dorados que las aguas supuestamente arrastraban, creencia sostenida por el pirata M. W. a finales del siglo XVII. La corriente principal desembocaba al norte de la bahía, de modo que los ingleses habían cortado un canal de varios centenares de yardas evitando que las embarcaciones salieran mar afuera para luego poder ingresar a la boca del río. A principios del siglo XIX el canal estaba bastante asolvado, pero sin impedir el paso de las canoas. El río, llamado Yare entre las 150 y 200 millas aguas

²⁰ Ver la obra de Strangeways en la Bibliografía del Capítulo. En su narración hace frecuente mención del escrito del historiador inglés Bryam Edwards: *Account of the British Settlements on the Mosquito Shore*, que figura en el Tomo V de su obra *The History, Civil and Commercial, of the British Colonies in the West Indies*, publicada en Londres en 1792.

arriba, presentaba numerosos saltos. La información la obtuvo Strangeways obviamente del libro de Raveneau de Lussan, del cual reproduce un extenso párrafo. No obstante, hace la observación que uno de los afluentes del Wanks tenía sus cabeceras no lejos del río los Payas y del *Embarcadero* inglés en el río Tinto.

La costa que venía a continuación no mereció de Strangeways ningún comentario digno de anotarse, que no haya sido referido por los navegantes que pasaron por ella anteriormente. En efecto, enumeró los accidentes geográficos como quien repasa un mapa, dejando al cartógrafo la tarea de identificar lugares, especialmente aquellos mal escritos en su libro.

Costa abajo a partir del Cabo Gracias identifica sucesivamente a *Warner Sound* (laguna de Bismuna), pequeña y con barra a la entrada; *Sintipoco River* (Sikia Pakia) que daba salida a una pequeña laguna; Sandy Bay, donde residía el Rey de la Mosquitia junto al río *Coree* (Kurnog-Ulang), cuyas aguas recorrían unas noventa millas drenando la gran sabana. Venía a continuación *Governor's Point*, (hoy Punta Gorda de Awastara), donde desaguaba la laguna de *Ducana* (Dákura) y comenzaba la jurisdicción del Gobernador (de Tuapí). *Housetana* era el río Sanawala, que daba salida a la hermosa laguna de Para (Páhara). Entre esta bocana y *Governor's Point* estaba *Playa Blanca* (Auya Pinhni).

Strangeways menciona dos "cayos" Misquitos próximos a la costa: *Stony Island*, una roca negra que surge del mar simulando el casco de un barco y *Waniessa*, también conocido como *English Devils Key*, (Islote de los Diablos Ingleses), cubierto de árboles.

Brangman's Bluff, llamado por los españoles Monte Gordo, era el acantilado arenoso más elevado al sur del Cabo y lucía algunos árboles en su parte superior. Al pie existía un buen sitio de anclaje, (donde está hoy fundado Puerto Cabezas), según el marino inglés. El río *Ville Coose* (Likus), desembocada por dos brazos en la laguna de Para y en el río *Wawa* (Wawa); los indios *Towkcas* (Twahkas) habitaban sus fuentes.

A continuación venían las lagunas *Wawa* (Karatá), que comunicaba con el mar por medio de dos ríos, y *Tongula* (Tungla o Wounta), con una isla en su interior. Esta laguna estaba separada del mar por la barrera de *Fox's Reef* (Haulover), que apenas permitía una salida de tres brazas de agua de profundidad.

El río *Prince Pulko* (Prinzapolka), uno de los más importantes de la Costa, se vaciaba por cuatro bocas principales, dejando en trampadas sie-

te islas en su delta. El ramal del norte era *Walpo Six* (Walpasiksa) y por el sur se comunicaba con los ríos *Snook Creeks*.

El *Great River* o Río Grande (de Matagalpa) tenía un curso de 180 millas, (en realidad son 280), con buena profundidad junto a la desembocadura. Algunas villas indígenas se levantaban en las riberas. *Alligator Creek* (Karaslaya), inmediatamente al sur, era entonces una pequeña entrada del mar.²¹

Strangeways menciona a continuación una serie de “cayos”, que con varios bancos forman el archipiélago de Perlas y hacían la navegación intrincada, al extremo de obligar a los navegantes que pasaban por allí a buscar un piloto local que conociera los mejores pasajes entre los islotes. La extensa *Pearl Key Lagoon* (Laguna de Perlas) presentaba en su entrada una barra a nueve pies de profundidad. Strangeways se equivoca cuando menciona la existencia de ostras perlíferas entre las aguas de la laguna. Los ricos terrenos de los alrededores habían atraído a varios colonos ingleses y a un francés, (Ellis), el cual tenía una destilería de ron en el lugar.

Hone Sound o Bluefields Lagoon, estaba dividida en dos porciones y quedaba separada del mar por *Hone Key* (hoy Deer Cay). La entrada a la laguna por el norte tenía 16 pies de agua. En el interior se abría una amplia cuenca “capaz de albergar mil barcos veleros”, según copia Strangeways. El mismo autor anota que la roca de El Bluff podía facilitar la defensa de la entrada de la laguna y el atraque de barcos en su orilla. Sugería también levantar un fuerte en la cima plana de la roca, aprovechando la abundancia de piedras y la cal de las ostras.²²

El río *Bluefields* es “[...] llamado por los Españoles Río Escondido y Río de Nueva Segovia” escribe el autor. Ubica sus fuentes cerca del pueblo de Segovia, confundiéndolo obviamente con el río Coco. Informa además que barcos de varias toneladas de peso podrían remontarlo por 60 millas y con canoas alcanzar sus cabeceras situadas 300 millas tierra adentro. Habitaban las riberas los indios *Cockoracks* (Kukras), tanto los mansos como los bravos, así como los *Woolvas* (Ulwas).

Más al sur se proyectaba la península de Monkey Point que tenía enfrente un islote redondo llamado French Key. A continuación estaba el río *Varin Key* (Willing Cay), comunicado por un ramal con la laguna de

²¹ En la actualidad está cegada y convertida en laguneta interior.

²² En un mapa del British Museum aparecen las ruinas de un fuerte, Fort Dalling, (nombre del gobernador de Jamaica durante la invasión inglesa al río San Juan en 1780), como localizadas en el lugar actual de El Bluff.

Bluefields (?). El orden en que Strangeways presenta los tres accidentes demuestra su total desconocimiento de esta sección de la costa. En el río Punta Gorda existían dos asentamientos de indios Ramas, uno de los cuales (también presentado por Roberts en su mapa) se llamaba *Tiguzigalpas*. Frente a la boca del río menciona la presencia de tres islotes denominados *Three Brothers*.²³

Costa abajo Strangeways localiza *Grindstone Bay*, (Bahía del Meta-te), de 4 a 10 brazas de profundidad, donde podían anclar barcos y contemplarse las primeras colinas en toda aquella costa nivelada. El marino se refería obviamente a las estribaciones de Yolaina. De esas alturas bajaban Corn River (Río del Maíz), cuya bocana la describe como ancha y de fácil localización, e *Indian River* (Río Indio). Este último comunicaba con el inmediato San Juan por dos ramales: *Cambitto* y *Bocades*, conexión y ríos que no aparecen por ninguna parte.

La descripción del litoral caribe nicaragüense termina desde luego en la desembocadura del *Río de San Juan*, que según Strangeways marcaba el extremo sur de la Costa Mosquitia, aunque el rey mosco reclamaba jurisdicción hasta el *Río de Oro* en la provincia de Veragua. El marino se limitó a informar sobre el río San Juan presentando la misma descripción ofrecida comúnmente por otros viajeros que realmente lo visitaron.

Termina el inglés las anotaciones relativas a Nicaragua insertando un párrafo copiado del *Diccionario Geográfico* de Antonio de Alcedo, (a su vez un gran copiadador de crónicas), y de la Geografía de un tal Pinkerton. No obstante lo apócrifo del viaje de Thomas Strangeways, su descripción de la costa del Caribe de Nicaragua es detallada; ofrece un buen resumen de las observaciones de otros capitanes y traficantes ingleses que, como su paisano y colega Orlando Roberts, en verdad la recorrieron.

²³ En el mapa de Orlando Roberts se muestra un grupo de islotes llamados *The Brothers* frente a la desembocadura del Punta Gorda, cuando en realidad el único que existe en esa posición es Booby Cay. Otro grupo de islas llamadas *Two Sisters*, se localiza a mitad de la distancia entre El Bluff y Monkey Point y figura en los mapas modernos.



Figura 67.- Una calle de León en el siglo XIX, ilustrada por Squier.

CAPITULO XIX

Viajeros y pueblos en la época post-independiente

—Nicaragua abierta a europeos con proyectos. —Deplorable situación del Estado a causa de las luchas intestinas. —Las primeras medidas hidrográficas para determinar la ruta de una comunicación imposible.

Este penúltimo capítulo trata sobre los viajeros que visitaron Nicaragua y su Costa Atlántica en los primeros años de la constitución del país como parte de la malograda Federación de las Provincias Unidas de América Central, la cual nació a raíz de la Independencia en 1821. Fueron aquellos años de rivalidades, viciados de partidarismos localistas y desaciertos políticos, los que condujeron en 1838 a la separación definitiva de Nicaragua del pacto federal. Abrieron la puerta, en su lugar, al caudillismo matrero, a las dictaduras protagónicas y a las revoluciones revanchistas que han hecho de la historia de Nicaragua una continua conspiración, para frustración de un pueblo noble y generoso al que nunca se le dio la oportunidad de organizarse libremente, en convivencia pacífica, para fundar una nación verdadera fomentada sobre los más puros principios de una república.

En ese período turbulento llegaron a Nicaragua tres personajes con diferentes ideas: un colonizador inglés, un agente comercial holandés y un explorador de la marina británica. Confiaban en las posibilidades que los Estados recién independientes ofrecían a la colonización extranjera, al comercio internacional y a la comunicación interoceánica. Sus recomendaciones fueron seguramente desatendidas por las autoridades de sus respectivos países, a causa de la caótica situación política que preva-

leucía en la América Central, donde cierta gente, partidos y hasta ciudades se disputaban hegemonías inexistentes como resultado del vacío de poder que España dejó después de tres siglos de sujeción colonial.

La soñada colonia de John Hale

Con la independencia de las Provincias Unidas de América Central, la región quedó abierta por primera vez a los forasteros, incluyendo los ingleses que con tanto recelo habían sido tratados durante los pasados dos siglos por las autoridades españolas.

Uno de los primeros súbditos de la corona británica en visitar Centroamérica fue John Hale. Visitó Nicaragua y Costa Rica en 1825 con el objeto de fundar una colonia de ingleses y norteamericanos en las nuevas provincias independientes. Obtuvo un contrato del gobierno de Costa Rica para establecer un asentamiento en la región del río Sarapiquí, en virtud de una ley que la Asamblea Federal había emitido el año anterior con el propósito de inducir el arribo de inmigrantes a las nuevas provincias.

Para promover su concesión publicó en New York, al año siguiente, un pequeño libro titulado: *“Six Months Residence and Travels in Central America through the Free States of Nicaragua, and Particularly Costa Rica”*, (*“Seis Meses de Residencia y de Viajes a través de los Estados Libres de Nicaragua, y particularmente Costa Rica”*).¹

La obra de Hale se refiere más que todo a Costa Rica, pero adelanta algunos pasajes sobre su ingreso por el río San Juan, que en ese entonces era la entrada a ese país y a Nicaragua. El curso seguía por el Sarapiquí, afluente principal —entre cuyos tributarios secundarios Hale pensaba fundar la colonia— el cual a su vez comunicaba por un camino de mulas con San José y Cartago. La misma ruta había sido recorrida también por Richard Trevithick, otro inglés emprendedor, inventor de una máquina de ferrocarril y de la calderas de vapor para el laboreo de las minas. Trevithick se encontraba en Costa Rica tratando de sacar oro en El Aguacate, sierra de Tilarán.

El puerto de San Juan del Norte —según Hale— era muy seguro y espacioso. Permitía el atraque de barcos de gran calado, siempre que logran sortear la barra arenosa situada a la entrada de la bahía. La principal vivienda del puerto era la del capitán jamaíquino (Samuel) Peter

¹ Ver John Hale en Bibliografía. Las citas provienen de la obra de Ricardo Fernández Guardia: *Costa Rica en el Siglo XIX*. EDUCA, Quinta Edición. San José, 1985.

Shepherd, quien gozaba del aprecio de todo el grupo multiétnico residente en el puerto por su carácter servicial y emprendedor. Vale anticipar que en 1838 este hábil comerciante arrancó una concesión de terrenos, firmada con una X por el embriagado rey mosco Robert Charles Frederick, (hermano y heredero de George Augustus), en virtud de la cual se transfería a Shepherd casi toda la región comprendida entre Bluefields y el río San Juan, vastísima propiedad que el viejo marino se vanagloriaba de haberla obtenido para sí de la mano del rey.²

A la entrada del puerto yacían seis cañones cubiertos de herrumbre, perdidos entre los zacatales; posiblemente formaron parte de la batería de defensa observada por Orlando Roberts cuando visitó el lugar cinco años atrás. Al igual que este paisano aventurero, Hale navegó en uno de los bongos que transitaban los ramales del delta. El río estaba tan seco que la quilla se embancaba con frecuencia en el fondo arenoso. La incomodidad terminó una vez que el bote llegó al punto donde se separa el ramal del Colorado. Arriba de la bifurcación las aguas del San Juan se tornaban más profundas y la navegación más expedita. La corriente continuaba navegable hasta su nacimiento en el lago de Nicaragua, salvo en la parte de los raudales. Ahí se levantaba la arruinada fortaleza con cañones de bronce y hierro traídos de España en tiempos pasados. Hale menciona que se necesitaban de diez a catorce días para subir el río, empujando la embarcación con pértigas; con ayuda de vapor, sin embargo, se podría hacer el viaje en catorce horas. Sobre la ventaja del río el viajero escribió lo siguiente:

“El río San Juan es el camino real para el interior de las provincias de Costa Rica y Nicaragua y para el Mar del Sur. Las ciudades de Cartago, San José, León, Granada, Nicaragua, las poblaciones de Villavieja, Villahermosa, Nicoya, Masaya, Managua, Realejo, Segovia, Matagalpa, Chontales y otras cien villas, aldeas, villorrios y haciendas, con más de un millón de almas, tendrán que recibir los productos de fuera o enviar los suyos por este útil río, que dentro de poco tiempo llegará a ser el emporio de un vasto comercio”.³

Aunque el inglés no se detuvo para comentar su visita al interior de Nicaragua —pues la mayor parte de su narración la dedica a Costa Rica donde el proyecto de colonización tuvo acogida— se refiere en cambio a la navegación por el lago de Nicaragua, en cuyas márgenes contempló cantidades inagotables de maderas, como cedros, caobas, laureles, ñámbaros, palisandros y brasiles. También atrajo su atención la abundancia de ganado, la mucha caza, la prodigalidad de frutas, verduras y otras provisiones, además de los exquisitos peces y moluscos del lago.

² El diplomático norteamericano Ephraim G. Squier visitó a Shepherd en 1849, cuando el viejo marino era todavía la figura más influyente de San Juan del Norte.

³ La traducción es de Ricardo Fernández Guardia, p. 42–43.

El lago de Nicaragua fue visto por el inglés emprendedor como enlace de una ruta futura entre dos océanos. Supo que tenía 150 leguas de circuito y una profundidad media de 40 brazas. En ese tiempo solamente lo navegaban piraguas y una goleta que el capitán Shepherd había traído de Jamaica y remolcado aguas arriba de los raudales del San Juan. La mayoría de sus islas estaban deshabitadas salvo Ometepe, “[...] que tiene dos montañas muy altas de 10,000 pies por lo menos”, donde había un pueblo con iglesia y los habitantes cultivaban maíz para abastecer la guarnición de San Carlos. Numerosos tributarios vertían sus aguas en el lago en volúmenes que podrían abastecer un canal que lo comunicase con el Pacífico, según anotaba el viajero inglés.

No obstante las halagadoras descripciones que Hale hiciera sobre los beneficios económicos que las provincias de Nicaragua y Costa Rica ofrecían a los futuros colonizadores y las ventajas que el lago y el río San Juan presentaban para la navegación y el comercio, “[...] para ver el día en que millones de seres humanos, procedentes de distintas partes del mundo, se reunirán allí, formarán un solo pueblo y llegarán a ser ricos, poderosos y felices”, el proyecto quedó únicamente en el contrato y en las páginas de su casi desconocido libro.

La visita del cónsul de Holanda

Jacobo Haefkens fue el primer cónsul holandés destacado ante el gobierno de América Central, donde fungió como tal entre 1826 y 1830.

De regreso a su país publicó el libro *Reize naar Guatemala* (“Viaje por Guatemala”), en el que presenta una interesante descripción de la provincias de América Central, su situación, ciudades y productos, siendo la información sobre los últimos muy importantes para el comercio con Europa, que por tres siglos estuvo vedado por orden de las autoridades españolas.⁴

El Estado de Nicaragua, en los primeros años de su independencia estaba dividido en cuatro departamentos: León, Granada, Segovia y Nicaragua. La población era escasa, muy perturbada por las revoluciones intestinas. Como resultado, el país estaba poco cultivado pese a la gran fertilidad del suelo.

A diferencia de los otros Estados, Nicaragua poseía un lago que “[...] probablemente será algún día la principal fuente de su prosperidad”, co-

⁴ La traducción de la obra de Jacobo Haefkens, realizada por Theodora J.M. van Lottum, fue publicada por la Editorial Universitaria de Guatemala en 1969 y reproducida por la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala. (Publicación. Vol I. Guatemala, 1969).

mentaba Haefkens. Esperaba que la comunicación entre ambos océanos a su través transformaría el comercio mundial con “[...] una revolución semejante a la que originó el descubrimiento del cabo de la Buena Esperanza”, lo cual, según su pronóstico, atraería al país miles de europeos.

El cónsul describe las características de la futura ruta interoceánica a partir de San Juan del Norte, puerto que consideraba bueno, aunque infestado de tiburones, pues gozaba de aceptable salubridad no obstante su clima cálido y los continuos aguaceros que empapaban el lugar durante todo el año. Erróneamente creía que el río San Juan apenas tenía 40 millas y que un canal cortado en línea recta entre el mar Caribe y el lago de Nicaragua mediría a lo sumo unas 20. Proponía excavar un segundo canal entre el lago de Managua y el puerto de El Realejo, pues aunque de más largo trazo que el propuesto a través del istmo de Rivas, tendría la ventaja de cruzar por terrenos más planos y salir a un puerto no tan pequeño ni tan inseguro como era entonces considerado el de San Juan del Sur. Creía el cónsul en su fantasía, desconociendo las limitaciones de la tecnología de su tiempo y la capacidad humana, que con un jornal no mayor de dos reales, (equivalente entonces al costo de una arroba de arroz), se podían pagar a los macheteros indígenas para que hicieran la zanja del canal.

Haefkens describe el lago de Nicaragua como de 150 millas de circunferencia y de 6 a 20 brazas de profundidad. La principal isla, Ometepe, presentaba un volcán muy alto y dos pueblos con tres o cuatro mil indígenas. Sobre la costa occidental del lago crecían bosques frondosos; en la orilla opuesta existían extensos hatos de ganado que se vendían en las ferias de los otros Estados. En tiempos pasados, (en la época de la colonia española), la carne de res se salaba, cortaba y secaba en tasajos para enviarla a La Habana y Cartagena.

El lago menor de Managua, de apenas 60 millas de contorno, estaba adornado por el cono de Momotombo que solía exhalar humo y ocasionar fuertes sismos. En medio de las aguas surgía un bello islote de forma cónica: *Momotombito*. Abundaban los lagartos, algunos de doce pies de longitud, que dormitaban en las playas arenosas, pero como “[...] temen al hombre huyen al agua en cuanto uno se acerca”, comentaba el holandés, y añadía:

“Los lagos de Nicaragua y Managua, con sus pintorescas y atractivas riberas pertenecen sin duda a los lugares más espectaculares de nuestro globo. Nunca vi ponerse el sol con tanto esplendor en el horizonte como en cierto atardecer que navegaba sobre el gran lago. Al poniente parecía el cielo estar en llamas... Este fenómeno de por sí magnífico; el silencio sepulcral del agua y aire; las cambiantes vistas a lo largo de las orillas; los volcanes que en varios rumbos aparecían ante la vista, entre los cuales descollaba majestuo-

samente el de Ometepe, con su cima coronada de un penacho de nubes; todo ésto, además del habitual canto nocturno de los remeros, sonoro aunque monótono, me proporcionó unos momentos de aquel deleite puro, casi celestial, que nos puede hacer disfrutar la contemplación de una naturaleza grandiosa y a la vez imponente".

Los dos lagos estaban comunicados por un río que Haefkens llama Tepitapa. En tiempos de seca dejaba ver un salto de seis a ocho pies de altura. También observó la presencia de burbujas (aguas termales) entre los canales del río, "[...] sobre un campo de lava formado en el año de 1772 por una erupción del volcán de Managua". El holandés se refería al volcán Masaya, si bien fue mal informado porque la corriente de lava que el volcán emitió en ese año no llegó al río.

Entre los otros lagos del país Haefkens menciona uno al que llama "[...] el pequeño lago de Managua", situado al oeste de la ciudad, (obviamente Asososca), que le pareció una profunda hoya; a él acudían los bañistas para deleitarse entre las tibias aguas; otro era el lago de Masaya, que proveía agua a la ciudad, llevada en cántaros sobre las cabezas de las indígenas que trepaban por el empinado desfiladero y un tercero, Apoyo, de tres a cuatro millas de circunferencia, ubicado en una hoya muy profunda.

Los caminos del Estado de Nicaragua eran anchos y sombreados por árboles plantados en sus orillas, según describe el cónsul; era frecuente ver en ellos venados y multitud de monos que saltaban entre las ramas. Las mercaderías se transportaban en carretas tiradas por bueyes, tan toscas que los chirridos se escuchaban a un cuarto de hora de distancia.

Las principales ciudades que Haefkens nombró, aunque no visitó todas ellas eran: *León*, capital del estado, que "[...] tiene más importancia por lo que fue y por lo que probablemente será algún día, que por lo que actualmente es", debido a las guerras civiles que la habían arrasado, presentando varias casas en escombros. No obstante ser la sede arzobispal, con una hermosa catedral, universidad, hospital y varios conventos, se encontraba entonces en estado lastimoso. La población de 32,000 habitantes se había reducido a la mitad, quedando solamente la clase humilde, pues la adinerada había logrado huir o fue despojada de su fortuna.⁵

Granada, no obstante su clima cálido, recibía la refrescante brisa del lago. Tenía en aquel tiempo 14,000 habitantes y su comercio había decaído a niveles ínfimos: "[...] uno de los renglones que se mandan tanto al in-

⁵ Entre mayo y agosto de 1824 Nicaragua se vio sacudida por una violenta guerra civil. El partido de Granada tomó y saqueó León. Luego siguió la tristemente célebre guerra entre Juan Argüello y José Antonio de la Cerda, caudillos encarnizados que dividieron aún más la sociedad nicaragüense en dos bandos irreconciliables.



Figura 68.- El puente de Guadalupe en León, mandado a construir por el último obispo de la colonia, García Jeréz. (Squier)



Figura 69.- Barrio de Granada, junto a un arroyo, ilustrado por Squier a mediados del siglo XIX.

terior como al exterior son camas portátiles, hechas de hermosas maderas típicas del país”. Una oficina de piraguas funcionaba en la ciudad para el comercio con San Juan del Norte. Los botes empleaban seis días para cruzar el lago y dos más para alcanzar el puerto. El regreso tomaban ocho días para subir el río y los raudales contra la corriente, pero sólo dos para atravesar el lago, con viento en popa. Al respecto señala Haefkens: “Sucede a menudo que los vientos son tan fuertes y tan contrarios, que los barqueros no se atreven a emprender el viaje. En estos casos, se detienen entre las pequeñas islas cercanas a Granada, donde permanecen a la espera de una ocasión favorable”.

Detrás de la ciudad se erguía el volcán Mombacho, de forma irregular, con un vastísimo boquete abierto hacia el suroeste, “[...] señal que un día debió suceder una erupción terrible”.

Nicaragua, (léase Rivas), 18 millas al sur de Granada, a poca distancia del gran lago, tenía fama por la feracidad del suelo y el excelente cacao que producía. La población se había incrementado con los refugiados procedentes de León y Granada. Como dato curioso, el holandés menciona “[...] que las viñas rinden aquí dos vendimias anuales y cuando reciben un trato cuidadoso a veces hasta tres”.

Masaya, en el corazón de la parte más poblada, se contaba entre las poblaciones más bonitas del Estado. La mayoría de las casas eran de tablas encaladas que le daban un aire de limpieza. Los vecinos, unos catorce mil, eran industriosos indígenas en su gran mayoría. Cerca se levantaba el volcán del mismo nombre, en medio de “[...] un campo vasto áspero, negro como el carbón”, las grandes masas de lava que arrojó durante la erupción de 1772.

Managua tenía el mismo número de habitantes que el pueblo anterior. Según el cónsul holandés era sede del partido de los blancos o aristócratas. “No obstante el caos que imperaba, sobre todo en el estado de Nicaragua, encontré aquí una muestra de buena policía que no hubiera esperado encontrar en Guatemala”. Sucedió que cuando Haefkens se embarcó en el lago rumbo a Tipitapa, los tripulantes, “amantes de la libertad” como los apoda, sustrajeron algunas ropas del cofre que llevaba. El cónsul se quejó al jefe político de Managua; no tardaron los objetos en ser devueltos a su dueño y los ladrones en quedar tras los barrotes.

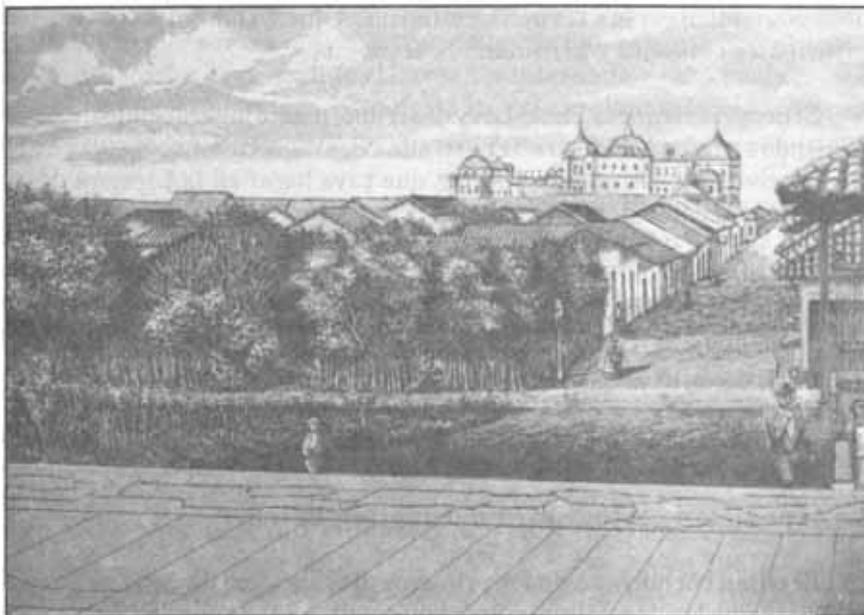
Chinandega, con doce mil habitantes era un pueblo grande, bonito y próspero. A cuatro millas de distancia estaba *Pueblo Viejo*, al pie del gran volcán en cuyas faldas se extraían buenas maderas para carpintería.

Nueva Segovia y Matagalpa, en el interior montañoso, estaban dotadas de minerales preciosos. En la cercanías de Segovia se producía muy buen tabaco cuyo cultivo era monopolizado por el gobierno.

Termina Haefkens la descripción del Estado de Nicaragua señalando sus producciones, entre las que considera todas las frutas tropicales que se daban en abundancia. El arroz se compraba a razón de dos reales y medio por arroba y los bananos “[...] no cuestan más que el trabajo de ir a cortarlos”.

Las exportaciones del país consistían en cacao, añil y ganado; en menores cantidades el ganado caballar, los quesos, azúcar, maíz, brea, tabaco, madera, algodón, perlas, carey y el hilo teñido con múrice. Al tiempo de la visita del holandés la industria del añil había disminuido considerablemente a causa de la guerra civil, en cambio los cueros habían adquirido importancia; se vendían a cuatro reales en Granada y se exportaban en tres veces dicho valor por el puerto de San Juan del Norte.

Comenta finalmente Haefkens que antes de la Independencia el gobierno percibía como impuestos más de 140,000 pesos, incluyendo el del tabaco, pero la mala administración y los gastos de defensa los consumieron. La iglesia por su parte colectaba como diezmos unos 40,000 pesos.



*Figura 70.- Calle del Calvario, León, a finales del siglo pasado.
(Menocal-Comisión Canalera).*



Figura 71.- Una calle principal de Granada, vista desde la torre de La Merced. (Menocal-Comisión Canalera).

La población del estado ascendía a unos 200,000 personas no obstante “[...] las catástrofes de los últimos años”, comenta Haefkens, refiriéndose obviamente a las revueltas intencionales que habían despoblado las principales ciudades y arruinado la economía.

El geógrafo francés Pablo Lévy describió, medio siglo después, el triste estado en que se encontraba postrada Nicaragua a consecuencia de la guerra civil entre Argüello y Cerda, que tuvo lugar en la primera década de la Independencia:

“Una guerra civil furiosa, en la cual se olvidó completamente el punto de partida político, para fijarse únicamente en móviles personales, cubrió el país de sangre y de ruinas durante tres años... La guerra era salvaje: hombres de talento, pero pobres, se acostumbraban a la desdichada idea de apoyarse sobre la fuerza para gobernar, y de gobernar para adquirir bienes; a cada momento se violaban la propiedad, la libertad o las personas; se descuidaron todas las mejoras, se acabó el erario, no hubo más justicia, y sólo quedó un fantasma vacilante de administración”.⁶

La expedición cartográfica del capitán Belcher

El clima bochornoso de los primeros días de abril de 1837 se abatía sobre la tripulación cuando el *Sulphur* entró en las aguas de Nicaragua,

⁶ Ver Pablo Lévy: *Notas Geográficas y Económicas sobre la República de Nicaragua*. FPCBA. p. 43.

pero pronto la brisa de los Papagayos refrescó el ambiente y empujó el barco a lo largo de la costa del Pacífico. Al amanecer del 3 columbraron en el horizonte los volcanes de El Viejo y León (San Cristóbal y Telica). A mediodía el barco pasaba frente a Punta Desolada (hoy Masachapa), así llamada por dos solitarios arbustos secos que estaban sobre el montículo.

Edward Belcher, capitán del navío *Sulphur*, realizaba una expedición científica alrededor del globo con el objeto de levantar la cartografía de varias costas para la armada británica, considerada entonces como “la reina de los mares”. Capitán inglés, sin ser pirata, traficante o espía, arrió al puerto de El Realejo en tres ocasiones entre 1837 y 1839, aprovechando el espíritu de “puertas abiertas” que prevalecía en Centroamérica después de la Independencia.

La expedición efectuó valiosas observaciones a lo largo de la costa del Pacífico de Nicaragua; estudió los varios trazos sugeridos para una futura ruta interoceánica a través del istmo. Realizó también colecciones naturalistas e hizo anotaciones interesantes que Belcher describió en un libro publicado poco después de su regreso a Londres.⁷

La primera observación tuvo lugar en la isla del Cardón, formada por rocas volcánicas y arena tan magnetizada que la aguja comenzó a girar hasta 21° cuando se tiró la visual desde la parte más alta de la misma. Los botes exploradores indicaron que la bahía que se abría detrás tenía suficiente fondo, de modo que el barco fue internado y echó ancla frente a la isla de Aserradores, en cuya costa se instaló el mareómetro. A unas quince millas tierra adentro lucían magníficos los volcanes.

El *Sulphur* no intentó penetrar en el estero de El Realejo, entonces el principal puerto de Nicaragua sobre el Pacífico, porque el canal era poco profundo, menos ancho, y el barco podía quedar varado entre las raíces y lodos de los manglares que poco a poco iban cerrando la vieja entrada del puerto.⁸

Pero la razón más perentoria para anclar en el lugar obedeció a la necesidad que tenía la tripulación de conseguir agua, obtener provisiones y comprar ron y azúcar en el ingenio cercano que manejaba un inglés emprendedor llamado Mr. Bridge. “El ron es tan barato —comentaba Belcher— que constituye una gran tentación para el marinero. El lugar es-

⁷ Ver Edward Belcher en la Bibliografía del Capítulo.

⁸ Fue el capitán Belcher el primero en sugerir la necesidad de trasladar el puerto hacia la isla de Aserradores, El Cardón o la punta Castañones; sin embargo, pasaron más de 20 años antes que se fundara Corinto en el extremo de la primera localidad.

tá bien abastecido de gallinas, frutas, ganado, granos, etc., a precios razonables y de calidad muy superior, que le dan una reputación muy merecida".⁹

La villa de El Realejo era un conjunto de chozas, con una sola calle no más larga de 200 yardas. Las únicas casas decentes eran la del comandante y la del vice-cónsul inglés a cuyo cargo estaba la aduana del puerto.

La gente que vivía en El Realejo era indolente; de poca perseverancia como para ser considerada como emprendedora, a excepción de un norteamericano de nombre Higgins que había importado una máquina de hilados y sembraba en Aserradores plantas de algodón para procesar la fibra. Belcher dudaba del éxito de la empresa debido a la ausencia de un gobierno formal que prestara garantías al proyecto, especialmente cuando la máquina viniese a suplantar la mano de obra de los nativos. Por lo demás, los habitantes llevaban una vida insalubre, no pocos de ellos con cara de enfermos, no obstante que a poca distancia del puerto había una fuente de agua de la mejor calidad.

A una milla de la población se encontraban las ruinas de un fuerte, destruido posiblemente por los piratas del siglo XVII. También se observaba el casco podrido de un bergantín. Algunas embarcaciones de cien toneladas estaban embancadas junto al muelle, aparentemente en abandono.

Después de diez días de permanecer en la bahía partió el *Sulphur* con destino al puerto de La Libertad, una vez que levantó la carta de la bahía e hizo el reconocimiento del territorio vecino.

Hacia la cumbre del volcán El Viejo

Diez meses después volvió Belcher a botar ancla en la bahía de El Realejo, esta vez con el objeto de escalar el volcán El Viejo. Desde la cumbre el capitán esperaba tener una visión más amplia del carácter de la costa y confiaba poder otear el curso de algún río que comunicase el lago de Managua con el golfo de Fonseca.

El 8 de febrero de 1838 salió Belcher del puerto, acompañado del médico de a bordo, el botánico colector y un asistente. Cabalgaron con la in-

⁹ El área entre El Realejo y Chinandega estuvo cultivada inicialmente por caña de azúcar, según la crónica del pirata Raveneau de Lussan en 1687. La plantación de Mr. Bridge era San Antonio, nombre que ha conservado el ingenio hasta el presente. Bridge tenía una goleta donde transportaba azúcar hasta Chile.

tención de llegar a una hacienda de Mr. Bridge llamada Moyotepita, pero tuvieron que detenerse en Chinandega ante la insistencia del guía que quería pasar la noche con su mujer a quien había recién desposado. Chinandega era un pueblo bonito. Viviendas de adobe con patio en el centro estaban alrededor de la iglesia, un edificio respetable. En las rondas se levantaban chozas dispersas en medio de jardines y huertos, cercados por cañas de bambú y cardones que alcanzaban hasta veinte pies de altura.

En los alrededores la gente cultivaba maíz, caña de azúcar, algodón y frutales. También producía cueros y criaba aves de corral. Se sembraba un poco de café pero no se exportaba el grano.¹⁰

Al amanecer los expedicionarios estaban sobre las monturas; a media mañana alcanzaron la hacienda Moyotepita, después de haber sido envueltos por una nube de tres a cuatro millas de longitud cuajada de fastidiosos "chayules" procedentes de los pantanos del Estero Real.

Decididos a evitar el calor del mediodía, que llegaba casi a 90° Fahrenheit a la sombra, la partida inició el ascenso por la falda norte al declinar la tarde, con la intención de pasar la noche en el volcán.

La base del cerro estaba cubierta de bosques donde crecían palmas de coyol (*Acrocomia vinifera*), con cuya savia fermentada los guías de la expedición saciaron la sed, dejando una reserva para la vuelta. El proceso, descrito por Belcher como algo diferente a lo que tenía observado en otras partes del trópico, consistía en derribar el árbol de cuajo; una vez en el suelo se decapita la corona de palmas y se practica una incisión en el tallo, de nueve pulgadas de largo, cuatro de ancho y seis de profundidad, que se cubre con las hojas. La cavidad recoge la savia y la fermenta en 24 horas, convertida en un líquido placentero semejante a la sidra, que se sorbe con una pajilla. Si la fermentación se deja continuar resulta en una bebida alcohólica más amarga e intoxicante en sus efectos.

A las siete de la noche, después que las bestias hicieron el camino por lavas escondidas entre los pajonales, decidieron los expedicionarios vivaquear en la falda del volcán, usando las camas de piedra que más suaves les sentaran. El alba del siguiente día los sorprendió pendiente arriba y a la salida del sol habían alcanzado el estrato inferior de los pinos a una altura barométrica de tres mil pies, con temperatura de 66° F. A partir de ese lugar la pendiente no permitió más avance que el realiza-

¹⁰ Belcher es el primero en mencionar la existencia del café en Nicaragua, tan temprano como 1838. Los únicos lugares cerca de Chinandega donde podía cultivarse la planta eran las laderas de los volcanes vecinos. Belcher: p. 177.

do a pie, dificultado por los altos zacatales. Un poco más arriba las gramineas se despejaron y el frescor sopló aliviando la fatiga y levantando el ánimo de los escaladores. A eso de las nueve estaban en el borde del cráter.

Belcher observó dos conos concéntricos circundados por el cráter exterior, el cual medía unas 500 yardas y remataba en un pico hacia el poniente, donde el barómetro indicó 5,562 pies sobre el nivel del mar y el termómetro de 77° a 80° F. en las horas del medio día. Unos 150 pies más abajo se levantaba un pequeño cono de 80 pies, que a su vez encerraba en su centro un segundo conito inactivo. En las paredes internas del primer cono crecían saludables varios pinos, no obstante encontrarse en medio de vapores sulfurosos que se desprendían de las paredes, donde la temperatura era tal que trascendía las suelas de las botas. Ningún depósito mineral digno de valor, incluyendo azufre, fue localizado en el cráter. Como observaciones curiosas Belcher advierte la presencia de miles de molestos coleópteros que revoloteaban por aquellos parajes y el trillo dejado por el paso del ganado cimarrón que vagabundeaba en la cumbre.¹¹

Después de extasiarse con la vista panorámica, que como un mapa se extendía al pie del volcán, los expedicionarios iniciaron el descenso a la una y media de la tarde. Cinco horas después estaban en Moyotepita, no sin antes haber visitado por segunda vez los coyolares al pie del cerro y saciado la sed con la chicha que los guías dejaron en fermentación desde el día anterior.

Visita a León, arruinada capital del Estado

La siguiente incursión hacia el interior de Nicaragua la efectuó el capitán Belcher para sondear el lago de Managua y visitar la isla de Momotombito de la cual se decía que encerraba ciertas estatuas precolombinas.

El camino que llevaba a León era tan nivelado que podía ser transitado por un carruaje inglés según opinión del capitán. Sin embargo, la falta de puentes en ciertos zanjones representaba una inconveniencia en la época de lluvias y corrientes. El camino era polvoriento pero en muchas partes lo rodeaban árboles frondosos que con su sombra hacían la marcha menos sofocante.

¹¹ Los conos internos en la cúspide del San Cristóbal, descritos por Belcher, son los mismos que aparecen en la fotografía aérea tomada en 1969 ("*Nueva Geografía de Nicaragua*" de Jaime Incer. p. 212), los cuales desaparecieron durante la erupción de 1976 cuando la lava ascendió por la chimenea y los anegó.

León tenía calles anchas, matemáticamente cuadrículadas y parecía un tablero de damas visto desde la cumbre de los volcanes vecinos. El capitán midió la longitud y latitud del lugar y su altura sobre el nivel del mar desde la azotea de la gran catedral. Trató también de calcular la diferencia entre el meridiano de la ciudad y el que pasaba por El Cardón, utilizando ciertos cohetes que serían lanzados desde la isla, pero el experimento falló porque las varas no se alzaron ni reventaron como se esperaba.¹²

“León debió haber sido una ciudad de gran opulencia, consideración y grandeza”, comentaba Belcher después de contemplar la ruina en que quedó a consecuencia de las últimas asonadas. Paradójicamente la Independencia no le había traído la libertad ni la prosperidad esperadas sino guerra y desolación; la sociedad parecía haber cambiado hacia un estado más primitivo según el capitán inglés. Los habitantes sumaban unos treinta mil, incluyendo los del vecino pueblo indígena de Subtiava.

Para incrementar las desgracias, una epidemia de cólera morbo había llevado a la tumba a unos tres mil leoneses el año anterior. La enfermedad se había cebado en los barrios pobres del suroeste, que además de ser más promiscuos recibían los vientos que soplaban sobre la ciudad, según observara Belcher.

León era sede del gobierno. El Jefe de Estado residía en ella. La universidad ofrecía cursos de derecho civil, derecho canónico, medicina y política. Un vicario hacía las funciones de obispo, cargo que quedó ausente desde la época de la Independencia. La catedral era grande, sólidamente construida. Durante la última revolución fueron emplazados cañones en su azotea.

En las vecindades de León se cultivaban azúcar, añil y maíz. También se producían cueros y sebos.

El viaje hacia el lago de Managua continuó por la noche, a la luz de la luna y sobre buen camino. Los viajeros llegaron a Pueblo Nuevo (La Paz Centro) en la madrugada, después de una jornada de ocho horas. La villa tenía unas treinta chozas y la principal ocupación de sus habitantes era la fabricación de ollas y cántaros, aprovechando la buena arcilla del lugar.

¹² La latitud 12° 25' 30" N y la longitud 86° 57' 35" W medidas por Belcher en la catedral resultaron 4' (unos siete kilómetros) más al sur y al oeste de las coordenadas verdaderas. Belcher usó como referencia el meridiano de Greenwich, en lugar del de Cádiz como lo hacían los españoles. La altura de la base de la catedral sobre el nivel del mar estimada por el capitán también resultó ser menor de la mitad de lo que realmente es.

La misteriosa calzada de Momotombito

Después de haber descansado en un camastro con lecho de cuero, Belcher ordenó proseguir hacia el lago de Managua con la intención de tomar un bote y explorar la isla de las estatuas. Sin embargo, una vez en la playa, el viento era tan fuerte y el lago estaba tan encrespado que el bote no progresó, de modo que el capitán tuvo que desistir del propósito. Febrero es casualmente el mes más ventoso del año y los dos lagos de Nicaragua, situados en el fondo de una depresión, encauzan sin obstáculos los vientos alisios que soplan con toda su intensidad entre el mar Caribe y el Pacífico, tal como lo reconoció el capitán inglés. Los vientos son muy peligrosos entre el cabo Desolado y la bahía de Salinas, donde reciben el nombre de Papagayos.

Decidió entonces Belcher continuar en el reconocimiento de la costa sur del lago hasta la salida de las aguas por el río Tipitapa. Cabalgó en dirección a Nagarote donde fue huésped de una pareja que le abrió las puertas de la casa de par en par. Ofreció el matrimonio recibirlo siempre que pasase por el poblado, ignorando en su franqueza que el camino del capitán estaba “[...] en el profundo azul del mar”, como el mismo le aclaró.

Al día siguiente continuaron el viaje en ruta a Mateare, cabalgando por primera vez sobre colinas. La población de la villa lacustre, que era antes de 300 habitantes, se había reducido en cien a causa del cólera. En la vecindad existían plantíos de algodón, maíz y plátanos.

El capitán midió la latitud y longitud del lugar desde la costa del lago. Ahí tuvo noticias de una antigua calzada que supuestamente comunicaba una playa vecina con la isla de Momotombito. Belcher afirma haber visto el inicio de la calzada de piedras y seguido su curso debajo del agua. Menciona que durante una sequía acontecida pocos años antes, el camino de piedra quedó al descubierto por 360 yardas. Dedujo que la calzada era la que usaban los sacerdotes indígenas para trasladarse al santuario de la isla, cuyos estatuas aborígenes no tuvo la ocasión de reconocer.¹³

Dicho sea al respecto que el capitán inglés visitó probablemente la vecina costa de Piedras Azules donde planchas de rocas volcánicas se internan en el lago y la distancia a Momotombito se reduce a unos siete kilómetros. Sin embargo, esta isla se encuentra rodeada por un foso de 28

¹³ Las estatuas precolombinas de la isla de Momotombito fueron descubiertas en 1850 por Squier, quien dispuso el traslado de una de ellas al Museo de la Smithsonian en Washington.

metros de profundidad. Belcher afirma en una nota final que existían unas 15 brazas de aguas insalvables para alcanzar la isla, poniendo él mismo en duda la longitud atribuida a la misteriosa calzada.

Descripción de Managua y viaje a Tipitapa

El camino a Managua era excelente y discurría entre la sombra de los árboles. Un poco antes de llegar a la población observó el capitán lo que él llama *Nicaraguan Wood*, el palo de Brasil, cuya madera era objeto de especial comercio en el país y en los Estados vecinos. Al respecto Belcher comenta:

“El pueblo está situado sobre una pendiente suave hacia el lago que moja sus orillas. Una gran iglesia se levanta solitaria en su extremo oriental, formando un lado de lo que probablemente había sido intento de plaza, que no tiene nada de atractivo. En las esquinas me señalaron varias estatuas, toscamente labradas en piedra, que atribuían a la labor de los aborígenes. Gastadas y desfiguradas en el correr del tiempo, simplemente sirven como mojones en las veredas”.

La villa de Managua era extensa pero sin mucha construcción; la población de 12,000 almas, enteramente nativa. Aunque el sitio donde se levantaba parecía muy saludable, la peste había hecho sus estragos llevando a la tumba a unas 600 personas, especialmente doncellas y recién casadas.

Divertía a Belcher observar la forma como se publicaban los bandos o los anuncios sobre casamientos. Un heraldo leía la noticia sonando un tambor en cada esquina, acompañado por dos soldados con sus armas, forma que encontró muy similar a la efectuada por los pregones ingleses. Por otro lado, observaba el capitán que los managuas tenían cuerpos más proporcionados, atléticos; eran de mejor estampa que los habitantes de los otros pueblos y de simpáticas maneras.

Madrugaron los viajeros para tomar el camino a Tipitapa, donde esperaban ser bien recibidos, pero no hallaron donde hospedarse. La villa tendría unos quinientos habitantes, treinta de los cuales habían sido víctimas de la peste. No tuvo Belcher dificultad para rentar una canoa y dos boteros e introducirse lago adentro armado con sus instrumentos. La temperatura del agua resultó ser de 83° F. Los peces abundaban, especialmente la perca (guapote). El sábalo o salmón de los trópicos también se encuentra, pero no se le pesca en cantidad; los lagartos en cambio eran numerosos.¹⁴

¹⁴ En realidad no existen sábalos en el lago de Managua, sino una especie pequeña, el sabaleta (*Dorosoma chavesi*).

Por la tarde visitó el capitán el primer “salto” en el río Tipitapa, situado a una milla de la costa del lago. El agua se echaba en borbollones sobre unas rocas que formaban un plano inclinado de ocho pies de altura. Al lado surtía una fuente sulfurosa cuya temperatura fue mayor que la máxima marcada en el termómetro, que era de 120°. El capitán pudo comprobar que los huevos se cocían rápidamente al meterlos en la fuente y que la temperatura andaba por los 212° F., según la sensación del dedo introducido en el agua. El cura de la villa afirmó que las aguas termales eran sobrado remedio para afuera y adentro del cuerpo; desconfiaba de lo que marcaban los instrumentos y más del capitán hereje que había acaparado la atención de sus feligreses.

En los alrededores de Tipitapa se criaba ganado y sembraba maíz y añil. Al otro lado del río habían cortes de madera de Brasil que se vendía a un chelín por quintal. Los novillos, considerados como los mejores de América Central, se adquirían a cinco dólares por cabeza, pero hubo que agregar un par de dólares más por cada uno, por la arreada hasta El Realejo.

Tipitapa marcó el límite de la expedición terrestre de Belcher. Los viajeros volvieron al puerto por el mismo camino, sorprendidos de ver tanta gente sufriendo de calenturas. Retornaron cargados de garrapatas, a las que Belcher describe de la siguiente manera:

“Insecto de la especie de los ácaros tan abundante que si se roza un matorral, éste lo carga con el huésped, que rápidamente se insinúa bajo la piel, resultando en un perfecto tormento. Aún después de varios días de haber sido extraído, se experimenta una picazón exacerbante, mayor que cuando estaba el parásito instalado, tanto que eriza la piel al sólo pensar en ella”.¹⁴

De vuelta al puerto de El Realejo el capitán inglés se lamentaba de la pobre situación económica del lugar, donde existía un aserradero y la mejor madera para construcción de casas y barcos, si bien no había talento para fabricar muebles de acabado artístico. Belcher enumera —citando sus propiedades y mejores virtudes— las principales maderas del país, entre las que figuraban: cedro, caoba, roble, guásimo, güiligüiste, palanco, madero negro, brasil, almendro, guanacaste, ronrón, laurel, nacascolo, caimito, melero, guayacán de monte y granadillo.

En busca de la salida del canal

El capitán del *Sulphur* tenía interés en descubrir el puerto de San Juan (del Sur), que otro colega suyo, el ingeniero Bailey (John Baily) se-

¹⁴ Aunque con apariencia de un insecto, la garrapata es más bien un arácnido pues tiene cuatro pares de patas en lugar de tres.

leccionó como el punto terminal de la comunicación interoceánica. Baily había sido contratado por el gobierno federal para estudiar esa posibilidad.

Salió por tanto el navío de El Realejo y enrumbó al sureste. Pasando la punta *Desolada* el barco sufrió las primeras ráfagas de los vientos *Papagayos* que rasgaron algunas de las velas y obligaron a la tripulación a botar ancla para mientras pasaba el “ventarrón”. El 3 de marzo dejaron a un lado e inadvertidamente San Juan. Arrimaron a la bahía de Salinas, sin encontrar río ni puerto, sino una desolada isla (*Bolaños*) en el centro, cuya posición fue determinada. Siguió el capitán costa abajo buscando el escurridizo puerto hasta llegar a la península de Santa Elena, donde descubrió una hermosa veta de roca serpentina.

El viento seguía soplando con todo furor, obligando al barco a regresar e impidiendo atracar en un lugar donde habían observado una bandera desplegada, cohetes lanzados al aire y gente vestida de fiesta. El fuerte oleaje no permitió comprobar que el lugar era realmente San Juan del Sur, tal como lo sospechara el capitán. En el viaje de regreso a El Realejo se hizo un escrutinio de la costa, caleteando por todos los rincones hasta volver al puerto. El litoral de Nicaragua fue así reconocido y cartografiado, sirviendo el pico de Momotombo como referencia en aquella parte donde no había obstrucción entre el lago de Managua y el océano Pacífico.

Una vez abastecido en El Realejo, cargado de azúcar y ron de la plantación de Mr. Bridge, el Sulphur levó anclas y dejó el puerto el 25 de marzo de 1838, después de haber permanecido en aguas nicaragüenses un poco más de seis semanas.

En noviembre de 1838 regresó Belcher a El Realejo por última vez, para ajustar los cronómetros —necesarios para la determinación de las longitudes de los puntos visitados— con los que había traído de Inglaterra un barco que estaba surto frente al puerto. Después volvió el Sulphur al golfo de Fonseca donde estaba realizando la medición.

Con auxilio de los botes el capitán ingresó al Estero Real, amplia acometida del golfo tierra adentro, que se suponía era navegable por sesenta millas en dirección al lago de Managua, con el cual el río podría tener alguna comunicación según sospechaba Belcher. De comprobarse tal unión, “ésta sería la línea más ventajosa para un canal, que usando la entera navegación lacustre podía conectar el interior de los Estados de San Salvador, Honduras, Nicaragua y extenderse hasta el Atlántico”, asumió el capitán. Declaraba su asombro porque algunas expediciones an-

teriores habían gastado mucho dinero y tiempo buscando inútilmente por otros rumbos.

Los mosquitos y las raíces de los manglares imposibilitaron el avance de los botes más allá de las treinta millas de la bocana del estuario. Al regreso, con la marea y los vientos a favor, se practicó la medición del río empleando seis horas en la observación.¹⁶

Belcher reconoció que a pesar de los mosquitos, el principal impedimento para construir un canal a través del istmo radicaba en el estado de desunión, discordia y convulsión intestina en que se encontraban sumidos los estados centroamericanos y que sin financiamiento ni gobernantes responsables la cuestión canalera podría dormir por mucho tiempo. En efecto, en 1838, el mismo año cuando el capitán inglés realizaba sus mediciones, Nicaragua se separaba de la Unión para constituirse en país independiente, debilitando aún más la posibilidad del proyecto interoceánico y desestimando literalmente el principio de la “unión hace la fuerza”.

Fue aquella una época de desaciertos políticos, cuando explotó en facciones la aspiración republicana que animó a los movimientos de la Independencia. La desintegración de la América Central se produjo en forma tan aparatosa como la erupción del volcán Cosigüina en 1835, cuya investigación póstuma fue también objeto de estudio por el mismo capitán Belcher. Con su inesperada violencia el volcán pareció también contribuir al final de una época trascendental en la historia del istmo, región que desde entonces ha permanecido al rojo vivo, como la incandescente lava que sangra de sus cráteres.

¹⁶ Ignoraba Belcher que entre el Estero Real y el Lago de Managua se interponía una llanura de 30 kilómetros de longitud y que un trazo más conveniente, (la mitad más corto), era el comprendido entre el lago y el estero del Tamarindo.

CAPITULO XX

Cosigüina: Un ensayo del juicio final

La erupción más grande ocurrida en las Américas en la época histórica. —Antes y Después de las tinieblas. —Crónicas de los pueblos afectados. —Exploradores visitan el volcán. —Conclusiones científicas sobre el fenómeno.

La última incursión terrestre realizada por el capitán Belcher en Nicaragua fue la exploración de Cosigüina, volcán que tres años antes de su visita estremeció la ya convulsa tierra centroamericana con la más portentosa explosión ocurrida en Hispanoamérica en tiempos históricos. Vulcano destapó su fragua con una erupción tan memorable que en Nicaragua sirvió para dividir la Historia en A.C y D.C: Antes de Cosigüina y Después de Cosigüina; narración de tal dramatismo como para sellar con ella esta historia tricentenaria de viajes y descubrimientos.¹

“No hay en todo el continente —escribía Squier— ni quizá en el mundo entero una extensión de tierra igual a Centro América que, como ésta, contenga tantos volcanes en actividad o apagados, ni que presente tantos vestigios de convulsiones plutónicas”.²

El siglo XIX en Nicaragua fue abundante en erupciones, incluyendo entre ellas el nacimiento del nuevo volcán Cerro Negro, la formación del activo cráter Santiago, el despertar histórico del cono de Ometepe, repetidas manifestaciones en el Momotombo y, sobre todas, la insólita y por-

¹ A partir de 1840 se inicia la edad de oro de las narraciones del siglo XIX por parte de una nueva generación de viajeros, arrancando con los diplomáticos norteamericanos Stephens y Squier y terminando con los ingenieros que trazaron la ruta interoceánica por Nicaragua.

² E.G. Squier: “Nicaragua...”. Capítulo XIX, p. 423.

tentosa erupción del Cosigüina en 1835. Junto con las explosiones de los volcanes Tambora y Krakatoa en Indonesia fue considerada como una de las manifestaciones telúricas más violentas del planeta en el registro histórico.

La erupción del Cosigüina, “[...] un fenómeno verdaderamente extraordinario que acaso no se repita en la historia de los siglos”, según comentaba uno de los testigos del evento, mereció en efecto varios comentarios entre los geógrafos del siglo pasado: Balbi en su *Geografía Universal* afirma que “[...] jamás había estornudado la tierra con mayor estrépito”. Eliseo Reclus afirma que Cosigüina era citado, antes de producirse la gran erupción de Krakatoa en 1883, “[...] como ejemplo de las más formidables catástrofes causadas por el desprendimiento repentino de gases aprisionados dentro de una montaña”.



Figura 72.- Erupción del volcán Cosigüina en 1835. (Revista del Pensamiento Centroamericano. No. 185)

El geólogo alemán Karl Sapper —considerado con el padre de la vulcanología centroamericana— quedó sorprendido por el índice de explosividad de los volcanes de Nicaragua. La relación que obtuvo entre el número y espaciamiento de los centros volcánicos y el volumen de materiales arrojados por los mismos sirvió a Alfred Ritter, otro reconocido vulcanólogo, para proclamar a Nicaragua como el país más explosivo del mundo!³

Geografía del Cosigüina

El volcán Cosigüina, denominado en las viejas cartas náuticas como Jilotepe, (*“cerro de los chilotes”*, en náhuatl), ocupa el extremo occidental de Nicaragua. Se levanta en una península que penetra notablemente en el golfo Chorotega o de Fonseca. Para los viajeros modernos que arriban al país volando desde esa dirección, la visión de la península y del volcán que guarda la entrada del golfo representa la primera impresión del territorio nicaragüense. Casualmente el origen del nombre, (que deriva de la lengua maya-matagalpa, *cozil*, “guardián” y *güina*, “pueblo”), parece aludir a la posición estratégica de la península.⁴

El volcán es un bajo cono truncado que alcanza en su punto culminante los 859 metros de altura sobre el nivel del mar. Es todo lo que quedó después de la explosión y colapso de su antigua cumbre a consecuencia de la extraordinaria erupción de 1835, considerada por los geógrafos de aquel tiempo como “[...] el estornudo más violento de la Tierra”.⁵

El cono decapitado que hoy señorea la península encierra en su parte superior un gigantesco cráter de 2,000 metros de diámetro, de bordes aserrados y paredes verticales que se desploman 500 a 700 metros en el abismo. A mitad del precipicio se aferran bosques, ahí donde la pendiente permite a los árboles sostenerse en precario equilibrio.

Una hermosa laguna de color azul turquesa yace en el fondo, con el eje mayor de 1,500 metros de longitud orientado de este a oeste. Al pie

³Según el Catálogo de Volcanes Activos de la Smithsonian Institution (1981), se han registrado en los últimos años un promedio anual de 50 a 60 erupciones por todo el globo terrestre. Contrario a las predicciones de Sapper y de Richter, los volcanes holocénicos de mayor explosividad parecen estar en Indonesia y Nueva Zelanda; sin embargo, se reconoce que no se han realizado medidas de igual confiabilidad en todas las fajas volcánicas del planeta.

⁴Ver *“Semántica Náhuatl Nicaragüense de las Montañas, Cerros y Volcanes de Nicaragua”*, artículo de Alejandro Dávila Bolaños en Revista Conservadora No. 81. Managua, junio 1967. En las lenguas lenca y matagalpa *“güina”* es un término genérico con significado de gente, grupo, tribu o poblado. Si el antiguo nombre es Quisigüina, (tal como lo menciona Belcher citando el diario de Mr. Bridge), el vocablo sería de entera raíz matagalpa y significa *“poblado de cusucos”*.

⁵El récord fue superado después por la erupción de Krakatoa (Indonesia) en 1883 y por la de Katmai (Alaska) en 1912.

de la pared del sur existe un “revenimiento” de tierra y rocas que llega hasta el borde del lago o la “playa”, si es que así se puede llamar al escarpado límite entre el acantilado y la superficie del agua. En la base del farallón oriental flota una masa blanca de piedras pómez, no lejos de donde brotan algunas fumarolas. Se estima que la profundidad de la laguna supera los cien metros, siendo la temperatura promedio de sus aguas de unos 28° centígrados.

La laguna de Cosigüina fue formada después que la gran erupción dejó abierto y ensanchado el cráter. Edward Belcher exploró la cumbre del volcán, cuatro años después de ocurrido el fenómeno, reconociendo un depósito incipiente en el fondo del cráter todavía humeante. El tazón ha venido captando desde entonces las aguas que se infiltran por las porosas laderas y bases del cerro —manteniendo la laguna a 170 metros sobre el nivel del mar— como si fuese un gran pozo. Sorprende saber que en sus aguas existen peces transportados, posiblemente en etapa de huevo, en las patas de las aves que descienden a pescar en ellas.

Visto desde el exterior el volcán tiene la forma de una loma abultada. Sus bases están cubiertas por bosques, pero en el tercio superior crecen los zacatales hasta llegar al propio brocal donde el terreno se desploma.

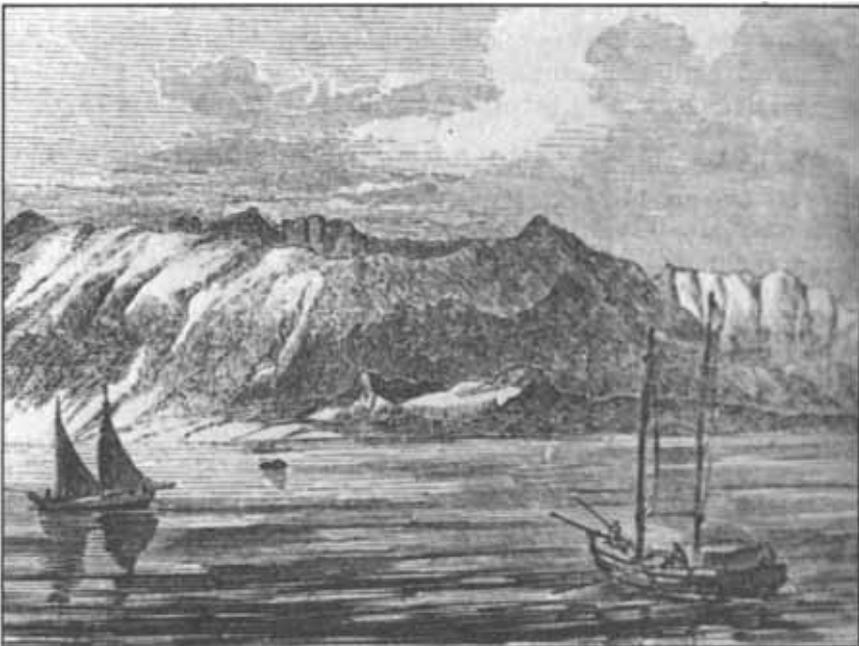


Figura 73.- El truncado cono del volcán, dibujado por Squier, quince años después de ocurrida la magna erupción. Al pie figura el aterrado cráter adventicio de Las Pozas.



Figura 74.- Perfil del volcán Cosigüina, observado a través del golfo de Fonseca por el geólogo alemán Karl Von Seebach, treinta años después de la erupción.

ma verticalmente dentro de la oquedad. En el presente siglo el cráter ha continuado ensanchándose debido al desprendimiento de masas rocosas, que en tremendos aludes se precipitan guindo abajo durante los sacudimientos telúricos frecuentes en el área. Cerca del borde sudeste se observa una definida falla semicircular que demarca el próximo desplome; el último de los cuales tuvo lugar en agosto de 1951, desencadenado por un terremoto cuyos efectos se sintieron alrededor del golfo de Fonseca.

El cono de Cosigüina está encerrado a su vez dentro de una caldera *osoma*, (cuyo borde remanente es posible observar al oeste del actual cráter), tal como la reconocieron los geólogos alemanes Seebach y Sapper. Comparando dimensiones, el presente cráter parece más bien pequeño dentro de la caldera que lo circunvala, cuya existencia sugiere una preterita y posiblemente más poderosa erupción.

Alrededor del Cosigüina se encuentran estructuras menores que revelan el carácter activo de un vulcanismo más remoto. Hacia el norte, no lejos de la hacienda Las Pozas, figura el pequeño cráter plano El Barranco, colmado por las cenizas arrojadas en 1835. Por el este asoma una vieja estructura erosionada, la loma de San Juan, en donde apenas se distinguen antiguas coladas de lava. Al sur se levanta un par de conos adventicios, Los Chanchos. Hacia el oeste, mordido por los farallones que caen al golfo, se observa el remanente casi borrado del cráter llamado La Salvia.

El cerro de la isla

Todas las estructuras visibles y erosionadas de la península de Cosigüina emitieron en su tiempo sucesivas capas de lava y ceniza, que pue-

den observarse en la actualidad en el corte perpendicular de cien metros de los llamados *Farallones*, frente al golfo de Fonseca. La verticalidad de estos precipicios y la falta de taludes indican que la península surgió del mar en época relativamente reciente como labio levantado de una falla, posiblemente a consecuencia de repetidos terremotos, convirtiendo la península en una meseta con ligero buzamiento hacia el este.

El origen submarino del volcán Cosigüina fue postulado por el geólogo John Crawford. El alzamiento “de golpe”, como diría el geógrafo francés Pablo Lévy, sorprende; su proyección geológica reciente está confirmada por la falta de procesos erosivos, derrumbes y taludes frente al mar, situación excepcional si se tiene en cuenta la gran precipitación (2,000 mm anuales) del área y lo deleznable de los suelos volcánicos sometidos a torrentosas lluvias. La propia Punta Cosigüina o Cabo Fermo-so, (como aparece en las viejas cartas náuticas), remate angular de la península, apuntala un rápido movimiento de emersión litoral.⁶

En base a estas consideraciones se supone que la actual península de Cosigüina fue en sus inicios una isla, por cierto la mayor en el golfo de Fonseca. A medida que emergía del mar, su entabladura fue conectando con la tierra firme hasta quedar incorporada como península. Es probable que los materiales arrojados tan copiosamente por el volcán en 1835 contribuyeran a sellar la soldadura definitiva con el continente. El cuello de 10 Kms de longitud que sirve de conexión se levanta tan sólo cinco metros sobre el nivel del mar, entre el Pacífico y el golfo, acometido a su vez por las digitaciones de los esteros que avanzan tierra adentro desde orillas opuestas.

El carácter insular históricamente reciente de Cosigüina es referido en varios escritos del siglo pasado, y aún antes. En 1527, por ejemplo, el alcalde mayor de Nicaragua, Francisco Castañeda, envió al capitán Hernando de Soto “[...] a pacificar 5 ó 6 islas del Golfo, incluyendo la isla de Cosigüina”. En 1586 el cronista Cibdad Real arrió a su costa norte —durante el viaje de regreso de fray Alonso Ponce— dudando de si aquella tierra era una península o más bien una isla. Un siglo después, en 1684, el barco pirata de William Dampier penetró en el golfo, después de voltear por Cosigüina, “[...] una punta alta y redonda que vista desde el mar parece un isla, y es así porque las tierras de su alrededor son muy bajas”.⁷

⁶ Ver el artículo de J. Crawford citado en la Bibliografía del capítulo. Muestras de microfauna marina fósil, recogidas en la parte superior del acantilado, fueron datadas en no más de diez mil años.

⁷ La cita de Castañeda se encuentra en DHN. Tomo V. p 570. Ver también: *Piratas en Centroamérica. Siglo XVII: William Dampier*, p. 164, traducido por Luciano Cuadra y publicado por el FPCBA en Managua.

Aunque Dampier no verificó la existencia de algún estuario que separara la isla del continente, es posible que Cosigüina haya permanecido como ínsula hasta que la erupción de 1835 cerró el supuesto estrecho, al igual que cegó temporalmente con abundante lluvia de cenizas el vecino delta del Estero Real. En la crónica de Comayagua, que describe el evento, se lee al respecto: “[...] la erupción ha sido de un cerro en una isla nombrada Cosigüina”.

Existen algunas vagas nociones sobre el estado del volcán antes que esta última manifestación geológica desfigurara el cono. Aunque Eliseo Reclus menciona en su *Geografía Universal* que la altura original del volcán era superior a los 2,000 metros —posiblemente copiando a J. Macpherson— tal elevación parece improbable considerando la actual figura deprimida que tiene, (tanto que algunos geólogos lo clasifican como volcán-escudo), y la proyección de su perfil extrapolado que remataría en una hipotética cumbre no mayor de 1,200 metros de elevación.

La falta de una figura cónica en Cosigüina, (la cual aparece en varios volcanes activos de América Central), y su aparente quietud, daban a entender que se trataba de un cerro tranquilo, una loma elevada, a los confiados habitantes que vivían en los alrededores. Cuando Karl von Seebach recabó ciertos datos de la erupción, algunos testigos presenciales de la misma le afirmaron que Cosigüina “[...] era entonces más elevado que hoy y no representaba un cono, sino más bien una cima arqueada y redonda, que no era considerada como un volcán”.⁸

No obstante la forma poco sugestiva y el aspecto apacible que tenía antes de 1835, el volcán presentaba cierta actividad hidrotermal en los contornos. Dampier menciona una fuente de aguas termales que bajaba de la ladera noreste, la cual siguió brotando aún después de la erupción, según la descubrieron Belcher en 1838, Wells en 1844, Dollfuss y Montserrat en 1865 y Sapper en 1897, con la salvedad que estos viajeros la ubican cerca de la loma San Juan, tal como la señaló Wafer —compañero de Dampier— quien menciona un arroyo de agua caliente que “[...] salía de la colina que no era un volcán”.

El primitivo cráter del Cosigüina no medía “[...] las mil varas de circunferencia”, según una de la crónicas de la erupción. Este dato parece confirmarlo la proyección a gran altura de una gigantesca nube en forma piramidal, observada en el momento inicial de la explosión, con el vértice descansando sobre el cráter, señal de una constreñida expansión de gases y cenizas a partir de una abertura muy angosta.

⁸ Karl Seebach: *Ueber Vulkane Centralamerikas*. p. 96-111. Göttingen, Alemania, 1892.

Charles Darwin y los enigmas del volcán

Otras circunstancias no bien esclarecidas se refieren a supuestas erupciones del Cosigüina, previas a la gran explosión de 1835.

Un geógrafo salvadoreño (David Guzmán) escribió en 1883 sobre una posible erupción del Cosigüina como acontecida en 1522, fenómeno que Pablo Lévy atribuye al Conchagua, volcán situado en el otro extremo del golfo. Ambos autores cometieron el error de citar como testigo al conquistador Gil González, quien no arribó a Nicaragua sino hasta el año siguiente; tampoco excursionó tan lejos como para haber observado a cualquiera de ambos volcanes. Su piloto explorador Andrés Niño, quien descubrió el golfo de Fonseca en marzo de 1523, no refiere haber visto ninguna manifestación volcánica en los alrededores del golfo.⁹

John Crawford, sin citar fuentes, reporta que Momotombo y algunos volcanes en el occidente de Nicaragua, incluyendo Cosigüina, estaban en erupción en 1609. El cronista colonial Francisco Vázquez menciona que alrededor de esa época los habitantes del Valle de Olancho observaron “[...] globos de fuego” y que una lluvia de azufre y ceniza cayó sobre el poblado. Sin embargo, otro cronista, Antonio Vázquez de Espinosa, quien arribó a Nicaragua por el golfo de Fonseca en 1613, no mencionó Cosigüina cuando se refería a los volcanes activos del país; ni observó evidencias que permitan sospechar de alguna erupción coetánea a su paso por el territorio vecino al golfo.¹⁰

Alexander Calcleugh, sin ofrecer mayores referencias, cita dos erupciones del volcán como previas a la gran conmoción de 1835. Da como años 1709 y 1809. El historiador guatemalteco Batres Juárezgui concretamente menciona que el 28 de marzo de 1809, “[...] el volcán había presentado otra explosión, no tan terrible como la descrita” (en 1835).¹¹

Recientemente Alain Creusott-Eon escribió sobre las erupciones previas del Cosigüina, basándose en estudios estratigráficos que indicaban la producción anterior de espesos lahares y avalanchas ardientes. Sugiere la existencia de una laguna en la cumbre del volcán antes de

⁹ Las aseveraciones de Guzmán y Lévy fueron tomadas por Montessus de Ballore para inscribir las dos erupciones apócrifas, atribuidas a ambos volcanes en 1522, en su catálogo: *Tremblements de terre et eruptions volcaniques au Central Amerique*, publicado a finales del siglo pasado.

¹⁰ J. Crawford: “List of the most important volcanic eruptions and earthquakes in Western Nicaragua within historic time”. *The American Geologist*. August 1902. p. 111.

¹¹ A. Calcleugh: “Some accounts of the Volcanic eruption of Coseguina”. *Phil. Trans. Roy. Soc. London*. Part 1. p. 27-30, 1836. Ver también Batres Juárezgui: *La América Central ante la Historia*. Vol. I. Guatemala. Resulta curioso que las erupciones previamente atribuidas a Cosigüina por Crawford, Calcleugh y Batres en 1609, 1709 y 1809 se hayan repetido exactamente cada 100 años, lo cual permite sospechar que una o quizás dos de esas fechas son erróneas.

1835 e indica que el método del carbono-14 aplicado a las muestras recogidas sobre el terreno permitió fechar unas erupciones, de magnitud considerable, alrededor de 1500 y 1680. No obstante lo aseverado por Creusott-Eon, hay falta de mención de los efectos de esta última erupción por parte de Dampier y Wafer quienes visitaron la península en 1684.¹²

El gran naturalista inglés Charles Darwin menciona, a propósito de la famosa erupción, que el Cosigüina había estado dormido por 26 años, con lo cual reafirma claramente que el volcán había presentado algún tipo de erupción o manifestación previa en el año de 1809. La intervención del sabio naturalista en la discusión resulta oportuna porque señala que el fenómeno de 1835 se repitió simultáneamente en otros dos volcanes de la cordillera de los Andes. El autor de la Teoría de la Selección Natural, que a la sazón navegaba frente a la costa de Chile —durante su famoso viaje alrededor del mundo a bordo del *Beagle*— fue testigo de una de esas coincidencias, según lo expresa en el siguiente párrafo:

“En la noche del 19 (enero de 1835) el volcán Osorno estaba en actividad. A medianoche el centinela observó algo como una gran estrella, que gradualmente aumentaba de tamaño, hasta alrededor de las tres de la mañana, cuando presentó un espectáculo magnífico... Me sorprendí al conocer después que el Aconcagua en Chile, cuatrocientas millas hacia el norte, entró en actividad esa misma noche, y mi sorpresa fue más grande cuando supe de la gran erupción de Cosegüina (2,700 millas al norte de Aconcagua), que se presentó acompañada por un terremoto que se sintió en más de 1,000 millas alrededor; la cual ocurrió apenas 6 horas después en el mismo día”.¹³

Salvo que el Aconcagua nunca ha presentado erupción en época histórica y que ningún terremoto se sintiera en un radio de mil millas del Cosigüina, la observación hecha por Darwin sobre el volcán Osorno, como sucedida en la víspera de la erupción del volcán nicaragüense, es verídica. No obstante, el volcán chileno había estado activo desde noviembre del año anterior. Más interesante resulta la reactivación del volcán Purace en Colombia que despertó cuando Cosigüina amainó su furia y que desde esa época ha presentado cierta actividad con intermitencias.

Darwin creía en la posibilidad que los “fuegos” volcánicos estuviesen comunicados por debajo de la tierra, no importando la distancia que los separaba sobre la superficie:

“Es difícil conjeturar si esta coincidencia fue accidental, o demuestra alguna conexión subterránea. Si el Vesubio, el Etna y el Hecla en Islandia (todos relativamente más próximos que los puntos mencionados en Suramérica), repentinamente hicieran explo-

¹² Ver reportes de Allain Creusott-Eon en el “Informe Anual del Banco Nicaragüense” de 1975 y 1976. Managua.

¹³ Charles Darwin: *The Voyage of the Beagle*. Chapter XVI. Esta y la siguiente cita aparecen en las páginas 294 y 353 de la edición Doubleday Anchor Book, The American Museum of Natural History.

sión en la misma noche, la coincidencia sería considerada como notable, pero le es aún más en este caso, donde los tres vórtices están sobre la misma gran cadena montañosa".

Cuando el explorador austríaco Carl Scherzer exploró el volcán Cosigüina, veinte años después de la famosa erupción, obtuvo cierta información sobre los pródromos de ese acontecimiento: un antiguo habitante de la región le informó que antes de aquel fatídico año se escuchaban frecuentes ruidos subterráneos, algunas veces tan fuertes como para alertar de un posible despertar del volcán. A finales de 1834 se sintieron pequeños temblores en Chinandega, acompañados por retumbos, los cuales continuaron por algunos días sin excitar mucho la atención, hasta mediados de enero cuando cesaron súbitamente. El volcán quedó sumido en el más profundo reposo. Casi nadie sospechó entonces que Cosigüina estaba listo para desencadenar en breve lapso la más espectacular erupción que iba entonces a registrarse en el continente americano desde la época del descubrimiento.

Cronología de las tinieblas

Los pródromos que anunciaron la inminencia de la erupción del volcán Cosigüina se manifestaron por primera vez en la madrugada del martes 20 de enero de 1835. Como caso insólito, no fueron advertidos en el área inmediata al volcán, en el contorno del golfo de Fonseca, sino más bien a distancia de algunas leguas tierra adentro. A las cuatro de la mañana se había escuchado un retumbo en Olancho, situado a 270 kilómetros al noreste del volcán, que fue sentido como el estruendo de un cañonazo. Otros retumbos se percibieron en Comayagua a partir de las cinco de la mañana de ese mismo día. Obviamente procedían del sur, pero no se atinaba su causa. Un poco antes de las ocho de la mañana un temblor se sintió en Tegucigalpa, fenómeno poco común en esa ciudad enclavada en medio de montañas en el interior del Honduras.

No se sabe el momento exacto cuando se inició la erupción. En Choluteca afirman que fue a las 6 de la mañana; en Nacaome lo ubican a las 6.30. Un informe de La Unión, al otro lado del golfo, lo menciona entre las 7 y las 8, pero en el pueblo vecino de San Miguel, y en especial los habitantes de la Isla del Tigre a sólo 30 kilómetros de la península de Cosigüina, fijan las 8 de la mañana como la hora del gran retumbo ensordecedor, la explosión inicial con que dio comienzo la erupción.

Aparece luego una gigantesca nube sobre la cumbre del cerro, la cual se proyecta hacia arriba hasta alcanzar gran altura. Con la figura de un inmenso hongo se va expandiendo a medida que los materiales lanzados

tras la detonación se dilatan en el espacio. El temblor que lo acompaña y el gran retumbo que sigue ponen en alarma a los sorprendidos moradores de la isla; los obliga a salir de sus casas para contemplar atónitos el desarrollo de un extraordinario fenómeno.

La nube, descrita como una gran pirámide invertida según es observada desde El Tigre, se desenvuelve en medio de relámpagos, dejando caer una oscura lluvia de arena sobre las laderas del cerro. En su desarrollo la masa va cambiando de colores: primero blanca, luego gris con tonalidades amarillentas y finalmente rojizas. Culebrinas de fuego surcan entre las volutas. El asombro inicial por aquella exhibición pirotécnica se va tornando poco a poco en temor, luego en terror: ¡El cerro Cosigüina es un volcán que revienta en erupción!

Cuando algunos habitantes de Choluteca, pueblo hondureño distante 50 kilómetros en línea recta del teatro de los acontecimientos, escucharon el terrible estruendo y vieron levantarse sobre el horizonte sur la columna de humo de cambiantes contornos y coloraciones, subieron a la torre de la iglesia para determinar la procedencia del fenómeno. Para entonces la nube había alcanzado una altura considerable y un nuevo ramal se desprendía de su base proyectándose horizontal sobre la superficie del golfo. Esta bifurcación, producida obviamente por una explosión lateral, fue también reportada desde Nacaome y La Unión, pueblos donde ya no cabía la menor duda sobre la producción de un paroxismo volcánico al otro lado del golfo. La espesa nube se veía continuamente iluminada por relámpagos; parecía avanzar con el impulso de los retumbos que le añadían nuevas bocanadas de oscuros gases y cenizas. Cortinas grises se desprendían de su seno, descargando lluvias de un material descrito como granizo.

Una vez tapado el sol, la nube avanzó amenazante ensombreciendo el ámbito del golfo. En la isla del Tigre comienzan a caer piedritas del tamaño de un cacao grueso, pero con aspecto de pómez. Llovieron también materiales del tamaño de garbanzos y algunos “[...] hasta de las dimensiones de un huevo de gallina”. A las 9.30 el “aguacero” de tierra estaba en su apogeo y se llegó a pensar que la isla se hundiría por los continuos temblores y retumbos que acompañaban al fenómeno. Tras cada trepidación venía el trueno.

A las 10 de la mañana la oscuridad se incrementó tanto que en Nacaome, pueblo hondureño a 80 kilómetros al noroeste del volcán, se hizo necesario encender candelas y ocotes; en El Tigre ya no se veía nada a la distancia de diez pasos. A las 11 todo el golfo estaba sumido en espesas tinieblas, las que no se disiparían por las siguientes 43 horas. En

ese momento comenzó a caer una ceniza blanca, impalpable como la harina.

El cielo entero se tornó opaco, la oscuridad avanzó de sur a norte tierra adentro. A mediodía el sol queda eclipsado en Tegucigalpa, en el corazón del Estado de Honduras. La gran altura alcanzada por la “nublazón” facilita el esparcimiento de las cenizas sobre los Estados de El Salvador y Guatemala, donde al comienzo de la tarde el cielo se mostraba tan opaco y sombrío como en un crudo día de invierno.

A las 2 de la tarde reinan completas tinieblas en El Tigre, Nacaome, Goascorán y La Unión, acompañadas por una lluvia espesa de arenas y cenizas. Continúan los retumbos y las detonaciones del cerro en medio de aterradora oscuridad. Es el Día del Juicio, piensa la gente atemorizada. En Nacaome se organiza una procesión de rogativas, que se mueve a la luz mortecina de hachones y candelas, bañada por una lluvia persistente de polvo calcinado que atosiga y asfixia. Los temblores prosiguen sin dar tregua. A las 3 ha oscurecido totalmente en el pueblo salvadoreño de San Miguel, bajo una lluvia copiosa de cenizas y polvo finísimo. Un temblor largo y fuerte hace caer de rodillas a los penitentes durante una procesión de rogativas que circulaba por las calles del pueblo, donde no se percibirían objetos cercanos por las siguientes 16 horas.

A media tarde hay oscuridad en Tegucigalpa, descrita como una noche con luna opaca. Comienza a caer una arena menuda, casi ceniza, dejando calles y tejados cubiertos por un sudario de polvo. El mismo fenómeno se reporta en Comayagua, en Olancho y aun en la lejana Guatemala. Los retumbos se escuchan sin cesar al atardecer, por el resto de la noche y el día siguiente.

Alrededor de las 4 de la tarde del 20 se sintió un fuerte temblor en el puerto de La Unión, que se repitió en cada hora, siempre seguido por un retumbo. Se habla de una “lluvia fosfórica” que continuó hasta el anochecer y no cedió sino hasta las 8 de la noche. La tarde en Choluteca fue favorecida en cambio por un viento del norte que se opuso al avance de la lluvia de arena, cayendo más bien un polvo blanquecino y grasoso. En esa población la luz se había reducido a la intensidad del anochecer pero sin que señorearan las tinieblas. También se sintieron temblores pequeños y uno que otro grande. Al caer la noche en Nacaome cesó un poco el tormento de la arena, facilitando la respiración a los sofocados habitantes; el suelo alrededor se encontraba sepultado bajo tres pulgadas de polvo.

La noche fue tenebrosa en Comayagua y Tegucigalpa, pero más en los pueblos alrededor del golfo, donde no se experimentó transición en-

tre la tarde y la noche; en todo el lapso persistieron las tinieblas. La noche fue fría y oscura en la cálida Choluteca; en el cielo norte se vio una claridad rojiza semioculta por jirones de nubes negras. A las 8 cayó un polvo pesado sobre La Unión, pero tan fino como harina floreada. La “oscurana” continuó por la noche en medio de rayos, truenos y relámpagos. Como a las 11 se sintió un temblor fuerte en Nacaome, precedido por retumbos y fuertes detonaciones.

En todo el territorio salvadoreño la noche fue también oscura; en la ciudad de Guatemala apenas se percibía el brillo mortecino de las más brillantes estrellas. Algunos creyeron que el volcán Izalco era el causante de la erupción; otros hicieron notar que un cometa pasaría ese año cerca de la Tierra; los más crédulos se aprestaron con oraciones y penitencias a esperar el fin del mundo y consideraban aquella noche como la víspera del juicio final. A eso de la una de la madrugada se escuchó en Guatemala un ruido semejante a una descarga de artillería; los puestos militares fueron alertados para una posible defensa de la ciudad.

Los días azufrados

En los alrededores del golfo se sintieron varios temblores en la madrugada del día 21, siempre acompañados por retumbos. Como a las tres, una brisa del noreste vino a disipar un poco la oscuridad en la isla del Tigre, de modo que al amanecer fue posible distinguir algunos objetos a pocos pasos de distancia. En Choluteca amaneció el día en penumbra, con una claridad semejante “[...] a la luna opacada en cuarto creciente”, pero el sol no se vio en toda la mañana. A mediodía apenas se columbraba el disco entre la espesa polvareda. También en Nacaome la atmósfera estaba recargada de materias volcánicas en suspensión que impedían el paso de los rayos solares, mostrando el astro del día una faz opaca y azufrada. El día 21 fue como nublado en Tegucigalpa; el sol apenas alumbraba con luz mortecina. Ese mismo día semejaba una noche de luna en San Miguel. Se reporta la presencia de polvo y ceniza sobre el camino que va a San Salvador y se atribuye la erupción al volcán San Vicente.

Guatemala amaneció el 21 con una “nublazón” como de lluvia; el horizonte estaba “[...] como cuando labradores hazen quemazones de cortando las montañas”. El alcalde de Cobán reportó que amanecieron los techos y el campo cubiertos de ceniza, que continuó cayendo hasta el 27. En Sololá se ignoraba la procedencia de la erupción, que se suponía distante. Se escucharon fuertes truenos y la atmósfera estuvo impregnada por varios días de “[...] un olor a azufre tan fastidioso que a veces embazaba la respiración”. La lluvia de cenizas y la opacidad de la atmósfe-

ra se incrementaron en todo el Estado de Guatemala en la tarde del 21; los efectos se hicieron más palpables a las 30 horas de iniciada la erupción. A las 2 p.m. el horizonte estaba cubierto por una especie de humo denso y no se experimentaba el calor del sol; a las 4 apenas se descubría su disco con mucha opacidad.

Los temblores no cesaban y continuaron atemorizando a las poblaciones que circundaban el golfo. A eso de las tres de la tarde se sintió un sismo muy fuerte que volvió a traer una nueva lluvia de arena y oscuridad sobre la isla del Tigre. Aumentaron las tinieblas por el resto de la tarde. El viento había cesado del todo, contribuyendo al estancamiento de la agobiante situación. La tormenta continuó sobre Nacaome y La Unión entre sacudidas y retumbos que se prolongaron por toda la noche. Al filo de las doce un poco de viento trajo una escasa garúa sobre Choluteca, que mezclada con arena y ceniza hizo llover polvo húmedo. Pasada la “ciclampa” continuó la caída de polvo, ya seco, en forma abundante hasta las 4.30 de la madrugada siguiente.

Al amanecer del día 22 el suelo de Nacaome estaba cubierto de 4 ó 5 pulgadas de polvo. Todavía se experimentaban temblores y escuchaban retumbos, pero a medida que avanzaban las horas los fenómenos comenzaron a disiparse. Hubo claridad en La Unión pero sin sol; el día fue opaco y el viento levantaba molestas tolveneras. Hacia el medio día los temblores y retumbos habían cesado. A esa hora el viento norte trajo lluvia sobre Olancho y se lavaron parcialmente tejados y campos de las cenizas que los cubrían. La claridad aumentaba a medida que avanzaba la tarde. En Nacaome se observa el crepúsculo vespertino y hasta aparecen algunas estrellas en el firmamento. En El Tigre la creciente claridad da esperanzas; la lluvia de arena ha cesado, la noche se pinta prometedora. Todos creen que la erupción ha terminado y comienzan a alabar a la Divina Providencia. Muchos logran conciliar el sueño después de tantas horas de vigilia y angustia. Reviven las esperanzas... ¡pero hasta las doce!

Los estornudos más fuertes de la Tierra

El volcán Cosigüina no quería morir sin antes exhalar su último estentor. A los quince minutos pasada la medianoche, en el día 23, lanza una terrible explosión. “Un retumbo tan enorme que no tiene comparación” —informan desde El Tigre— seguido por un ruido que parecía la avalancha de un río. Al estruendo sigue otro, y otro, y así en cadena ininterrumpida, como detonaciones de sucesivos cañonazos.

“Siguió un temblor fuerte —dicen de Nacaome— que presagiaba una nueva erupción”. En pocos minutos se elevó una oscura nube como sinies-

tra sombra que se destacaba en la semiclaridad de la noche. Cada temblor era seguido por un trueno, todo en cortos intervalos. Volvió a llover arena copiosamente en El Tigre, Choluteca, Nacaome, Goascorán y La Unión. La nube se extendió amenazante hacia occidente y cuando pasó sobre San Miguel “[...] parecía la mar que avanzaba tragándose el firmamento”. El cielo nocturno se ennegreció más, surcado de relámpagos y truenos ensordecedores.

La intensidad de esta nueva explosión fue de tal magnitud que la onda sonora cruzó por todo el Estado de Honduras y en Omoa, sobre la costa caribe, despertó a la población. La gente creyó de momento que alguien había dejado escapar un cañonazo desde la vieja fortaleza. Un poco más lejos, en Belice, los estruendos fueron escuchados con tal magnitud que la población los atribuyó a cañonazos procedentes de algún barco que pedía auxilio en alta mar; en consecuencia el superintendente ordenó contestar con los disparos de rigor en señal que enviaría refuerzos. En Petén se creyó que los esclavos de la colonia británica se habían sublevado y tomado el puerto. El coronel Juan Galindo, que se encontraba esa noche en el río Polochic cerca del lago Izabal pensó que el comandante del puerto, en estado de ebriedad, había ordenado descargar la fusilería ¡saludando el día de su cumpleaños!

Los ruidos ensordecedores de las explosiones continuaron escuchándose durante toda la madrugada del 23, a la vez que aumentaba la tormenta de polvo. La nube oscureció de nuevo el golfo sin dar paso al crepúsculo. Las sombras, según un informe de Choluteca, eran más tenebrosas “[...] que la noche más oscura de un novilunio de octubre”. El viento y la arena siguieron atormentando a los habitantes por las siguientes diez horas. Los pastos se perdieron, los caminos se borraron, los ríos se consumieron. “Fue el día más aciago para nosotros —comentaban los cholutecanos— como el del juicio”.

En Nacaome alcanzó la oscuridad su clímax a las 8.30 de la mañana del día 23. La gente consideró llegada su última hora; marcharon a la casa cural confesando los pecados a gritos y pidiendo al sacerdote la pronta absolución de sus faltas. En Olancho, trescientas parejas que vivían amancebadas corrieron presurosas en busca del clérigo para arreglar cuentas con la iglesia.

El cielo estaba cerrado por todos lados, iluminado por breves segundos con los destellos de los relámpagos. En Goascorán la tierra caída del cielo formaba una capa de dos palmos de grueso. En San Miguel las tinieblas eran impenetrables; por la tarde la ceniza se acumulaba en espesores de dos a tres pulgadas.

Hubo caída de cenizas en Verapaz, Izabal, Omoa y Trujillo, que vinieron a confirmar a los habitantes de esos lugares que se trataba de la erupción de un volcán situado hacia el sur. En San Salvador se culpó al San Vicente; se dijo que toda la industria del añil estaba perdida y que más de cuatrocientas mil personas habían perecido, tan grandes fueron las “bolas” que corrieron en aquellos inexplicables días. Todo el Estado de El Salvador permaneció sumido en la oscuridad durante los tres días de la erupción. Al final de la misma habían caído 4 pulgadas de cenizas en San Miguel; las ramas de los árboles se quebraron bajo el peso acumulado y la gente de la localidad estaba tan empolvada que casi no se reconocía entre sí.

Las explosiones continuaron escuchándose por seis o siete horas consecutivas después de haberse producido la explosión clímax. El explorador Scherzer reporta que en la ciudad de Guatemala, a 400 kilómetros del volcán, las ventanas trepidaban con cada detonación. En Cobán “[...] los retumbos eran tan fuertes y extraordinarios que parecían descargas de artillería de diversos calibres”, reza un informe local. La lluvia de polvo fino fue avanzando hacia el oeste cubriendo las regiones de Quezaltenango, Totonicapán y Huehuetenango. En San Marcos, cerca de la frontera mexicana, la caída de polvo fue tan notable que llegó a pensarse que había reventado el volcán vecino a Quetzaltenango. La caída de cenizas se hizo sentir aún más adelante, en Soconusco y Chiapas, a más de 700 kilómetros del Cosigüina.

En sentido contrario, hacia el sureste, la tormenta volcánica fue experimentada con menor intensidad, a causa de la dirección de los vientos. En Costa Rica hubo un poco de oscuridad; algo de polvo cayó a partir del día 23, “manchando la ropa que estaba tendida en los patios” de San José.

Las ondas producidas por las explosiones rebotaron en la atmósfera y fueron percibidas en lugares muy distantes del volcán.

El coronel Galindo escribiría sobre los efectos en Jamaica:

“En Kinston y otros pueblos sureños de Jamaica, a más de 800 millas del Cosigüina se supuso que el estruendo procedía del navío británico Fly, que había zozobrado en Pedro Bank, pero las cenizas que después cayeron probaron rápidamente que un volcán era el causante de la conmoción. En Santa Marta, Nueva Granada, el ruido fue atribuido a los cañonazos de algún navío que pedía socorro. El capitán M^cQuhae que comandaba el Fly, anclado en el puerto de Cartagena, temió que el fuego procediera de algún buque en demanda de auxilio. Cada quien sospechaba que el estruendo se originó en alguna inmedia vecindad”.¹⁴

¹⁴ Juan Galindo, militar de origen irlandés al servicio de Guatemala, era miembro de la Real Sociedad Geográfica de Londres. En ese carácter dio a conocer la erupción en Inglaterra en el mismo año que se produjo: *On the Eruption of the Volcano of Cosigüina*. The Journal of the Royal Geographic Society of

No se conoce hasta qué distancia fueron escuchadas las poderosas detonaciones del Cosigüina producidas en la madrugada del 23 de enero. Registros varios indican que fueron percibidas en Veracruz, Jamaica y Haití, en Cartagena, Bogotá, Guayaquil, Quito, Caracas y hasta en las Antillas Menores situadas a más de 2,500 kilómetros al oriente del volcán.

Todo parece indicar que el día 23 de enero fue el más funesto y que las poblaciones alrededor del golfo de Fonseca tuvieron que soportar varias horas de tinieblas, temblores y lluvia de polvo, en medio de una sinfonía de retumbos y relámpagos acompañada por una rayería nunca vista. A eso de las seis de la tarde el sacerdote de Choluteca salió a las puertas de la iglesia con el Santísimo Sacramento; se dice que al momento se calmó el viento y cesó la lluvia de arenas que caía sobre la población.

En las horas de la madrugada del día 24 las manifestaciones dantescas procedentes del Cosigüina comenzaron a desaparecer. Los fenómenos telúricos se calmaron. El volcán suspendió sus estentores: había agonzado. El cielo comenzó aclararse poco a poco. En la isla del Tigre se vio la luna a las tres de la mañana, también algunas estrellas, en medio de la opacidad del firmamento. El satélite en su fase de mengua también fue observado en La Unión "como entre cortinas". El cielo se despejaba y al alba la tormenta se había desvanecido.

Aunque el sol no se vio claro en su salida, las condiciones atmosféricas fueron mejorando en el transcurso de la mañana. No obstante que los campos y pueblos yacían bajo un sudario de cenizas de varias pulgadas de espesor, la mortecina luz del día permitió adivinar más de alguna sonrisa entre todos aquellos rostros empolvados.

Testimonios recogidos sobre la erupción

La explosión del Cosigüina fue soportada en toda su aterradora dimensión por los pueblos situados al contorno del golfo de Fonseca, en especial aquellos al sur de Honduras como Choluteca, Nacaome y Goascorán, así como en el puerto de La Unión situado en la costa oriental de El Salvador en oposición diametral al volcán. Con mayor intensidad la sufrieron los pocos habitantes de la isla del Tigre, junto a la costa sur de Honduras, ubicados apenas a 30 Kms del lugar de la conmovición, quienes experimentaron horas de inenarrable agonía, sofocados casi completamente por las arenas y cenizas.

London. Vol. V. p. 387-392, 1835. Otro informe complementario publicado por la misma Royal Society fue el de Alexander Caldcleugh, citado en la nota 11.

Fueron unas noventa horas de desesperada sobrevivencia, desde las tempranas horas de la mañana del 20 de enero hasta la madrugada del 24, lapso durante el cual se desató la apocalíptica erupción que hizo temer a muchos de los que la sufrieron que su hora final había llegado.

Habiendo descrito la cronología del proceso geológico, conviene adjuntar también los relatos conmovedores de testigos presenciales del fenómeno, donde se expresan las angustias y temores y señalan el comportamiento de aquellos sometidos a tan inaudita prueba de resistencia. Se han seleccionado tres reportajes considerados como los más dramáticos testimonios de aquellos momentos: el de Simón Rivas, tesorero de la isla de El Tigre; de Manuel Romero, comandante del puerto de La Unión, y el informe de los municipales de Nacaome.¹⁵

Isla del Tigre, Golfo de Fonseca

"El día veinte del pasado enero amaneció claro, el sol hermoso y refulgente; a las ocho de la mañana un retumbo sordo llamó la atención de los habitantes del Tigre, y, habiendo salido a investigar la causa, vimos con admiración que de la parte de la costa de Chinandega se elevaba una masa que por su configuración hermosa y enorme nos divertía y atemorizaba al mismo tiempo. Quisimos examinarla de más cerca, y al efecto nos embarcamos varios individuos y fuimos a situarnos en frente de dicha costa, como a siete u ocho leguas de distancia (todo mar); de allí observamos claramente que aquella gran pirámide de humo tenía su asiento en la falda del cerro del Cosigüina hacia el lado de nosotros, que la boca que vomitaba aquel fenómeno parecía no pasar su circunferencia de poco más de mil varas, y que de su centro arrojaba muchas culebrinas de fuego que se elevaban hasta la superficie de la nube; vimos también que el resto del cerro se mantenía claro, no obstante una porción de materias que se veían descender del rededor de la nube hacia la tierra, parecidas a un granizo muy grueso.

"Durante este examen la masa se elevó hasta tapar el sol, y comenzó a llovernos una piedrecilla del tamaño del cacao grueso, y algunas aun más, y muy semejantes a la piedra pómez, de suerte que nos obligó a volvernos al Puerto con prontitud. A las nueve y media un retumbo extraordinario que se prolongó en todas direcciones y un temblor muy fuerte que se le siguió nos oscureció totalmente el horizonte, y en seguida comenzó un aguacero de arena gruesa, con tantos truenos y exhalaciones, que aun no le imita una furiosa tormenta en el rigor del invierno. A las once oscureció de tal modo que una luz no se advertía a distancia de diez pasos.

"Siguió la tempestad de lluvia, exhalaciones, truenos y temblores, hasta como a las tres de la mañana del día veintiuno, en que un viento del nordeste vino a disipar algo la niebla, y a la mañana del mismo día se distinguían los objetos a la distancia de distintos pasos; pero a las tres de la tarde un temblor más fuerte que los que continuamente agitaban aquella isla volvió a traer la lluvia, y de consiguiente la obscuridad y el desconuelo. El veintidos tuvimos una escasa luz que principió a las cuatro de la tarde y concluyó a las seis, mas la calma de lluvia, truenos y temblores siguió hasta las dos de la mañana

¹⁵ Los informes fueron tomados de la *Revista del Archivo y de la Biblioteca Nacional de la República de Honduras*, Tomo IV, 1908; y de la *Revista de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua*, Tomo VI, No. 1 y 2. Agosto de 1944. Ver además la Bibliografía del Capítulo.

del veintitrés, en que se oyó repentinamente un retumbo tan enorme que no hay con qué compararlo, al que siguió un ruido muy grande parecido a las avenidas de un gran río cuando surca entre riscos y peñas, y por intervalos cortos repitió cuatro veces el mismo trueno acompañado de violentos temblores; la obscuridad volvió a ser total; la lluvia, truenos y exhalaciones se redoblaron, y todo en aquel momento conducía casi a la desesperación.

“Desde que principió la obscuridad los vecinos del pequeño pueblo que se habían reunido en mi casa con mi familia, me han suplicado con instancias nos transportásemos a Nacaome o La Unión, creyendo que estos puntos estarían libres de la epidemia. Yo había resistido hasta allí a sus afligidos clamores por tener casi visto el nuevo peligro a que nos exponíamos entrando en choque en tan enorme obscuridad, con el único elemento que hasta allí se había manifestado por lo menos, neutral; pero a este nuevo ataque se redoblaron las instancias y yo tuve la debilidad de acceder.

“El mismo día a las siete de la mañana favorecidos unos pocos minutos por una escasa luz que el cielo nos concedió, se alistó lo necesario para la marcha: se dispuso que en un bongo grande fuesen todas las mujeres, niños y algunos pocos intereses; que éste fuese convoyado por siete u ocho canoas de pescadores en donde irían los hombres, que éstos llevasen faroles y fuesen arrimados a la costa para avisar al bongo de los peligros y darle dirección. La intención era atravesar el canal que divide la isla del Zacate de la del Tigre, por el punto que se sabía era más angosto, y que la costa de la primera sirviese después de guía hasta poder tomar la de Nacaome.

“Nos embarcamos a las ocho de la mañana y caminamos arrimados a la costa del Tigre y en dirección como a la de Choluteca como tres leguas; habiendo llegado a una punta que le nombran de Seguinela nos reunimos para hacer la indicada travesía y todas las canoas pusieron la proa en aquel punto en que creían la de Zacate; pero era necesario que allí la experiencia hiciese conocer los errores de nuestro cálculo temerario. Fluctuaron todas aquellas embarcaciones sin dirección acertada, el viento y la marea en contra, y la extraña borrasca que por entonces descargó toda su furia nos quitaba toda idea de salvación. Serían las cuatro de la tarde cuando una canoa de las que guiaban al bongo avisó que había hallado tierra, todos corrimos a esta voz y pronto se oyó el ruido de las olas que se batían contra los peñascos de una ribera; las canoas pequeñas arribaron con felicidad a un estrecho puerto que la costa ofrecía, no así el bongo en que por acompañar a mi afligida familia yo había ido; éste se vio varado muchas veces sobre peñascos y amenazando más de diez veces nuestro fin. Después de muchas fatigas y sustos llegamos al indicado puerto; se hizo encender luz y reconocer la tierra, la que después de mil pareceres complicados se supo era una pequeña isla que la nombran las Preñadas; está situada a pocas cuerdas de la isla del mismo Tigre, al lado de la costa de Choluteca y de consiguiente más al frente del Cosigüina de lo que habíamos estado antes. Se dispuso mandar una sola canoa a la Isla de Zacate para que allí hiciese una luminaria que nos sirviese de guía y que nosotros hiciésemos allí otra para que sirviese a los descubridores de lo mismo; hecha y encandilada la nuestra se le mandó salir a los tales de la canoa, los que habiendo corrido como dos cuerdas gritaron que no veían la luz; se les mandó volver y dispusimos no hacer más tentativas hasta ver luz o perecer. Como a las doce de la noche rendidos de hacer esfuerzos inútiles y abrumados de la sed y de sufrir tan copioso aguacero de tierra, nos recogimos todos en un corto espacio de terreno arenoso que dejaba la crecida marea entre el agua y un cerrado piñal de la ribera; allí permanecimos en el mayor abatimiento hasta las tres de la mañana del veinticuatro en que se dejó ver la luna, algunas estrellas y enseguida el sol aunque muy opaco.

“Yo entonces regresé a la isla de Exposición para recoger de allí los baúles de mi familia y asegurar lo que había dejado abandonado; y de allí he venido a esta ciudad anteayer con el objeto de mandar mi familia a Tegucigalpa.

“La tierra que ha caído en la isla del Tigre ha cubierto los montes pequeños y deserramado muchos de los grandes; creo que por mucho tiempo no volverán a su antiguo ser.

“La mar arroja a sus costas toda la tierra que le ha podido caber.

“Los vecinos del Tigre creyendo que yo no volvería a la empresa estaban dispuestos a emigrar, pero habiéndoles asegurado mi pronto regreso se han vuelto a sus casas algunos y otros han quedado en la isla de Exposición esperándome.

“Las casas no han recibido otro daño que el haberse retirado la tierra del contorno de los horcones como cuatro dedos.

“El veinticinco por la mañana se pudo ver desde la isla de Exposición la costa de Cosigüina y apareció aquella misma columna de humo, sobre poco menos en la misma figura que se había mostrado el veinte, ya sea que por aquel día hubiese hecho nueva explosión o sea que así ha permanecido; desde ese día hasta el que partí para ésta no ha vuelto a clarear por aquella parte del Oriente y nada se ha podido ver.

“Se encuentran por aquellas islas y aun la mar arroja porciones de pájaros muertos, de ratones, murciélagos y toda especie de reptiles.

“En La Unión, hasta el día veintiseis, habían muerto siete reses sin que se les pudiese admitir otro mal que el de la pasada borrasca”.

Informe del comandante de La Unión

“El día 20 del corriente, habiendo amanecido sereno como de ordinario, se dejó ver al S.E. de esta población, a las 8 de la mañana, una nube densa en figura piramidal que, precedida de un sordo ruido, se fue elevando hasta cubrir el sol, y desde esta altura y a las 10 de la mañana, se dividió hacia el Norte y el Sur, y comenzó a relampaguear y tronar como acontece en el invierno, extendida por todo el horizonte, siendo las 11 del día, se cubrió este suelo de las tinieblas más horrorosas, de modo que los objetos más inmediatos, no se percibían. El bramido lúgubre de los animales, las aves que de todas especies y en bandadas venían como a buscar asilo entre los hombres, el terror de que éstos estaban poseídos, el llanto general de las mujeres y niños, y la incertidumbre de un fenómeno tan raro, abatían el ánimo más robusto, y hacían temer funestidades; mayormente cuando a las 4 de la tarde, comenzaron los terremotos, que manteniendo la tierra en una continua ondulación, se aumentaban de rato en rato. A esto se siguió una lluvia de arena fosfórica que permaneció hasta que a las 8 de la noche del mismo día, comenzó a caer un polvo pesado y tan sutil como la harina floreada: los truenos y relámpagos de la atmósfera con algunos rayos que se consumían en la misma, duraron hasta el 21, y a las 3 y 8 minutos de la tarde, hubo un terremoto tan fuerte y dilatado, que muchos hombres que iban andando en una procesión de penitencia, fueron trastornados. Las tinieblas duraron 43 horas, siendo indispensable, por lo mismo, que todos anduviesen con candelas encendidas; y aún éstas no eran bastantes a examinar con claridad. El 22 hubo alguna claridad aunque no se veía el sol, y a la madrugada del 23 se oyeron unos truenos seguidos, los más estrepitosos, y como cuando se disparan piezas de artillería del mayor calibre, habiéndose aumentado con este nuevo acontecimiento la lluvia de polvo. Desde el amanecer de este día 23, hasta las 10 se vio una luz opaca, que no hizo otra cosa que representar los objetos más tristes. El suelo de la población que siempre ha sido escabroso por las piedras de que abunda, quedó igual por la cantidad de polvo que sobre él ha caído. Los hombres, las mujeres y los niños, se veían todos desfigurados, en tales términos, que no era fácil conocer a las personas ni distinguirlas, sino por el sonido de la voz y por otras circunstancias. Las casas y los árboles, confundidos todos con el polvo, cambiaban las poblaciones y les daban

el aspecto más horroroso, y aunque todo esto era melancólico se estimaba más que las nieblas en que volvimos a quedar sumergidos, después de la hora referida de las 10, como en los días anteriores. La aflicción general que había calmado, recibía mayor aumento, y aunque había peligro inminente en emigrar, por las fieras que habían abandonado los bosques y buscado los caminos reales y poblaciones, como sucedió en Conchagua y este pueblo, que fueron visitados por los tigres. Podía más el espanto de que estaban poseídos los vecinos de este pueblo; y al efecto emigraron más de la mitad a pie y dejando sus hogares, persuadidos que ya no volverían a ellos; pues esperaban la destrucción total de este pueblo, y hufan despavoridos a buscar seguridad en las serranías. A las tres y media de la madrugada del 24, se vio la luna y una que otra estrella, como entre cortinas, el día estuvo claro aunque no se veía el sol, pues siguió el polvo que ha cubierto todo este pueblo y sus alrededores con cinco pulgadas de alto. Los días 25 y 26 han sido como el 24 con temblores frecuentes, aunque de poco momento. En el primer día (20) se dispuso, de acuerdo con el Alcalde Constitucional de este pueblo, que saliese una comisión al reconocimiento de este fenómeno, y al efecto salieron a las nueve de la mañana, en una canoa el mismo Alcalde, ciudadano Marcelino Argüello, el Síndico de la Municipalidad, ciudadano Vicente Romero y el ciudadano Juan Perry, éstos llegaron hasta la boca de este puerto, donde les oscureció; y sin poder ver de donde dimanaba la erupción, tuvieron que volverse a éste, a donde llegaron a las seis de la tarde, no sin haber pasado los mayores trabajos para volver, tanto por la oscuridad como por el viento que sopló con alguna fuerza y sin fijarse absolutamente, de suerte que por fortuna arribaron a la costa a una y media legua distante de este pueblo y tuvieron a bien venirse por tierra. Por personas fidedignas que han venido de la Isla del Tigre, situada al E. de esta población, distante ocho leguas, que se hallaban a la sazón sabemos que el origen inmediato de tanto trastorno, ha sido el volcán de Cosigüina situado en la costa del N.O del Estado de Nicaragua, que reventó el 20 a las horas indicadas. Estos sujetos han sido testigos presenciales del suceso, y aseguran que en el Tigre, la lluvia del 21 fue de piedra pómez, de la magnitud de un garbanzo, aumentándose hasta que algunas piedras cayeron del porte de un huevo de gallina: que los terremotos fueron mucho más fuertes que en éste, y que en fin, casi los tenía sofocados en tales términos, que el Comandante de la Isla y demás habitantes, tuvieron que embarcarse y permanecer en el agua, aunque no sabían que rumbo tomar, pues temían que se hundiese la Isla. Aquí se están sintiendo muchas fluxiones catarrales, dolores de cabeza, garganta y pecho, de resulta, sin duda, del polvo: muchos hay enfermos de gravedad, y ayer murió una muchacha de 7 años, con síntomas de esquinencia. Los ganados de la inmediateción, están muriendo y ya han muerto cinco en este pueblo; las aves se encuentran muertas a bandadas en el camino, así las acuáticas están también muriendo; pues los que han venido del Tigre aseguran haber encontrado muertas sobre las aguas, algunos centenares de aves de toda especie. Hasta el 27 siguió el polvo. La Unión, Enero 29 de 1835. M. Romero”.

Informe de la Municipalidad de Nacaome

“El día 20 de éste a las seis y media de la mañana se observó sobre el cerro llamado Cosigüina una nube que se elevaba en figura piramidal con tantos visos y compacidad, que presumimos desde luego ser erupción volcánica. A cierta altura se dividió en dos partes extendiéndose la una sobre el cerro de Conchagua, y la otra hacia el rumbo de Pespire: hasta allí, no se habían oído mas que ruidos subterráneos sordos, ni se había sentido temblor alguno. La nube, y el terror general se extendieron a un tiempo. A la diez y media nadie dudaba ya de la malignidad de este fenómeno, extendiéndose entonces con más velocidad sobre este suelo. A las once y media fue necesario echar mano a la luz artificial, y a las dos nos hallamos en una oscuridad general: es difícil creer que se encuentre tradición de acontecimientos de esta clase. Se trató inmediatamente por su vecindario y su benemérito párroco de rogaciones públicas. A las dos y media de la tarde a la luz de los hachones y candelas salió una procesión de rogativa. Un poco antes había comenzado una lluvia de

arena menuda, que en su curso arreció mucho un viento del Oriente que precipitó con abundancia una especie de ceniza, o polvo calcinado, que dificultó a muchos seguir en ella, y aun de encontrar sus habitaciones, y se comenzó a sentir algunos temblores. A las cinco de la tarde estaba el suelo cubierto de tres pulgadas del polvo referido: a las seis fue disminuyendo considerablemente en su densidad, dejando más expedita la respiración. Entre la más legítima aflicción y los actos religiosos, pasamos aquella noche memorable de luto y aflicción. A las once de ella, y a las cuatro de la mañana hubo dos temblores bastante fuertes, y en su intermedio alternativamente varios pequeños, precedidos unos y otros ya de retumbos, como también de fuertes detonaciones aéreas, comenzándose a oír éstas temprano de la tarde. Amaneció el 21 desterrando nuestra aflicción y ofreciéndonos el día sereno. A las 8 de la mañana desmayaron nuestras esperanzas al advertir, que lo demasiado cargado que se hallaba la atmósfera de materias volcánicas, no daba paso a los rayos del sol, el que sin embargo, manifestaba en algunos momentos una faz opaca y azufrada: en este mismo día cayó el polvo con más escasez, y menos sutil. Siguiéron los temblores del mismo modo grandes y pequeños. En la noche del referido día, los hubo igualmente, como también los ruidos ya mencionados. En la madrugada abundó la lluvia de polvo. Hemos llegado a la madrugada del 22, sin mejorar nuestra triste situación, antes al contrario, la opacidad es mayor, continúan ruidos y temblores. La comarca de esta ciudad, su plaza y las calles, se hallan cubiertas de cuatro a cinco pulgadas de las exhalaciones referidas tan pulverizadas, que se elevan al menor viento, introduciéndose por los órganos de la respiración: los árboles en la campiña, los techos de las casas están lo mismo, y los ríos infestados de un hedor funesto. En este conflicto esta Municipalidad con asistencia de su párroco, juzgó acertado reunir el vecindario para tomar medidas convenientes en el caso. Las únicas que han ocurrido hasta ahora, es procurar apagar el polvo, que creemos ser uno de los mayores inconvenientes para la salud, y surtir de abastos esta población; a ambas cosas se han prestado los vecinos con prontitud, tanto con sus servicios personales como pecuniarios, meditando entretanto qué otras providencias de policía y salubridad pueden adoptarse. Se observó en este día más claros los horizontes, y más recargada la atmósfera. De tiempo en tiempo se sentían pequeños temblores y retumbos; el crepúsculo vespertino estuvo claro, temprano se empezaron a descubrir estrellas, se limpió el cielo considerablemente, y a las doce de la noche, se oían alabanzas al Ser Supremo y gracias por la conocida mejora del tiempo y de nuestra crítica situación; mas en esta misma hora se dejó oír un retumbo, que sin interrupción iba aumentando; llegó al grado de una detonación como de muchos cañonazos. A los doce minutos de haber comenzado, continuó hasta las doce y cuarto en que hizo un temblor fuerte, que desde luego fue presagio de nueva erupción: continuaron los retumbos ya con algunas alternativas de un silencio aterrante, respecto a que la noche dejaba percibir el ascenso de una obscuridad que de Co-sigüina venía de nuevo cubriendo este suelo, opacando las estrellas y llenando de luto y aflicción nuestros corazones aterrados con el retumbo incesante en un cuarto de hora de las terribles detonaciones y temblores. A las cinco de la mañana del 23 comenzó el crepúsculo sin ir en aumento la claridad, que sin embargo, era suficiente para descubrir la nube y nueva erupción que nos amenazaba. Principiaron las paces y oraciones al Dios Omnipotente. Cada cuarto de hora aumentaba el pavor general: llegó este a su último grado a las ocho y media en que la obscuridad disminuyó considerablemente la poca claridad del crepúsculo. Juzgando ya todo este vecindario era llegada su última hora, se agolpaban a cada momento grupos de personas de ambos sexos y de todas edades, a la casa de nuestro venerable pastor, que con gritos y sollozos, pedían absolución de sus pecados. Este, que por desgracia nuestra se hallaba bastante enfermo, los absolvía parcialmente, hasta que sin embargo de su penoso estado, fue a la plaza para poder mejor exhortarlos a contricción, y absolverlos según se podía, en aquel terrible lance. A las nueve cerró del todo, y comenzó una escena más horrorosa todavía que las anteriores. Comenzaron de nuevo los terribles retumbos. El cielo, sin embargo de su obscuridad, dejaba advertir vislumbres colorean-tes que daban fundamento al temor de poderse incendiar la atmósfera. A las diez y media se oyeron truenos formidables por distintas direcciones con grandes relámpagos, causando en nuestra atmósfera los combustibles que nadaban en ella, los mismos efectos

sin diferencia alguna que la más deshecha tormenta causa en los meses más copiosos de invierno. En fin, Señor Ministro, todo encarecimiento es poco para pintar este memorable acontecimiento, no hallándose ya expresiones que no estén agotadas. La obscuridad fue constante todo este día; los ruidos y retumbos comenzaron a calmarse; desde las dos de la tarde cayó con abundancia el polvo de que venía impregnada la nube, acompañada de arenilla y llegó la noche pasándose en la más profunda consternación, esperando la aurora que debía desterrar las sombras no interrumpidas, si no en muy breve tiempo por espacio de treinta y seis horas. Comenzó a rayar el día 24, y aunque amaneció un poco despejado, los vapores de que se halla cargada esta atmósfera como los torbellinos de polvo que levanta el más pequeño viento, opacaron considerablemente el día, no gozándose más serenidad que la de las 7 de la noche a las 8 de la mañana, en que desde luego la humedad apaga el humo polvoso en que vivimos envueltos; lo que ha seguido del mismo modo hasta el 25 y 26. Nuestro suelo y los edificios, están cubiertos de 7 a 8 pulgadas de los combustibles referidos pulverizados, en el cual se hallan aves de todas clases ahogadas, algunos cuadrúpedos monteces han venido a buscar refugio en esta población, y los ríos recargados del mismo material, han arrojado a su orilla cantidad innumerable de peces ya atollados, ya muertos.

“Al extender esta Corporación el relato que antecede, no pretende formar una pintura exacta de un hecho tan espantoso, que con el mayor tino y erudición, apenas pudiera bosquejarse; hallándose además, los ánimos demasidamente consternados para verificarlo de otra suerte. No pretendemos más que poner en noticia del Supremo Gobierno una catástrofe tan funesta, para que en su vista se sirva dictar con la mayor celeridad las providencias más adecuadas para el remedio de nuestros males”.

El paisaje asolado

El día 25 se pudo ver la costa de Cosigüina desde la isla del Tigre. Los temblores habían disminuido en intensidad y frecuencia y el cerro exhibía una nueva figura, baja y truncada, con laderas devastadas, el borde dentellado y numerosas fumarolas humeantes a su alrededor.

El 27 las cenizas de los días anteriores, proyectadas hacia la alta atmósfera y dispersadas por los vientos, seguían cayendo en el Estado de Guatemala. Aquellas mantenidas en suspensión todavía llovieron en Chiquimula trece días después de iniciada la conmoción. Se dice que retumbos postreros fueron escuchados hasta el 31 de enero en aquel Estado.

El 9 de febrero partió una comisión del puerto de La Unión para inspeccionar el volcán. Galindo informa que no fue posible reconocer la costa con claridad, o en toda su extensión, por las columnas de humo que todavía surgían del terreno inmediato. Una fumarola persistió en la cumbre calcinada del volcán hasta el 15 de febrero.

El aspecto del cerro era desgarrador. El antiguo bosque que cubría las laderas y que era “[...] tan viejo como la creación” había desaparecido. Dos nuevas islas de 200 y 800 yardas de longitud asomaban sobre la

superficie del mar, formadas por pómez y arena volcánica, impregnadas con pirritas de color dorado y olor cuproso. La comisión reconoció algunos bajíos que se había formado en el golfo, en uno de los cuales estaba enterrado un gran árbol en posición invertida; comprobó además que uno de los ríos que antes desembocaba en el golfo estaba represado por una barrera de arena y que otro, de seis yardas de anchura, había invertido el curso de sus aguas. No obstante que la erupción tuvo lugar en la época más seca del año, provocó una serie de chaparrones en las inmediaciones de la península.

Por informaciones recabadas por los comisionados se supo que siete hombres habían perecido al desaparecer el bote en que viajaban cerca de la costa de Cosigüina, y que la goleta "Voladora" que navegaba de Acaapulco a El Realejo fue envuelta por la oscuridad cuando faltaban 20 leguas para alcanzar el puerto, habiendo recibido tan copiosa lluvia de arena que casi sofoca a la tripulación, que trabajó sin parar barriendo la cubierta del barco durante 48 horas.

Los cambios del paisaje en torno al golfo de Fonseca fueron dramáticos. El paso que hacían los "bongos" entre La Unión y Palomino en la isla del Tigre estaba obstruido, "[...] por haberse arruinado la costa donde se defendían los tripulantes de las tempestades, pues toda la montaña del volcán se hallaba echada sobre las playas del mar, en cuyas orillas brotaron hervideros de agua caliente". El delta del Estero Real, con sus serpentineros canales y extensos playones cambió totalmente de fisonomía. Las aguas del golfo quedaron cubiertas de pómez flotantes que se extendían mar adentro, a tal distancia que el capitán Eden, de la marina británica, navegó varios días en un piélago de piedras esponjosas cuando su barco estaba todavía a más de mil millas del volcán.

Los daños en la fauna silvestre fueron también impresionantes en todo el circuito del golfo. Las olas arrojaban a las playas gran multitud de pájaros muertos, murciélagos y toda clase de reptiles. Los peces morían o brincaban atolondrados en los ríos contaminados con la lejía de las cenizas. Los venados salían de los montes quemados; se acercaban a las casas en busca de refugio y comida. Varios ciervos fueron cogidos fácilmente en Goascorán y Conchagua durante las horas más aciagas. En La Unión los tigres vagaron por las calles del pueblo como perros asustados, atraídos por la luz de las antorchas. Detrás de las caravanas de carretas que escapaban de la erupción venía una abigarrada procesión de animales salvajes, siguiendo los pasos de los que ya iban en éxodo. Debajo de los tejados y en todos los aleros se refugiaron desconcertados los gavilanes al lado de mansas palomas. En Goascorán se contaron multitud de aves ciegas, atontadas o muertas, esparcidas por los campos; todas las

aves marinas del golfo desertaron sin rumbo, volando desorientadas entre aflictivos graznidos.

Los ganados sufrieron o perecieron, pues los pastos quedaron sepultados bajo varias pulgadas de polvo. Muchas bestias se atoraron al tratar de arrancar las matas semienterradas en la ceniza; otras se despeñaron en la oscuridad y muchas vacas abortaron.

Los riachuelos se secaron; ahí donde quedó algún residuo de agua, la bebida resultaba indigesta para hombres y animales.

Las sementeras se perdieron bajo la espesa capa de polvo. Unos maizales que estaban en trojas cerca de Goascarán fueron saqueados por los infaltables “[...] desmoralizados criminales que han robado impunemente valiéndose de la confusión y la oscuridad”, según increpa un informe local. Los plataneros y otros árboles frutales se secaron; las hojas quedaron selladas con una lámina de polvo; muchas plantas segregaron después una especie de melaza. Los campesinos se mostraban preocupados porque con tanta arena por doquier se dificultaría la quema de los rastrojos antes del invierno. En otras partes el suelo se cementó a la caída de las primeras lluvias, resistiendo al arado. Ahí donde el implemento logró abrir surco brotaron lozanas las plantas tiernas, sólo para ser devoradas de inmediato por una plaga de gusanos y mazamorras que obligaron al campesino a resembrar. Por esa razón la cosecha de granos fue mala aquel año.

Curiosamente, no se encuentra un solo informe sobre muertes entre las poblaciones afectadas, salvo las víctimas de una hacienda ubicada al pie del volcán. No obstante, todos los habitantes en torno del golfo estuvieron a punto de morir sofocados por la caída de arenas y cenizas. Los catarros, enfisemas y otras infecciones pulmonares desataron una verdadera epidemia en los días sucesivos.

Todas las poblaciones a muchos kilómetros en torno del volcán sufrieron por la caída de polvo sobre techos y calles. Los vientos de verano, especialmente fuertes en febrero y marzo levantaron espesas tolveneras. 1835 fue bautizado y recordado como el “año de la polvazón”.

Como una pequeña compensación a tantas calamidades, los crepúsculos se exhibieron en aquel verano más bellos que nunca, como suele suceder cuando los rayos del sol poniente se quiebran en muchas policromías al traspasar las capas de polvo volcánico. Las partículas quedan suspendas en la alta atmósfera luego de las grandes erupciones, formando un cinturón opaco que circunvala al entero globo terrestre.

El invierno de ese año fue copioso y refrescante; cuando acabó, en noviembre, el cielo regaló la visión incomparable del cometa Halley surcando el firmamento como un arco de luz y de esperanza.

La erupción alcanza a Nicaragua

La circunstancia de ser enero uno de los meses más ventosos en la América Central, cuando los alisios soplan invariablemente hacia el oeste, más la posición de la península de Cosigüina localizada justamente

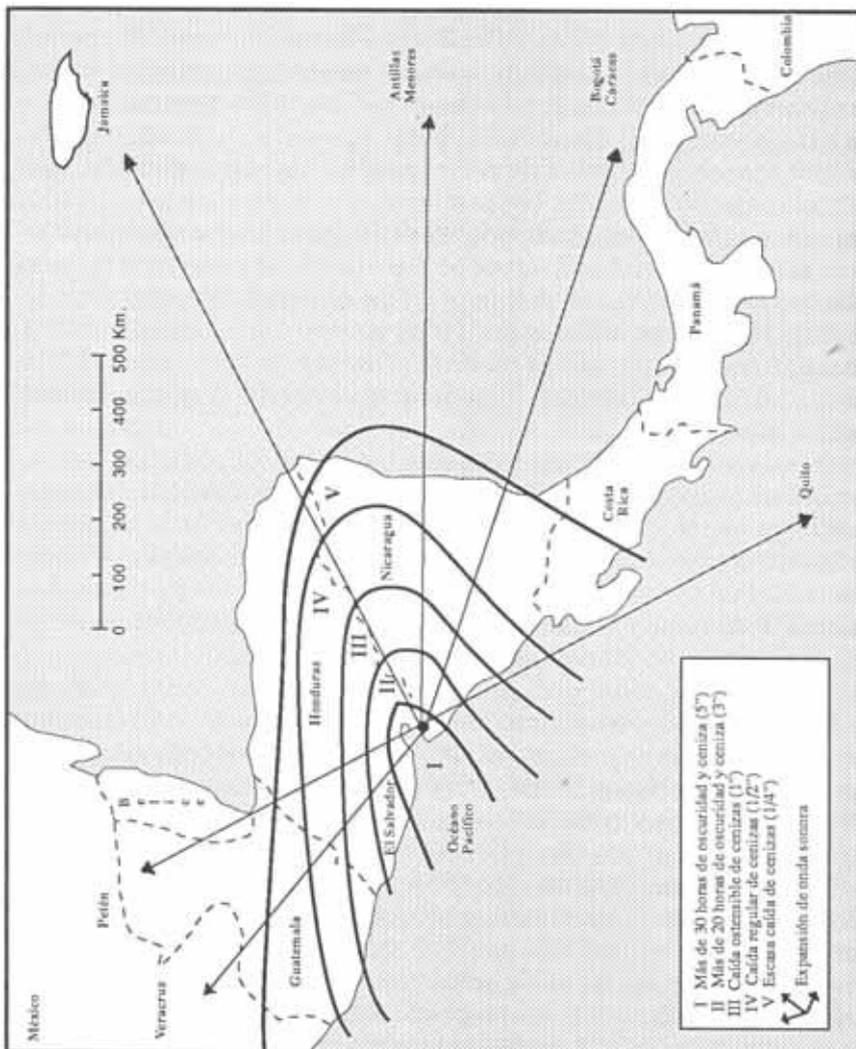


Figura 75.- Efectos de la erupción del Cosigüina.

en el extremo occidental del país, contribuyeron a que la erupción del volcán no tuviera en Nicaragua las características casi apocalípticas como las describieron los habitantes ubicados al contorno del golfo de Fonseca. No obstante, los pueblos de occidente, en Chinandega, León y las Segovias sufrieron de muchas horas de oscuridad y soportaron otras tantas de penurias por la caída incesante de las cenizas volcánicas.

La península era en aquel entonces una aislada región cubierta de espesos e impenetrables bosques. Estaba casi despoblada, salvo el área ocupada por dos haciendas de ganado: Cosigüina y Sapasmapa, donde un reducido número de “campistos” tenía a su cuidado varios hatos de ganado. Todas las reses perecieron en Sapasmapa y sólo trescientas se lograron evacuar de Cosigüina. Ambas casa-haciendas quedaron aterradas con tres metros de arena y ceniza, muriendo sofocados ocho de sus moradores. Gigantescas avalanchas de gases y cenizas ardientes calcinaron los bosques y acabaron en poco tiempo con enormes genízaros, pochotes, ceibos y guanacastes. Los cedros de Cosigüina, tan apreciados por los leñadores que lo negociaban en el astillero de El Realejo desde la época colonial, también desaparecieron debajo de la mortaja de arena, siendo los árboles tumbados por la furia del volcán. Toda la fauna silvestre, incluyendo los temidos tigres que abundaban en el lugar, quedó ahí mismo sepultada.

Cuando la erupción se inició en la mañana del 20 de enero la columna colosal de gases y cenizas se proyectó a tal altura sobre el lado occidental que pudo ser observada como una siniestra sombra amenazadora surcada por relámpagos desde los pueblos situados al occidente de Nicaragua. Los vientos que soplaban doblaron la voluptuosa masa en dirección contraria, proyectándola sobre el golfo de Fonseca, tanto que la caída inicial de las cenizas afectó las costas del sur de Honduras y este de El Salvador, donde primeramente se sufrieron los efectos. El cielo, visto desde los pueblos de occidente comenzó a oscurecerse en esa dirección, de modo tal que el sol quedó oculto tras la densa nube en las primeras horas de la tarde. En todo el día se escucharon poderosos retumbos y el terreno experimentó sacudidas continuas.

No se encuentra ningún informe que indique que en ese primer día de la erupción llovieran arenas sobre Nicaragua salvo, obviamente, en las cercanías del volcán. El cielo no llegó a cerrarse totalmente en ese día, como tampoco en el siguiente. Fue hasta la mañana del 22 cuando la proyección de materiales alcanzó la estratósfera que las cenizas, fuera del alcance de los vientos, se regaron indistintamente para caer tanto al oeste como al este del volcán.¹⁶

¹⁶ A manera de comparación, la columna de gases y cenizas del pequeño Cerro Negro se proyectó a 20 mil pies de altura durante la erupción de febrero de 1971.

Existen varias crónicas que se refieren a los aspectos de la erupción observados en Nicaragua y al comportamiento de los habitantes. Estas naturalmente proceden de los pueblos más afectados, incluyendo la escrita por el canónigo Desiderio de la Quadra, responsable capitular de la diócesis de Nicaragua. Otros informes proceden del coronel irlandés Galindo (publicados por la Real Sociedad Geográfica de Londres); del capitán Edward Belcher, referidos en el libro sobre sus viajes alrededor del mundo; de los acuciosos exploradores norteamericanos John L. Stephens y George E. Squier, quienes visitaron el país cinco y catorce años después de producido el evento respectivamente y del austríaco Carl Scherzer, quien indagó ciertos pormenores entre los vecinos de Chinandega y León.

En un principio nadie atinaba a determinar la procedencia de los primeros retumbos, aunque adivinaron que se trataba de una erupción, si bien no se sospechaba de Cosigüina, anota Scherzer, “[...] pues siempre había sido considerada como una montaña extinta de hacía mucho tiempo y perfectamente inocente”. La gente en los alrededores de Chinandega, considerando la magnitud del estruendo, asumían que el centro de la acción estaba más bien en el vecino volcán de El Viejo. Sin embargo, el inglés Mr. Bridge, dueño de la plantación de caña de azúcar en San Antonio, anotó en su diario las siguientes observaciones copiadas por Belcher en su libro:

“Enero 20, 1835. Esta mañana observamos el volcán Consegüina (antiguamente llamado Quisigüina), vomitando una inmensa columna de humo y llamas. A las 9 de la mañana experimentamos un temblor muy fuerte y cinco más por la noche. El 21 se sintieron varios, acompañados por un ruido parecido a un trueno distante, que aquí se llama “retumbo”. A la salida del sol del 22 el suelo estaba cubierto con ceniza o arena fina, que todavía continúa cayendo, prevaleciendo la oscuridad y el continuo rugir del volcán. A la una de la madrugada siguiente se sintió un fuerte estremecimiento de la tierra; y a las seis, otro pero leve. Cuando amaneció el 23 la caída de cenizas y arena había aumentado; la mañana fue muy oscura. Sin embargo a las 9 de la misma mañana la lluvia de cenizas y arenas continuaba, siendo más oscuro que la más negra noche y siguió así hasta las 3 de la tarde, cuando clareó un poco como para permitir la distinción de los objetos como cuando hay luna en noche nublada. Todo en este lugar ha sido cubierto con un espesor de cinco octavos de pulgada o más, quedando la atmósfera bien cargada al mismo tiempo de un fuerte olor a azufre. El ruido del volcán, acompañado por truenos y rayos, se parecía al rugido del mar durante una violenta tormenta de viento. A las 12 de hoy, durante las horas más negras, innumerables pájaros buscaron refugio en la casa, supuestamente atraídos por las lámparas”.¹⁷

En la crónica del vicario Quadra, escrita en la ciudad de León, se lee textualmente lo referente al inicio del fenómeno:

“El veinte del actual mes como a las seis de la mañana, se vieron levantarse del volcán Cosigüina, que dista por línea recta del pueblo del Viejo como veintidos leguas hacia el occidente, continuadas inmensas nubes de humo, que en su principio se elevaban con

¹⁷ Ver la obra de Edward Belcher, Vol I. Chapter X. p. 242-243.

alguna pauta y se dilataban sobre la cordillera del lado norte. Al mismo tiempo se observaban relámpagos y globos de fuego al lado de la erupción, acompañados de retumbos y temblores que hacían temer a todas las poblaciones, aun de larga distancia. El veinte y uno y el veinte y dos fueron mayores las erupciones del dicho volcán y por consiguiente más espesos los nubarrones que cubrían la atmósfera. En el mismo veinte y dos, por la mañana, comenzó a nublarse la de esta ciudad y por la tarde ya llovía abundante ceniza".¹⁸

Confirma José Dolores Gámez en su *Historia de Nicaragua*:

"Desde el primer día se oyeron truenos lejanos y se vieron nubarrones de fuego que subían perpendicularmente y luego declinaban hacia el norte". Por su parte Scherzer estimaba las detonaciones "como si miles de cañones disparasen al mismo tiempo y el ruido que procedía del golfo semejaba al de un combate naval donde todos los buques del mundo estuvieran participando".¹⁹

Otro informe procedente de El Viejo, el pueblo nicaragüense más cercano al volcán, señala que el miércoles 21 apareció una nube mayor, más negra y que estuvo acompañada de muchos relámpagos; pero no fue sino hasta el día siguiente que tapó el sol, que apenas se percibía con luz muy escasa. La "nube" del 20 de enero y la del día siguiente, se alzaron precedidas por sonidos explosivos que fueron escuchados hasta Masaya, en dirección contraria al viento, según la crónica de Galindo. El coronel afirma además que en El Viejo vieron una sábana de fuego levantarse y luego declinar hacia el norte. El mismo fenómeno fue también observado en Nueva Segovia, donde también se reportaron los temblores que lo acompañaron.

La violenta explosión que se produjo poco después de la medianoche del 23, acompañada por un fuerte temblor, verdaderamente asustó a Nicaragua. Fue el momento clímax cuando la cúspide del volcán destroza da en mil pedazos colapsaba sobre la base del cono, dando origen a la gigantesca oquedad que hoy se observa en la truncada cumbre. La explosión y el temblor a esa hora de la noche hizo saltar de sus camas a toda la población de Centroamérica. La gran detonación, reflejada en la atmósfera, fue escuchada a más de 2,000 kilómetros a la redonda del volcán, desde el centro de la República Mexicana hasta Venezuela, y movilizó guarniciones en varias ciudades alrededor del mar Caribe, como quedó señalado atrás.

La oscurana en León

A las dos de la mañana del día 23 —según el relato del vicario Quadra— se produjo un temblor muy dilatado que hizo a todo León concurrir

¹⁸ "Relación de la Erupción del Volcán Cosigüina", escrita por Don Desiderio de la Quadra. Revista Conservadora. Managua, setiembre 1960.

¹⁹ José Dolores Gámez: *Historia de Nicaragua*. Capítulo XII. FPCBA. Managua, 1975.

a las iglesias. Un manto de agobiante oscuridad borró toda distinción entre las horas de la madrugada y las de la mañana, de modo que para cualquier menester fue necesario echar mano a las candelas. La lluvia de arenas y cenizas se incrementaba con el paso de las horas. A medida que avanzaba el día, también aumentaba la neblina, “[...] tanto que a las diez sólo se palpaban tinieblas muy espesas; no se veía la palma de la mano y los hombres se atropellaban unos con otros”. La luz de una candela no lograba perforar la oscuridad más allá de una cuarta y a corta distancia no se distinguía la persona que la llevaba en la mano.

El explorador Scherzer continúa escribiendo:

“A los horrores de aquella oscuridad total, parecida a la descrita en el Exodo cuando cayó sobre los egipcios vino agregársele otro más opresivo a la capacidad vital: la atmósfera se llenó de finas cenizas, que hacían doler los ojos más que la más intensa luz y tornaba imposible la respiración, obligando a la gente a empapar pañuelos en agua, aplicarlos a la boca como el único método de procurar algún aire a sus pulmones”.²⁰

“Es inexplicable la consternación y la turbación que padecemos en ese día —confiesa el vicario Quadra al referirse a los sucesos del día 23— en cada rostro estaba retratada la imagen de la muerte y cada uno se disponía para entrar en el sepulcro”.

El viajero inglés George Byam, quien se encontraba en la ciudad durante los acontecimientos, recogió las siguientes impresiones, transcritas luego por Squier en su libro sobre Nicaragua:

“En la mañana del 23 la lluvia de cenizas se hizo más densa, y la sepultura natural del hombre parecía irse levantando lentamente de la tierra en vez de ser cavada en ella. Las mujeres cubiertas la cabeza con trapos mojados para contrarrestar los efectos de la ceniza que caía, corrieron de nuevo a las iglesias dando gritos y lamentos, y tratando de entonar cantos a los santos de su devoción. Como último recurso, todos los santos de las iglesias de León, sin excepción alguna, fueron sacados de sus nichos, para que no se sintieran viéndose olvidados, y llevados al aire libre, (supongo para que viesen con sus propios ojos lo que estaba aconteciendo a los leoneses), ¡pero la ceniza seguía cayendo!”²¹

Menciona además el inglés que durante una procesión, que circuló por las calles de la ciudad unos días antes de la erupción, la cara de la Virgen (de la Merced) se llenó de ampollas por las muchas candelas encendidas a su alrededor: algunos pensaron que la imagen había contraído viruelas y que por esa razón el Todopoderoso había mandado el castigo del volcán.

El historiador Gámez nos informa:

“Las masas corrían a los templos en demanda de la misericordia divina mientras los clérigos les echaban absoluciones y les hacían creer que todo aquello era el desborde de la cólera celeste”.

²⁰ Carl Scherzer: p. 221-232.

²¹ George E. Squier: p. 433.

Más de un cura politiquero inculpó al general Francisco Morazán como el causante de la erupción y desatador de la venganza divina. Scherzer menciona al respecto que en la América Central

"tanto los curas vivientes como los santos muertos juegan un importante rol en las calamidades de esta clase",

y agrega a continuación:

"Nunca en el pío y católico Estado de Nicaragua abundaron tantas limosnas para la iglesia, ni se celebraron misas tan pomposas, ni se quemaron tantos cirios frente a los santos como en esa ocasión. Pero todas las luces no fueron suficientes para disipar la portentosa oscuridad y los cánticos de los clérigos a veces se callaban, no sabemos si atosigados por las cenizas o por el miedo. Un comerciante inglés que presencié todo aquello me dijo que las botellas de brandy fueron muy demandadas en esos días para levantar el ánimo de la gente, y que como un incidente cómico los mismos sacerdotes no se las despegaban de la orilla cuando exigían penitencia desde el púlpito".

El Jefe de Estado, Don José Núñez, convocó a las más ilustradas personalidades de León para consultarles cómo arrostrar aquella situación tan desesperante. Todos coincidieron en la necesidad de echar al vuelo las campanas para levantar el ánimo de la población sumida en la oscuridad, y disparar cuanto cohete, fusil o cañón estuviese a mano, para que con todo aquel estruendo se conjurase la erupción, en la creencia que las ondas sonoras, producidas por toda la artillería en acción, disiparían las tinieblas, o al menos abrirían un boquete en la atmósfera ¡para que penetrase un poco de aire fresco!

Las tinieblas duraron hasta las cuatro de la tarde de ese día aciago, hora en que comenzó a filtrarse una cierta luz remisa. Después fue disminuyendo la lluvia de cenizas en cantidad y frecuencia hasta el domingo 25 de enero en que cesó por completo.

La erupción se extiende por el país

Los efectos violentos de la erupción se extendieron paulatinamente por todo el país, cubriéndolo con un manto de oscuridad y polvo. La gente que desde El Viejo y Chinandega creyeron huir de sus manifestaciones, trasladándose a León en cabalgaduras o carretas, encontraron no sólo difícil escapar en medio de la oscuridad sino también ineficaz la precaución: la intensidad del fenómeno no disminuyó lo necesario en la corta distancia como para justificar el peligroso éxodo de unas cuantas millas más allá del volcán.

Galindo nos confirma:

"En esta ciudad de León y en el departamento de Granada la catástrofe no fue perceptible hasta el amanecer del 23, cuando la erupción se desarrolló con tal magnitud que

el cielo se oscureció, y continuó ensombreciéndose hasta las once de la mañana cuando todo el distrito quedó envuelto en la más terrible oscuridad, mientras lluvias de lava calcinada se precipitaban sobre la entera superficie del país. Igualmente sorprendente fue la rapidez con que en el mismo día 23 toda la atmósfera se oscureció a través del Estado de Nicaragua, moviéndose hacia el sureste. La oscuridad continuó gradualmente hacia Nandaime y a las tres de la tarde ya había alcanzado Rivas. Lo mismo pasó en el departamento de Granada, cuyos pueblos sufrieron tanto como los de León. En Matagalpa, en Segovia, la oscuridad duró 36 horas²².

Los pueblos de El Viejo y Chinandega, a solamente 50 kilómetros del Cosigüina, estuvieron casi al borde de la ruina total, habiendo padecido 36 horas de completa oscuridad y frecuentes temblores. No se percibían las personas que estaban cerca, apenas se detectaban las candelas que portaban, salvo cuando los relámpagos y rayos iluminaban fugaces las escenas. La gente se perdía de una puerta a otra, dándose contra las paredes. La lluvia de arenas fue tan copiosa y la atmósfera estaba tan cargada de ellas que se pensó aplastarían los techos.

El vicario Quadra continúa informando:

"En los pueblos de Chichigalpa, Chinandega, Realejo y Viejo, no sólo llovió ceniza sino también arena siendo del tamaño de un grano de arroz y también hubo en Chinandega y El Viejo tormenta con rayos. En los pueblos de Segovia fue mayor la tribulación porque tuvieron tres días de tinieblas y en algunos pueblos hubo tormentas con rayos, de catorce horas".

En la región de Somotillo, Villanueva, El Sauce y los pueblos de Segovia, situados al noreste del volcán, los pastos quedaron sepultados por dos cuartas de ceniza y se temía el virtual exterminio del ganado cuando una fuerte lluvia, atribuida a la intervención divina, limpió el terreno y descubrió el zacate.

En Managua, situada a 150 kilómetros al sureste del Cosigüina, la población sufrió de oscuridad por tres días. La tenaz lluvia de ceniza produjo algunos casos de asfixia en el barrio San Pedro. Los vecinos no se distinguían ni con luz. Las campanas de los templos tocaban a rogaciones; hicieron falta sacerdotes para escuchar las confesiones de tantos penitentes, "[...] quienes derramando abundantes lágrimas imploraban el perdón de sus pecados, y hasta hubo personas que se flagelaron las espaldas"²³.

El lago de Managua se cubrió con una capa de ceniza; sus aguas se tornaron imposibles de beber y aparecieron muchos peces muertos flotando en la superficie. En las Sierras se arruinaron los bosques, las plan-

²² Juan Galindo: *"On the Eruption..."* (citado en Nota 14).

²³ Heliodoro Cuadra: *Historia de la Leal Villa de Santiago de Managua*. Tomo I. Editorial Atlántida, 1939.

taciones de añil, de cacao y caña de azúcar; también fueron afectados los siembros de algodón, la cochinilla y los cereales, “[...] al influjo de la etérea lluvia de arena saturada de gases venenosos”. Las fieras atontadas desertaron la montaña; las aves volaban sin rumbo fijo, golpeándose contra árboles o paredes hasta caer muertas.

Los animales salieron de sus guaridas asustados y buscaban refugio en las poblaciones. Scherzer escribe:

“Como en los días del diluvio, el terror universal había impuesto una paz universal y las panteras, pumas y coyotes salían de los bosques juntándose al tropel de los venados, a unirse con las manadas de cabros y corderos sin intentar hacerles daño; mientras los gavilanes y otras rapaces se posaban en los aleros tranquilamente al lado de las palomas; las propias lechuzas y murciélagos salían de sus escondrijos como si estas criaturas de la noche se sintieran agobiadas por la pesada oscuridad volcánica”.

Según el mismo autor, se encontró multitud de restos de animales, entre Chinandega y el golfo de Fonseca, en especial pájaros, posiblemente tumbados por las escorias o sofocados por el polvo. Sobre las aguas cubiertas de piedra pómez flotaban también los residuos de incontables especies marinas, desde los más pequeños crustáceos y peces hasta los “cacistes” de grandes lagartos y tiburones, que perecieron cuando los flujos ardientes del volcán entraron al golfo y calentaron las aguas.

No se sabe hasta dónde llegaron los efectos de la erupción en el interior del país, desafiando los vientos que soplaban desde el mar Caribe; sin embargo, la Costa Atlántica no se vio libre del fenómeno, pues cuando Edward Conzemius visitó esa región alrededor de 1920 algunos indígenas de edad centenaria se referían a la “Gran Oscurana”, (*tihmya-tara* en misquito y *puk-sani* en sumu), recordando la cantidad de cenizas que cayó en la Costa, “[...] haciendo al sol tan invisible como si fuera de noche”.²⁴

El parte oficial de la erupción

En el Archivo General de Centro América, en la ciudad de Guatemala, existe una copia impresa sobre la comunicación oficial que enviara el Ministerio General del Supremo Gobierno de Nicaragua al Ciudadano Ministro de Relaciones Interiores y Exteriores de la Federación de las Provincias Unidas de América Central, la cual se reproduce textualmente:

“Por el ultimo correo que pudo salir de esta ciudad hasta el 25 de enero anteprocimo, hubiera escrito algo a U. sobre el fenomeno de la reventazón del volcan Cosigüina, si-

²⁴ Eduard Conzemius: *Estudio Etnográfico de los Indios Mishitos y Sumus de Honduras y Nicaragua*. p. 57. Editorial Libro Libre, San José de Costa Rica, 1984.

no hubiese sido indispensable esperar avisos de todos los pueblos del Estado à cerca de los desastres que ocasionara la erupcion; pero hoy que existen los documentos necesarios, mi Gobierno quiere informar al de la Federacion, lo que en Nicaragua se ha notado por el trastorno que sobrevino à la naturaleza en los días de la tormenta que con razon consternó tanto à estos habitantes.

"El 20 del referido enero por la mañana los moradores de la Villa de Masaya oyeron levemente hacia el noroeste los truenos del volcan, y los del pueblo del Viejo, vieron ademàs elevarse por el aire un nuvarròn de fuego que subía perpendicularmente, y declinaba en seguida al norte, lo mismo que se observó en el departamento de Segovia, experimentandose al mismo tiempo junto con los estruendos, algunos terremotos.

"En esta Capital y en el departamento de Granada aun no se habia notado la catástrofe, sino es en la madrugada del 23, quando la explosion se verificó con tanta fuerza, que desde la una se comenzó à cubrir el cielo de una opacidad triste que por grados se fuè aumentando hasta las once de la mañana en que nos envolvió la oscuridad mas orrenda que jamás se haya visto, oyendose de continuo truenos horrisonos, y descendiendo una lluvia copiosa de laba calcinada con que se bañaron todas las superficies por donde se difundia con profusion.

"Un acontecimiento tan natural, al paso que espantoso, produjo en los ánimos las impresiones mas terribles que se atribuyen à la colera celeste, y cuando las gentes por bandadas corrian à los templos en demanda de la misericordia divina, la guarnicion de esta ciudad, contrastaba aquel movimiento de consternacion, haciendo descargas de cañones y fusiles, por disposicion del Gobierno, quien con consejos de fisicos inteligentes, mandó conjurar la tempestad con fuegos de artilleria, salvas de cohetes, luminarias y repiques de campanas en todas las iglesias.

"Es asombrosa la rapida celeridad con que el citado dia 23 se inundó toda la atmosfera de Nicaragua hasta el departamento de este nombre que se halla al Sudeste, pues por grados tiñó la obscurana más allá de Nandayme donde à las tres de la tarde estaba cerrada la tiniebla que no alcanzó a la Villa de Rivas, tanto cuanto en el departamento de Granada, cuyos pueblos sufrieron lo mismo que los de Leon con poca diferencia, los de Matagalpa, en Segovia que palparon una noche de 36 horas.

"Afortunadamente no ha perecido hombre alguno, y aunque à las inmediaciones de la montaña que reventó, se perdieron algunas haciendas de ganado, el estrago parece no será cual se pensaba en los momentos de la tribulacion, por que la arena ó ceniza que se ha cernido en los campos los fertilizará prodigiosamente, segun se observa en algunos parajes en que llovió agua algunos dias despues, y donde las plantas estan mas lozanas, retienen los pastos, y se ostenta o anuncia una primavera precóz.

"La agitacion del ayre en una estacion ventosa suele molestar con sensaciones desagradables a los hombres, y la confluencia de los vientos mortificar à los brutos, porque el polvo de los árboles en los bosques, nubla el Horizonte, de tal suerte que en las llanuras, en los lagos ó en los campos, no alcanza la vista à una legua, desapareciendo los objetos distantes.

"Esto me ordena relacionar à U. el Gobierno de este Estado para inteligencia del suceso de la República, sirviendose U. à la vez, aceptar mi distinguida consideracion y respeto.

*D. U. L. (Dios. Unión. Libertad.)
León, Febrero 7 de 1835
J. N. Gonzalez. *"*

* Archivo General de Centro América. Guatemala. B 116.1. Expediente 50140. Legajo 2404.

Fue 1835 conocido como el “Año del Polvo” por la gran cantidad de material volcánico fino que quedó esparcido en Nicaragua, Honduras, El Salvador y Guatemala. El fenómeno era de tanta recordación que según Seebach la gente del siglo pasado fijaba los sucesos de acuerdo con el criterio de que tal o cual evento se había producido “antes” o “después” de la inolvidable erupción.

Inspecciones después de la conflagración

Pasada la conmoción, despejado el ambiente tenebroso, aplacado el polvo y el humo y resucitado los ánimos, se iniciaron las indagaciones sobre la situación en que quedó la península de Cosigüina. El gobernador político de San Miguel destacó una partida exploratoria que partió del puerto de La Unión con la orden de acercarse al coloso exhausto y estudiar de cerca su estado. En frágil bote los investigadores cruzaron el golfo, contra viento y borrasca, para ubicarse enfrente del volcán. Cerca de la costa del Cosigüina reconocieron dos nuevos bancos formados por piedras pómez que sobresalían de la superficie del mar. A la entrada del Estero Real, donde pasaron la noche, observaron los antiguos playones sepultados por seis pulgadas de ceniza: cementerio de muchos mariscos y aves destruidas por la hecatombe; comprobaron que los bosques de mangle habían sido consumidos por el fuego. Los exploradores lograron acercarse hasta una milla del volcán, al que pudieron distinguir perfectamente, según el testimonio de uno de los visitantes:

“Observé que apenas ha perdido una pequeñísima punta de las dos que tenía en su cumbre, continuando por una de ellas la erupción de polvo y ceniza y por la otra humo espeso, habiendo formado un promontorio de arena en su propia base, que parece un nuevo volcán. El incendio a su alrededor que aún continúa y se advierte desde su cima, hasta las playas que lo bañan, me privó de reconocer puntualmente toda la costa que lo circunda, en donde gradúo estragos de bastante consideración, limitándome a manifestar que los grandes árboles que cubrían su superficie, los convirtió en cenizas, no dejando ni rastros de su antigua hermosura, que a su vista pintoresca y halagüeña se ha sucedido un campo de fuego cuya vegetación no deberá jamás aparecer”.²²

Otra partida exploratoria fue enviada desde El Viejo, en Nicaragua, por órdenes de Don Bernardo Venerio, quien mandó a reconocer sus fincas que estaban en las laderas del volcán. En el lugar de la hacienda se encontró tanta arena que con dificultad pudo reconocerse el lugar donde estuvo la casa por los horcones que apenas sobresalían, no obstante que éstos tenían tres varas de alto. Un pequeño riachuelo, más adelante, conocido como río Chiquito había desaparecido por completo; la ense-

²² “Departamento de San Miguel: Carta para el Ministerio General de Gobierno de Honduras”. p. 222-223. Revista de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua: “Erupción del Cosigüina”. Tomo VI. No. 2. Managua, Agosto, 1944.

nada de Puntarena, (Punta Rosario actualmente), estaba completamente aterrada y se observaron en marea seca dos bancos de arena y un gran árbol enterrado de cabeza en uno de ellos. Doblando por el cabo más occidental de la península encontraron toda la vegetación quemada. El volcán tenía el aspecto de una gran mole desolada, cubierta de arena y cenizas.

Después se supo que los mozos que estaban al cuidado de la hacienda habían perecido, como también otro grupo que se encontraba pescando junto a la costa del Cosigüina y del cual no se volvió a saber nada.

Primer examen científico del volcán

Entre los exploradores y científicos extranjeros que visitaron el volcán Cosigüina, atraídos por las narraciones sobre la inusitada erupción y divulgadas en Europa por la Real Sociedad Geográfica de Londres en el mismo año de su ocurrencia, se encuentran el capitán Edward Belcher en 1838, los viajeros John L. Stephens en 1840, Robert G. Dunlop en 1844, Ephraim G. Squier en 1850, Moritz Wagner y Carl Scherzer en 1854, William Wells en 1854 y 1855; los geólogos Karl Seebach, Dollfus y Monserrat, (quienes lo contemplaron desde el golfo en 1865), John Crawford en 1891, Karl Sapper en 1897, y en el presente siglo el vulcanólogo norteamericano Howel Williams. Este científico, después de estudiarlo en 1949, hizo el primer diagnóstico, o más bien “autopsia” del volcán.

A través de esas valiosas y sucesivas informaciones se ha logrado comprender los procesos del resurgimiento de la vida, de la restauración del bosque, (que después se desarrolló frondosamente sobre la rica capa de cenizas arrojadas por el volcán), y la recuperación del paisaje del Cosigüina y los alrededores hacia el estado paradisiaco que lucía originalmente.²⁷

En diciembre de 1838 escaló el volcán el capitán del Sulphur, Edward Belcher, cuyas exploraciones fueron mencionadas en el capítulo precedente. El cráter recién formado tenía entonces media milla de diámetro, (un tercio menos que la actual dimensión), con una profundidad de 200 pies, (algo así como 70 metros), resultando esta dimensión un con-

²⁷ La ignorancia y la codicia se confabularon a partir de 1960 para que leñadores, ganaderos y algodóneros conspiraran para destruir nuevamente el bosque de la península de Cosigüina, no obstante que una ley de 1957 supuestamente protegía el lugar como Refugio de Fauna Silvestre. Otras gestiones y legislaciones recientes para declarar el volcán como Parque Nacional y proteger su rica herencia natural e histórica han sido recibidas con igual indiferencia.

traste notorio con la presente hondura que varía de 455 a 680 metros, según el borde de donde se la mida. Obviamente la oquedad no sólo se ha ensanchado sino también profundizado notablemente a partir de la época cuando la visitó el capitán inglés.

Belcher descubrió en el fondo plano del cráter una pequeña laguna transparente, posible residuo del invierno anterior, la cual debió haberse evaporado por el calor que todavía emanaba del volcán, o por el rigor del verano siguiente, ya que otros exploradores que visitaron la cumbre pocos años después no hacen mención de su existencia. El capitán observó numerosas fumarolas que se desprendían de las paredes del cráter, así como las “[...] frecuentes bocanadas de humo que se desenvolvían y ascendían tranquilamente hasta alcanzar grandes alturas”. En las laderas del volcán advirtió numerosas fuentes sulfurosas y en algunos sitios permeaban el suelo las aguas termales volviéndolo pantanoso. El médico del barco introdujo un termómetro en una de las grietas, que registró la temperatura de 212° Fahrenheit, o sea 100° centígrados.²⁸

No se descubrían en las laderas cauces excavados por donde las aguas hubieran bajado en el momento de la erupción, ya sea porque el antiguo cráter no tenía laguna o porque toda ella hirvió al momento de la explosión; por el contrario, la pendiente descendía lisa hacia el mar, cubierta por un sudario parejo de cenizas. En algunos sitios se encontraban depósitos minerales, bolitas de azufre, que revelaban que el volcán perspiró vahos calientes por todos los costados. Una quebrada salía de una hendidura y aunque sus aguas estaban fuertemente mineralizadas, el sabor era fresco y delicioso, tan bueno que el capitán ordenó llenar con ella una barril para el consumo de la tripulación, conservándose a bordo sin alterar ni desvirtuar su pureza.

La falda entera del cerro quedó cubierta por los escombros de la erupción en tres millas alrededor. “Su contemplación es inenarrable —escribe Belcher— la desolación va más allá de cualquier concepto”.

En efecto, ningún asomo de verdor suavizaba la aridez del paisaje. Algunos troncos esqueléticos se alzaban descortezados, desteñidos o carbonizados, como testigos mudos de la conflagración. Los gigantes del bosque, consumidos a medias por el fuego, fueron arrancados y tumbados; yacían dispersos en el más salvaje desorden, semienterrados entre las cenizas. Sobre la ladera oriental el capitán inglés observó una singular elevación de 20 a 30 pies y de forma cuadrada, a manera de empalizada de algún fuerte, “[...] levantada según creo para defenderse de los buca-

²⁸ Ver Belcher, citado en la nota 17.

neros y que en ese tiempo estaba bien disimulada entre la espesura del antiguo bosque”.²⁹

La costa del Cosigüina quedó impregnada de una materia salina que barnizaba rocas y varejones salientes. “El océano inmediato parecía haber participado de la catástrofe —señala Belcher— pues no encontré ni una sola concha cuando dragamos en la vecindad”. La playa estaba cubierta por muchos troncos, incluyendo algunos cedros que indicaban la gran fuerza, cualquiera que haya sido, que los llevó hasta el mar. El espectáculo era tan impresionante que según Belcher bien pudiera inspirar una pintura que se titulara “Después del Diluvio”.

La romería de los viajeros

Un poco más de un año después de la visita de Belcher arrió a las playas del Cosigüina el viajero, explorador y diplomático norteamericano John Stephens. Mostraba especial interés por conocer el cerro cuya célebre erupción había llegado a su conocimiento cuando, cinco años atrás, visitaba otro famoso volcán, el Etna, en una isla del Mediterráneo:

“Nunca esperé tenerle de frente; es una de las historias más horrosas entre las erupciones volcánicas... la semblanza de la naturaleza estaba cambiada, el cono del volcán había desaparecido y la montaña y el campo de lava se escurrieron hacia el mar, dos islas se habían formado en el océano, los bancos habían emergido y sobre uno de ellos estaba un gran árbol cabeza abajo; un río quedó completamente aterrado y otro se formó, corriendo en dirección opuesta. Siete hombres que eran empleados del propietario del bongo en que yo navegaba corrieron hacia el mar, empujaron el bote y nunca más se supo de ellos. Las bestias salvajes, aullando, abandonaron sus madrigueras en la montaña y los tigres y gatos monteses, junto con las culebras, buscaron refugio en las habitaciones del hombre”.³⁰

A principios de mayo de 1844 visitó el volcán el viajero inglés Robert Glasgow Dunlop, quien desembarcó en una punta opuesta al volcán; tomó a uno de los boteros como guía y avanzó rompiendo breñales hasta llegar a la base del cerro. Ya para entonces la vegetación había comenzado a surgir al pie del volcán y estaba formada principalmente por matorrales y malezas que crecían entre amplios parches de ceniza. En las laderas descubrió grandes bloques de rocas lanzadas en forma desordena-

²⁹ La hipótesis de Belcher es improbable. La península de Cosigüina quedó despoblada a partir de la conquista. Un grupo remanente de *nahuatlato*s fue evacuado del lugar y trasladado a El Viejo, según testifica Ciudad Real en 1586. El montículo observado por el capitán pudo haber sido un antiguo templo indígena o con mayor probabilidad una estructura adventicia del mismo volcán que quedó semienterrada durante la erupción de 1835.

³⁰ Contrariamente a lo asegurado por este autor, no se produjeron derrames de lava durante la erupción. Ver John L. Stephens: Tomo II. Capítulo II, p. 32-34.

da. El aspecto de las faldas seguía desolado, con algunas cicatrices de la pasada y temible convulsión.

Dunlop describe el cráter como un gran orificio escabroso, de una legua de circunferencia, con sus lados formados por precipicios de filosas rocas sobresalientes que hacían el descenso completamente imposible, a menos que el explorador fuese bajado con el auxilio de una cuerda. Las fumarolas descritas seis años antes por Belcher ya no existían; tampoco la pequeña laguna en el fondo: “Las lluvias del invierno posiblemente cerraron el vórtice con arena y ceniza y llenarán el cráter, dándole así la apariencia de un volcán extinto, como se suponía era su estado antes de la erupción”, concluye afirmando Dunlop. Al regresar, el explorador colectó algunas rocas y observó varios parches de azufre bastante puro sobre las laderas del cerro.³¹

Cuando en 1850 el explorador Squier navegó por el Estero Real rumbo a Honduras, se sorprendió de ver la rápida recuperación de la vida alrededor de los serpentinos canales:

“[...] una intrincada raigambre con altos troncos lucios y coposos; ninguna otra señal de vida que el graznar de las aves acuáticas y el arañar de cangrejos en los raigones de los mangles... de follaje nutrido y vigoroso, (que) oprimen al estero entre murallas de esmeralda”.

Los zacatales cubrían las laderas del cerro hasta la cumbre, incendiados por las quemadas de verano que de noche brillaban como si el volcán estuviese chorreando ríos de lava.³²

Cuatro años más tarde escalaron el cerro Moritz Wagner y Carl Scherzer. El primero midió la altura del volcán con barómetro, estimándola en 2,831 pies. Los expedicionarios comprobaron que ciertos arbustos crecían sobre las laderas del volcán y algunos ranchos se veían por el sureste, levantados sobre un suelo todavía revestido de arenas y cenizas.

El cráter seguía siendo un abismo pendiente, “[...] escenario de una salvaje sublimidad”, según Scherzer. Tenía el perfil recortado y medía como una legua de circuito. El fondo continuaba vacío, surcado por grietas que emanaban tenues fumarolas. “En muchos lugares de su interior el terreno estaba caliente —continúa Scherzer— y cuando algunas veces nos hundimos hasta la rodilla en la arena suelta, las suelas de los zapatos se quemaban”. Esta observación parece indicar que ambos exploradores bajaron hasta el fondo del cráter, pues aunque Scherzer lo descri-

³¹ Robert G. Dunlop: Chapter I. p. 13-17.

³² Ephraim G. Squier: p. 473 y 477.

be como profundo, menciona que era accesible por el lado norte y que había observado muchas ranuras y cárcavas en el fondo.³³

Otro explorador del Cosigüina fue William Wells, quien estuvo en Nicaragua a raíz de la guerra civil de 1854. Después de pasar varias semanas en el occidente del país, detenido por la guerra, logró al fin salir para Honduras por la vía del golfo de Fonseca. Mientras esperaba la marea favorable aprovechó para realizar una incursión por las bases del volcán. Acompañado por dos guías atravesó el mismo arroyo de aguas frescas donde se aprovisionara el capitán Belcher. La parte baja del cono ya estaba cubierta por una espesura vegetal impenetrable, interceptada por hondas cañadas que servían de guarida a los animales salvajes: “mis dos acompañantes atravesaron el sitio contra su gusto y parecían considerar toda la región como peligrosa y maldita”, escribe Wells. Continuaron abriendo brecha entre zarzales y arbustos hasta alcanzar la cumbre: “[...] un panorama de desolada grandeza aparece a los ojos del espectador cuando dirige su mirada hacia el cráter”, fue su primera impresión desde lo alto.

Al igual que Stephens, Wells describe grandes depósitos de lavas y cenizas lanzadas por la erupción hasta la propia orilla del mar, pero más que lava se trataba posiblemente de extensos parches de cenizas compactas, pues el volcán no emitió coladas de aquella materia, sino expulsó finos piroclastos. En ese error también incurrió Squier cuando menciona “[...] las lavas del Cosigüina”.

Otra de las curiosas anotaciones de Wells es aquella donde afirma que el volcán había manifestado una corta erupción en diciembre de 1852, cuando una nube de humo se desprendió del cráter a la vez que se producían trepidaciones, con caída de un polvo rojo en Amapala y la costa de Honduras. Más que una erupción, el fenómeno parece haber sido causado por un derrumbe de las paredes inestables del cráter a causa de algún movimiento sísmico. La avalancha parece haber provocado una polvareda, la que saliendo del cráter fue llevada por los vientos hacia el golfo.

Al año siguiente regresó Wells con el objeto de escalar el cono hasta la propia cima, pero tuvo que desistir porque sus acompañantes temían a los tigres que abundaban por la montaña: “[...] y aunque no me faltó el deseo de perder todo el día para hacer el ascenso al volcán, la tripulación se opuso, citando a las más fidedignas autoridades locales sobre el tema de existencia de culebras venenosas y animales salvajes”.³⁴

³³ Carl Scherzer: Vol. II. p. 217-232.

³⁴ Ver William Wells en Bibliografía.

A juzgar por este párrafo la fauna mayor ya repoblaba el nuevo bosque a sólo veinte años de ocurrida la gran erupción. También el mar se había recobrado. Wells observó bandadas de chorlitos y pelícanos en las playas vecinas, incluyendo lagartos en las riberas del Estero Real, donde además nadaban los “cuatrojos”, peces saltarines de visión bifocal, muy comunes en la actualidad en los ríos de la cuenca del golfo.

La visita de los geólogos al Cosigüina

Cuando en 1865 el geólogo alemán Karl Seebach pasó por el golfo de Fonseca, la península de Cosigüina ostentaba una lozana vegetación, los bosques circundaban el volcán y trepaban sobre sus laderas hasta cierta altura, aunque la cumbre parecía desolada. El científico alemán no tuvo la ocasión de escalar el volcán, limitándose a contemplarlo desde las aguas del golfo y de la cúspide del volcán Conchagua, situado en la ribera opuesta, donde pudo comprobar la estructura aplanada del cono y el borde aserrado de su enorme cráter.

Pocos años después los franceses Dollfuss y Montserrat hicieron un reconocimiento geológico en Guatemala y El Salvador, llegando hasta las islas volcánicas del golfo de Fonseca. Desde las aguas contemplaron la ancha península de Cosigüina, a la que describieron como una “quasi isla”. Se referían al volcán de la siguiente manera:

“Visto desde el océano, desde el costado noroeste, el Cosigüina da la apariencia de un cono regular, de diámetro bastante considerable en la parte inferior, pero interrumpido por una altura moderada sobre su base, como si alguna terrible explosión hubiese destruido y lanzado a lo lejos toda la parte superior de la montaña. De esta manera el cráter, (si es verdad que todavía existe uno bien definido, como todo nos hace suponer), debe ser gigantesco y tener cuando menos unos 20 kilómetros de circunferencia. Desde lejos se ve muy bien que lo alto de la montaña presenta un perfil redondeado y los bordes del cráter sensiblemente angulosos y boscosos, con puntos rocosos, los cuales pueden tener hasta 100 metros de altura. Toda la parte superior del volcán es completamente árida y parece estar constituida de arenas volcánicas, en su variedad cenizas y escorias, que le dan la apariencia casi lisa y uniforme, aunque esté surcado de barrancos más o menos profundos”.³⁶

Concluyen los franceses afirmando que la vegetación comenzaba a cubrir el punto donde el pie del volcán se perdía en medio de contrafuertes. Al tiempo de la observación el cerro estaba tranquilo y no manifestaba ninguna emisión gaseosa. Es de suponer que ya para entonces, a más de 30 años de la famosa erupción, una incipiente laguna se estaba formando en el fondo.

* Dollfuss y Montserrat: p. 330-340.

La primera inspección científica del volcán, propiamente dicha, fue la de John Crawford, un geólogo norteamericano contratado por el gobierno de Nicaragua para supervisar la apertura del canal interoceánico. En un artículo publicado en 1891 Crawford postula que el volcán se originó del fondo del mar y lo describe como “[...] una oblonga pirámide cuando se le contempla desde lejos; los flancos del volcán están muy erosionados con verdaderas aristas a los lados, que se perdían entre la espesa vegetación, incluyendo algunos árboles parecidos a encinos”.³⁶

El geólogo confirmó la existencia de una laguna en la profundidad del cráter, al cual llenaba parcialmente. Estimó el diámetro del mismo en unos 1,000 pies y 2,400 de hondo hasta el nivel de la laguna. No pudo bajar para medir la profundidad de ésta porque era inaccesible, flanqueada por precipicios formados por capas de lapillis, arenas y cenizas compactadas, entre las que sobresalían mantos de lava y “azufre poroso”. Encontró una fisura de varios centenares de pies de hondo por 20 a 25 de ancho, la cual interceptaba la ladera noreste del cono. Comprobó la presencia de barrancos que descendían desde la cresta hasta la base de la montaña, mostrando aglomerados, arenas y antiguas lavas en sus paredes; en el fondo crecían árboles con un grosor hasta de 26 pulgadas. Fuentes de aguas termales aparecían en una grieta al pie del cerro, con temperatura entre 45° y 75° centígrados, conteniendo alta proporción de azufre y otras sales; daban origen a arroyos de 20 a 60 pies de anchura y 4 de profundidad que al poco trecho penetraban en un campo de arena y desaparecían bajo el suelo poroso.

Crawford consideró que la laguna no se surtía únicamente del agua de la cuenca del cráter, porque bastarían pocos meses de evaporación para secarla. Sospechó que era alimentada por varias fuentes situadas en la planicie de la península y en las bases del cerro, donde las aguas se colaban por fisuras que intersectaban la montaña hasta alcanzar el interior del cráter. Pudo también observar que las laderas del volcán estaban pobladas de codornices, pavas, venados y más de diez mil cabezas de ganado, que bebían en las aguas tibias y fuertemente mineralizadas que bajaban de la montaña.

En mayo de 1897 subió al cerro el geólogo alemán Karl Sapper. Una selva virgen crecía al pie y lados de la montaña, estando la parte superior cubierta por los pastos, con la única excepción de un insólito pino cerca del borde del cráter. Impresionó a Sapper ver aquella enorme oquedad, que se desplomaba en verticales precipicios con escombros de rocas en el fondo, y la bella laguna circular allá abajo que reflejaba un hermoso color azufrado. Circundaban el brocal grietas concéntricas y algunas

* Ver Crawford: p. 270-271.

radiales, una de las cuales indicaba el pronto colapso de un bocado del cráter hacia el abismo.

Durante la exploración el científico alemán descubrió un riachuelo de agua caliente cerca de la hacienda Capulinada, cuyas aguas tibias alcanzaban los 35° centígrados. Encontró un poco más al sur una fuente de aguas termales que contenía ácido sulfhídrico. La roca más común del volcán era de un tipo intermedio entre el basalto y la andesita. Sapper comenta que el cerro había estado tranquilo desde la gran erupción, con excepción de algunos retumbos que se escucharon al tiempo del terremoto de Chinandega, un año después de su vista a la península.³⁷

La autopsia del vesubiano Cosigüina

Pasaron 114 años entre la magna erupción y la “autopsia” que determinó la verdadera causa de su inusitada explosión. En octubre de 1949 el vulcanólogo norteamericano Howel Williams, de la Universidad de California, realizó estudios en el volcán y recogió muestras en varios sitios de la península de Cosigüina.

De acuerdo con sus averiguaciones, la erupción debió haber sido precedida por algunos sismos, pródromos no muy frecuentes en la mayoría de las erupciones de comparable violencia. Se caracterizó por el súbito inicio y el alcance rápido de su clímax, así como la declinación igualmente acelerada hacia la extinción del fenómeno, todo en cuestión de cuatro o cinco días. Williams clasificó la erupción como del tipo Pliniano, semejante a la que ofreció el Vesubio durante la histórica destrucción de Pompeya en el año 79 D.C. Al igual que ésta, mostró un paroxismo de corta duración pero igualmente violento, tanto que ambos volcanes perdieron la mitad del cono y dejaron los alrededores salpicados de abundante pómez.

Casi todo el volumen de materiales evacuado por Cosigüina fue fragmentado y proyectado al aire, alcanzando alturas considerables —según Williams— para luego ser esparcido por los vientos sobre una extensa área, donde cayó en forma de fina lluvia de polvo y ceniza. Es posible que en las últimas fases de la erupción el volcán expulsara avalanchas de gases o nubes ardientes que rodaron por las laderas, calcinando todo lo que encontraron en su descenso, pero en ningún momento emitió corrientes de lava, como algunos escritores del siglo pasado sostuvieron. El vómito ardiente consistió principalmente en magma andesítico mezclado con fragmentos de las rocas que anteriormente conformaban la cúspide del

³⁷ Karl Sapper: p. 73-75.

volcán. Los fragmentos se encontraron sobre el curso de las avalanchas y no en los depósitos caídos desde el aire. La cantidad total del material expulsado parece menor que el volumen de la cumbre desaparecida durante la erupción; por tanto Williams asume que el gran cráter tuvo su origen, no en el material expulsado sino, en el colapso provocado por el subsecuente descenso del magma a la cámara subterránea, una vez pasado el momento clímax de la erupción.³⁸

Además de la violencia y brevedad que caracterizaron al proceso, Williams consideró como caso notable la finura o sutileza del material expulsado, “[...] las cenizas eran tan impalpables como la harina floreada”, decía un informe de aquel tiempo. También encontró que en las laderas del volcán, sobre las que suelen caer las rocas más grandes y pesadas, los fragmentos eran tan finos como la grava o el arenón, y aún más lejos lo que caía era prácticamente polvo volcánico. Esporádicamente se encontraban bombas escoriáceas de varios pies de largo, pero ninguna mostraba el aspecto redondo, cordado o fusiforme, típico de las rocas lanzadas durante las erupciones strombolianas, que son las más comunes entre los volcanes de América Central.

Sobre la cantidad de material expulsado por Cosigüina, Williams considera como exageradas las primeras estimaciones que se hicieron, las que hacían elevar la cifra entre 50 y 150 kilómetros cúbicos. Según su estimación, el volumen no excedió a los 10 Kms³, cifra desde luego superior a la que arrojó el Krakatoa en 1883, pero inferior a la superexplosión del volcán Tambora que en 1815 voló por los aires 36 Kms³ de materiales al espacio, siendo la suya considerada por esta razón como la explosión volcánica más grande de todos los tiempos.

La erupción del Cosigüina, en la opinión del vulcanólogo de Berkeley, fue provocada por una súbita ultravesiculación del magma, o sea una violentísima “efervescencia” de todo el material incandescente encerrado en las entrañas del volcán, tan rápida que fue expulsado como nebulización, sin dar tiempo a la cristalización de los minerales y con tal ímpetu que la entera cúspide del volcán fue virtualmente pulverizada y volada por la explosión. “Entre los productos de otras grandes erupciones —concluye Williams— pocos atestiguan una distensión tan drástica del magma a consecuencia de esta súbita efervescencia”.

La explosión del volcán Cosigüina, en enero de 1835, fue considerada por el vulcanólogo norteamericano, después de todo, como la más violenta erupción ocurrida en las Américas en tiempos históricos.

³⁸ Howel Williams: p. 21-46.

Bibliografía

Capítulo I: Primera visión geográfica de Nicaragua

Anglería, Pedro Mártir de: *Décadas del Nuevo Mundo*. José Porrúa e Hijos, Sucesores. (Traducción del latín Dr. Agustín Millares Carlos), México, 1964.

DHCR (*Colección de Documentos para la Historia de Costa Rica relativos al Cuarto y Ultimo Viaje de Cristóbal Colón*). Academia de Geografía e Historia de Costa Rica. Imprenta y Librería Atenea, San José, Costa Rica, 1952.

DHN (*Documentos para la Historia de Nicaragua*). Colección Somoza, editada por Andrés Vega Bolaños. Tomo I. Madrid, 1954.

Las Casas, Bartolomé de: *Historia de Las Indias*. Segunda Parte. Fondo de Cultura Económica, México, Buenos Aires.

Morison, Samuel E:

- *Admiral of the Ocean Sea*. Vol. II. Little, Brown and Co. Boston 1942.

- *The Caribbean as Columbus saw it*. An Atlantic Monthly Press Book. Little, Brown and Co. Boston, Toronto. 1964.

Navarrete, Martín Fernández de: *Colección de los Viajes y Descubrimientos que hicieron por mar los Españoles*. Editorial Guaranía. Buenos Aires, 1945.

Sauer, Carl O: *The Early Spanish Main*. The University of California Press. Berkeley and Los Angeles, 1969.

Capítulo II: Almirante de la Mar Dulce

Anglería, Pedro Mártir de: *Décadas del Nuevo Mundo*. (Traducción del latín por el Dr. Agustín Millares Carlo). José Porrúa e Hijos, Sucesores. México, 1964.

Bancroft, Hubert H: *History of Central America*. Vol. I. (The Works of Hubert Howe Bancroft. Vol. VII). Cap. XIV. San Francisco, 1886.

DHN (*Documentos para la Historia de Nicaragua*). Colección Somoza, Tomo I. Editado por Andrés Vega Bolaños. Madrid, 1954.

Fernández de Oviedo, Gonzalo: *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del Mar Océano*. Libro X de la Segunda Parte. Capítulos XIII, XIV, XXI y XII. Publicación de la Real Academia de la Historia. Edición de Amador de los Ríos. Madrid. 1851.

FPCBA (*Fondo de Promoción Cultural del Banco de América*), Managua, Nicaragua, 1975-76:

-*Nicaragua en los Cronistas de las Indias*. Serie Cronistas. No.1. (Recopilación y notas de Jorge E. Arellano).

-*Nicaragua en los Cronistas de las Indias*. Serie Cronistas. No.2. (Recopilación y notas de Jorge E. Arellano).

-*Nicaragua en los Cronistas de las Indias: Oviedo*. Serie Cronistas. No.3. (Introducción y notas de Eduardo Pérez Valle).

Capítulo III: Asalto al Paraíso

Arellano, Jorge Eduardo: *"La Conquista de Nicaragua y su Proceso"*. Universidad Centroamericana. Departamento de Estudio de la Cultura. Managua, 1976.

Argüello Argüello, Alfonso: *Historia de León Viejo*. Editorial Antorcha. León, 1969.

DNH (*Documentos para la Historia de Nicaragua*):

"*Carta de Pedrarias Dávila al Emperador, refiriéndole el descubrimiento de Nicaragua por su lugarteniente Francisco Hernández de Córdoba*". Colección Somoza. Tomo I. Editado por Andrés Vega Bolaños.

FPCBA (Fondo de Promoción del Banco de América):

Nicaragua en los Cronistas de las Indias: Oviedo. Serie Cronistas. No. 3. (Introducción y notas de Eduardo Pérez Valle), Managua, Nicaragua, 1976.

Góngora, Mario: *Grupos de Conquistadores en Tierra Firme 1509-1530*. Universidad de Chile, Centro de Historia Colonial, 1962.

Meléndez, Carlos: *Hernández de Córdoba, Capitán de Conquista en Nicaragua*. FPCBA, Managua, 1976.

Salvatierra, Sofonías: *Contribución a la Historia de Centroamérica*. Tipografía Progreso, Managua, Nicaragua, 1939.

Capítulo IV: Etno-geografía de la región conquistada

Chapman, Anne M.: *Los Nicaraos y los Chorotegas según las Fuentes Históricas*. Publicaciones de la Universidad de Costa Rica. Serie Historia y Geografía No. 4. Ciudad Universitaria, 1960.

Denevan, William M.: *The Native Population of The Americas in 1492*. Chapter 3. The University of Wisconsin Press, Madison, Wisconsin. 1976.

DHN (*Documentos para la Historia de Nicaragua*). (Recopilación de Andrés Vega Bolaños). Tomos I, II, III y IV. Madrid, 1954-55.

Fernández de Oviedo, Gonzalo: *Historia General y Natural de las Indias y Tierra Firme del Mar Océano*. (Recopilada por Amador de los Ríos). Imprenta de la Real Academia de Historia, Madrid, 1851-58. Libro XLII. Tomo IV.

FPCBA (Fondo de Promoción Cultural del Banco de América): *Nicaragua en los Cronistas de Indias*. Serie 1 y 2. (Recopilación y notas de Jorge. E. Arellano). Managua. 1975.

Healy, Paul F.: *Archaeology of the Rivas Region. Nicaragua*. Wilfrid Laurier University Press, Ontario, 1980.

Incer, Jaime: *Toponimias Indígenas de Nicaragua*. Editorial Libro Libre, San José, Costa Rica, 1985.

Lothrop, Samuel K.: *Cerámica de Costa Rica y Nicaragua*. Volumen I. Fondo Cultural del Banco de América, Managua. 1979.

Pérez Estrada, Francisco: *Panorama de la Nicaragua Pre-Colonial*. Managua, 1972.

Portilla, Miguel León: *Religión de los Nicaraos*. Universidad Nacional Autónoma de México, 1972.

Sherman, William L.: *Forced Native Labor in Sixteenth-Century Central America*. University of Nebraska Press. Lincoln and London, 1979.

Stanislavsky, Dan: *The Transformation of Nicaragua, 1519-1548*. University of California Press. Iberoamericana. Vol. 58, 1983.

Urtecho Saénz, Rafael: *Cultura e Historia Prehispánica del Istmo de Rivas*. Managua-León, 1960.

Capítulo V: Crónicas sobre volcanes, erupciones y terremotos

Argüello, Alfonso: *Historia de León Viejo*. Editorial Antorcha, León 1969.

DHN (*Documentos para la Historia de Nicaragua*). Colección Somoza. (recopilación de Andrés Vega Bolaños). Tomo I. Madrid 1954.

FPCBA (Fondo de Promoción Cultural del Banco de América): *Nicaragua en los Cronistas de Indias*. Serie 1. 2 y 3 (recopilación de Jorge E. Arellano y Eduardo Pérez Valle). Managua, 1975-1977.

Incer, Jaime: *Geografía Ilustrada de Nicaragua*. Editorial Recalde, Managua, 1973.

Matilló Villa, Joaquín: *Las Huellas de Acahualinca*. Publicaciones del Museo Nacional. Serie Arqueológica. Editorial Unión. Managua, 1975.

Squier, Ephraim G.: *Nicaragua, sus Gentes y Paisajes*. (Traducción de Luciano Cuadra). Educa. San José de Costa Rica. 1972.

Vázquez de Espinosa, Antonio: *Compendio y Descripción de las Indias Occidentales*. Biblioteca de Autores Españoles. Tomo 231. Libro Quinto.

Capítulo VI: La subida y la bajada al infierno

Fernández de Oviedo, Gonzalo: *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del Mar Océano*. (Edición de José Amador de los Ríos). Real Academia de la Historia. Madrid. 1851-1855.

FPCBA (Fondo de Promoción Cultural del Banco de América): *Nicaragua en los Cronistas de Indias. Serie Cronistas*. No. 1 y 2. (Recopilación y notas por Jorge E. Arellano). Managua, 1975.

FPCBA (Fondo de Promoción Cultural del Banco de América): *Nicaragua en los Cronistas de Indias: Oviedo*. Serie Cronistas No. 3. (Recopilación y Notas de Eduardo Pérez Valle). Managua, 1976.

Sapper, Karl: *El Infierno de Masaya*. Halle, Verlax von Max Niemeyer, 1925.

Capítulo VII: El país de la zoología fantástica

Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España:
"Relación de las cosas que le sucedieron al padre Fray Alonso Ponce en las Provincias de la Nueva España". Tomo LVII. Madrid. 1872.

FPCBA (Fondo de Promoción Cultural del Banco de América):
Nicaragua en los Cronistas de Indias. Series Nos. 1 y 2. (López de Gómara, Ciudad Real, Torquemada y Vázquez de Espinosa). Managua, 1975.

Healy, Paul F.: *Archaeology of the Rivas Region, Nicaragua*. Wilfrid Laurier University Press. Ontario, Canada 1980.

Huygen van Linschoten, Jan: *Discours of Voyages into y East & West Indies*. London, 1598. (Reproducido por Walter J. Johnson, Inc. Theatrum Orbis Terrarum, Ltd. Amsterdam 1974 Norwood, N.J.).

M.W.: *The Mosquito Indian and his Golden River. A collection of Voyages and Travels*. Vol VI. London 1704-1746.

Roach, John: *The Surprising Adventures of John Roach*. The Second Edition. F. Briscoe, Whitehaven. 1784.

Capítulo VIII: El amargo Desaguadero de la Mar Dulce

DHN (*Documentos para la Historia de Nicaragua*):

"*Relación de lo que el Magnífico Señor Capitán Alonso Calero ha visto y descubierto hasta hoy día de ésta, en el viaje del descubrimiento que va del Desaguadero por el Muy Magnífico señor Rodrigo de Contreras, Gobernador y Capitán General de estas provincias de Nicaragua por su Majestad*".

Documento No. CDXCII, p. 46-58 del Tomo VII, y Documento No. CDLX. p. 75-88 del Tomo VI.

FPCBA (Fondo de Promoción Cultural del Banco de América):

- *Nicaragua en los Cronistas de las Indias*. Serie Cronistas Nos. 1 y 2. (Recopilación y notas de Jorge E. Arellano). Managua, 1975.

- *Nicaragua en los Cronistas de Indias: Oviedo*. Serie Cronistas No. 3. (Introducción y notas de Eduardo Pérez Valle).

Peralta, Manuel M.: *Costa Rica, Nicaragua y Panamá en el Siglo XVI*. Librería M. Murillo. Madrid, 1883.

Pérez Valle, Eduardo: *El Desaguadero de la Mar Dulce*. Colección Cultural del Banco de América. Managua, 1977.

Torquemada, Juan de: *Monarquía Indiana*. Madrid, 1723.

Williams, Max H.: *San Juan River-Lake Nicaragua Waterway. 1502-1921*. (A Dissertation submitted to the Graduate Faculty of the Louisiana State University. August, 1971).

Capítulo IX: Tres frailes en el camino real de Nicaragua

Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España. Tomo LVII. Madrid, 1872: "*Relación de las cosas que sucedieron al padre Fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España*". (Reproducida parcialmente en FPCBA: *Nicaragua en los Cronistas de Indias: Antonio de Cibdad Real*. Serie Cronistas No. 1. p. 143-169. Managua, 1975).

Gage, Thomas: *A New Survey of the West Indies, 1648*. New York. Robert M. McBride & Co. 1929.

Huygen van Linschoten: *Discours of Voyages into y East & West Indies*, London 1598. Walter J. Johnson, Inc. Theatrum Orbis Terrarum, LTD. Amsterdam 1974 Norwood, N.J.

López de Velasco, Juan: *Geografía y Descripción de las Indias*. (Reproducción de la parte subtitulada “*Descripción de la provincia y gobernación de Nicaragua*”, en FPCBA: *Nicaragua en los Cronistas de Indias*. Serie Cronistas No 1. p 175-190, Managua, 1975).

Thompson, J. Eric S.: *Thomas Gage's Travels in the New World*. University of Oklahoma Press. Norman, 1958.

Vázquez de Espinosa, Antonio: *Compendio y Descripción de las Indias Occidentales*. Biblioteca de Autores Españoles. Tomo 231. Libro Quinto. Numerales 712-749. Ediciones Atlas. Madrid, 1969 . (Reproducido parcialmente en FPCBA: *Nicaragua en los Cronistas de Indias: Antonio Vázquez de Espinosa*. Serie Cronistas. No. 2. p 175-199. Managua, 1975).

Capítulo X: Misioneros en la boca de la montaña

Conzemius, Eduard: *Miskitos y Sumus* (traducción Jaime Incer). Libro Libre, San José Costa Rica, 1984.

Espino, Fernando: *Relación Verdadera de la Reducción de los Indios Infieles de la Provincia de la Taguisgalpa, llamados Xicaques*. (Introducción y Notas de Jorge E. Arellano). Colección Cultural, Banco de América. Managua, Nicaragua, 1975.

Lehmann, Walter: *Die Sprachen Zentral-Amerikas*. Vol I y II. Berlín, 1922.

Ríos, Eduardo Enrique: *Fray Margil de Jesús, Apóstol de América*. Antigua Librería Robredo de José Porrúa e Hijos. México, 1941.

Vázquez, Francisco: *Crónica de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Guatemala*. Biblioteca “Goathemala”. Vol. XVII. Tipografía Nacional, Guatemala, C.A. 1944.

Capítulo XI: Cronistas–aventureros en la Costa del Caribe

Bancroft, Hubert H.: *History of Central America*. Vol. II. 1530-1800. Bancroft's Work. Vol. VII. San Francisco, The History Company Publisher, 1886.

Colección Cultural de Banco de América: *Piratas en Centroamérica, Siglo XVII: John Esquemeling - William Dampier*. FPCBA. Managua, Nicaragua. 1978.

Conzemius, Eduard: *Estudio Etnográfico sobre los Indios Miskitos y Sumus de Honduras y Nicaragua*. (Traducción Jaime Incer). Editorial Libro Libre, San José, Costa Rica, 1984.

Dampier, William: *A New Voyage round the World*. (With an Introduction by Sir Albert Gray). Dover Publication. Inc. New York, 1968.

Esquemeling, John: *The Buccaneers of America*. London. George Routledge and Sons Ltda. Edited by William Swan Stallybrass.

Floyd, Troy S.: *The Anglo-Spanish Struggle for Mosquitia*. The University of New Mexico Press. 1967.

M.W.: *The Mosquito Indian and his Golden River*. A collection of Voyages and Travels. Vol.VI. London 1704-1746.

Capítulo XII: Los bucaneros invaden Nicaragua

Bancroft, Hubert H.: *History of Central America*. Vol II. 1530-1800. Bancroft's Works. Vol VII. San Francisco. The History Co. Pub., 1886.

Burney, James: *History of the Buccaneers of America*. London, 1816.

Colección Cultural del Banco de América: *Piratas en Centroamérica, Siglo XVII*. (Traducción de Luciano Cuadra), Managua, Nicaragua, 1978.

Dampier, William: *A New Voyage round the World*. Dover Publications Inc. New York, 1978.

Esquemeling, John: *The Buccaneers of America*. George Routledge & Sons Ltd. London. (Edited by William Swan Stallybrass).

Eyer Wilbur, Marguerite: *Raveneau de Lussan Buccaneer of The Spanish Main*. (A translation into English of his Journal of his Voyage into the South Seas in 1684). The Arthur H Clark Company. Cleveland, USA. 1930.

Floyd, Troy S.: *The Anglo-Spanish Struggle for Mosquitia*. The University of New Mexico Press, 1967.

Gómez, José D.: *Historia de Nicaragua*. Tipografía El País. Managua, 1889.

Gosse, Philip: *The Pirates' Who's Who*. Charles E. Lauriat Company. Boston, 1924.

Haring C.H.: *The Buccaneers in the West Indies in the XVII Century*. Methuen Co. Ltd., London, 1910.

Pérez Valenzuela, Pedro: *Historia de Piratas. Los Aventureros del Mar en la América Central*. Tipografía Nacional, Guatemala, 1936.

Capítulo XIII: Incendio en la frontera

Bancroft Huber H.: *History of Central America*. Vol II. San Francisco. The History Co. Pub. 1886.

Dozier, Craig L.: *Nicaragua's Mosquito Shore*. The University of Alabama Press, 1985.

Floyd, Troy S.: *The Anglo-Spanish Struggle for Mosquitia*. The University of New Mexico Press, 1967.

Gámez, José Dolores: *Historia de Nicaragua*. Tipografía El País, Managua 1889.

García Peláez, Francisco de Paula: *Memorias para la Historia del Antiguo Reino de Guatemala*. Tipografía Nacional, Guatemala, 1943.

HCN (*Colección de Documentos a la Historia Colonial de Nicaragua*). Tipografía y Encuadernación Nacionales, Managua, 1921.

Peralta, Manuel M.: *Costa Rica y Costa de Mosquitos*. París, 1898.

The Kemble Papers: Collection of the New York Historical Society, for the year 1884. Vol VII, 1780-1781. N.Y. 1885.

William Max H.: *Gateway through Central America: A History of the San Juan River-Lake Nicaragua Waterway. 1501-1921*. Empresa Editorial Urquiza Ltda. La Paz, Bolivia, 1976.

Capítulo XIV: Inventario de los pueblos a mitad del siglo XVIII

Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano. No. 82. Julio, 1967: "Documento Antiguo. Visita Apostólica, Topográfica y Estadística de todos los Pueblos de Nicaragua Costa Rica, hecha por el ilustrísimo Señor Don Pedro Agustín Morel de Santa Cruz, Obispo de la Diócesis en 1751 y elevada al conocimiento de S.M Católica Fernando VI el 8 de Septiembre de 1752". Reproducido también en la "Historia de Nicaragua" de Tomás Ayón. FPCBA.

Newson, Linda A.: *Indian Survival in Colonial Nicaragua*. University of Oklahoma Press. 1987.

Gabb, William M.: "Tribus y Lenguas Indígenas de Costa Rica". *Colección de Documentos para la Historia de Costa Rica*. Tomo III. (Publicado por el Lic. León Fernández). San José de Costa Rica, 1883.

García Peláez, Francisco de Paula: *Memoria para la Historia del Antiguo Reino de Guatemala*. Tomo III. Tipografía Nacional, Guatemala, 1944.

Romero Vargas, Germán: *Las estructuras sociales de Nicaragua en el siglo XVIII*. Editorial Vanguardia. Managua, 1988.

Squier, Ephraim G.: *The States of Central America*. Chapter XVIII. p. 405-413.

Thiel, Bernardo A.: *Viajes a varias partes de Costa Rica*. Tipografía Nacional, San José, 1896.

Capítulo XV: Las historias de tres tristes trotamundos

Cockburn, John: *A Journey over Land from the Gulf of Honduras to the great South-Sea*. London, 1735.

Conzemius, Eduard: *Estudio Etnográfico sobre los Miskitos y Sumus de Honduras y Nicaragua*. Editorial Libro Libre, San José, Costa Rica. 1984.

William Williams: *The Journal of Penrose, Seaman*. (With Introduction and Notes by David Howard Dickason). Indiana University Press, Bloomington. London., 1969. 384 p.

Roach, John: *The Surprising Adventure of John Roach, Mariner of Whitehaven*. Briscoe. Whitehaven. 1784.

Termer, Franz: "El valor histórico, geográfico y etnológico de los Apuntes de John Cockburn sobre Centroamérica en el siglo XVIII". (De "Los Viajes de Cockburn por Costa Rica"). Editorial Costa Rica, San José. C.R. 1976.

Capítulo XVI: Exploraciones científicas, botánicas y volcánicas

Archivo del Museo Naval de Madrid: "Descripción del Volcán Telica, situado al N. 16° E. de la Aguja de la Ciudad de León Capital de la provincia de Nicaragua á la distancia de 3 á 4 leguas". Manuscrito 570 No. 6.

Archivo Histórico de Madrid. Sección del Virreinato de México: "Excursión del Volcán del Viejo".

Engstrand Iris H.W.: *Spanish Scientists in the New World*. University of Washington Press. Seattle & London, 1981.

McVaugh Roger: "Botanical Results of the Sessé & Mociño Expedition (1787-1803)". Contribution from the University of Michigan Herbarium. Vol. II. No. 3.

Montessus de Ballore, F.: *Temblores y Erupciones Volcánicas en Centro-América*. Imprenta Francisco Sagrini. San Salvador, 1884.

Novo y Colson, Pedro: *Viaje Político-Científico alrededor del mundo por las corbetas Descubierta y Atrevida*. Madrid 1885.

Sotos Serrano, Carmen: *Los Pintores de la Expedición de Alejandro Malaspina*. Real Academia de la Historia, Madrid, 1982.

Capítulo XVII: Reconocimiento oficial de la Costa de los Mosquitos

DHN (*Colección de Documentos referentes a la Historia Colonial de Nicaragua*). Tipografía y Encuadernación Nacionales. Managua, 1921.

FPCBA (Fondo de Promoción Cultural del Banco de América): *Nicaragua en los Cronistas de Indias*. Serie Cronistas, No. 2. Managua, 1975.

Parsons, James J.: "*San Andrés and Providencia, English-Speaking Islands in the Western Caribbean*". University of California Publications in Geography. Volume 12, No.1. University of California Press, Berkeley and Los Angeles, 1956.

Serrano y Sanz Manuel, editor: *Relaciones Históricas y Geográficas de América Central*. Madrid, 1908.

Capítulo XVIII: Las aventuras de Orlando Roberts, el inglés independentista

Parker, Franklin D.: *Travels in Central America. 1821-1840*. University of Florida Press, Gainesville, 1970.

Roberts, Orlando W:

- *Narratives of Voyages and Excursions on the East Coast and the Interior of Central America*. University of Florida Press, Gainesville, 1965.

- *Narración de los Viajes y Excursiones en la Costa Oriental y en el Interior de Centroamérica*. (Traducción de Orlando Cuadra Downing). FPCBA. Managua, 1978.

Strangeways, Thomas: *Sketch of the Mosquito Shore*. Edimburgh, 1822.

Capítulo XIX: Viajeros y pueblos en la época post-independente

Haefkens, Jacobo: *Viaje a Guatemala y Centroamérica*. (Traducción de Theodora J. M. van Lottum). Editorial Universitaria. Guatemala, 1969. (Reproducido en la Publicación de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala. Vol. I. 1969).

Hale, John: *Seis Meses de Residencia y Viajes en Centroamérica, etc.* Extractos de la obra de Ricardo Fernández Guardia: *Costa Rica en el Siglo XIX*. Editorial Universitaria Centroamericana. EDUCA, San José, Costa Rica, 1985.

Belcher, Sir Edward: *Narrative of a Voyage Round the World. 1836-1842*. Vol. I. Dawson of Pall Mall. London 1970.

Capítulo XX: Cosigüina: un ensayo del juicio final

Archivo General de Centro América. Guatemala. Manuscritos:

- Expediente 50140. Legajo 2404.
- B 116.1. Exped.50140. Leg 2404.
- B 79.5. Exped.81230. Leg.3562.

Belcher, Edward: *Narrative of a Voyage Round The World*. Vol I. Chapter X. Dawson of Pall Mall. London, 1970.

Caldcleugh, A.: "*Some accounts of the Volcanic eruption of Coseguina*". Philosophical Transactions of the Royal Society of London. Part 1. pp 27-30, 1836.

Crawford J.: "*The Peninsula and Volcano Cosegüina*". Proceedings American Association for the Advance of Sciences. No. 40. 1891.

de la Quadra, Desiderio: "*Relación de la Erupción del Volcán Cosigüina*". Revista Conservadora. Managua, Septiembre 1960.

Dollfus, A, y de Montserrat, E.: *Voyage géologique dans les republiques de Guatemala et de Salvador*. Paris, 1868.

Dunlop Robert G.: *Travels in Central America*. London, 1847.

Galindo, Juan: "*On the Eruption of the Volcano of Cosigüina*". The Journal of the Royal Geographic Society of London. Vol. V. 1835.

Revista de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua: "*Erupción del Cosigüina*". Tomo VI. No. 2. Managua, Agosto de 1944. Informes de:

- Gobierno Político e Intendencia de Olancho.
- Del Jefe Político de San Miguel.
- Gobierno Político del Departamento de Comayagua.
- Comandancia Principal de Omoa.
- Municipalidad de Goascorán.
- Departamento de San Miguel, carta para el Ministerio General de Gobierno de Honduras.
- Reporte de Tegucigalpa.

Revista del Archivo y de la Biblioteca Nacional de la República de Honduras. Tomo IV, 1908. Informes de:

- Ministro Tesorero del Puerto de Tigre.
- Municipalidad de Nacaome.
- Municipalidad de Choluteca.

Sapper, Karl: *Los volcanes de la América Central*. Halle, 1925.

Scherzer, Carl: *Travels in the Free States of Central America*. London 1857

Seebach, Karl: *Ueber Vulkane Centralamerikas*. Göttingen, Alemania, 1892.

Squier, Ephraim G.: *Nicaragua, Sus Gentes y Paisajes*. Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA) (Traducción de Luciano Cuadra). Costa Rica, 1972.

Stephens John L.: *Incidentes de Viajes en Centroamérica, Chiapas y Yucatán*. EDUCA. San José de Costa Rica, 1971.

Wells, William: *Exploraciones y Aventuras en Honduras*. Edición del Banco Central de Honduras, 1960.

Williams, Howel: *"The Great Eruption of Coseguina, Nicaragua, in 1835"*. University of California Publications in Geological Sciences. Vol. 29. No. 2. 1952.

Índice de referencias*

— A —

- Abangasca*, pueblo indígena, 94.
Abaúnzia, Pedro de, conquistador de Boaco, 253.
Abito, pueblo Rama, 198, 199.
Acahualinca: primitivas huellas humanas, 119-120 * laguna, 132.
Acapulco, México, 353, 438, 479, 486.
Acoyapa, 254, 374, 421.
Achuapa, 70, 95.
Adán, Clemente, cura, 432.
Agalta, valle (Honduras), 273.
Agallega, pueblo indígena, 236.
Agatecyte, cacique "el Viejo", 94, 223.
Agua, volcán de, (Guatemala), 141.
Aguán, río, (*Jagua*, Honduras), 71, 247, 297.
Agüero, fray Diego de, 49, 51, 65.
Águila Harpía (*Harpia harpyja*), 175.
Ajusco, laguna (del Tigre), 132.
Alamna, salto de Tarica, Río Grande, 380.
Albagüinas o Albatuinas, indios: 248, 251, 257, 271, 279, 281, 313, 315, 318, 358 * martirizan a frailes, 271 * costumbres, 280-281.
Albemarle, duque de, 314.
Albuquerque, Juan, fraile misionero, 253.
Alcedo, Antonio de, cronista, 541.
Alisios, vientos, 28, 558, 588.
Almirante de la Mar Dulce, 58, 59.
Aloba, (río Cukra Hill), 500.
Alparis, jefe misquito, 496-498, 500-501.
Alvarado, Pedro de, conquistador, 58, 69, 71, 76, 116, 141.
Alvarez, Juan, dean, 159.
Alvarez de Toledo, tesorero, 144.
Amapala: golfo de (ver Fonseca), 353, 602 * isla, (ver El Tigre).
- América, nombre de, 36.
América Central: 31, 44, 98, 121, 170, 220, 250, 281, 295, 304, 328, 337, 338, 368, 391, 435, 436, 443, 464, 469, 470, 472, 473, 486, 493, 508, 512, 560, 588, 606 * en la época de la Independencia, 515, 524, 531, 543, 544, 562 * Provincias Unidas de, 513, 544, 546, 595.
Amerrique, indios, 36, 254.
Anáhuac, meseta del, (México), 89, 97.
Anavacas, Las, 270-272.
Andagoya, Pascual de, cronista, 62, 65, 104, 114, 149, 164.
Anglería, Pedro Mártir de, cronista: cuarto viaje de Colón, 24, 26-27, 32, 34-37 * expedición de Gil González, 40, 48, 183 * el oro de los Nicaraos, 63.
Antillas, 43, 61, 163, 328.
Añil: industria, 230, 232-233, 472 * ubicación de los obrajes, 232, 406.
Apastepe, volcán (Casita), 93.
Apoyeque, laguna de, 132.
Apoyo, laguna de, 90, 92, 120, 132, 415, 472, 548.
Apus, jefe Xicaque, 274-275.
Arcos y Moreno, Alonso, Capitán General, 377.
Archipiélago de los Misquitos, 27, 299. (ver Misquitos, cayos).
Arenas Blancas, (Karawala), 497.
Areytos, danzas indígenas, 108.
Arial, pueblo indígena, 93.
Armadillos, cusucos, (*Dasyus novemcinctus*), 177.
Armstrong Neil, astronauta, 155.
Arrancabarba o Quimichapa, "puerto" de, 374.
Artieda y Chirinos, Diego de, gobernador, 212.

*Los nombres en *cursiva* representan términos geográficos obsoletos, expresiones indígenas antiguas, nombres científicos, o sinonimias. Los nombres en **negrita**, se reservaron para tribus o grupos indígenas.

Asang-Lauwana, festival de los Sumus, 457-461.
 Asanwás, indios Sumus, 461.
 Aserradores, isla, 554.
 Asese, 186.
 Asosca: antiguo volcán, 120 * laguna, 132, 548.
 Audiencia de Guatemala, 231 * de Panamá, 206.
Awastara (río Grande de Matagalpa), 374.
Ayagualo, lago, (*Cocibolca*) 51, 180.
Ayatega, pueblo indígena, 94.
 Ayón, Tomas, historiador, 333.
 Ayssa, Juan de, capitán, 392.
Aztaconzi, pueblo indígena, 94.
 Aztecas: 88, 96, 97, 98, 106, 108, 190, 248, 283.

— B —

Baily, John, ingeniero, 511, 514, 560.
 Balboa, Vasco Núñez de, Adelantado, 40, 41, 82.
 Bálsamo (*Miroxylum sp.*), 104.
 Bambú (*Bambusia guadua*), 27.
 Bancroft, Hubert H., historiador, 297, 314.
 Barco, Francisco, capitán, 252.
 Bartola, río e isla, 386, 392.
 Bastidas, Rodrigo de, conquistador, 39.
 Bawihkas, indios, 291.
 Bebidas indígenas, 104, 110, 555-556.
 Belcher, Edward, capitán, 483, 514, 590 * estudios y mediciones en el país, 552-554, 558-562 * asciende al volcán San Cristóbal, 554-556 * escala el volcán Cosigüina, 566, 598, 599, 600.
 Belice (antes *British Honduras*), 293, 298, 331, 367, 577.
 Belt, Thomas, naturalista, 433, 514.
 Benalcázar, Sebastián, conquistador, 65, 77, 80, 182.
 Benavente, fray Toribio, (ver *Motolinía*).
 Benzoni, Girolano, cronista, 65, 66, 100, 103, 108, 150, 159, 217.
 Black Water Creek, 446.
 Blauvelt, Abraham, pirata Blewfield, 287, 307.
 Bluefields: origen del nombre, 287, 307 * establecimiento inglés, 366, 374, 392, 394, 396, 497, 499, 500, 501, 507, 518, 519, 536, 545 * caza y pesca en, 396, 518 * laguna o bahía de, 30, 176, 291, 300, 301, 308, 398, 443, 446, 450, 492, 498, 500, 518, 540 * río, (Escondido), 307, 366, 398, 450.
 Boa (*Boa constrictor*), 177.
 Boa-Ulwas, indios Buac o Boacos, 254, 379.

Boaco, 376 * Boaco (Viejo), 84, 253, 254, 374 * asaltado por Zambo-Misquitos, 372, 375-376, 421 * Purísima Concepción de, misión de la, 375.
 Bobadilla, Francisco de, fraile, 50, 98, 107, 108, 111, 138, 149, 152.
 Bocas del Toro, Panamá, 300, 309, 333, 364, 367, 370, 398, 442, 521.
 Bocay, río, 251, 257, 266, 267, 268, 277.
Bombacho, volcán (Mombacho), 226, 441.
 Bonaparte: José, 473 * Napoleón, 368.
 Bongo, bote del río San Juan, 528, 534, 536.
 Borracheras: en indígenas del Pacífico, 108 * entre los Sumus, 455; 459 * entre los Misquitos, 522-523.
 Botos, indios, 96, 190, 192, 199, 291, 373, 430-431.
 Bovallius, Carl, explorador sueco, 108
Bragmans, (río Wawa), 272, 313, 316 * *Bragmans Bluff*, (Puerto Cabezas), 173, 289, 393, 497, 521, 539.
 Breton, Colville, gobernador misquito, 376, 496, 524 * (bautizado como Carlos Antonio de Castilla), 493, 494, 501.
Brewes Bouge (laguna Brus, Honduras), 313.
 Bridge, Mr. plantador, 553, 555, 561, 590.
 Brinton, Daniel, lingüista, 249, 250.
 Brito, 348, 472.
Bromelia (pinúelas), 78.
 Brujerías indígenas, 110, 273, 275, 282-283.
Bruselas, 74, 75, 77, 78, 80.
 Bucaneros: orígenes, 329 * (ver también Piratas).
 Burica, península, (Costa Rica), 41, 42, 58, 442.
 Burney, James, historiador, 330, 337.
 Bustamante y Guerra, José, capitán, 477.
 Butler y Jackson, piratas, 292.
 Byam, George, viajero inglés, 592.

— C —

Cabo de la Sierpe (Monkey Point), 34.
 Cabo Gracias a Dios: bautizado por Colón, 25, 27, 31, 34, 35 * otras referencias, 173, 218, 316, 353, 360, 498 * visitado por fray Cristóbal Martínez, 269, 271, 272 * por los primeros ingleses, 287, 292 * por los piratas, 293, 296, 300, 301, 304, 313, 337, 359, 361 * asentamiento inglés en, 364, 366, 406 * reconocido por los españoles, 491, 493, 494, 501 * visitado por Roberts y Strangeways, 521, 524, 538.
 Cabo de Hornos, 327, 330, 337, 352, 479.
Cabo Roas o *cabo Rojo* (Monkey Point), 29, 34.

- Cacao (*Cacaguat*): cultivo y uso 92, 103, 138, 232, 439 * juego a "pedir cacao", 108 * cultivo en Rivas, 404, 406, 408, 410, 440.
- Cáceres: Alonso, conquistador en Segovia, 253 * fray Antonio, 375 * villa de, 83, (ver Villa Hermosa).
- Cacla*, "puerto" de, 374.
- Caimanes (*Cayman fuscus*), 174.
- Cakchiqueles, indios, (Guatemala), 238.
- Calcleugh, Alexander, geógrafo, 570.
- Calendario nicarao, 108.
- Calero, Alonso, capitán: navega el lago de Nicaragua, 194-197 * expedición al río San Juan, 184, 189, 190, 193, 194, 197-201, 285 * recorre la costa caribe, 202-206 *regresa a Nicaragua 207.
- California, 327, 471, 514.
- Camaes, indios, 431.
- Camarón, cabo, (Honduras), 71, 272, 313.
- Camoapa, 253, 254, 374 * asaltada por Zambo-Misquitos, 372, 376, 421.
- Camock, capitán Sussex, 287, 293.
- Campañón, Francisco de, conquistador, 82.
- Canal y comunicación interoceánico por Nicaragua, 182, 489, 508-512, 535, 537, 547, 560-561, 604.
- Cangrejal* o Banadi, "puerto", 374.
- Canibalismo, 43, 99, 106, 264, 298, 299, 319.
- Caratasca, (*Cartago*), laguna de, (Honduras) 71, 184, 272.
- Caravallo, Juan de, encomendero, 138, 140.
- Carca*, "puerto" de, 374.
- Cariay* o *Cariari*, 29, 33, 34, 36, 37, 39, 163.
- Caribe, (Costa de Nicaragua): descripción del litoral, 23-38, 285-290 * cambios morfológicos, 29-31 * efecto de los huracanes, 30, 291 * islas y cayos frente a Nicaragua, 285, 289, 504-507 * lagunas costeras, 30, 170, 290, 330 * mar, 29, 184, 304, 327, 328, 508 * región del, 35, 161, 249 * (ver también Costa Atlántica).
- Caribes, (indios Sumus), 257, 294, 363, 364, 367, 386, 440 * del río Grande, 377-381 * "del Sumu", 380 * de la isla Solentiname, 411, 430.
- Carlos III, 467, 469, 470 * Carlos IV, 470 * Carlos V, 64, 75, 124, 192, 252, 508.
- Cartagena, (de Indias), 39, 208, 236, 242, 244, 327, 330, 405, 492, 499, 505-508, 527, 547.
- Cartago, Costa Rica, 236, 243, 243, 282, 306, 333, 295, 474, 472. * *Cartago*, laguna de, (ver Caratasca).
- Casa del Diablo*, (raudales de El Castillo), 80, 198, 200, 206.
- Cascabel, serpiente, (*Crotalus durissus*), 177.
- Castañeda, Diego de, conquistador, 51, 207, 215, 252 * Francisco de, (alcalde y gobernador), 66, 85, 91, 95, 97, 99, 107, 113, 116, 568 * Juan de, piloto, 41.
- Castilla del Oro*, (Panamá), 40, 58, 64, 66, 69, 76, 78, 80, 82, 111, 112, 114.
- Castillo, fray Blas del, 150, 155-160 * Rodrigo del, escribano, 83.
- Cataguas*, "puerto" de, 374.
- Catarina, pueblo, 351 (ver *Namotivá*).
- Cavallón, Juan de, (conquistador), 212.
- Caxinas*, (Honduras), 71.
- Cayos Misquitos, (ver Archipiélago de los Misquitos).
- Ceiba (*Ceiba pentandra*), 104-105.
- Cerda, Manuel Antonio de la, jefe de Estado, 486.
- Cerebaró* (Bocas del Toro), 37, 190, 206.
- Cereceda, Andrés de, tesorero, 40, 43, 52, 56, 64, 77.
- Cisne, isla del, (*San Milán*), (Honduras), 286, 437.
- Ciguare*, 39.
- Cihuacoatl*, la Mujer Serpiente, 283.
- Cihuatepetl* (Cosigüina), 299.
- Cindega*, pueblos indígenas, 94, 224.
- Cirama*, pueblo ulúa, 221.
- Ciudad Real (Cibdad Real), Antonio de, cronista, 93, 139, 140, 141, 150, 160, 166, 167, 183, 219-229, 430, 568.
- Ciudad Antigua (ver en Segovia, Ciudad Nueva de Segovia).
- Clementi, jefe misquito, 524.
- Coalzome*, pueblo indígena, 94.
- Coatega*, pueblo indígena, 52.
- Coatenamell*, isla, 187.
- Cocibolca*, lago, (de Nicaragua), 51, 75, 92, 122, 137.
- Cockburn, John: su libro, 436-437 * sus aventuras por Nicaragua, 435, 436-443.
- Coco, o *Segovia*: río, 31, 83, 96, 202, 213, 247, 251, 255, 256, 257, 262, 265-268, 272, 275, 290, 294, 370, 494 * raudales, 267, 318, 358-359 * origen del nombre y sinonimias, 265, 538 * surcado por los piratas, 330, 337, 353, 357-359 * remontado por hordas anglo-misquitas, 364, 369, 372, 373, 374. (ver Wanks).
- Cocobolo*, isla (Momotombito), 185.
- Cocos, isla de, (Costa Rica), 305, 338.
- Cochinilla, industria de la, 233, 595.
- Colama*, pueblo ulúa, 221.
- Colón: Bartolomé, 24, 34, 37 * Cristóbal, cuarto viaje, 23-38, 39, 163, 285 * Fernando, en el cuarto viaje de Colón 23, 27, 28, 37, 285.
- Colorado, ramal del, 188, 199, 201, 386, 527, 545.

- Comalapa, 376, 421.
Comalteca, pueblo desaparecido, 424.
Comaltenamitl, isla de Solentiname, 187.
 Comayagua, (Honduras), 242, 259, 261, 464, 572.
Comelagatoazte, columpio indígena, 110.
 Cometas: visto por Oviedo en León Viejo, 116 * visto por fray Cristóbal Martínez en 1619, 269 * cometa Halley, 588.
 Conchagua, volcán, (El Salvador), 570, 603.
Condega: pueblo ulúa, (Honduras), 222, 228, 250 * río, (Guasaule), 222 * Condega (Nicaragua), 424.
 Consejo de Indias, 42, 56, 213.
 Contreras, Rodrigo, gobernador, 85, 89, 116, 158, 159, 191, 193, 201, 206, 207 * hermanos Contreras, 143, 225.
 Conzemius, Eduard, etnólogo, 278, 287, 288, 303, 379, 457, 459, 461, 595.
 Cook: capitán James, 390, 468 * pirata John, 338.
 Copán, (Honduras), 48.
 Córdoba, (ver Hernández de Córdoba, Francisco).
 Corn Islands, (Islas del Maíz): descubiertas por Colón, 32-33, 37, 285 * posición, descripción, 289, 399, 506-507 * primitivos pobladores, 306-307 * visitadas por piratas, 299, 306-307 * colonia inglesa en, 491, 507.
 Corobicés, indios: primer contacto, 46 * desalojo, 89, 431 * lengua de los, 92, 227, 430.
 Corregimiento de Sébaco y Chontales, 231, 377, 462.
 Cortés, Hernán, conquistador, 55, 58, 71, 76, 80, 81, 82, 83, 96.
 Cosigüina: península, 68, 95, 114, 229, 565, 567, 589, 597, 603 * volcán, (ver Volcán Cosigüina).
 Costa Atlántica: litoral (ver Caribe) * descripción, 23-38, 288-290. * clima, 23, 37 * ríos, 26-31 * fauna, 172-178 * primeros productos, 293 * tribus autóctonas, 290-293 * llegada de esclavos negros, 293-295 * Historia, (ver Mosquitia, La Costa).
 Costa de la Mosquitia, (ver Mosquitia).
Costa de las Orejas, 26.
 Costa Rica, 33, 37, 42, 46, 59, 63, 80, 184, 190, 198, 201, 207, 212, 218, 223, 231, 253, 291, 335, 338, 345, 347, 364, 370, 373, 384, 386, 395, 404, 408, 430-433, 442, 474, 509, 510, 516, 535, 544, 545, 546, 578.
Coyamettl, saíno, 164.
 Coyal (*Acrocomia vinifera*), árbol y chicha de, 555, 556.
 Coyote (*Canis latrans*), 164.
 Coyotepe, cerro, 416.
Coyotepetl, cueva encantada de, 282, 283.
Cozacatega, pueblo indígena, 94.
Cozumatlé, pizote, 165.
 Crawford, John, geólogo, 36, 568, 570, 604.
 Creusott-Eon, Alain, vulcanólogo, 570.
 Criado de Castilla, Alonso, presidente de la Audiencia de Guatemala, 253.
 Cromwell, Oliver, 240, 244.
 Crusoe, Robinson, 312, 435, 444.
 Cuá, río, 257.
 Cuapa, 372, 374.
Cuatro Tiempos, islitas, 32.
 Cuatrojos, pez (*Anableps dowii*), 222, 603.
 Cuba, 65, 297, 361, 407, 445, 465, 473.
Culcalt (Quilali), valle, 277.
 Culebra, bahía de, (Nicoya), 46, 55, 352.
 Cusmapa, montañas de, 223.

— Ch —

- Chamologalpa*, pueblo indígena, 94.
 Chiapas, 89, 97, 238, 240, 281, 472, 578.
 Chibchas, 191, 431.
 Chichigalpa, 94, 224, 428 * volcán, 479, 480.
 Chilamate (*Ficus glabrata*), 105.
 Chiltepe, península, 93, 120.
 Chinandega, 438, 500, 572, 605 * pueblo indígena, 90, 94, 224, 234 * producción colonial, 234 * atacada por los piratas, 344, 351 * visitada por el obispo Morel, 428 * descrita por Belcher, 555.
 Chira, puerto de, (Nicoya), 41, 66, 92.
 Chiriquí, (Panamá), 42, 345, 347, 442, 516.
 Chocoyos, (*Aratinga sp.*) 165, 174 * del volcán Masaya, (ver *Xaxabes*).
 Cholula, (México), 89, 97.
 Choluteca, 71, 76, 221, 240, 282, 296, 353-355 * río, 83, 213, 221, 464, 572-575.
 Cholutecas, indios, 90, 221.
Chomilt-Tenamilt, (isla Zapatera), 187.
 Chompipes, pavos, 53, 165.
 Chontales, 36, 96, 187, 190, 253, 254, 291, 363, 370, 371, 375, 405, 407, 409, 499, 502 * costa de, 194, 332, 369, 375, 411, 420, 535 * llanerías y hatos de, 196, 387, 407, 462, 535 * corregimiento de, 231, 254, 387.
 Chontales, indios, 63, 68, 89, 95, 212, 248, 249-251. 253-255 * ubicación, 95, 249, 250 * asaltos de los, 84, 95 * "populaca" o "matagalpa", lengua y filiación con otras tribus, 249-251.
Chorotega: cacique, 43 * pueblo indígena, 92 * bahía, (golfo de Fonseca), 56, 221.
 Chorotegas, indios, 66, 67, 71, 89-91, 94, 95, 96, 97, 124 * primer contacto, 43 * canibalismo, 43, 99, 106, 107, 115 * procedencia, migración, 46, 89, 90, 221 *

pueblos, 52, 67, 92, 93 * costumbres y organización social, 91, 97-99 * lengua, 89-90 * creencias, ritos y sacrificios 105-107 * cultivadores de nísperos, 103 * introductores del chompipe, 165.

— D —

Dakban, bahía, (Cabo Gracias a Dios), 494.
 Dákura, villa misquita, 522, 539.
 Dampier, William, pirata, 31, 170, 245, 249, 292, 329, 337-339, 568, 569, 571 * su libro, 295, 305 * llega a Cabo Gracias a Dios, 304 * visita a Corn Island y laguna de Bluefields, 306-309 * observaciones sobre los Misquitos, 309-312 * asalto a León y Realejo, 339-343.
 Danta, (*Tapirus bairdii*), 171, 173, 177, 456.
 Darién, (Panamá), 39, 61, 66, 163, 344, 516.
 Darwin, Charles, naturalista, 306, 470, 480 * referencia al volcán Cosiguina, 571.
 Dávila, Benito, conquistador, 68, 73, 158.
 Dávila, Gil González, (ver González de Avila, Gil).
 Dávila, Pedrarias, gobernador, 40, 41, 42, 58, 64, 65, 66, 70, 71, 72, 74, 75, 76, 78, 79, 80, 81, 82, 83, 84, 85, 89, 95, 107, 110, 113, 114, 115, 116, 124, 127, 183, 191, 192, 193.
 Davis: Edward, pirata, 338, 339, 340, 343 * John, pirata, asalta Granada, 333-336.
 Daza, capitán Alonso, 259-264.
 Deer Cay (Isla del Venado), 31, 446, 518, 540.
 Del Río, José, teniente, 504-506.
 Desaguadero, río, (San Juan), 63, 79, 80, 83, 113, 183, 184, 189, 191, 192, 193, 194, 196, 202, 206, 208, 509.
 Desaguaderos indios, 190, 191.
 Desolado, cabo, (punta Masachapa), 55, 558, 561.
 Díaz, Ruy, capitán, 51, 65, 80, 182, 191.
 Díaz de Solís, Juan, descubridor, 285.
 Dickason, David H., escritor, 444, 449.
 Díez Navarro, Luis, ingeniero real, 381-384, 388, 392.
 Dirí: pueblo del, 75, 92, 138, 413 * laguna de, (Apoyo) 134 * río, (Nicoya), 44.
 Diríamba, 94, 414.
 Dirianes, indios, 90, 122.
 Diríangen, cacique, 52, 53, 54, 63, 66, 92, 650.
 Diríomo, 75, 92, 284, 351, 413.
 Diriondo, pueblo indígena, 93.
 Divisoria continental en Nicaragua, 182.
 Dollfuss y Montserrat, geólogos, 569, 603.
 Domás y Valle, Josef, Capitán General, 503.

Don Gonzalo, cacique, 66.
 Doña Paula, estero de, 340.
 Dozier, Craig, historiador, 391.
 Drake, Francis, pirata, 170, 215, 304, 327, 328, 337.
 Drummer, "gobernador" misquito, 520.
 Dunlop, Robert G., viajero, 512, 600-601.

— E —

Earnee, "almirante" misquito, 521.
 Eclipses, creencias indígenas sobre, 262.
 Edwards, Bryam, historiador, 538.
 Ejibalnas, indios sumus, 380.
 El Astillero, ensenada, 55, 348.
 El Bluff, 31, 398, 518, 540.
 El Callao, (Perú), 231, 486.
 El Cardón, islote, 55, 338, 384, 553.
 El Castillo: raudales, 80, 188, 198, 337, 511, 528, 536 * fortaleza, (ver Inmaculada Concepción).
 El Jícaro, Segovia, 70, 253, 366, 425 * río, 96, 215, 255, 357.
 El Ocotol, Nueva Segovia, 406.
 El Olonés (Jean David Nau), pirata, 296-299.
 El Realejo: puerto, 159, 214, 215, 218, 223, 231, 232, 240, 241, 284, 403, 438, 472, 479, 547, 586 * descripción del pueblo y astillero, 231, 232, 234, 384, 428 * atacado por piratas, 296, 305, 327, 338, 340, 342, 343, 346, 351, 353 * ruina del puerto, 403, 405, 428, 429, 560 * corregimiento de, 231 * descrito por el obispo Morel, 428, 429 * visitado por la expedición de Malaspina, 470, 477, 479 * visitado por Belcher, 553, 554, 560, 561.
 El Salvador, 66, 69, 71, 94, 141, 250, 251, 282, 353, 407, 472, 474, 578, 603.
 El Sauce, 95, 427.
 El Tigre, isla del, (Honduras), 339, 354, 580-582.
 El Viejo: pueblo de, 68, 223, 228, 229, 384, 438, 483, 500 * visitado por Vázquez de Espinosa, 233-234 * asaltado por los piratas, 346, 351 * visitado por el obispo Morel, 428 * volcán, (ver Volcán San Cristóbal).
 El Volador, juego indígena, 110.
 El Xicaque, territorio de, 265, 266.
 Encomiendas y Repartimiento, sistema de, 91, 404.
 Enderi (Nindirí), provincia, 124.
 Escalante, río, 348, 412.
 Escobedo, Capitán General, Francisco de, 337.
 Escologalpa, pueblo indígena, 94.
 Escondido, río, 30, 31, 32, 33, 398, 498, 518,

- 536, 540 * como ruta de invasión, 374, 398 * (ver Bluefields, río).
- Escoto, Bartolomé de, colonizador, 273.
- España, 56, 57, 58, 65, 70, 81, 85, 97, 104, 114, 115, 207, 214, 236, 238, 244, 259, 328, 331, 344, 361, 367, 377, 390, 397, 405, 437, 465, 467, 468, 473, 477, 479, 480, 489, 492, 501, 503, 508, 515 * La Cruz de, 50 * rey(es) de, 23, 64, 68, 74, 83, 99, 107, 110, 116, 193, 200, 252, 254, 368, 369, 431, 497.
- Espino, Fernando, fraile misionero, 248, 251, 258, 264, 268, 276, 278 * viaje a Segovia y Olancho, 273-275.
- Espinosa: Diego de, conquistador en Segovia, 252 * Gaspar de, Alcalde Mayor de Panamá, 41, 64 * Espinosa, fray Isidro Félix de, 282.
- Esquemeling, pirata John * su libro, 295, 333 * visita la laguna de Bluefields, 300, 301 * visita Cabo Gracias a Dios, 293, 295, 301 * primeras referencias de los Misquitos, 301-303.
- Estados Unidos de Norteamérica, 30, 368, 394, 443, 444, 499, 511, 514, 515.
- Estanzigoa*, pueblo indígena, 94.
- Estelí, 406, 423.
- Estero Real, río, 94, 166, 228, 352, 438, 483, 555, 561, 586, 597, 601.
- Estete, Martín, conquistador, 80, 82, 83, 93, 110, 114, 183, 189, 191, 192.
- Estrada de Ravago, Juan, 190, 212.
- Estrecho Dudoso*, 22, 25, 33, 37, 39, 57, 208.
- Estupefacientes indígenas: tabaco, 104 * *yaat* (coca), 104.
- Europa, 39, 48, 51, 112, 170, 249, 292, 305, 352, 364, 467, 479, 511, 598.
- F —
- Farallones de Cosigüina, 568.
- Fauna de Nicaragua, 62, 161-178 * de la región del Pacífico, 162-170 * de la región del Caribe, 170-178, 396, 397 * (ver también nombres vernaculares).
- Felipe II, 252 * Felipe III, 259.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo: *Cronista de las Indias*, 62, 68, 130, 138, 149, 167, 168, 183, 469 * Referencias a: el "Requerimiento", 46 * Puerto de La Posesión, 55 * riqueza del país, 62 * plaza de Managua, 68 * lagos de Nicaragua y sus conexiones, 184 * islas del gran lago, Ometepe, 186 * lago de Managua, 184 * ciudad de León, 78 * volcanes, 123-131 * visita el volcán Masaya, 149-154 * fuentes termales, 127 * temblores y tormentas, 137 * batalla de los Maribios, 68 * abusos de los conquistadores, 84 * sobre Hernando de Soto, 114 * venganza de Pedrarias, 115 * expedición al Desaguadero, 192 * de las provincias indígenas, 91 * población aborigen, 111-112 * costumbres de los indios, 97-99 * artes y subsistencia indígenas, 100-105 * creencias y ritos de los indios, 105-110 * los indios Chontales, 249, 250 * cultivos, árboles y plantas aprovechadas, 103-105 * de la fauna acuática de lagos y lagunas, 134, 135, 168 * peces marinos en el gran lago, 168 * animales silvestres de Nicaragua, 163, 164, 165, 166.
- Fernández Guardia, Ricardo, historiador, 59, 333.
- Fernando VI, 408, 445.
- Figuerola, capitán Beltrán de, 357.
- Filipinas, islas, 232, 305, 477, 479.
- Fletcher y Needham, piratas, 449.
- Florida, 65, 245, 390, 445.
- Floyd, Troy S., autor, 287, 366.
- Fonseca: golfo de, 55, 56, 71, 89, 90, 94, 114, 120, 166, 179, 221, 228, 229, 230, 240, 305, 339, 352, 353, 438, 483, 533, 554, 561, 565, 568, 570, 579, 586, 589, 603 * islas, del, 229, 339 * navegación en el, 228, 229 * puerto de, (La Unión), 229 * obispo, (ver Rodríguez de Fonseca).
- Francia, 328, 344, 346, 353, 361, 473, 477.
- Frío, río, 189, 386, 430-433.
- Fröebel, Julius, geógrafo, 185, 487.
- Fuego, río de*, (Río Negro), 222 * volcán de, (Guatemala), 473, 474.
- G —
- Gage, Thomas, fraile, 238, 239, 240, 244, 245, 330, 437, 509 * el libro, 239 * el viaje por Nicaragua, 240-244.
- Galápagos, islas, 305, 337, 352.
- Galindo, Juan, coronel, 577, 578, 590, 591, 593.
- Galisteo, Manuel, ingeniero, 510.
- Galpones*, barrios indígenas, 90.
- Gálvez, Matías de, Capitán General, 376, 392, 394.
- Gallardo, Juan, indio-pirata, (alias *Galladillo*), 336.
- Gamo rojo (*Mazama americana*), 173.
- Gámez, José Dolores, historiador, 331, 333, 389, 591, 592.
- Garavito, Andrés de, 78, 82, 84.
- García de Loaysa, fraile misionero, 254.
- García de Palacio, oidor, Diego, 141, 251.
- García Peláez, Francisco, obispo de Guatemala, 214, 430.
- Garrapatas, 560.
- Garret y Arloví, Benito, obispo de Nicaragua, 294, 368-370.

Garrobo (*Ctenosaura similis*), 172.
 Gaspar, pez, (*Lepidosteus tropicus*), 168.
 Gastelú, Juan Antonio, misión espía del capitán, 490-492.
 Genzaro (*Pithecolobium saman*), 105.
 Gil González (ver González de Avila) * río, 52, 59.
 Godoy, Juan, fraile misionero, 254 * Manuel, ministro español, 480.
Golfo de Nicuesa, 35.
 González de Avila (González Dávila), Gil: primer explorador de Nicaragua, 40-54, 63, 64, 75, 81, 85 * descubridor del gran lago, 51, 52, 130, 182, 77 * encuentro con Diriangen, 52, 53, 165 * balance de la expedición y regreso, 56, 57, 64 * en Honduras, 69, 71, 72, * nombrado Gobernador de Nicaragua, 59 * juicio sobre, 59.
 González Saravia, Miguel, gobernador, 531, 533.
Governor's Point (Punta Gorda Awastara), 539.
 Granada: 49, 82, 83, 92, 102, 111, 112, 113, 115, 138, 140, 141, 144, 157, 164, 171, 193, 214, 230, 241, 282, 297, 344, 368, 383, 388, 392, 395, 397, 403, 408, 420, 431, 464, 472, 503, 509, 530, 545, 593, 594 * fundación, 74, 75, 80, 92 * ubicación, descripción, 75, 214 * puerto y comercio colonial, 215, 232, 242, 327, 328, 330, 503, 510, 534 * visitada por Alonso Ponce, 226, 227 * vista por Vázquez de Espinosa, 236 * observada por Thomas Gage, 242 * asaltada y descrita por los piratas, 245, 295, 331-337, 347-350, 503, 510 * vista por Cockburn, 439, 440 * visitada por el obispo Morel, 412 * observada por Roberts, 531, 534 * descrita por Haefkens, 548-500 * laguna de, (Lago de Nicaragua), 184.
 Grande de Matagalpa, río, 28, 30, 31, 373, 374, 491, 494, 497, 540 * excursión por el río, 377-380 * barra del, (*Walpatara*) 400, 497, 520.
 Green Point, 443, 446.
 Greytown, (ver San Juan del Norte).
 Grijalva, Juan de, conquistador, 84.
 Grognet, Francois, pirata, 339, 344, 345, 347, 352, 352.
Guabas o Guayas, indios (ver Wayas).
 Guadalupe de Apompuá, misión en Chontales, 376, 389.
Gualtevo, pueblo indígena, 94.
Guampao, *Guampúm* (Wampú), río, 259, 266, 267, 270, 271.
Guanábana, río (Tipilma), 380.
 Guanacaste: cordillera volcánica de, 89, 387, 431, 486 * árbol, (*Enterolobium cyclocarpum*), 105.

Guanaes o *Guayaes*, *Wayas*, (antiguo nombre de los indios Misquitos), 257.
Guana-Sound, Guani, Wani, (laguna de Bismuna), 272.
Guantín (oro mezclado de baja ley), 63.
 Guapinol (*Hymanaea courbaril*), 104.
 Guapotes, peces, (*Cichlasoma dovii* y *C. managuense*), 168, 235, 559.
 Guardabarranco, pájaro, (*Eumomota superciliosa*), 165.
 Guardatinaja o tepescuintle (*Agouti paca*), 174, 177, 231.
 Guatemala: 56, 58, 69, 116, 141, 233, 238, 240, 241, 242, 253, 259, 261, 276, 282, 353, 376, 384, 397, 407, 408, 436, 464, 469, 472, 473, 486, 531, 534, 575, 578, 603 * Real Audiencia de, 141, 251, 253, 282, 337, 371 * Capitanía General de, 364, 367, 368, 381, 410, 463, 465, 471, 493, 507, 516, 533 * Diócesis de, 221, 248.
 Guatusa (*Dasyprocta punctata*), 174, 176.
 Guatusos, indios, 189, 291, 386 * conquista de los, 429-433 * lugares que poblaron en Nicaragua, 430.
 Guayacán (*Guaiacum sanctum*), 104.
 Guayambre, río, (Honduras), 70, 266, 274.
 Guayape, río, (Honduras), 70, 83, 252, 259, 261, 262, 267, 266, 267, 268, 274.
 Guayaquil, (Ecuador), 304, 339, 344, 352.
Guaxinjós o *Guaxenicós*, grupo, 95, 251.
Guaxozingo, volcán, (Popocatépetl), 124.
Guaymura (costa norte de Honduras), 202.
Guazama (Sasama), pueblo indígena, 94.
 Güetares, indios, (Costa Rica), 43, 101, 190.
 Güigüül, 257, 317.
 Guinea, (Africa), 360, 450.
Güipil, (Huipil), vestido femenino indígena 100, 224.
 Gutiérrez, Diego, conquistador, 212.

— H —

Haefkens, Jacobo: su libro y viaje por Nicaragua, 546-548 * descripción de los principales pueblos, 548-552.
 Haenke, Tadeo, naturalista, 477, 483.
 Hale, John: su libro y visita a Nicaragua y Costa Rica, 544-546.
 Hamacas indígenas, 224.
 Healy, Paul, arqueólogo, 169.
 Hernández de Córdoba, Francisco: conquistador de Nicaragua, 58, 64, 65 * en luchas de conquista, 66-68, 71, 92 * reparte el oro, 68 * pueblos fundados, 67, 73-76 * reporta volcanes activos, 123-124 * descubridor del lago de Managua, 182 * manda a explorar el lago de Nicaragua,

- 79 * se rebela contra Pedrarias, 78, 80-82 * su muerte, 82, 85, 143 * juicio sobre Córdoba, 82.
- Hervideros** (Fuentes Termales): Momotombo, 126 * Toota, 127 * Tipitapa, 560 * Cosigüina, 569, 599, 604.
- Herrera**: Antonio de, cronista, 49, 65, 74, 150, 508 * Rafaela, heroína, 337, 389-390.
- Hibueras**: costa de las, (costa norte de Honduras), 58 * golfo de, (bahía de Honduras), 71.
- Hinchinbrook**, fragata, 392.
- Hodgson**, Robert, superintendente, 366, 372, 499, 501, 519.
- Honduras**, 71, 80, 81, 141, 247-252, 278, 282, 364, 369, 373, 381, 435 * costa norte de, 25, 26, 58, 69, 71, 73, 81, 297, 313, 332, 371, 373, 401, 437, 450, 491, 493, 524.
- Hoyadas**, (cráteres vacíos), 132.
- Huehues o Güegües**, 67, 91, 98.
- Hueso o Likus**, río, 400.
- Humboldt**, Alexander, naturalista, 160, 469, 470, 480 * referencia a los volcanes nicaragüenses, 486-487 * sobre un canal por Nicaragua, 511, 532.
- Hurtado y Plaza**, Blas, fraile recoleto, 256, 257, 375, 378.
- Huygen van Linschoten**, Jan, cronista, 170-172, 216-219.
- I —
- Iguana** (*Iguana iguana*): costumbres observadas, 166, 167, 222, 440 * descrita por Ciudad Real, 166-167 * por Jan Huygen, 172 * por M.W., 174 * por Roach, 177.
- Imabite**, (Imabita, Ymabite): 75, 93, 107, 126, 136, 225.
- Incas**, 88, 116.
- Indígenas de la Costa Atlántica**: reseña histórica, 290-293 * grupos étnicos, (Ver Misquitos, Sumus y Ramas por separado).
- Indígenas de la Región del Pacífico**: antiguas migraciones desde México, 122 * organización social y costumbres, 88, 89, 97-99, 217, 218 * ornamentación y vestuario, 100 * artes manuales, hilados, alfarería, 101, 105 * viviendas y plazas indias, 101 * estimación de la población, 91 * productos de subsistencia, 101-103, * agricultura, 103 * plantas y árboles cultivados o aprovechados, 103-105, 217 * fauna cazada o recolectada, 105, 164-170, 217 * bebidas indígenas y estupefacientes, 104, 217 * mercados, 105 * creencias religiosas, 105, 106 * templos y estatua-
ria indígenas, 106, 107 * sacrificios humanos, 105-107 * lenguas habladas, 227 * conversión al cristianismo, 24, 107, 108 * festividades y juegos, 108, 218 * supersticiones, 110, 116, 123 * luchas durante la conquista, 41, 66, 67, 68, 112, * rebelión contra los españoles, 93, 95 * entradas y pacificaciones, 114 * abusos de los conquistadores 84, 112-116 * esclavitud, 94, 112, 113, 114, 115, 116 * encomiendas y repartimientos, 113, 114 * lavado del oro, 84 * despoblamiento, 85, 98, 113, 116, 409 * parcialidades indígenas y tierras comunales, 404 * oficios de los indios durante la colonia, 406 * religiosidad postconquista, 236-238.
- Indígenas de la Región Central**: 249-252 * reducción de los, 253-255
- Indígenas de la Taguzgalpa y Tologalpa**: 255-258 * costumbres y ritos observados, 278-281.
- Indio**, río, 35, 398, 448.
- Ingenio de azúcar** (San Antonio), 553, 590.
- Inglaterra**, 238, 244, 304, 314, 327, 331, 332, 344, 365-367, 436, 441, 443, 444, 450, 466, 477, 500, 511, 535, 536 * conflictos con España, 364-368, 372, 323, 327, 334, 436, 437, 465, 471, 489, 515 * establece protectorado en la Costa Atlántica, 366 * conviene en desocupar la Costa, 377, 489, 493, 515, 519.
- Inmaculada Concepción**, fortaleza de la: 337, 366, 367, 375, 381, 388-394, 420, 545 * descripción, 383, 385, 529 * atacada por los ingleses, 389-394, 504.
- Irazú**, volcán, (Costa Rica), 190, 474.
- Irigoyen**, Policarpo, cura, 532.
- Isabel de Inglaterra**, 327.
- Isla de la Madera**, 186.
- Itipitapa**, paso de, 184.
- Izalco**, volcán, (El Salvador), 474, 486, 575.
- Iztolin**, cacique, 190.
- J —
- Jaguar** (*Panthera onca*), 163, 173, 176.
- Jagüey**, bahía de, (Corinto), 55, 216.
- Jalapa**: sierras de, 63, 258 * valle de, 84, 96, 273 * pueblo, 70, 274, 366, 409, 425 * "aparición" en, 274.
- Jalata**, 415.
- Jalteva**, 92, 151, 164.
- Jamaica**, 245, 285, 288, 292, 295, 296, 304, 304, 307, 313, 314, 319, 325, 329-336, 359, 364-372, 387, 389-396, 401, 437, 443, 444, 450, 462, 465, 489, 493, 499, 501, 506, 515, 523, 546, 578.
- Jamastrán**, valle de, (Honduras), 251, 266, 268, 273, 276.

Jicaque, región, (ver *El Xicaque*).
 Jicaques, indios, 84, 95, 248, 250, 251, 258, 265, 273, 337, 370, 371, 409.
 Jícaro, (*Crescentia cujete*), 105.
 Jinotega: 275, 278, 283, 284, 374, 423 * asaltada por los Zambos y Misquitos, 372, 423.
 Jinotepe, 94-414.
 Jiñocuabo (*Bursera simaruba*), 104.
 Jocote (*Spondias sp.*), 104.
 Juan Fernández, isla, (Chile), 296, 305, 337 * Misquito abandonado en, 311-312.
 Juana Mostega, sierra (Buena Vista), 68, 83.
 Juarros, Domingo, historiador, 486, 536.
 Juigalpa, 374, 376, 389, 421.
 Jumuyca, cerro, 356.

— K —

Kemble, Stephen, coronel, 394-401.
 Kilambé, cerro, 257, 371.
 Kiwaska, Rfo Grande de Matagalpa, 377.
 Krakatoa, volcán, 564, 606.
 Kukras o Cokeras, indios, 301, 307, 378, 399, 436, 518, 519, 540 * costumbres observadas por Roach, 455-457.
 Kurin, bote fluvial de los Sumus, 379.
 Kurinwás, río, 399.

— L —

La Ceiba, isla, (Isla Grande), 194, 348.
 La Cosa, Juan de la, piloto, 39.
 La Cruz de España, 50.
 La Española (Santo Domingo): isla, 41, 42, 71, 87, 97, 115, 244 * Audiencia de, 81.
 La Habana (Cuba), 208, 240, 242, 244, 330, 388, 390, 405, 465, 510, 528, 547.
 La Jaén: hacienda, 407, 411, 431 * isla, 431.
 La Mesa, río, (Tamarindo), 55.
 La Mosquitia, (ver Mosquitia).
 La Posesión, puerto de, 55, 94, 95, 116, 128, 192. (Ver El Realejo).
 La Tembladera, sitio curioso, 227.
 Lacayo Briones, José Antonio, gobernador, 384-389, 392.
 Lagares, fray Pedro de, 251, 258 * misionando en La Pantasma, 276-278.
 Lagartos, río de los, (Aquespalapa), 222.
 Lagartos (*Crocodylus acutus*): vistos en el cuarto viaje de Colón, 27 * en los lagos de Nicaragua, 93, 167, 218, 235, 243, 547 * en la Mosquitia, 174, 177.
 Laguna de Masaya: rodeada por pueblos chorotegas, 90 * visitada por Oviedo, 134, 135 * fuente de agua para los indígenas, 93, 225, 236, 415, 548 * peces, 135, 168 *

Bajaderos, 93, 134, 225 * origen volcánico, 135, 136 * (Ver también Lenderi).
 Lagunas volcánicas: origen y formación, 132 * sitios de veneración, 93, 131 * seres fabulosos, símbolos rupestres, 132 * nombres indígenas, 132.
 Lakus, río, 267, 269.
 Lallantas, (apodo misquito a los Sumus), 317.
 Lamaciuy (Namasigüe), pueblo ulúa, 221.
 Lapas y loras, 174.
 Larreynaga, Miguel, prócer, 470.
 Las Casas, Bartolomé de, fray, 41, 62, 111, 112, 113, 125, 137, 149, 153, 183, 193.
 Las Casas, capitán Francisco de, 58, 81.
 Las Indias, 62, 114, 142.
 Las Isletas, archipiélago, 186, 194, 388, 534.
 Las Perlas, (Pearls islands, Corn Islands), 298, 299, 307, 361.
 Lehmann, Walter, lingüista, 250, 251, 318.
 Lempa, río, (El Salvador), 220, 240.
 Lencas, indios, 71, 220, 221, 248, 250, 251, 256, 260, 261, 267, 273.
 Lenderi: laguna de, 134, 135, (ver Laguna de Masaya) * cacique, 154.
 León (Viejo): 63, 66, 69, 70, 71, 73, 82, 83, 85, 93, 96, 97, 111, 115, 116, 124, 126, 128, 130, 134, 136, 158, 159, 167, 214, 218 * fundación, 69, 74, 75 * descripción, 76, 77, 213 * despoblamiento de, 225 * destrucción, 78, 138, 143-145 * traslado, 145 * ruinas de, 145, 235.
 León (Nuevo): 235, 241, 282, 284, 297, 376, 384, 388, 404, 406, 408, 409, 417-419, 439, 464, 472, 483, 485, 486, 493, 531, 589, 590, 591, 593 * descripción de la nueva ciudad, 235 * visitada por Thomas Gage, 241 * asaltada por los piratas, 296, 339-342, 345 * descrita por el obispo Morel, 418-420 * observada por Roberts, 533-534, 535 * descrita por Haefkens, 548 * visitada por Belcher, 556-557 * laguna de, (lago Managua), 74, 136, 144, 184, 387.
 Lévy, Pablo, geógrafo, 93, 515, 552, 567, 570.
 Limay, 70, 95.
 Linneus, Carl, naturalista, 468, 471.
 Limonares, islas, (Corn Islands), 32.
 L'Olonnais, Francois (ver El Olonés).
 Londres, 170, 292, 306, 314, 331, 366, 390, 390, 444, 450, 535, 553, 590.
 López: Melchor, fray, 282 * Tomás, fray, 432.
 López de Gómara, Francisco, cronista, 46, 47, 48, 62, 103, 147, 150, 164, 170, 249, 508.

- López de Salcedo, Diego, gobernador, 70, 74, 78, 85, 89, 96, 110, 115.
- López de Velasco, Juan, cronista, 49, 135, 140, 150, 184, 211-216.
- Los Corrales, antiguo nombre de Las Islas, 186.
- Los Desollados, (Ver Los Maribios, provincia).
- Los Maribios: provincia, 68, 93 * volcanes, 95, 128, 129, 179, 223.
- Los Mosquitos, islas de los, 292.
- Lothrop, Samuel K., arqueólogo, 190.
- Louisiana, 281.
- Lóvago y Lovigüisca, pueblos de, 254, 374, 375, 376, * asaltado por los Zambo-Misquitos, 372, 389, 421.
- Lubborough, Prince y Harrison, piratas, 336.
- Lussan, Raveneau de, pirata: 282, 296, 344-347, 539 * su libro, 343, 345 * asalta a Granada, 347-350 * incursiona por otros pueblos, 350-352 * cruza el istmo, y baja por el río Coco, 354-359 * en territorio misquito, 359-361.
- M —
- Mabitapomo, pueblo indígena, 93.
- Machuca, Diego de, capitán, 151, 189, 193-208.
- Maderas, volcán, 185, 430.
- Madero Negro (*Gliricidia sepium*), 104.
- Madrid, 331, 414, 493 * Museo Real de Historia Natural de, 469, 473, 477.
- Museo Naval de, 479.
- Magallanes, estrecho de, 305.
- Maíz: islas del, (ver Corn Islands) * río, (*Corn River*), 366, 371, 373, 385, 398, 448, 541
- Makantaka, llanos de, 400.
- Malalaca, Melaca, provincia, 71, 72, 83.
- Malaspina, Alejandro, expedición de, 470, 472, 477-485.
- Malpais, (Piedra Quemada), 416, 476, 480, 532, 500.
- Mamea, volcán (Momotombo), 126.
- Managua: habitada por grupos paleoindios, 121 * provincia indígena, 79, 93, 124 * población indígena, 68, 111, 225 * vista por Oviedo, 93 * descrita por Vázquez de Espinosa, 235 * visitada por el obispo Morel, 416 * por Roberts, 532 * por Haefkens, 500 * por Belcher, 559.
- Managua: Lago de, 79, 119, 136, 184, 235, 439, 475, 484, 556, 557, 558, 559 * descripción 180, 185, 547 * navegación en el lago, 182, 532, 547 * pesca en el lago, 93, 168, 416, 559 * lagunas de, 134, 417 * sierras de, 95, 99, 164 * planicie de, 90, 120.
- Manatí (*Trichecus manatus*): primeras observaciones, 170, 171 * descrito por Dampier, 308 * por M. W., 175 * por Roach, 177 * captura por los Misquitos, 288 * en la laguna de Bluefields y río San Juan, 396, 517.
- Manglares, islas de Los Mangles, (Corn Islands), 285, 491.
- Mangues, indios (ver Chorotegas).
- Maniazi, puerto de, (El Tamarindo), 95.
- Maniwatla, 367, 524.
- Mansfield, Edward, pirata, 333, 335.
- Mar del Norte (Mar Caribe), 40, 52, 57, 58, 70, 77, 78, 183, 199, 204, 208, 212, 257, 347, 358, 359, 386, 508, 510.
- Mar del Sur (Océano Pacífico), 40, 41, 52, 55, 56, 58, 64, 142, 183, 359, 437, 439, 508, 510.
- Mar Dulce (lago de Nicaragua), 51, 58, 59, 69, 71, 73, 75, 76, 79, 81, 113, 130, 137, 191.
- Mare Tranquillitatis, (Mar de la Tranquilidad), 155.
- Margil de Jesús, Antonio, fraile, sus viajes por Nicaragua, 281-284.
- Maribichicoa, 94.
- Maribios, indios, 68, 93, 122 * origen, 94 * costumbres, 68, 93 * ubicación y lengua, 90 * pueblos, 224.
- Marinalte, pueblo indígena, 93.
- Márquez, Hernán, capitán, 200, 202.
- Martín, Benito, fraile, 269-272.
- Martínez de la Puerta, Cristóbal, fraile, 258, * misionando en Taguzgalpa, 269-272 * martirizado por los Albatuinas, 271.
- Masatepe, 93, 415.
- Masaya: provincia de, 93, 124, 139 * villa chorotega, 75, 226, 236 * visitada por piratas, 350 * pueblo de, 408, 415, 439, 464, 475, 532, 533 * visitada por el obispo Morel, 415 * descrita por Haefkens, 500 * laguna, (ver Laguna de Masaya y Lenderi) * volcán, (ver Volcán Masaya).
- Matagalpa: región de, 253, 254, 282, 283, 363, 366, 374, 407, 501 * pueblo de, 377, 378, 422-423, 462, 463, 464 * río, (ver Grande de Matagalpa).
- Matagalpas: indios (ver indios Chontales), 221 * lengua, 249-251 * pueblos, 253, 409.
- Matapalete, pueblo indígena, 93.
- Mateare, (*Matiari*, pueblo chorotega), 93, 111, 167, 225, 235, 417, 472, 558.
- Matina, (Costa Rica), 333, 370, 381, 389, 406, 492.
- Matinari, pueblo indígena, 111.

- Mayas**, 97.
Mayales, río, 195, 387.
Mayali, islas de (Nancital), 195.
Mayor, Antón, piloto, 55, 65.
Mazatega, pueblo de indios Maribios, 94, 224.
Mazatl, venado, 164.
Meanguera, (*Meangola*), isla, 56, 299, 339.
Medio Queso, río, 197, 386.
Melchora, río, 197, 386.
Melchora, indios, 189, 386.
Meléndez, Carlos, historiador, 65, 74, 82.
Mercado, Diego de, vecino de Granada, 509.
Mesoamérica, 87, 89, 97, 108, 191.
Metapa, pueblo de, 254, 422.
Mexía Obando, Pedro, cronista, 509.
Mexicanos, indios en la Taguzgalpa, 256, 259-261.
México, (*Nueva España*), 43, 46, 58, 80, 81, 82, 84, 89, 90, 122, 166, 171, 190, 219, 220, 230, 281, 284, 433, 470, 471, 472, 473, 477, 479, 486, 531.
Miaguagaipa, pueblo indio, 94, 224.
Mico o *Uruswás*, río, 374.
Mishla, (bebida misquita intoxicante), 295, 322, 522.
Miskitos, "cayos", (archipiélago de los Miskitos), 287, 289, 400, 539.
Misquita, sabana, 173, 272, 290, 315, 521.
Misquitos o **Miskitos**, indios: orígenes, leyendas, 290-293 * nombre antiguo, 257 * población antes del primer contacto, 293 * contactados por piratas, 288, 330, 360 * descritos por Esquemeling, 301-303 * por Dampier, 309-311 * por M.W., 312-323 * por De Lussan, 359-361 * ausencia de religión formal, 322, 323, 371, 525 * supersticiones y actitud ante la muerte, 323, 525, 526 * nombres que usan, 310, 311, 314 * caza y pesca entre ellos, 308, 309, 360, 361 * cultivos y plantaciones, 310, 323, 324, 360 * comidas y bebidas, 302, 310, 322, 360, 522 * expansión y tribus que dominaron, 315, 363, 364, 378, 399, 462, 520 * hostilidad contra los españoles, 288, 292, 337, 363-378, 389, 397, 442 * mezcla con africanos, 293-295, 360 * amistad con los ingleses, 363-368, 380 * comercio con Jamaica, 365, 366 * poblaciones o "rancherías", 372, 373, 380 * visitados por Porta y Costas, 495-497 * observados por Roberts, 520-526.
Mississippi, río, 65, 284.
Mistega, provincia indígena de, 94.
Mitotes y **Areytos**, cantos y bailes indígenas, 108.
Mociño, José Mariano, naturalista, 470-473.
Moctezuma, emperador, 63, 96, 190, 193, 248.
Mocuana, cueva de la, 283.
Modyford, Thomas, gobernador de Jamaica, 331, 332, 333, 336.
Molaguina, Matagalpa, 283, 422.
Mombacho: pueblo indígena, 52, 75, 92 * destrucción del pueblo, 92, 138-141 * volcán, (ver Volcán Mombacho).
Mombazima, pueblo indígena, 93, 156.
Momotombito, isla, 185, 547, 556, 558.
Momotombo: pueblo indígena, 93 * volcán, (ver volcán Momotombo).
Monexico, Consejo de Estado indígena, 98.
Monimbó, 75, 93, 350 * corregimiento de, 231, 236.
Monkey Point (Punta Mona), 289, 332, 435, 446, 517, 518 * descubierto por Colón, 33-36 * explorado por Calero, 202, 204, 285.
Monos, 173, 175, 300, 396, 548.
Montañeses, indios, 253.
Monteagudo, Juan de, fraile, 259-264.
Montes de Colón y **Entre Ríos**, (Honduras), 266.
Morati, pueblo indígena 52, 92.
Morazán, Francisco, general, 511.
Morel de Santa Cruz, Agustín, obispo, 337, 348, 349, 373 * visita pastoral, 407-429.
Morellos (Palo de Arco), río, 386.
Moreno, Pedro, bachiller, 81.
Morgan, Henry, pirata, 300, 304, 331, 332, 333, 336, 506.
Morison, Samuel E., historiador, 34.
Morrillos, ríos, (Consuelo y Camastro), 387.
Morris, John, pirata, 332, 333.
Mosonte, 356, 426.
Mosquitia, La Costa, (Costa de los Mosquitos), 26, 292, 293, 313, 315, 367, 372, 391, 436, 437, 489, 503, 535, 536 * a finales del siglo XVII, 312-319 * a fines del siglo XVIII, 398-401 * espía por el capitán Gastelú, 489-493 * recorrida por Porta y Costas 493-502 * proyecto de colonización española, 501-503 * recorrida por Orlando Roberts, 516-526 * descrita por Strangers, 537-541 * producción, 323-325, 398-401 * comercio a principios del siglo XIX, 516 * fauna, 172-175, 396, 398-401 * condiciones de navegación, 492, 498, 500.
Motmot, guardabarrancos, 165.
Motolinia (fray Toribio de Benavente, alias), 126, 150, 154.
Moyuá, laguna de, 283.
Moyotepe y **Moyotepita**, 132, 555, 556.
Mulatos, 404.
Muñoz, Juan Bautista, 510, 511.
Múrice, caracol tintóreo, 103, 169, 414.
Murra, río, 253, 374, 379.

Musún, cerro, 253, 379, 380.
 Mutis, José Celestino, naturalista, 469.
 Muymuy, 423, 463 * Muymuy (Viejo), 253, 283, 374 * asaltada por Zambo-Misquitos, 375 * río, 254.
 M.W. aventurero incógnito, 172, 173, 272, 292, 337, 538 * su obra, 296, 312 * describe la Mosquitia, su producción y fauna, 172-175, 312-315, 323-325 * explora el río Wanks, 315-319 * observaciones sobre Misquitos, 319-323.

— N —

Nabortas, indios de servicio, 113.
 Nacaome, (Honduras), 221, 583-585.
Nacarahego, pueblo chorotega, 221.
Nacatime, cacique de Nindirí, 93, 123, 151, 154.
 Nagarote, (*Nagarando*, pueblo chorotega), 93, 225, 235, 417, 439, 472, 533, 558.
 Nagrandanos, indios, 90, 122.
Nagrando o *Nagarando*: provincia de, 69, 74, 78, 79, 93, 138 * indios de, 84, 110, 136.
 Náhuas, indios: migraciones a Nicaragua, 90, 122 * ubicación, 90 * presencia en el río San Juan, 190, 191 * en la Taguzgalpa, 248, 251.
 Náhuatl: lengua, 90, 190, 191, 251 * Náhuatl, lengua primitiva, 90.
*Nahuatlato*s, indios intérpretes, 90, 94, 95, 122, 191, 223.
Nambi, cacique de Nicoya, 66.
Namotivá, (Catarina), 75, 93, 415.
 Nancital, islas y puerto de, 186, 195, 421.
 Nandaime, 52, 75, 92, 138, 348, 414.
Nandapia, pueblo chorotega, 52, 92.
 Nandasmo, 415.
Natchitoches, indios de Louisiana, 284.
 Nejapa, laguna de, 132.
 Nelson, Horace, alférez, 367, 392, 393, 529.
Nequechert, provincia de, 75, 92, 139.
Nequepio, provincia de (El Salvador), 71, 76, 83, 113.
Nicaragoa, pueblo de, 49.
 Nicaragua: descubierta por Colón, 23-38 * primera mención, 44 * explorada por Gil González, 46-54 * fertilidad y riqueza del país, 62, 101, 102 * apodada *Paratso de Mahoma*, 62, 217 * conquistada por Hernández de Córdoba 65-68 * la versión indígena de la conquista, 67 * exploraciones tierra adentro, 69, 70 * pueblos fundados por Córdoba, 67, 73-78 * provincias y pueblos indígenas, 90-94 * población aborigen y reducción por la conquista 110-114 * producción de la provincia en el siglo XVI, 214, 217 * industria, producción, y comer-

cio en el siglo XVII, 231-233 * provincia india de, 101, 169, 193 * extensión de la gobernación, 213 * corregimientos de, 231 * diócesis de, 182, 231, 266, 407-429 * provincia franciscana, 248 * poblaciones españolas, según López de Velasco, 213 * pueblos visitados por Vázquez de Espinosa, 233-236 * poblaciones visitadas por el obispo Morel, 404, 407-429 * estado de población, producción e industria en el siglo XVIII, 403-407 * población y producción en la época de Independencia, 551-552 * primer mapa, 535-536 * descripción como Estado Libre, 546-552 * guerras civiles, 548, 552, 557, 562.

Nicaragua: pueblo de indios nahuales, 44, 52, 54, 92 * descripción de la plaza, 64
Nicaragua de los Indios, (San Jorge), 236, 384, 410.

Nicaragua, cacique: 40, 44, 46-48, 52, 54, 67, 75, 92, 191 * entrevista con Gil González, 47, 48, 49.

Nicaragua, lago de: descubrimiento, 51, 52, 57, 183 * toma de posesión, 51 * origen y características, 179-182, 218, 531, 546, 547-548 * descripción de la costa y afluentes, 387-388, 536, 546, 547 * fenómeno de "mareas" y vientos, 52, 183, 196, 383, 500 * supuesta relación con la actividad volcánica, 137 * islas, 58, 79, 92, 108, 164, 180, 185-187, 388, 531, 536, 546 * exploración, 79 * su fauna, 167, 168, 169, 170, 185 * su comercio colonial, 242, 327, 440, 528 * navegado por los piratas, 332 * descripciones en el siglo XVIII, 383, 385, 409 * como parte de la proyectada ruta canamera, 508-511, 547.

Nicaragua: isla de, (Ometepe), 49 * *montaña de*, (sierra de Guanacaste), 387, 408, * *río de* (San Juan), 299 * *valle o villa de*, (ver Rivas).

Nicaragica-Anata y *Nicaraguay*, pueblos indígenas, 49.

Nicaraos, indios: arriban al lago de Nicaragua, 122 * carácter religioso, 50 * deidades y sacrificios, 98, 99, 105-107, 122 * creencias, ritos y fiestas, 105-110 * conversión, 49, 108 * artes y orfbrería, 63-64, 100-101, 186 * subsistencia e industria, 101-105 * rivalidad con los Chorotegas, 66, 90, 99, 105 * arte de la guerra, 67 * organización social, 98, 99.

Nicomongoya, pueblo chorotega, 221.

Nicoya: 44, 55, 63, 99, 110, 105, 134, 282, 404, 442, 469, 472 * golfo de, 41, 75, 76, 89, 90, 92, 111, 164, 213, 230, 347, 352, 438, 533 * cacique e indios, 44, 66, 104, 168 * península, 44, 65, 165, 338 * provincia,

- 92, 169, 231 * pueblo, 92, 151, 216, 243, 442.
- Nicuesa: Diego de, gobernador, 35, 37, 285 * golfo de, 35.
- Nindirí, pueblo chorotega, 93, 125, 151, 225, 236, 415, 416, 475, 476.
- Niño, Andrés, piloto: 41, 42, 43, 54, 64 * recorre la costa del Pacífico, 55, 56, 57, 570 * por la costa norte de Honduras, 71, 191.
- Niquinohomo, 93, 236, 415.
- Nispero (*Achras sapota*), 103.
- Nocharí, provincia de, 52, 63, 92, 139.
- Nombre de Dios, puerto, (Panamá), 35, 97, 171, 194, 204, 206, 215, 218, 327, 450.
- Norteamérica, colonias inglesas en, 366, 390.
- Nueva España (México), 58, 80, 81, 100, 124, 150, 165.
- Nueva Granada, virreinato, 492, 493, 507, 508.
- Nueva Jaén, 207, 215.
- Nueva Segovia, (ver Segovia).
- Núñez, José, Jefe de Estado, 593.
- Nutria o perro de agua, (*Lutra annectens*), 174.
- Nutting, Charles, C. arqueólogo, 131.
- Omeyatecihua y Omeyateyte*, (nombres indígenas de los volcanes de Ometepe, Concepción y Maderas), 92, 122.
- Omoa, San Fernando de, castillo de, (Honduras), 337, 378, 465, 492.
- O'Neill, Tomás, gobernador, 492, 493, 507, 508.
- Oro: procedencia del, 63, 190, 191, 247 * labrado por los Nicaraos, 63 * lavado, 84 * rutas indígenas en busca del, 96, 190, 191, 248 * M.W. busca oro en el río Coco, 296, 317, 318 * ruta de los españoles a las minas 70, 83, 84 * asaltos indígenas a minas y su repoblación, 77, 84.
- Oropesa, Matías de, corregidor, 378.
- Orosí: pueblo indígena, 100 * volcán, 46, 387, 408, 441.
- Orotina: 44, 92 * indios, 75, 90.
- Ostional El, 46.
- Otagalpanega, pueblo indígena, 94.
- Oto-Mangue, lengua, 90.
- Ovalle, Pedro de, fray, 273, 275.
- Oviedo, cronista, (ver Fernández de Oviedo, Gonzalo).
- Oyate, río, 196, 374, 387, 407.

— P —

- O —
- Ochilobo o Orchilobo*, (altar de sacrificios), 49, 105, 106.
- Ochomogo: pueblo indígena, 52 * río, 52, 92, 164, 388, 440.
- Ohkro, Ocroi* (nombre sumu del río Coco), 265.
- Ola*, pueblo ulúa, 221.
- Olama, o Santa Rosa: "puerto" de, 374, 376, 377, 379 * río, 375, 377, 379, 462.
- Olancho: valle de, (Honduras), 70, 71, 72, 76, 83, 84, 95, 96, 113, 117, 190, 248, 249, 251, 252, 257, 258, 261, 264, 266, 268, 273, 276, 364, 370, 570 * pueblo viejo de, 255, 259, 268.
- Olid, Cristóbal, conquistador, 58, 69, 72, 80, 81.
- Olmeca-Xicalancas*, tribu, 122.
- Olcoton*: indios, 95 * valle, 115.
- Olomega*: indios, 95 * pueblo, 223 * ciénagas, 229.
- Ometepe, isla: 79, 131, 180, 185, 335, 388, 397, 410, 430, 432, 531, 546, 547, 548 * destino final de los Nicaraos, 122 * etimología, 122, 186 * primera visión española, 130, 131 * visitada por los piratas, 336 * descrita por el obispo Morel, 410-412 * pueblos de, 388, 410, 411 * riqueza arqueológica, 50, 122 * volcanes de, 122, 130 * volcán de (ver Volcán Concepción).
- Pacaya, volcán, (Guatemala), 474.
- Pacífico: océano, 170, 304, 328, 344, 470, 508, 509, 510 * fauna fabulosa del mar, 170 * costa, 44, 50, 90, 243, 296, 384, 388, 471, 484, 553 * región del, 61, 69, 91, 97, 120, 136, 162, 172, 197, 250, 291, 440.
- Pacuare o *Suerre*, río, (Costa Rica), 190, 243, 306, 315.
- Pacheco, Francisco, capitán, 83.
- Paguasca, Pasguas*, (Paiwas), 377, 379.
- Páhara, laguna de, 400, 522, 539.
- Palacagüina, 70, 94, 424.
- Palomino, Juan Alonso, capitán, 65, 99.
- Panaloya*, río (Tipitapa), 387.
- Panamá, 40, 41, 42, 54, 63, 65, 66, 68, 69, 77, 79, 80, 81, 84, 87, 94, 97, 112, 114, 115, 124, 143, 192, 208, 214, 216, 244, 285, 300, 304, 305, 306, 327, 330, 331, 336, 339, 345, 346, 352, 366, 435, 437, 438, 443, 510.
- Panamaka, indios, 266, 276.
- Pangil, indio "caribe", 376.
- Pantasma: río 83, 256, 275, 371, 321 * valle, 257, 259, 266, 275 * indios de, 256, 277.
- Papagayo* (s): cacique, 46 * vientos, 46, 55, 347, 553, 558, 561 * golfo, (bahía de Salinas), 509, 532, 537.
- Paraca, indios, 251, 256, 273, 277 * río, 371.
- Parrastra, indios Sumus, 371 * lengua, 378, 379.

- Parsons, James, geógrafo, 287, 293.
 Pato Real (*Cairina moschata*), 174.
 Patolli, juego de origen azteca, 283.
 Patuka, río, 63, 70, 251, 256, 257, 259, 261, 266, 267, 268, 271, 274, 291, 313, 364.
 Paulaya, río, (Honduras), 271.
 Pavón, *Quawmo, Kwamu, Curassow, (Crax rubra)*, 174, 177, 300.
 Payas, indios, (Honduras), 255, 266, 270, 280, 313, 537.
 Pearl Cays ("cayos" de Perlas), 27, 289, 400, 491, 540.
 Pearl Lagoon (Laguna de Perlas): laguna, 27, 30, 34, 399, 491, 497-498, 519, 540 * villa misquita, 365, 519.
 Peces: en el lago de Nicaragua, 167, 168, 169 * en el lago de Managua, 235 * de la laguna de Masaya, 135 * en el río San Juan, 168, 396, 297 * en los esteros, 169.
 Pedrarias Dávila, (ver Dávila, Pedrarias).
 Pejesierras del lago de Nicaragua, (*Pristis sp.*) 168.
 Penrose, *Llewellyn* (ver William Williams).
 Peñas Blancas, cerro, 257.
 Peralta, Alonso de, capitán, 65.
 Perdiz, *Suhar, (Tinamus major)*, 174.
 Pérez de Robles, Francisco, doctor, 206, 207.
 Perlas: (CORN ISLANDS) 299 * islas de las, (Panamá), 42.
 Perú, 40, 62, 65, 77, 94, 112, 114, 116, 143, 215, 231, 232, 305, 327, 339, 344, 438, 469, 477, 509.
 Petapa, pueblo de indios Pocomanes en Guatemala, 238, 240.
 Petates (alfombras indígenas), 101.
 Petronila, isla, (Meanguera), 56.
 Philadelphia, U.S.A., 443, 444.
 Pigeon y Soup Cays, 446.
 Pineda, Antonio, naturalista, 477, 479, 480, 485.
 Pino: ocote segoviano (*Pinus oocarpa*), 57, 70, 105, 122, 234, 250, 482 * costeño (*Pinus caribaea*), 290, 315, 401, 520, 521.
 Pipantes y Dories, botes indígenas de la Costa Atlántica, 280, 290, 321, 357, 363, 521.
 Pipil-Nicaraos, grupos, 90, 97.
 Pipiles, indios, 94, 122, 220.
 Piratas y Piratería: en la Costa Atlántica, 290-325, 446 * en la Costa del Pacífico, 327-361 * asaltan Granada, 331-337, 347-350 * en Masaya, 350 * asaltan León, El Realejo y El Viejo, 339-343, 345-346, 351 * cruzan del golfo de Fonseca al cabo Gracias a Dios, 353-359 * (ver además Dampier, Esquemeling, Davis, El Olonés, Lussan, etc.).
 Pitt, William, superintendente, 366.
 Pizarro, Francisco, conquistador, 40, 114.
 Pizote (*Nasua narica*), 165.
 Plantas: medicinales indígenas, 104 * colectadas en expediciones científicas, 472, 479.
 Poás, volcán, (Costa Rica), 190, 192.
 Pocosol: río, 192, 198, 200, 336, 386 * pueblo, 198.
Pochtecas, mercaderes aztecas, 96, 190.
 Polson, John, coronel, 392, 394.
 Ponce, Alonso, fraile, 95, 139, 166 * viaje por Nicaragua, 219-229.
 Ponce de León, Hernán, piloto, 41.
Popogatepe (volcán Masaya), 124.
Popul Vuh, libro sacro de los Maya-Quichés, 469.
Populucá, lengua de los Chontales, 95, 250.
 Porras, Diego de, escribano, 23, 26, 28, 29, 31, 33.
 Porta Costas, Antonio, ingeniero real, 29, 503, 538 * reconoce la Costa de los Mosquitos, 493-502.
 Portobelo, (Panamá), 207, 208, 236, 243, 304, 328, 330, 339, 385, 443, 490, 491, 528.
 Posoltega y Posolteguilla, pueblos indígenas, 90, 94, 224, 230, 427.
 Poteca, pueblo reducido, 258, 274.
 Potones, indios, 220, 221, 229, 250, 251.
 Prinzapolka, río, 27, 313, 400, 491, 497, 520, 521, 539.
 Providencia, isla, 272, 285, 289, 293, 314, 330, 333, 335, 361, 365, 445, 492 * descripción, 506 * anexión a Nueva Granada, 507, 508.
 Pueblo Nuevo (Estelí), 426.
Pueblo Nuevo o *San Nicolás*, (La Paz Centro), 417, 533, 557.
 Puente, Francisco de la, capitán, 65.
Puerto Caballos, (hoy Puerto Cortés, Honduras), 71, 214, 297, 328, 330, 438.
 Puerto Limón (Costa Rica), 29.
 Puertos de Montaña, 373-375.
Punta Desolada, cabo Desolado, (Punta Masachapa), 55, 553.
 Punta Gorda: río, 35, 36, 189, 202, 203, 375, 387, 398, 492, 541 * establecimiento inglés, 366, 368, 373, 375, 385, 447.
 Punta Perlas (Set Net), 34.

— Q —

- Quadra, Desiderio de la, vicario, 590, 591, 594.
Quauhcapolca, capital de los Nicaraos, 51, 92.
Quetzalcóatl (deidad azteca), 93, 122.

Quetzalpopó, (*Momotus lessoni*), guardabarranco, 165.
Quetzaltepell (Meanguera), isla, 229.
Quetzaltotot, pueblo indígena, 94.
 Quezalaguaque (Quetzalaguaque): pueblo indígena, 90, 142, 427 * corregimiento de Casalaguaque, 231, 235 * río, 341.
Quia megalpa, (Quimigalpa), isla, 195.
 Quimichapa, "puerto de" 374, 387.
 Quintero, Cristóbal, piloto, 65.
Quisaurre, (Kisaura), río, 379.
 Quisuca, cerro, 355.
 Quitasueño y Roncador, cayos de, 286, 445.

— R —

Radell, David R. geógrafo, 111.
 Radley, Jeffrey, geógrafo, 29, 30.
 Rama Cay (Ramaquí), 291.
 Ramas, indios, 34, 172, 189, 202, 287, 291, 386, 398, 447, 448, 492, 518, 541 * filiación con otras tribus, 291, 373, 430 * visitados por Roberts, 517 * río *Rama*, (antiguo nombre del Punta Gorda), 202, 517, 536.
 Ramírez Goyena, Miguel Angel, profesor, 473.
 Real Expedición Científica a la Nueva España, 470-473.
 Reducciones religiosas: misiones en el siglo XVII, 251, 253-278 * en el siglo XVIII, 281-284, 375, 376, 411, 431, 432, 433 * en el siglo XIX, 433.
 Reserva de la Mosquitia, 368.
 Rey(es) Mosco(s), 295, 365, 367, 491, 494, 501, 517, 518, 520, 521, 522, 541 * Oldman I, 314 * Jeremy, 314 * George II, 391, 493, 495, 496 * George III, (George Augustus Frederick), 522-525, * Robert Charles Frederick, 545.
 Ribera, Francisco, fraile misionero, 254.
 Rincón de La Vieja, volcán, (Costa Rica), 483.
Río del Desastre, 28, 31, 33, 37. *Río de La Plata*, provincias del, 477 * Buenos Aires, 527. *Río de Los Perdidos*, 36, 37. *Río de los Rama*, (Punta Gorda), 202 * *Río San Mateo*, (Punta Gorda), 34, 35, 36, 37.
 Ríos, Pedro de los, gobernador, 78.
 Rittmann Alfred, geólogo, 120, 565.
 Rivas: 50, 169, 282, 403, 464, 500 * istmo de, 55, 90, 391, 489, 547 * como el Valle o Villa de Nicaragua, 383, 406, 408, 410 * florecimiento de la población, 403, 406, 408, 490 * descrita por el obispo Morel, 410.
 Roach, John, marinero: 175, 176, 381, 435, 436 * su libro, 449 * su vida entre los

indios Sumus, 449-463 * su prisión por los españoles, 463-466.
 Roatán, isla, (Honduras), 269, 304, 328, 332, 450.
 Robalo: pez, (*Centropomus undecimalis*), 175 * o caño San Francisco, 386.
 Roberts, Orlando, comerciante: 393, 513, 515, 538, 541 * su libro y mapa, 515, 535, 536 * recorre la Costa Caribe de Nicaragua, 516-526 * su visita forzada al interior del país, 526-535.
 Rodríguez: Damián, capitán, 198, 199 * María Manuela, 376, 493.
 Rodríguez de Fonseca, Juan, obispo de Burgos 42, 56.
 Rodríguez de Rivas, Francisco, Maestre de Campo y Presidente de Guatemala, 410.
 Rojas, Gabriel, capitán 65, 70, 71, 80, 83, 84, 183, 191, 192, 252.
 Romero, Gaspar, capitán, 253.
 Roncadores, peces, (*Pomadasys grandis*), 56, 169, 296, 446.
 Ruiz, Hipólito; y Pavón, José Antonio, naturalistas, 469.

— S —

Sábalo Real, pez, (*Tarpon atlanticus*), 169, 175, 198.
 Sábalo: río, 80, 189, 198, 199, 203, 386, 398 * puerto Los, 420.
 Sacasa, Crisanto, gobernador, 531, 534.
 Sacrificios humanos: en Nicoya, 106 * en el volcán Masaya, 107, 154.
 Sahagún, Bernardino, cronista, 98.
 Saino, *pecary*, (*Tayassu tajacu*), 164, 173, 176.
 Salcedo, Diego López de, (ver López de Salcedo, Diego).
 Salinas, bahía de, (golfo de Papagayo), 46, 169, 243, 509, 558, 561.
 Salinas, gobernador Juan, 336.
 Salvatierra, Sofonías, historiador, 54, 160.
 San Andrés, isla de: 285, 289, 306, 492, 493, 519 * descripción, 504, 505, 506 * anexión a Nueva Granada, 507.
 San Bernardo, islas de, 196.
 San Buenaventura, misión de (Honduras), 273.
 San Carlos: llanura de, 187 * río, 188, 190, 201, 336, 431 * puerto de, 207, 394, 433, 504, 527, 529, 530, 534, 537, 546 * fuerte de, 394, 502, 503, 529.
 San Cristóbal, (volcán de El Viejo), (ver volcán San Cristóbal).
San Francisco de Nanaica, misión, 277.
San Gil de la Buena Vista, 71.
San José de Pantasma y *San José de Paraca*, misiones, 277.

- San Juan: río, 33, 36, 37, 38, 79, 285, 503, 535, 541, 547 * descripción y características del río, 180, 187-189, 395, 396 * sus afluentes, 386, 504 * raudales, 79, 188, 208, 545 * desembocadura, 37, 191, 385, 386, 492, 504 * fauna del río, 168, 169, 170, 396, * como ruta canalera, 508-511, 537, 545 * primitivos pobladores, 189-191, 430, 431 * colonia náhuatl, 96, 190, 191 * en la ruta del oro, 63, 96, 190 * ignorado por Colón, 38 * descubrimiento y entrada, 79, 80, 182, 183 * exploración de Estete, 80, 83, 183 * navegado por Calero y Machuca, 80, 197-200 * comercio colonial, 171, 208, 242, 327, 368, 385, 405 * remontado por los piratas, 332, 336 * invadido por ingleses y zambo-misquitos, 365, 368, 373, 389-394 * importancia estratégica, 391, 489, 545 * defensas en el río, 383, 392, 440 * la fortaleza, (ver Inmaculada Concepción) * reconocido por Díez Navarro y Lacayo Briones, 381-386 * visitado por Morel de Santa Cruz, 420, 429 * recorrido por Roberts, 528, 529, 536, 537 * visitado por Hale, 544, 545.
- San Juan de la Cruz*, puerto de, 201, 207.
- San Juan del Norte, (*Greytown* de los ingleses): laguna o bahía, 188, 201, 208, 390, 395, 396, 516, 517 * puerto, 188, 503, 526, 535, 544, 547, 500, 551 * ramal de, 201.
- San Juan del Sur: puerto, 95, 232, 561.
- San Lúcar*, (golfo de Nicoya), 41, 54, 55, 56, 65.
- San Marcos de Colón, (Honduras), 355.
- San Miguel, (El Salvador): 220, 240, 251, 438, 572, 578 * volcán, 221, 353, 474.
- San Miguelito, 531.
- San Pedro de Sula, (Honduras), 297, 438.
- San Ramón, reducción de, 254, 375, 423.
- San Salvador, (El Salvador) 220, 240, 242, 512, 575.
- San Vicente, bahía, (Puerto Caldera, Costa Rica), 43.
- Sánchez, Francisco, escribano, 102, 116, 193.
- Sánchez de Badajoz, Juan, conquistador, 206.
- Sánchez Portero, Juan, vecino de Granada, 158, 159.
- Sandy Bay (*Sanibey*), 314, 361, 365, 367, 400, 491, 496, 522, 524, 539.
- Santa Catalina*: península, (Santa Elena), 55, 561 * isla, (ver Providencia).
- Santa Cruz, río, 386.
- Santa Cruz de Saraguasca, misión de, 375.
- Santa Elena, península, (ver *Santa Catalina*).
- Santa Marta de la Buena Esperanza*, minas, 83, 84, 252.
- Santa Marta de Guayambre*, (Honduras), 273.
- Santaella y Melgarejo, Ambrosio, oidor, 371.
- Santo Domingo, isla de, 81, 208, 327, 329, 330, 353, 359, 361, 532 * (ver también *La Española*).
- Sapoá, río, 92, 388, 408, 441.
- Sapper, Karl, geólogo, 121, 148, 565, 604.
- Sarapiquí, río, 190, 201, 386, 492, 528, 544.
- Saslaya, cerro, 380.
- Sauer, Carl O., historiador, 32, 33, 34, 37.
- Scherzer, Carl, viajero, 572, 578, 590, 591, 593, 601.
- Sébaco, 231, 253, 254, 422 * brujos de, 281, 282, 283.
- Seebach, Karl, geólogo, 569, 597, 603.
- Segovia: provincia de, 70, 84, 95, 96, 111, 113, 117, 190, 249, 251, 252, 253, 259, 296, 354, 358, 363, 370, 372, 403, 405, 406, 409, 501, 594, 596 * pueblos reducidos, 253 * visitados por el obispo Morel, 422-426 * Ciudad Vieja de, 96, 215, 248, 252, 255, 256, 257, 258, 264, 266, 267, 268, 273, 275 * fundación y destrucción, 83, 96, 215, 252, 255, 424 * Ciudad Nueva de Segovia (Ciudad Antigua), 255, 264, 268, 277, 278, 292, 315, 370, 424, 425 * asaltos que sufrió, 292, 315, 330, 337, 356, 369, 372, 405, 424, * descrita por el obispo Morel, 424, 425 * río de, 256, (ver también *Coco*).
- Selkir, Alexander, marinero, 312.
- Seqúas, Hambrunas y Pestes, 90, 94, 107, 110, 112, 113, 115, 225, 404, 438, 557, 559, 560.
- Serpientes: marina, (*Pelamys platurus*), 170, 347 * en Bluefields, 396.
- Sessé, Martín de, naturalista, 470, 471, 473.
- Shepherd, Samuel P., traficante, 544, 546.
- Sikia, río, 374.
- Sinarun Montis*, (Montes de China), 37.
- Sitawala, (laguna de El Cabo), 291.
- Solentiname, islas, 79, 185, 187, 189, 196, 430, 431 * caribes de 411, 430.
- Solingalpa, Matagalpa, 283, 422.
- Somotillo, 427, (ver también *Zomoto*).
- Somoto, (*Tepesomoto*), 355, 426.
- Songozama*, (laguna de Ñocarime), 130, 164, 167.
- Sonsocuite*, suelo de, 196, 221.
- Soto, Hernando de, capitán, 58, 65, 71-73, 80, 82, 83, 114, 182, 568.
- Squier, Ephraim George, viajero, 108, 185, 487, 563, 590, 592, 601, 602.
- Stephens, John L., viajero, 590, 600, 602.
- Stone, Doris, arqueóloga, 431.

- Strangeways, Thomas, viajero inglés, 537-541.
- Subtiava, *Suttiava*, pueblo indígena y correjimiento, 90, 94, 95, 145, 224, 230, 231, 235, 340, 384, 419, 557 * descrito por el obispo Morel, 417.
- Suerres, indios y territorio, 96, 190, 199, 200, 218.
- Sukia, médico-brujo de los Sumus, 258, 280, 303, 310, 322, 454, 525.
- Sulphur, barco inglés, 552, 553, 554, 560, 561.
- Suluca (Sulutara), Río Grande, 380.
- Sumus, indios, 172, 176, 257, 262, 266, 276, 290, 313, 358, 399 * preferencia por los ríos, 267, 358 * vida nómada, 278, 454 * productos que cultivan, 377 * costumbres ceremoniales, 275, 279, 280, 281 * el torneo *Asang Lauwana*, 457-461 * supersticiones, 280, 380 * vestimenta y ornamentación, 280, 452, 453 * deformación craneal, 317, 452 * armas de cacería, 301, 454, 455 * influencia de los *sukias*, 280, 454 * parentesco con los Misquitos, 291 * rivalidades, 295, 318, 451 * acompañan a Misquitos en sus correrías, 363 * poblaciones en el río Grande de Matagalpa, 379-381 * (ver además Albaguinas, Caribes, Kukras, Taguacas, Boas, Ulwas, etc.).
- Suramérica, 43, 344, 352, 469, 479, 571.
- T —
- Tabaco, 104, 441.
- Tabavaca* y *Cacaobaca*, montañas de la, 253, 254 *Taca-Xolotepec*, una isla de Solentiname, 187.
- Tacachos*, grupo, 95, 224.
- Taguacas, (Twahkas) indios: 248, 251, 260-268, 276, 521, 539 * canibalismo entre los, 260, 264, 273, 279 * costumbres observadas, 279-281.
- Taguzgalpa* o *Taguisgalpa*, 247-281, 536 * tribus de la, 248, 255-259 *Talaleguale*, (Desaguaderos), pueblo náhuatl en el río San Juan, 96, 191.
- Talamanca, (Costa Rica), 63, 95, 190, 191, 282.
- Tamagastad*: deidad suprema de los Nica-raos, 106 * sacerdote entre los Nica-raos, 98.
- Tapaligües*, capitanes indígenas, 54, 67, 98.
- Tapir, *Tilba*, (*Tapirus bairdii*), (ver Danta).
- Tascalpachon*, tortilla indígena, 102.
- Taura, (Taure) ramal de, 188, 201, 386.
- Teca, islas de la, (golfo Fonseca), 228, 229.
- Tecuacinabia* y *Tecuañavete*, lagunas, 134.
- Tecuán*, (jaguar), 100, 163.
- Tegucigalpa, (Honduras), 352, 355, 572, 574, 575, 581.
- Tehuantepec, (México), 40, 55, 56, 58, 353, 471, 511.
- Telica: pueblo indígena, 90, 93, 142, 235, 282, 427, 484 * volcán, (ver Volcán Telica).
- Telpaneca, (*Sitelpaneca*), 94, 253, 424.
- Tempisque, río, (Guanacaste), 46, 441.
- Tenorio, volcán (Costa Rica), 386, 430, 432.
- Teocales*, altares de sacrificio, 107.
- Teotecacinte, 70, 253, 258, 274.
- Teotes*, (dioses indígenas), 50, 105.
- Teotihuacán, (México), 89, 97.
- Tepegua*, pueblo indígena, 94.
- Tepemesquián*, volcán, (San Cristóbal), 93.
- Tepenaguasapa, río, 375, 387, 407, 411.
- Tepustega*, pueblo indígena, 94.
- Terebé, indios, (Costa Rica), 442.
- Térraba, río, (Costa Rica), 42, 43.
- Terremotos y temblores: épocas en que más se experimentan, 136, 137 * descritos por Oviedo, 137 * creencias sobre su causa, 137 * destrucción del pueblo de Mombacho, 138-141 * fin de León Viejo, 143-145 * alzan raudales en el río San Juan, 208, 510 * Otras referencias, 223, 226, 427, 465, 473, 474, 475, 572-576.
- Teustepe, 376, 422.
- Teyopa*, templo de los Chorotegas, 105.
- Teyte*, (cacique en lengua de los Nica-raos), 47, 91, 98.
- Texas, 281, 284.
- Texoxes*, brujos indígenas, 110.
- Tezoatega*, o *Tzoatega*: provincia 68, 94, 122, 123 * pueblo, (El Viejo), 94, 101, 110 * cacique de, (Agateyte), 94, 223.
- Thiel, Bernardo, obispo de Costa Rica, 433.
- Thomaotheot* (dios mayor entre los Nica-raos), 105.
- Tiburón del lago de Nicaragua, (*Car-charhinus leucas*) 168, 180, 185.
- Tiangues*, (mercados indígenas), 105.
- Tigrillo, ocelote, (*Felis pardalis*), 173.
- Tilarán, sierra de, (Costa Rica), 75, 432, 544.
- Tinto o Negro, río, (Honduras), 71, 271, 313, 364, 366, 372, 406, 490, 539.
- Tipitapa: cacique, 84, 93 * río, 79, 180, 184, 185, 548, 558 * salto y aguas termales de, 184, 548, 560 * pueblo, 93, 111, 416, 500, 559.
- Tipotani*, dios mayor de los Chorotegas, 105.
- Tiscapa, laguna de: etimología, 132 * descrita por Oviedo como "laguna de Managua", 134.

Tisma, charco de, 79.
Tlacaxipehualixtli, ceremonia del desollamiento, 93.
 Tlapanecas, 94 * Tlapaneca-Yopi, lengua, 90.
Tologalpa, provincia de, 247-281.
 Tolteca, migración, 90.
 Tosta, pueblo indígena, 94.
Toreba, (Torola, Honduras-El Salvador) 72.
Tort, (Delta del río San Juan), 199, 200, 201.
 Toro, raudal del, 198.
 Torquemada, Juan de, cronista, 51, 96, 122, 126, 136, 138, 150, 169, 185, 187, 190, 208, 509.
 Tortuga, isla de, (*La Española*), 329, 331.
 Tortugas: verde (Green Turtle), (*Chelonia mydas*), 27, 175, 288, 400, 516 * Carey (Hawkbill), (*Eretmochelys imbricata*), 175, 373, 492, 506, 518 * caguama (Loggerhead), (*Caretta caretta*), 175, 446 * paslama (Ridley), (*Lepidochelys olivacea*), 218, 352 * del lago, (*Chrysemis ornata*), 169 * de pantano (*Kynosternon*), 169 * de la selva, 177.
 Tortuguero, (Costa Rica), 187, 400, 492, 516.
 Totoa, fuente termal, 127.
 Totogalpa, 356, 426.
 Townley, Swan y Knight, capitanes piratas, 340-343, 352.
 Tributación de indígenas, 253, 254, 255, 406, 407.
 Tristán, Esteban Lorenzo, obispo, 376 * intenta la conquista de los Guatusos, 429-433.
 Trujillo, (Honduras), 71, 74, 81, 96, 115, 247, 252, 269, 270, 271, 292, 328, 330, 332, 370, 492.
 Tuapí, villa misquita, 365, 367, 376, 493, 496, 500, 522, 524.
 Tula, (México), 89, 97.
 Tule, río, 387.
 Tuma, (*Tomay*), río, 374, 378, 379, 380.
 Tumari, río Grande de Matagalpa, 378.
 Tungla, (*Toongla*): indios, 491, 520 * río (Prinzapolka), 491, 539.
Tuno, (*polpro*) corteza del, 280, 301, 319, 453.
 Turrialba, (Costa Rica): pueblo, 335 * volcán, 190.

— U —

Ubinas, volcán de las, (Perú), 143.
Ulak, abominable hombre de la selva, 380.
 Ulúas, indios: 71, 94, 221, 222, 250 * relacionados con los Matagalpa-Chontal, 250, 251.

Ulwas, Woolwas, (*Oldwaves*, *Woolaways*) indios sumus: 318, 319, 399, 436, 498, 518, 520, 540 * costumbres observadas por Roach, 450-455 * el arte de cazar, 454, 455 * presas, 175-178 * en el río Grande de Matagalpa, 379, 380, 381.
Ullin, temblor, 136.
 Ulloa, Antonio; Juan, Jorge, naturalistas, 468.
 Upala, Costa Rica, 433.
 Urabá, golfo, (Colombia), 39, 508.
Uvas, ollas funerarias indias, 50.

— V —

Vaena, Juan de, fraile, 269, 271.
 Vainilla, costa de la, 515 * curación de la planta, 517.
 Valdéz, Cayetano, naturalista, 479, 483, 485.
 Valdivieso, Antonio, obispo, 78, 143, 145, 214, 235.
Valientes, indios, 516.
 Vancouver, isla de, (*Nootka*), 470, 471.
 Vázquez, Francisco, cronista, 248, 255-272, 278-281, 570.
 Vázquez de Coronado, Juan, conquistador, 190, 212, 430.
 Vázquez de Espinosa, Antonio, cronista, 96, 142, 143, 144, 145, 167, 237, 248, 250, 253, 570 * visita Nicaragua, 229-236.
 Venado común, (*Odocoileus virginiana*), 164, 176, 521.
 Veragua, (Panamá), 35, 37, 39, 58, 63, 96, 190, 285, 298, 299.
 Veracruz, (México), 96, 208, 244, 281, 330, 381, 471, 579.
 Verdelete, Esteban, fraile: misionero en la Taguzgalpa, 259-265 * martirizado por los Taguacas, 264.
 Vespucio, Américo, 36.
Villa Hermosa, minas de, 83, 84, 115, 252.
 Villa Nueva, 427.
 Villareal, Pedro de, obispo, 254.
 Villegas, Juan Félix, obispo, 406, 497.
 Volcán Concepción, volcán: en la isla de Ometepe, 130 185, 441 * actividad, 92, 131 * primera descripción, 130 * bautizado como Concepción, 131 * supersticiones indígenas, 131.
 Volcán Cosigüina: descripción del volcán y laguna, 565-567 * nombres y significados, 565 * historia geológica y carácter insular, 567-569 * gran erupción de 1835, 563-606 * comentarios sobre la erupción, 564 * aspecto previo del volcán, 569 * erupciones pasadas, 570, 571 * actividad hidrotermal, 569, 599, 604, 605 * pródomos de

la erupción, 572 * coincidencia de erupciones, 571 * cronología de la gran erupción, 572-576 * el momento clímax, 578-580 * Reportes de la erupción en pueblos alrededor del golfo, 572-577, 579 * de la Isla del Tigre, 580-582 * de La Unión, 582-583 * de Nacaome, 583-585 * La erupción en Choluteca, 572, 574, 575, 576, 577, 579; en Tegucigalpa, 572, 574, 575; en Comayagua, 572, 574; en Olancho, 572, 574, 576, 577; en Omoa, 577, 578; en Goascorán, 574, 577; en San Miguel, 572, 574, 575, 577 * La erupción desde El Salvador, 574, 575; en Guatemala, 574, 575, 576, 578; en Petón y Belice, 577; en Costa Rica, 578; en alta mar, 586 * La erupción en Nicaragua, 588-597; en la península, 589; en El Viejo, Chinandega, El Realejo y Chichigalpa, 590, 591, 593, 594; en el ingenio San Antonio, 590; en León, 590-594, 596; en Somotillo, Villa Nueva y El Sauce, 594; en Nueva Segovia Matagalpa, 591, 594, 596; en Managua, 594-595; en Masaya, Granada y Rivas, 591, 593, 594, 596; en la Costa Atlántica, 595 * Parte Oficial de la Erupción, 595-596 * Año del Polvo o de la Gran Oscurana, 587, 595, 597 * extensión de la caída de cenizas, 578, 597 * expansión de la onda sonora, 577, 578, 579, 591 * extinción de la actividad, 579 * efectos de la erupción, 585-588; en el Estero Real, 568, 586, 597 * daños a la agricultura, ganadería, al bosque y la fauna, 586, 587, 594, 595, 596, 597, 598, 599, 600 * recuperación de la península, 598, 600-605 * científicos exploran el volcán, 598-606 * determinación de las causas de la gran erupción, 605, 606.

Volcán Masaya: ubicación y características, 147 * culto a la diosa del, 93, 122, 123, 154 * sacrificios dentro del cráter, 107, 123, 154 * lago de lava, 120, 124 * en actividad durante la conquista, 123-125 * llamado "boca del infierno", 123, 148, 149, 150, 151, 153 * naturaleza del fuego que arrojaba, 150, 151, 152 * resplandor nocturno, 125, 151 * nube de gases que proyecta, 142 * nombres indígenas, 124 * explorado por Oviedo, 124, 149, 151-153, * cronistas que lo visitaron, o se refirieron a él, 142, 149, 150, 218, 225 * fray Blas del Castillo explora dentro del cráter, 150, 155-159 * creencia sobre las erupciones, 137 * actividad a lo largo de la colonia, 159, 160, 416 * gran erupción lávica de 1772, 474-476, * citado por Humboldt, 487.

Volcán Mombacho: ubicación en la provincia de Nocharí, 75, 92 * descripción, 132,

138, 500 * derrumbe del cráter, 140, 141 * citado por Vázquez de Espinosa, 142 * plantas y cacaotales del, 232, 472.

Volcán Momotombo: venerado por los Nagra-danos, 122, * fallido bautizo del volcán, 123 * en actividad al tiempo de la conquista, 125, 126, 127, 137 * descrito por Oviedo, 126 * citado por Vázquez de Espinosa, 142 * mencionado por el obispo Morel, 416, 417 * erupciones, 74, 77, 93, 126, 129, 130, 144, 145, 485, 532, 547 * pródromos del terremoto de León Viejo, 144 * en el mapa de Roberts, 536.

Volcán San Cristóbal (volcán El Viejo): en la provincia de Tzoatega, 94 * nombres indígenas del volcán, 93 * ceremonia en su cumbre, 122 * algunas características, 122 * mencionado por Vázquez de Espinosa, 142 * observado por los piratas, 338, 345, 353 * escalado por la expedición Malaspina, 479, 480-483 * explorado por Belcher, 554-556.

Volcán Telica: en la provincia de Los Maribios, 93, 122 * citado por Vázquez de Espinosa, 142 * observado por Dampier, 341 * erupción de 1765, 483 * ascendido y descrito por Valdés, 479, 483-485.

Volcanes: en la región del Pacífico, 120 * evidencias de erupciones pasadas, 119, 120, 121 * relación con las tribus, 121, 122, 123 * antiguas tradiciones indias, 122, 123 * bautizados y exorcizados por los frailes, 123, 131 * tenidos como respiraderos del infierno, 143 * primeros reportes españoles, 123-128 * citados por Vázquez de Espinosa, 142, 143 * origen de las erupciones según Las Casas, 137 * teoría de Larreynaga, 470 * explosividad de los volcanes nicaragüenses, 120, 121 * materias arrojadas, 129 * fertilizando suelos en llanuras, 61, 129 * mencionados por Humboldt, 486-487 * escalados por la expedición Malaspina, 479, 480-485 * investigados por Belcher, 553, 554-556 * Actividad volcánica en el Reino de Guatemala en el siglo XVIII, 473-474, 485 * los volcanes en el siglo XIX, 563 * la gran erupción del Cosigüina 563-606.

— W —

Walker, William, filibustero, 78.

Wallisaw (Gualasá), diablo entre los Misquitos, 310, 322.

Walpasiksa, río, 400, 491, 497, 540.

Wamblán, río 257.

Wani, Guani, (Wana, Warner o Guana Sound, Laguna de Bismuna), 271, 272, 292, 316, 401, 491, 522, 539.

Wanks, Wanki, (nombre misquito del río Coco), 173, 174, 291, 292, 299, 313, 315, 366, 401, 494, 495, 538 * primera descripción de M.W. 315-319.
Wari, jabalí, (*Tayassu pecari*), 173, 176.
Wasabanes o *Taupanes*, indios, 260, 266, 318.
Waspuk, río, 266, 317.
Wawa: río, 27, 272, 400, 491, 496, 524, 539 * laguna de, (Karatá), 521, 539.
Wawashán, río, 519.
Wayas, Waikas, Guabas, (nombre antiguo de los Misquitos), 257, 272, 281 * se mezclan con españoles, 269.
Well, William, viajero, 602.
Williams: Howel, vulcanólogo, 120, 598, 605, 606 * William (alias *Penrose*), 435 * su libro, 443, 444 * su aventura en la costa caribe de Nicaragua, 443-449.
Wounta, laguna de (*Tongula, Tungla*), 521, 539.
Wright, capitán pirata, 306, 315, 337.
Woolaways, indios, (ver *Ulwas*).

— X —

Xalteva, pueblo indio de, 75.
Xarúa, (río Tinto, Honduras), 270.
Xaxabes, loros del volcán Masaya, 153, 166.
Xicaques, indios, (ver *Jicaques*).
Xiloá (Jiloá), laguna de, 132.
Ximénez, Francisco, fray, 469.
Xipe, (deidad azteca), 68.
Xixtleotl (Laguna Verde, Ometepe), 132.
Xolotlán, lago (de Managua), 69, 74, 79, 93, 111, 180.
Xomotename, (isla Zapatera), 92.
Xulo, perrito comestible de los Nicaraos, 165.
Xuliaba, (ver *Subtiava*).

— Y —

Yacacoyagua, pueblo indígena, 95, 224.
Yalagüina, 426.
Yalasán, indios sumus, 379.
Yalutta y *Ayasharre*, indios Ramas, 447.
Yáñez Pinzón, Vicente, piloto, 285.
Yasica, "puerto" y reducción de, 374, 375, 378.
Yare (nombre matagalpa del río Coco), 63, 265, 538.
Yari (río Punta Gorda), 199, 202, 203.
Yarrince o *Yarrinsen*, indio "caribe", 376.
Yolaina, serranía de, 36; 541.
Yucatán, 43, 63, 193, 281, 298, 366.
Yuskos o *Yaoscas*, indios sumus, 380.

— Z —

Zapatera, isla, 79, 92, 185, 187, 487.
Zambo, raza de los: origen de los, 291, 293-295, 359-361, * su distribución, 313, 316 * *Zambo-Misquitos*, 294, 489, 515 * población en el siglo XVII, 313 * diferencias entre ambos grupos, 313, 366, 367 * invasiones a pueblos españoles, 363-397, 381, 382, 387, 389-394, 403, 421, 423, 424, 436, 503 * comunidades de, 370-373, 494-498 * sometidos al régimen español, 493.
Zazacatl, (Honduras), pueblo ulúa, 222, 250.
Zelaya, José Santos, presidente, 368.
Zeledón, Juan, fraile, 377.
Zepeda, Pedro, cura, 432.
Zipattoval, dios creador entre los Nicaraos, 106.
Zomoto, pueblo ulúa, (Somotillo), 222, 228, 250.
Zorra cola pelada, tacuacín, (*Didelphis marsupialis*), 171.
Zorrillos o *mofetas*, 177.

Este libro trata sobre los descubrimientos geográficos efectuados en Nicaragua desde el cuarto viaje de Colón, pasando por la conquista y la colonia, hasta la época de su constitución como Estado independiente.

Presenta el escenario físico y cultural del proceso de conquista, colonización e independencia, siguiendo la evolución de la historia y basándose en las crónicas de navegantes, conquistadores, exploradores, frailes, piratas, aventureros y otros personajes que vivieron o visitaron el país.

En un lenguaje sencillo y directo, el autor nos acerca a las raíces de los nicaragüenses y a la mejor comprensión de los condicionamientos histórico-geográficos y culturales de su vida, sus luchas y esperanzas.



***Jaime Incer* es un geógrafo, naturalista, explorador y escritor nicaragüense, que ha dedicado varios años a recorrer su país en busca de las fuentes históricas y culturales cuyo conocimiento asegura una mejor comprensión de la idiosincrasia y particularidades de Nicaragua.**

Autor y traductor de varios libros sobre geografía, además de estudioso de la naturaleza y promotor de su conservación, ha logrado presentar en lenguaje asequible y profundo el escenario geográfico, la fauna y la flora que enmarca e influye en la vida de su pueblo.